



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XXXIII, Vol. CXCIV, Núm. 4 (julio-agosto de 1974).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

4

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
México 12. D. F.
Apartado Postal 963
México 1, D. F.
Teléfono 575-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXIII

4

JULIO-AGOSTO

1 9 7 4

INDICE

Pág. 3

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS



JESUS SILVA HERZOG

HISTORIA DE LA EXPROPIACION DE
LAS EMPRESAS PETROLERAS

Cuarta edición corregida, aumentada y con
ilustraciones alusivas al acto expropiatorio.

Precios:

México	\$ 40.00
Extranjero	4.00 Dls.



De venta en las principales librerías.

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel. 575-00-17

DOS NUEVOS LIBROS DE POESIA

ORFEO 71, por Jesús Medina Romero. Autor de cuentos excelentes y libros de versos. En esta obra demuestra su capacidad renovadora de conformidad con las nuevas corrientes de la poesía contemporánea. 15.00 Pesos, 1.50 Dólares.

PARA DELETREAR EL INFINITO, por Enrique González Rojo. Bellísimo y original poema en quince cantos. Su autor, filósofo y poeta, es bien conocido y estimado en los centros universitarios y entre los hombres de letras de toda nuestra América. *AGOTADO*.

—oOo—

De venta en las principales librerías.

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

REVISTA IBEROAMERICANA

Organo del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Patrocinada por la Universidad de Pittsburgh

Director: Alfredo A. Roggiano. 660 AIR Bldg. Universidad de Pittsburgh
Secretario-Tesorero: Julio Matas. 658 AIR Bldg. Universidad de Pittsburgh
Vol. XXXIX enero-junio de 1973 Nos. 82-83

SUMARIO

Testimonios: Discurso del Embajador Pablo Neruda Ante el Pen Club de Nueva York; *Miguel Angel Asturias*, Un Mano a Mano de Nobel a Nobel; *Julio Cortázar*, Carta Abierta a Pablo Neruda; *Luis Alberto Sánchez*, Comentarios Extemporáneos: Neruda y el Premio Nobel.

Estudios: *Emir Rodríguez Monegal*, Pablo Neruda: el Sistema del Poeta; *Fernando Alegria*, *La Barcarola*: Barca de la Vida; *Alain Sicard*, La Objetivación del Fenómeno Temporal y la Génesis de la Noción de Materia en *Residencia en la Tierra*; *Saúl Yurkievich*, Mito e Historia: Dos Generadores del *Canto General*; *Jaime Concha*, Sexo y Pobreza; *Carlos Cortez*, Interpretación de *El Habituante y su Esperanza*, de Pablo Neruda; *Juan Loveluck*, Alturas de Macchu Picchu: Cantos I-V; *Martha Paley de Francescato*, La Circularidad en la Poesía de Pablo Neruda; *Alicia C. de Ferraresi*, La Relación Yo-Tú en la Poesía de Pablo Neruda. Del Autoerotismo al Panerotismo; *Nicolás Bratosevich*, Análisis Rítmico de "Oda con un Lamento"; *Luis F. González Cruz*, Pablo Neruda: Soledad, Incomunicación e Individualismo en *Memorial de Isla Negra*; *Jaime Alazraki*, Poética de la Penumbra en la Poesía más Reciente de Pablo Neruda; *Giuseppi Bellini*, *Fin de Mundo*: Neruda Entre la Angustia y la Esperanza; *Esperanza Figueroa*, Pablo Neruda en Inglés; *Emil Volek*, Pablo Neruda y Algunos Países Socialistas de Europa; *Gabriele Morelli*, Bibliografía de Neruda en Italia. *Suscripciones y Compras*, Gloria J. Hardy. 657 AIR Bldg. University of Pittsburgh *Canje*: Lillian S. Lozano, 660 AIR Bldg. University of Pittsburgh. Pittsburgh, Pa. 15213, U.S.A.

Precio de la Suscripción anual en Estados Unidos y Europa. 10 dólares, 3 dólares en los países de América Latina.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO
Revista Latinoamericana de Economía

Publicación trimestral del Instituto de Investigaciones
 Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México

México, D. F. Año V, Número 17 Febrero-abril de 1974

Director: Fernando Carmona de la Peña
 Secretario: Juvencio Wing Shum

C O N T E N I D O :

OPINIONES Y COMENTARIOS: Sobre *Inflación y crisis de energéticos*, opinan: Arturo Bonilla, Sarahí Angeles e Ignacio Cepeda, Pío García y Arturo Guillén.

ENSAYOS Y ARTICULOS:

Antonio García, *Elementos para una teoría latinoamericana del desarrollo.*

Gérard Pierre-Charles, *Génesis de las sociedades antillanas: la dominación externa como molde histórico.*

Alvaro Briones, *Las políticas económicas de la vía chilena.*
 Charles D'Argent, *La multinacional, forma superior de la empresa capitalista.*

TESTIMONIOS:

Alonso Aguilar M., *Sobre el papel del economista.*

RESEÑAS DE LIBROS Y REVISTAS

DOCUMENTOS Y REUNIONES

SUSCRIPCIONES: *México*, anual \$80.00, estudiantes: anual \$70.00; *América Latina*: anual Dls. 7.00; *EUA, Canadá y Europa*: anual Dls. 8.00, Bibliotecas Dls. 10.00.

Números atrasados sólo a partir del número 5.

El envío se hará por correo ordinario. Si desea recibirla por correo aéreo registrado agregue \$ 5.00 por ejemplar, para la República Mexicana y Dls. 1.00 para el resto del mundo.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS. Apartado Postal 20-721, México, D. F.

COLECCION DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL COMERCIO EXTERIOR DE MEXICO

SEGUNDA SERIE

Vol. I (Agotado)

El comercio exterior y el
artesano mexicano (1825-1830)

Vol. II

El comercio exterior y
la expulsión de los españoles

Vol. III

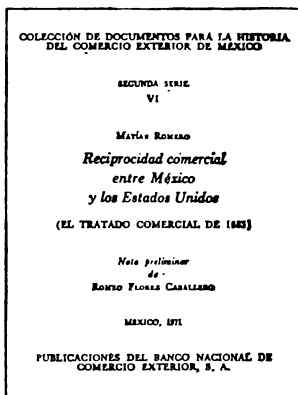
El Banco de Avío y el fomento
de la industria nacional

Vol. IV

El contrabando y el comercio
exterior en la Nueva España

Vol. V

Protección y libre cambio: el debate entre 1821 y 1836



Vol. VI

PRECIO DE CADA VOLUMEN

\$25.00

Dls. 2.00

PEDIDOS A

**BANCO NACIONAL DE
COMERCIO EXTERIOR, S. A.**

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

Venustiano Carranza 32 México 1 D. F. México

INDICES
 CUADERNOS AMERICANOS

Estos índices —por materias y autores— abarcan los primeros 30 años de la vida de “Cuadernos Americanos”, de enero-febrero de 1942 a noviembre-diciembre de 1971.

Obra de consulta indispensable para quienes se interesan por la cultura latinoamericana, principalmente, así como también por la de España y de algunos otros países como Estados Unidos, Francia, la Unión Soviética, China Popular, etc.

Precios:

	Pesos	Dólares
México	150.00	
América y España		13.50
Europa y otros continentes		15.50

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
 México 12, D. F.

Apartado Postal 965
 México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

CORTESIA

A

CUADERNOS AMERICANOS

LA REVISTA CULTURAL DEL NUEVO MUNDO

Isabel la Católica No. 51

México 1, D. F.

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	Pesos	Dls.
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOG. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917	20.00	2.00
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	65.00	6.00
<i>El Problema Fundamental de la agricultura Mexicana</i> , por JORGE L. TAMAYO, autor de la <i>Geografía General de México</i> . Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA ALEMÁN	10.00	1.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	Agotado	
<i>México Visto en el Siglo XX</i> , por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	100.00	9.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes</i> , por Mercedes Escamilla	10.00	1.00
La reforma agraria en el desarrollo económico de México, por Manuel Aguilera Gómez	40.00	4.00

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

EDICIONES CUADERNOS AMERICANOS

Tenemos unos cuantos ejemplares de los libros siguientes:

	Precios	
	Pesos	Dólares
Juan Ruiz de Alarcón, por Antonio Castro Leal . . .	50.00	5.00
Lucero sin orillas, por Germán Pardo García . . .	20.00	2.00
Jardín Cerrado, por Emilio Prados	50.00	5.00
Juventud de América, por Gregorio Bermann . . .	20.00	2.00
Europa América, por Mariano Picón Salas	50.00	5.00
De Bolívar a Roosevelt, por Pedro de Alba	50.00	5.00
Sangre de Lejanía, por José Tiquet	20.00	2.00
Entre la Libertad y el miedo, por Germán Arci- niegas	50.00	5.00
Nave de rosas antiguas	50.00	5.00
El otro olvido, por Dora Isella Rusell	10.00	1.00
Democracia y Panamericanismo, por Luis Quinta- nilla	20.00	2.00
Acto poético, por Germán Pardo García	20.00	2.00
No es cordero... que es cordera... Cuento milesio. Versión castellana de León Felipe	50.00	5.00
China a la vista, por Fernando Benítez	15.00	1.50
Eternidad del Ruisenior, por Germán Pardo García .	20.00	2.00
Voz en el Viento, por Jorge Adalberto Vázquez . .	15.00	1.50



"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17



RECIENTES EDICIONES

NOVEDADES

BARRACLOUGH, S. Diagnóstico de la reforma agraria chilena 332 pp.	\$ 34.00
BARQUERO, E. El poema negro de Chile 104 pp.	12.00
TOURAINÉ, A. Vida y muerte del Chile Popular 324 pp.	54.00
DALTON, R. Las historias prohibidas del pulgarcito 241 pp.	38.00
PEDRAO Planificación regional y urbana en América Latina 426 pp.	110.00
ILPES-SOLIS Experiencias y problemas de la planificación en América Latina 296 pp.	85.00
PENROSE, E. La economía del sistema internacional de patentes 264 pp.	70.00
BETTELHEIM, B. Los niños del sueño 289 pp.	70.00

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN:
SIGLO XXI EDITORES, S. A., GABRIEL MANCERA No. 65
MEXICO 12, D. F., TEL.: 543-93-92



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en RENAULT nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama RENAULT para que usted escoja (RENAULT 4, 6, 8, 12 y 12 guayín, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el RENAULT 12 paga ...

32.525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srita. Andión.



DE NUESTRAS EDICIONES MAS RECIENTES

Hanns-Albert Steger, *Las universidades en el desarrollo social de América Latina*. 336 pp. \$ 60.00.

Augus Maddison, *Estructura de clases y desarrollo económico en la India y Paquistán*. 216 pp. \$ 50.00.

Tomás Segovia, *Trizadero*. Letras Mexicanas 113. 240 pp. \$ 45.00.

Antonio Gómez Robledo, *Platón*. 624 pp. \$ 80.00.

Varios Autores, *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*. 1 178 pp. \$ 250.00.

Max Sorensen, *Manual de derecho internacional público*. 826 pp. \$ 180.00.

Charles W. Anderson, *Cambio político y económico en la América Latina*. 424 pp. \$ 80.00.

Jean Chateau, *Los grandes pedagogos*. 348 pp. \$ 45.00.

Damián Bayon, *Aventura plástica de Hispanoamérica*. Breviario 233. 370 pp. Ilustrado. \$ 50.00.

Joseph Needham, *La quinica de la vida*. Breviario. 338 pp. \$ 40.00.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DEL FONDO DE CULTURA ECONOMICA, Y EN LAS BUENAS LIBRERIAS Y TIENDAS DE AUTOSERVICIO. LLAMENOS AL
TEL.: 524-49-24

ULTIMAS PUBLICACIONES

Precios

Pesos Dólares

<p>CHILE HACIA EL SOCIALISMO, por Sol Arguedas, con prólogo de Hugo Vigorena, Embajador de México en Chile. Es un documento vivo y dramático. La autora ha escrito este libro después de haber vivido en Chile en los momentos políticos de mayor trascendencia en los últimos 10 años</p>	<p>30.00 3.00</p>
<p>LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFICO. MARX, ENGELS, LENIN, por Jesús Silva Herzog. Un libro sin académicos engorros con propósitos de divulgación. Contiene un estudio preliminar y una antología de los tres pensadores estudiados, con veintidos retratos</p>	<p>20.00 2.00</p>

—oOo—

De venta en las mejores librerías.

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y		
		México	España	Europa
		Precios por ejemplar		
		Pesos	Dólares	
1942	90.00	7.20	7.50
1943	90.00	7.20	7.50
1944	Número 5	90.00	7.20	7.50
1945	90.00	7.20	7.50
1946	90.00	7.20	7.50
1947	90.00	7.20	7.50
1948	Número 6	90.00	7.20	7.50
1949	90.00	7.20	7.50
1950	90.00	7.20	7.50
1951	75.00	6.00	6.30
1952	Número 4	75.00	6.00	6.30
1953	Números 3, 5 y 6	75.00	6.00	6.30
1954	75.00	6.00	6.30
1955	Número 6	75.00	6.00	6.30
1956	Números 3 al 6	75.00	6.00	6.30
1957	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1958	Número 6	75.00	6.00	6.30
1959	Números 2 al 6	75.00	6.00	6.30
1960	75.00	6.00	6.30
1961	Número 5	45.00	3.60	3.90
1962	Números 4 y 5	45.00	3.60	3.90
1963	45.00	3.60	3.90
1964	Números 1, 2, y 6	45.00	3.60	3.90
1965	45.00	3.60	3.90
1966	Número 6	45.00	3.60	3.90
1967	Números 1, 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1968	Números 4 al 6	45.00	3.60	3.90
1969	Números 2, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1970	Números 4 al 6	45.00	3.60	3.90
1971	Números 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1972	Números 2 al 6	45.00	3.60	3.90
1973	Números 4 al 6	45.00	3.60	3.90

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 150.00	
Otros países de América y España		Dls. 13.50
Europa y otros continentes		" 15.50

PRECIOS POR EJEMPLAR DEL AÑO 1974

México	\$ 30.00	
Otros países de América y España		Dls. 2.70
Europa y otros continentes		" 3.00

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
México 12, D. F. México 1, D. F.

o por teléfono al 5-75-00-17

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943
Y COLECCIONES COMPLETAS.

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RFTAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

• • •

Casa de las Américas. Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

SIN NOMBRE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

Apartado 4391

San Juan, Puerto Rico 00905

DIRECTORA: Nilita Vientós Gastón

Sumario: Vol. IV Número 2 — CONCHA ZARDOYA: Oda y elegía Pablo Neruda. LUIS A. DIEZ: Grandeza telúrica y aliento épico del "Canto general". ROBERTO MARQUEZ: De Rosa armado y de Acero: la obra de Nicolás Guillén. JORGE MARIA RUSCALLEDA BERCEDONIZ: Recuento poético de Nicolás Guillén. MARIA TERESA BABIN: Aristas de la esclavitud negra en la literatura de Puerto Rico. JUAN ANTONIO CORRETJER: La noche de San Pedro. PAUL ESTRADÉ: Cómo Betances defendió al negro haitiano: Carta a Jules Auguste (1882). BENJAMIN NISTAL: Catorce querellas de esclavos (Manatí, 1868-1873).

Volumen II, Número 4:

Homenaje a Baroja

Suscripción \$ 10.00

Volumen III, Número 1

Homenaje a Pablo Neruda

Ejemplar suelto \$ 2.75

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del nuevo mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Precios para 1974

Suscripción anual:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	150.00	
Otros países de América y España		13.50
Europa y otros continentes		15.50

Precio del ejemplar:

México	30.00	
Otros países de América y España		2.70
Europa y otros continentes		3.00

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Apartado 965

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicada atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.

Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXIV

VOL. CXCIV

4

JULIO-AGOSTO

1974

México, D. F. 1° DE JULIO DE 1974

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO

Pedro BOSCH-GIMPERA

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARTINEZ BAEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Jesús REYES HEROLES

Javier RONDERO

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Ramón XIRAU

Agustín YAÑEZ

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

No. 4

Julio-Agosto de 1974

Vol. CXCIV

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. El segundo rapto de Europa	7
FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA VEGA. Cieno en la catedral imperial	26
JORGE MOTTET. El saqueo de América Latina — Nueva versión de la leyenda negra	34
ALEKSANDAR GRICKOV. Teoría e ideología del sistema económico autogestor de la RSF de Yugoslavia . .	52
El proceso peruano, por ARMANDO RUIZ DE LA CRUZ .	63

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

JUAN DAVID GARCÍA BACCA. Tres demonios de nuestra época	73
EMILIO SOSA LÓPEZ. Proceso y profecía de la novela moderna	84
JACOBO KOGAN. El arte como conocimiento y como lenguaje	95
ALEJANDRO LORA RISCO. Las teorías lingüísticas de Amado Alonso subyacentes a su crítica de Residencia en la tierra	106
La fonética española, por GISELA BIALIK HUBERMAN .	114
Ciencia y Tecnología en los países en desarrollo, por MARCELO J. VERDÍN CARRILLO	121

PRESENCIA DEL PASADO

RAQUEL CHANG-RODRÍGUEZ. Apuntes sobre sociedad y literatura hispanoamericanas en el Siglo XVII . . .	131
--	-----

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. Un incidente que definió el pensamiento peruano. Ricardo Palma versus Manuel González Prada	145
ELLIOT S. GLASS. La actitud de Mariano Azuela e Isaac Babel hacia la Revolución	160
José Martí, Obras completas Vol. 28, por CARLOS RIPOLL	165

DIMENSION IMAGINARIA

LEÓN FELIPE. Dos Poemas	175
MAURICIO DE LA SELVA. Recordación de León Felipe	179
MANUEL DURÁN. Juan Benet y la nueva novela Española	193
BERNARDO SUÁREZ. El impresionismo en la prosa de Ramón López Velarde	206
GRACIELA COULSON. Los cuentos de Ribeyro. Primer encuentro	220
BRUNO PODESTÁ. Hacia una conceptualización ideológica del modernismo hispánico	227
POLI DELANO. Perdone que lllore	238
Montalvo: Fulgor y flama de la controversia, por MANOLO GARRIDO	244

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a pág.
Al celebrarse el nonagésimo aniversario de León Felipe se descubrió el 11 de abril próximo pasado, la estatua de bronce erigida en el Bosque de Chapultepec en homenaje al gran poeta español y universal	192

Nuestro Tiempo

EL SEGUNDO RAPTO DE EUROPA

Por *Alvaro FERNANDEZ SUAREZ*

SI algo parecía firmemente asentado, hasta el día 24 de Diciembre de 1973 —para fechar dramáticamente— era la prosperidad europea, de la Europa Occidental, la Europa de la Comunidad, desde luego, pero no sólo ella sino, prácticamente, toda esa cauda o punta extrema que se mete en el Atlántico, el rabo, un tiempo ágil y emprendedor, del gran mastodonte euro-asiático. De pronto, fue la hora del miedo y del desconcierto. También la hora de una súbita humildad. Con la frente sumisa, algunas de las más prestigiosas naciones de Europa impetraron del Sarraceno un amán que les permitiera seguir viviendo, aunque hubieran de pagar tributos. Por una asociación de ideas que tal vez no parezca al lector legítima, nos vino a la memoria aquel espectáculo del gran imperio japonés, aun poblado de divisiones bien armadas, con miles de jóvenes pilotos fanáticos y suicidas que acudió de repente, casi sin mediar transición, a capitular, en la persona de sus más altos representantes, incluido un emperador sagrado, ante ciertos robustos extranjeros que se presentaron en mangas de camisa. El hombre contemporáneo quizá no advierta plenamente el privilegio que le fue conferido de asistir a los cataclismos y prodigios de una historia mágicamente comprimida, en tiempo denso, de siglos portátiles y velocísimos que fatigan y agotan toda posible capacidad de asombro. No estamos hechos para eso y de ahí que inhibamos y queramos olvidar y trivializar las maravillas de que somos testigos. Son intolerables. Es la fantasmagoría de Fausto. Pero sin fantasmagoría: realidad materialmente verdadera y, al propio tiempo, si lo pensáramos, increíble.

Cierto que la escena de la capitulación de Europa venía incubándose. En una estúpida y absorbente voracidad de cangrejo la vieja dama se estaba comiendo su dignidad. Pero el detonante de la crisis fue, sin duda posible, la cuestión del petróleo. El día primero de octubre de 1973, el barril de crudo (159 litros) aún costaba, en origen, sin regalías, 2.40 dólares (poco antes sólo 1.20 dólares). El día 16 de aquel mes los países productores reclamaron 3.06 dólares. El 3 de noviembre, a título de rectificación por causa de la baja del dólar, los exportadores aumentaron el precio en 60 centavos y quedó

en 3.66. Pero el golpe más violento lo asestaron los súbitos amos del petróleo el 24 de diciembre de 1973 al poner el barril en 7 dólares que, añadidas las regalías y otras cargas, remonta el precio medio a 11.651 dólares.

Sin ninguna exageración, casi literalmente, las economías capitalistas occidentales que habían vivido muchos años una opulenta estabilidad, se tambalearon. El efecto del golpe, formidable e inesperado, había de repercutir largamente sobre el mundo entero y, con especial intensidad, en Europa. De estos efectos queremos tratar aquí, con referencia al futuro próximo, social y político de esta parte occidental del continente europeo. En el momento en que escribimos no hacen sino registrarse los primeros síntomas de la crisis. Por supuesto que la proyección de nuestras hipótesis podría variar más o menos sí, por una razón u otra, los mismos exportadores del petróleo (algunos de ellos bien pudieran estar desasosegados por su propia suerte y la de sus intereses, si se producen derrumbes de largo alcance) no acuerdan aliviar el coste de los crudos.¹

Es curioso que el probable o más que probable trastrueque de un *status* socio político continental que parecía tan sólido y ampliamente asentado, se haya debido a una cuestión de precios, a un mercadeo, a un asunto de más o menos, cifrable, cuestión de ordinario susceptible de ajuste y transacción entre tanto y cuanto. Parece una ironía de Némesis que quisiera castigar a una Europa tan sórdidamente ocupada en querellas sobre la manteca de vaca y la carne de cerdo. En fin, que el golpe lo ha recibido Europa por "do más había pecado", como dijo del Rey Rodrigo un viejo romance.

Las cuentas de la prosperidad de Europa —ya que de cuentas se trata— establecen que, hecha la parte correspondiente en justicia a su tradición técnica y a sus hábitos de trabajo y ahorro, en suma, a las fijaciones históricas de la mentalidad social europea —actualmente en crisis también— se debió a la explotación y aprovechamiento de la energía barata del petróleo. En segundo término, deben anotarse las ventajas de poder utilizar proteínas de origen asimismo ajeno al continente, en primer lugar, la soja norteamericana a bajo precio que permitió una alimentación proteínica antes desconocida,

¹ El hecho de que los exportadores del petróleo tengan razón en cuanto a no dilapidar sus reservas, no modifica las consecuencias de la brusca elevación de los costes del crudo. Tampoco cabe negarles a estos países, ahora ricos, del Tercer Mundo, el derecho a provocar esos efectos aprovechando la posesión de un poder decisorio sobre la historia, después de haber soporado pasivamente tanto tiempo los humillantes dictados ajenos. Vale la pena de vivir aunque no sea sino para ver y gozar del propio asombro.

con el complemento de la anchoveta del Perú. Cabe añadir, como explicación de esta rápida prosperidad europea, japonesa y de otros países, la mención de los precios, también, de las materias primas del Tercer Mundo, sobre el que aún mantiene Europa un ambiguo protectorado postcolonial.

Pero atengámonos sobriamente al petróleo. El más perentorio efecto del brutal encarecimiento del petróleo será el desnivel en las balanzas de pagos. Europa Occidental tendrá que pagar por el crudo en 1974, según estimaciones que nos parecen bien fundadas, 55 000 millones de dólares, cuando, en 1973, pagó sólo 22 200 millones. Será aún más si se mantiene el aumento del consumo como en años precedentes. Por su parte, los exportadores recibirán en este mismo año de 1974, 95 000 millones de dólares de los que 62 000 irán a los países árabes y al Irán.

El problema elemental es el de cómo pagar. No parece útil gastar demasiadas palabras en concluir que Europa —y otros importadores— no podrá pagar con cargo a sus ingresos por cuenta corriente, acaso con la salvedad de Alemania cuyos excedentes de exportación sobre las importaciones se elevaron a 11 mil millones de dólares en 1973. Unos podrán echar mano de sus reservas de divisas porque las tienen en abundancia. Otros no las tienen o disponen de reservas escasas.²

Sin embargo, la referencia a la balanza de pagos, por un lado, dice demasiado; por otro, no dice bastante. Dice demasiado en el sentido de que las reservas, por cuantiosas que sean, al interferir otros factores (especulación, turbulencias sociales y políticas, crisis monetaria) pueden quedarse en nada. Pero, en otro aspecto, inverso al anterior, la expectativa racional de que esas mismas reservas sólo durarán tanto o cuando, quizá resulte un cálculo rígido y pesimista en exceso. En efecto, el colapso aunque parezca fatal, inexorable y a plazo fijo, en estricta proyección matemática, no carece totalmente de escapatorias. De por medio están muchos recursos y expedientes paliativos: empréstitos en el mercado internacional y el respaldo de las poderosas finanzas internacionales clásicas interesadas en evitar un desastre de posibles consecuencias revolucionarias. Están los mismos árabes cuyos magnates tienen grandes intereses en Europa

² Alemania es el país europeo en mejor posición, con gigantescas reservas (más de 30,000 millones de dólares) y una potente exportación. En contraste el Reino Unido e Italia, han sido sorprendidas en un estado de debilidad económica; Francia acude a la devaluación de la moneda y a empréstitos exteriores y su situación puede ser precaria dadas sus reservas (unos 9 mil millones). Es mejor la situación de Holanda y Bélgica con un nivel alrededor de 6,000 millones y más favorable la de España (alrededor de 7,000 millones) y resistencia para bastante tiempo.

y en los Estados Unidos y, verosíblemente, han de sentir miedo a que sobrevenga un terremoto que conmueva los cimientos de sus palacios. Por lo demás, lo más verosímil es que los ricos de hoy y los de ayer se entiendan, y no sólo por motivos de seguridad mutua sino, también, porque el uso de caudales gigantescos, como los que están fluyendo hacia el mundo árabe, no es nada fácil. Por tanto, una parte substancial de esos fondos —y no sólo los del petróleo venezolano— se mezclará con los del capitalismo financiero internacional, sobre todo americano, y será administrada desde Wall Street.

Tampoco debe olvidarse que los señores del petróleo no son, únicamente, orientales. Ante todo, los Estados Unidos no han dejado de ser el primer productor de hidrocarburos del mundo, y en su metrópoli radican las grandes compañías petroleras cuyos beneficios han aumentado durante el año 1973 en proporciones que van del 30 al 80 por ciento. Por tanto, el capitalismo financiero norteamericano sigue siendo tanto o más poderoso que antes de la crisis. Empero —y aquí aparece la novedad— ya no es el único y le ha brotado un colega de magnitud comparable en los nuevos financieros exportadores (y no sólo productores) de petróleo con sus 95 000 millones de dólares, una cifra superior a todos los caudales especulativos del mundo, atribuidos principalmente a las compañías multinacionales en los días de la fiebre del dólar. La mayoría de esos fondos pertenecerán a los magnates del Próximo Oriente. Por tanto, sería anacrónico hablar sólo de imperialismo financiero occidental. Ha nacido otro imperialismo y el hecho de que tenga su matriz en el mundo "subdesarrollado" introduce en su funcionamiento expectativas tan insólitas como turbadoras.

¿Qué harán estos nuevos poderes financieros con sus caudales?

Es un tema que se suscitó desde el primer momento y no siempre desinteresadamente, por supuesto. Siempre que hay dinero, en cualquier parte que sea, aparecen diligentes bandadas de pájaros. . . Pero, en fin, es muy cierto que el empleo de los fondos petroleros plantea problemas objetivos que interesan a todo el mundo.

Por de pronto, diremos que estos capitales no son lo mismo, de igual índole ni tienen idéntica vocación que los generados, desde la revolución industrial, en las economías occidentales. Los fondos típicos capitalistas se reinvertían, principalmente, *in situ*, en bienes de producción o en otras economías, faltas de capitales, para explotar, sobre todo, materias primas. Era el juego del capitalismo financiero industrial. Los capitales del petróleo, en cambio, son atípicos. Parte de ellos, claro está, se invertirán o se gastarán en los mismos países productores y exportadores de petróleo. Pero sólo

una parte pequeña, relativamente. Otros caudales serán atesorados en metal precioso. Pero aún quedarán muchos miles de millones de dólares que habrán de buscar empleo. Es casi seguro que fluirán, atraídos por las finanzas internacionales que alimentan, por ejemplo, el mercado de eurodólares, y se remansarán en Wall Street y Zurich. Esta idea misma ha producido alarma ante el temor de que esas masas financieras se comporten como un cañón suelto en un barco viejo.

Pero creemos que una porción importante de tales recursos regresará a Europa a través de mediadores financieros americanos y suizos y también en forma de inversiones directas de los tenedores árabes. En realidad, este flujo de capitales árabes hacia Europa ya estaba en marcha desde hace algún tiempo.³ El Irán y también Arabia ya manifiestan su interés por la instalación en diversos países europeos de refinerías de crudos. Ahora, más: Europa se pondrá en venta. Hay mucho que vender: activos industriales, bienes inmuebles y, al volver el hambre de dólares, suponemos que abundarán las gangas. Los árabes podrán sustituir a los norteamericanos o concurrir con ellos. La compra de Europa, por lo demás, podrá tener, para los árabes, un sabor especial de no desdeñable fruición: sería una réplica, muy justificada, al colonialismo europeo. . . y hasta, si se quiere, el contragolpe de las cruzadas —las ironías de la historia ostentan una imaginación admirable— y también la repetición, en otra forma, de la riada islámica del siglo VIII, la conquista de Al Andalus. Podríamos ir más lejos aún y pensar en el antiguo rapto de Europa a lomos del toro asiático. Sólo que ahora el raptor no es el toro sino el camello.

Evidentemente, el recurso de los créditos y la venta de activos no impedirán el esfuerzo para vender también mercancías, a quien quiera que sea, con el fin de compensar las erogaciones adicionales causadas por la subida de los precios del petróleo. Esta elemental y sana respuesta presenta, sin embargo, arduas dificultades. Si a esto se une que las naciones con mayores disponibilidades de divisas, es decir, los exportadores de petróleo, son poco consumidores y poco inversores, el problema se torna serio. Pero, dentro de los propios sistemas, es decir, en las economías internas de los consumidores de crudos, se presentan dificultades de mayor cuantía. En efecto, la fórmula lógica consistiría en intensificar el trabajo, extraer

³ Un detalle curioso que muestra la premura en buscar inversiones para los excedentes de capitales: Madrid que es hoy uno de los principales mercados de arte registra una fuerte demanda de pintura por parte de compradores árabes, hecho tanto más significativo conociendo la actitud tradicional del Islam respecto a la representación de la figura humana.

del esfuerzo social la riqueza necesaria para pagar el petróleo, absteniéndose, en la medida exigida, de incrementar el consumo. En suma: imponer sacrificios a la población, lo que no es fácil sobre todo en sociedades clasistas que tenderán, como sucede siempre, a trasladar el peso del sacrificio a los trabajadores y, en todo caso, sean cuales fueren los hechos, éstos resentirán la austeridad y el suplemento de esfuerzo, como injustos y no equitativamente repartidos.

Cabe inscribir en este intento de pagar el petróleo con mercancías, con trabajo y técnica, la corrida de ministros y jefes de gobierno que se produjo en algunos países europeos, como una especie de estampida, tan pronto como se anunciaron las terribles elevaciones del precio de los crudos. Estos altos personajes se precipitaron en las cortes musulmicas con el muestrario bajo el brazo. Ofrecían apresuradamente, como quien hace saldo de existencias, fábricas, maquinaria, tecnología y, en particular, como objetos más tentadores y preciosos, carros y aviones de combate, todo a cambio de petróleo. Un curioso espectáculo, algo ridículo, sobre todo a causa de lo que hay en él de falso, ineficaz e improbable. Evidentemente, estos personajes europeos corrían sudorosos y nerviosos, tanto por miedo e inquietud como por un afán agresivo de adelantarse a los competidores, ser más listos que ellos y sacar partido de la infortunada coyuntura.

En cuanto a la índole de las operaciones creo que no se reparó bastante —en todo caso en el primer momento— en lo que hay en ellas de confuso e ilusorio. Por de pronto, la idea misma de establecer un trueque de petróleo por maquinaria, armamento y tecnología no tiene sentido. ¿A qué viene volver al trueque? Es como si alguien que tuviese fósforos "inventase" el fuego por frotación de dos palos. ¿Es que se les ha negado alguna vez a los árabes la tecnología y la maquinaria e incluso las armas si están dispuestos a pagarlas? No creemos que el problema de los árabes consista en que no les hayan querido vender todos esos bienes y todos esos secretos y que por eso habrían de forzar ahora una renuencia comercial.

Lo que les faltará, según toda razonable conjetura, a los países exportadores de petróleo, serán planes viables para utilizar sus haberes en forma racional y con adecuada rentabilidad. Una utilización perentoria de los fondos sería emplearlos en servicios públicos de utilidad popular. En cambio los planes de industrialización requieren condiciones infraestructurales y sociales que no siempre existen. Incluso habrá que habilitar trabajadores, obreros, además de técnicos. Es verdad que si se lo proponen pueden adquirir factorías llave en mano e incluso trasplantar personal para ponerlas

en marcha pues empieza ya a hacerse sentir la desocupación en Europa. Pero la precipitación en esta suerte de inversiones bien pudiera desencadenar una inflación en seco mediante un grandioso espejismo industrial en el desierto más que una verdadera industrialización, hecha la salvedad, evidentemente, de factorías petroquímicas y químicas de base y otras similares que podrían instalarse con buenos resultados justamente porque emplean pocos recursos humanos y exigen, en consecuencia, menos cambios en el habitat y en los condicionantes del medio natural y social. Se da la contradicción de que quienes tienen un dispositivo social adecuado para recibir la industria son países árabes que carecen de petróleo o lo poseen en escasa cuantía y, en cambio, padecen una demografía abundante y desocupada, como sucede en Egipto. Pero, claro está, esos países no han sido visitados por los egregios viajeros de comercio europeos.

Es sorprendente que hayan sido los mismos árabes y los iraníes quienes lanzaron la idea del trueque de petróleo por tecnología y por equipos industriales. Si tienen dinero en abundancia y sus proveedores comparecen con talante impecunioso, no se advierte para qué necesitan de anacrónicos cambios de esto por aquello. El dinero lo compra todo. Es significativo, al respecto, que los alemanes y los norteamericanos que también son ricos hayan dejado esos tratos a los franceses y a otros mercaderes aficionados. En los Estados Unidos se vaticinó que tales operaciones no tendrían más efecto que el de elevar los precios del petróleo, y así ha resultado. Una de estas operaciones, la de Francia con Arabia Saudita, fue pactada a razón de 10.8 dólares el barril siendo así que alguna compañía petrolera ofrecía, al tiempo, la misma mercancía en el mercado, a 8.40 dólares.

Pero aparte de la confusión que este modo de operar introduce en los precios, al eludir la sanción del mercado libre, su mayor inconveniente reside en la incertidumbre del objeto, sobre todo cuando se contrata, como es el caso, a plazos de hasta diez años y más. Podemos admitir que el petróleo siga siendo el mismo bien dentro de dos lustros, un bien previsible y estable. ¿Pero sucede lo mismo con la contrapartida? Vender maquinaria para ser instalada dentro de cinco o seis, diez o veinte años es una insensatez. Pactar la entrega de tecnología a tan largo vencimiento es vender algo que quizá no valga nada para tales fechas. Por supuesto, el precio de los productos industriales, con mayor motivo si son de tecnología avanzada, no es previsible en un futuro casi remoto. De hecho no se ha intentado fijar el precio de esos seudocontratos más bien diplomáticos que comerciales. El comprador de mercaderías y labores industriales, en este caso queda en libertad de dejar de cuenta la mercancía y adquirirla de otro proveedor que ofrezca

mejores condiciones. El adquirente del petróleo, al revés, se obliga en precio y calidad. En fin, que el vendedor no sabe lo que ha vendido ni a qué precio y el comprador no sabe lo que ha comprado pero no corre ningún riesgo puesto que no se obliga a nada. La verdad es que los espectaculares negocios que llevó a cabo en Extremo Oriente la diplomacia no pasaron de ser vaguedades políticas irrealizables. Pero aunque en alguna medida se llevaran a cabo nunca podrían cubrir las necesidades mínimas de petróleo de un país cualquiera de Europa mediano consumidor. Y esto por la limitación misma de la capacidad de compra de los exportadores de petróleo.

La tentativa de compensar los costes adicionales del petróleo con las ventas al Próximo Oriente de la industria europea es una idea que sólo pudo emerger en ese campo sonámbulo y gárrulo de la improvisación política. Que haya sido tomado en serio semejante arbitrio, y precisamente en países maduros y altamente desarrollados, invita a la reflexión y a la humildad respecto a nuestra condición humana.

Quizá sea también utópica otra idea que consiste en proponer a los magnates orientales del petróleo una ayuda en grande escala al Tercer Mundo. Pero, al menos, sería una utopía con dignidad. Una variante de dicha idea fue sugerida en Lahore por el coronel Ghadafi de Libia y consistiría en ceder el petróleo a tres precios diferentes: caro para los países industrializados, a precio reducido para los del Tercer Mundo y a tarifa fraternal para las naciones islámicas necesitadas de hidrocarburos. La moción fue prácticamente rechazada, entre otros, por Bumedian de Argelia, por lo demás, no sin razones válidas, aun cuando, formalmente, quedase para ulterior estudio.

Desde el punto de vista de los intereses occidentales sería más ventajoso, porque provocaría intensas corrientes comerciales y, a la postre, haría volver los dólares a Europa y América, el plan de desarrollo del Tercer Mundo mediante créditos y programas financiados con los excedentes del petróleo. Esta idea, de realizarse, llevaría a cabo, de hecho, una transferencia de renta de los países industrializados a las sociedades subdesarrolladas pero —y es un dato muy sugestivo— sin provocar la ruina de las economías occidentales. Por el contrario, las estimularía al generar una demanda de bienes de inversión y de consumo en cuantía difícil de calcular. En esencia, la humanidad rica sufriría una detracción de alrededor del 3% de su producto interior bruto que sería vertido en el Tercer Mundo opulento —el de los petroleros— el cual cedería, a su vez, una parte, a favor del Tercer Mundo pobre. Al propio tiempo se restaurarían

los circuitos anteriores a la crisis y se crearían otros nuevos, especialmente el que nutriría un intenso comercio entre el Tercer Mundo y las economías industrializadas.

¿Pero querrán los árabes (y los no árabes exportadores de petróleo) llevar a cabo esta redención masiva del Tercer Mundo que, por otra parte, beneficiaría mucho a ciertos calificados "enemigos" del Islam? Sobre esto se ha hablado, pero a la hora de concretar sólo se menciona un banco árabe, más o menos con estos propósitos, pero dotado de un capital exiguu, algunos pocos centenares de millones de dólares. Por lo demás, la empresa de reflotar y desarrollar al Tercer Mundo podría ser, en efecto, un grandioso empeño histórico. En cambio, como negocio, sería malo para los capitalistas. Llevada a cabo en forma tal que los capitalistas fuesen simples financieros sin tomar parte, como titulares, en la operación, se expondrían al casi seguro resultado de perder su dinero, y es de temer que los nuevos ricos no sean más intrépidos que los antiguos. En cuanto a una inversión directa, en gran escala, en territorios carentes de una buena base infraestructural y social, exigiría una planificación y unos recursos de toda índole que más bien desalentarán toda posible filantropía.

En suma, sería una grata sorpresa que el Tercer Mundo pobre —el Tercer Mundo rico es el del petróleo— pueda salir beneficiado, directa o indirectamente, de esta crisis. Lo contrario es más probable. Por de pronto, el encarecimiento del petróleo le ha quitado un peldaño a la escalera del desarrollo. Será tanto más difícil izarse a la plataforma superior sin esa energía casi gratuita de la que se beneficiaron las actuales economías industrializadas. Más bien cabe conjeturar, desgraciadamente, que este acontecimiento distancie más aún las economías atrasadas de las que aprovecharon antes el alegre saqueo de las reservas de hidrocarburos. Es una conclusión sin duda poco alentadora, nada reconfortante, nada optimista respecto a la equidad y a la justicia pero está, creemos, más bien cerca de la verdad.

Hay causas y razones objetivas, cauces trazados, aducciones establecidas, tendencias y propensiones preexistentes que inducen a pensar en el retorno de los saldos adicionales del mayor precio de los crudos hacia los mercados financieros internacionales, en el supuesto, naturalmente, de que se mantenga en vida el sistema capitalista en la próxima e inmediata etapa histórica. Entregados esos fondos a la ley de la rentabilidad y de la seguridad, lo lógico es que se inviertan, no en las regiones del Planeta que más los necesitan sino, precisamente, en las economías desarrolladas. Para evitar esta propensión natural de los capitales sería preciso montar instrumen-

tos muy poderosos e instituciones capaces de contrarrestar la ley del mercado. Es evidente, en efecto, que la existencia de una infraestructura, como las que se ofrecen en los países industriales, equivale a una subvención a las inversiones pues viene a ser un dispositivo de base si no gratuito —pues existen los impuestos— proporcionalmente barato. En los países del Tercer Mundo es preciso construir previamente la plataforma infraestructural. Si se trata de empresas destinadas a producir para el mercado interno habrá que montar, de nueva planta, redes de distribución. El personal es otro gran problema. En cambio, en sociedades de cierto grado de desarrollo no sólo se encuentra hecha la base infraestructural y social preexistente sino que, además, es factible comprar negocios en marcha sin necesidad de fundarlos y de la medida apetecida, incluso empresas medianas y aun pequeñas pero rentables, con lo cual se diversifican las inversiones, se reducen los riesgos y se pueden llevar a cabo operaciones de financiación y expansión de negocios que, revalorizados, se venden con fuertes ganancias para repetir el juego. Es un campo variado con múltiples y relativamente fáciles opciones. Finalmente, está la seguridad que brinda un sistema capitalista maduro donde no hay peligro de expropiaciones y nacionalizaciones. No debe olvidarse, en efecto, que las inversiones en el sector industrial que las sociedades industrializadas llevan a cabo en el exterior suelen estar apoyadas en necesidades de expansión de las empresas madres y comportan cesiones de licencias y procedimientos de fabricación y una gama muy variada de transferencias que forman un sustancioso tejido de relaciones más bien tácitas. . . Para llevar a cabo, pues, tales inversiones es preciso estar en el negocio, disponer de una base metropolitana industrial. Es una razón más para no creer que los nuevos capitalistas del petróleo vayan a encaminarse, a cuerpo desnudo y por su cuenta y riesgo, hacia el Tercer Mundo. Está visto que la realidad condiciona y de hecho gobierna a las buenas intenciones, en la medida —siempre modesta— en que existen buenas intenciones.

Por tanto, en la hipótesis de que los países industriales, más especialmente los de Europa Occidental —los más amenazados por la crisis— logren remontar la pendiente, dentro de los supuestos del sistema actual, es decir, sin pasar por una conmoción revolucionaria, no cabe duda de que las corrientes financieras volverán a restablecer el equilibrio "ex ante" incluso aunque se hayan producido ya situaciones nuevas irreversibles, como es probable. Paradójicamente, una vez más, si bien de otro modo, una parte del mundo recientemente emancipado, acudirá a salvar a los *ci-devant* colonialistas.

¿Pero lograrán las sociedades industriales capitalistas superar la crisis sin sufrir algún terremoto social y político capaz de cambiar los supuestos del actual sistema socioeconómico occidental?

Esta es la pregunta.

EL hecho real, inmediato, derivado del aumento del precio del petróleo, aun en el supuesto de que no se corten los abastecimientos —si se cortaran sería el colapso inexorable, a corto plazo— consistirá en detraer, de pronto, de las economías consumidoras, una masa de recursos financieros del 3 ó 4% del producto interior bruto. Los bienes que esa cifra representa no podrán ser consumidos ni utilizados en inversiones a menos que esas sociedades gasten sus ahorros o se endeuden en la misma cuantía o produzcan nuevos bienes reales para cambiarlos —si efectivamente consiguen venderlos— con objeto de adquirir los nuevos recursos de pago necesarios. Este fenómeno se expresa, por de pronto, en forma de un aumento del precio del combustible con su correspondiente incidencia sobre los precios. La incidencia se ha calculado con fuertes desviaciones. La estimación más optimista, más baja, sitúa el efecto global directo sobre los precios en un 2%. En realidad, según toda razonable conjetura, será bastante más con mayor motivo al actuar sobre una coyuntura ya muy inflacionaria.

En semejante trance, la respuesta lógica sería la de un particular sometido a una prueba comparable, es decir, ahorrar por un lado, para disminuir el gasto todo lo posible, y trabajar más a fin de obtener mayores ingresos y tapar la brecha. ¿Se puede trasponer al plano social esta fórmula? ¿Es susceptible de ser impuesta al pueblo en una sociedad clasista? Además, los mecanismos del mercado cuando se adoptan o sobrevienen por la fuerza de los hechos ajustes de esta índole, provocan fenómenos recesivos cuya consecuencia es el descenso de la demanda y, por tanto, también, de la actividad productora. En una economía socialista, al estar la inversión en manos del Estado, se podría dar una respuesta a este fenómeno mediante la reactivación de tales o cuales sectores. Esto es menos factible en un sistema capitalista donde la inversión depende en gran medida de la decisión de los empresarios privados, gobernada, naturalmente, por las expectativas de beneficio. Por tanto, una opción deflacionaria consistente en imponer los altos precios del petróleo a la economía detrayendo del consumo esos fondos, aplicada sin paliativos, sería como forzar a un hombre a rendir mayor esfuerzo después de hambrearlo y depauperarlo. Quiere decirse que la estricta aplicación de las consecuencias deflacionarias de la subida

de petróleo debilitaría la capacidad de recuperación del sistema para crear nuevas riquezas destinadas a pagar los mayores costes de la energía.

De ahí que sea una política razonable compensar las erogaciones de fondos por causa del mayor coste del combustible, mediante una reinyección en el sistema de estímulos financieros tal como hace el presupuesto norteamericano, más bien inflacionario y en la línea de otros países que redujeron los impuestos y arbitraron ayudas a la inversión y subvenciones a favor de tales o cuales producciones y sectores para mantenerlos en actividad.⁴ Por otra parte, en alguna medida, ya se están derivando recursos hacia nuevas fuentes de energía y para la revitalización y reactivación de otras antiguas, tales como el carbón y los aprovechamientos hidroeléctricos, a los que se había renunciado. La construcción de centrales nucleares está siendo apresurada, obviamente.

Todo esto atenuará la incidencia recesiva de los más altos precios del petróleo. Al menos puede evitar un desastre como la gran crisis de 1929, según toda probabilidad. Pero, en cambio, echará leña al fuego —la vieja metáfora cobra hoy un sentido casi literal— de la inflación que ha infectado a todas las economías occidentales, llegando a provocar estrangulamientos en diversas partes del sistema. Esto introduce en la coyuntura un factor más turbador e inquietante por desconocido.

Entretanto se revelan los primeros signos de desocupación laboral en aquellas actividades más afectadas por la crisis, como la industria del automóvil, de gravitación preponderante. No parece posible evitar que estos focos recesivos se extiendan, primero, a las industrias auxiliares, después de todo el sistema y de una nación a otra hasta alcanzar, precisamente, a los mismos productores de materias primas. De un día para otro, en efecto, se espera un derrumbe de los mercados internacionales de productos básicos y materias primas.

Por el momento, sin embargo, la política de mantenimiento de la actividad, mediante recursos inflacionarios, parece evitar que sobrevenga este acontecimiento. Pero no debe olvidarse que la inflación misma, sostenida por un tiempo prolongado, al enrarecer las materias primas y dificultar, por tanto, la producción, pudiera precipitar el derrumbe que, por otro lado, previene con la fuerte pulsación de la demanda. La verdad es que los economistas se encuentran más bien perplejos ante unos hechos que presentan indudables notas de enigmática incertidumbre.

⁴ Por ejemplo, la industria pesquera hubo de ser subvencionada para evitar su paralización.

En suma: queremos llevar a la conciencia del lector que el problema del petróleo no es técnico ni de adaptación de los sistemas económicos e industriales al encarecimiento, tanto como un trance coyuntural pasajero pero sumamente peligroso, al menos para las economías de tipo capitalista y quizá también para las socialistas e incluso para las de los mismos exportadores de petróleo que pudieran ser víctimas de una inflación específica. El vado amenazador, el paso de la correntada, está aquí mismo, ahora mismo, en estos primeros años, en este primer lustro. Después, no. Esta es la cuestión que queríamos plantear para enfrentarla con la actitud y el modo de reaccionar de los pueblos ante esta prueba que se ha presentado así, por sorpresa, en medio de la orgía de la sociedad de consumo.

No es fácil pronosticar lo que pudiera suceder en los Estados Unidos, en otras naciones del Hemisferio Occidental, especialmente en Latinoamérica, y en el Tercer Mundo pobre. Por una razón u otra cada una de esas regiones o zonas del planeta estaba viviendo, al sobrevenir la crisis, su experiencia peculiar pese a la unidad fundamental creada por la expansión de los modos de vida occidentales, adoptados más o menos en el mundo entero. No estamos en condiciones de intentar siquiera un análisis, con mínimos títulos de validez, del impacto que ha de tener este sorprendente y no esperado acontecimiento en tan diversas esferas. Basta y sobra con que nos concretemos al ámbito que nos es más conocido: el de Europa Occidental. Y aun así tenemos conciencia clara de nuestra evidente insuficiencia para llevar a buen término este más circunscrito y modesto empeño.

Así, pues, diremos que el trance encuentra a Europa muy mal preparada para afrontar una experiencia de penuria. El continente estaba pasando por una fase de incremento sostenido de los salarios, muy diferente, en este y otros aspectos, de aquellos días de los "milagros económicos" cuando las demandas del proletariado eran más bien moderadas (notoriamente en Alemania e Italia) y la empresa pudo así acumular capitales y reinvertir a ritmo acelerado. Desde hace unos cinco años, los salarios suben a una tasa media anual del 10% y en algunos países del 14 y del 16 por ciento, con aumentos para ciertos gremios del 20 y el 30% y aunque sufrían el descuento de las fuertes tasas de inflación dejaban un saldo positivo de mejoramiento de la renta efectiva del asalariado.⁸ Este

⁸ Las naciones europeas más ricas, importadoras de mano de obra, han atenuado su inflación explotando a los trabajadores extranjeros inmigrados. El caso más patente es Suiza donde el coste de la vida subió el 10% en 1973 y los salarios sólo el 8% con lo que la empresa obtuvo muy buenos beneficios en la crisis, sin que haya habido conflictos sociales. El milagro se debe a

tiempo de euforia ha facilitado la aparición de una fórmula sindical no sin ciertas similitudes con el tradicional sindicalismo americano, conformista y avenido con el sistema.

¿Qué harán los sindicatos? ¿Qué, los partidos populares? Y, en definitiva, ¿cómo absorberán las inevitables tensiones las sociedades occidentales democráticas y las que no lo son?

Las organizaciones obreras europeas están enviadas, por así decirlo, en fáciles reivindicaciones de aumento de salarios, disminución de las horas semanales de trabajo y más dilatadas vacaciones. Si ahora, en estos días de dureza, ante la constricción del nivel real de las remuneraciones, se limitan a promover una mera agitación de paros y huelgas, se exponen seriamente a que el sistema, impotente para dar satisfacción a las demandas, en todo caso satisfacción real, reaccione con actitudes violentas y, en suma, de expresión reaccionaria. Las sociedades soportan muy mal y suelen pasarse al campo de la derecha autoritaria cuando se las somete a un tratamiento revolucionario prolongado sin revolución.

Los axiomas políticos de la izquierda europea en este momento son los de un socialismo dulce que puede mantenerse en vida, incluso relativamente próspera y con buena clientela, si los niveles de fruición y de consumo de las masas crecen sostenidamente. Este socialismo dulce o socialdemocracia reformista tiene su mejor escenario en la República Federal alemana, donde no aspira a interferir en el funcionamiento del sistema capitalista (ha renunciado a las nacionalizaciones, como se sabe) como tampoco interfiere en Suecia. A lo sumo, reivindica, aunque sin mucho calor, la cogestión de la empresa, un punto de programa con cierta apariencia avanzada, pero que, de hecho, es poco más o quizá poco menos que nada. Nos parece más real y efectivo, por cierto, el capitalismo popular. En Francia e Italia la fórmula es más confusa y peligrosa (para el proletariado, se entiende) pues contamina cierta pretensión de cambio estructural socialista con la idea de un socialismo bueno para todos y realizado por la vía democrática. Examinar esas ideas y esos programas de las izquierdas francesas, por ejemplo, produce consternación e inquietud y evoca el espectro ensangrentado de Chile.

Tenemos a la vista, como muestra del pensamiento programático de las izquierdas francesas, los esquemas de actuación elaborados por el Partido Comunista que no difieren mucho de los del socialismo, con vista a la prueba electoral de 1976, a la que irán aliados socialistas y comunistas. El autor es un joven economista, de nombre

que aumentaron los salarios de los trabajadores suizos pero no los de los extranjeros. Y ello sin perjuicio de cultivar abundantemente sentimientos racistas y "chauvinistas". Desgraciadamente es humana la paradoja.

Phillipe Herzog que, en una entrevista para el semanario *L'Express*, interrogado acerca de las consecuencias inflacionarias del programa, contesta: "La lucha contra el exceso de acumulación de capital producirá una deflación ("degonflement") sensible de numerosas cargas. Por ejemplo, las amortizaciones, los gastos de inversión y la utilización de los equipos existentes así como los costes financieros... "En suma, si no hemos entendido mal se trata de una operación que recuerda muy de cerca las fórmulas chilenas en cuanto se supone que un incremento del consumo, con plena utilización de los recursos ociosos del sistema, producirán una prosperidad capaz de absorber los efectos inflacionarios generados por el mismo proceso expansivo. Desgraciadamente esto no es verdad ni puede ser verdad y con mayor motivo si permanece la iniciativa de la inversión, en gran medida, en poder de particulares. Pero aun es peor lo que dicen algunos socialistas. Así, Gastón Defferre ("*Le Monde*", 15 de febrero de 1974) pone su confianza y también sus reservas de talento y de originalidad en un mecanismo jurídico, unas cuantas leyes que, sin cambiar nada, cambiarían todo para bien. He aquí esas leyes: una ley que haría obligatoria, compulsiva, la parte indicativa del actual Plan francés de Desarrollo. Es decir, los capitalistas invertirían, gestionarían, administrarían, trabajarían, planificados, no por el estímulo de las ganancias sino porque les obligaría una ley. Textualmente, afirma que, de este modo, la economía francesa, sin dejar de ser capitalista, dejaría de ser una economía de mercado. Otra ley represiva, por su propia virtualidad jurídica y mediante severos castigos, evitaría la fuga de capitales. Todo esto nos produce asombro y miedo.

La verdad es que tales programas y tales ideas tendrían que generar una elevación veloz de los precios, con caída de la inversión, quiebra de la balanza de pagos, incomunicación con las economías exteriores y el colapso. Este cataclismo será tanto más grave y peligroso en un régimen político que quiere ser democrático. Un socialismo armado, con poder militar propio, aun fracasado, podría defenderse. Un socialismo sin fuerza militar propia, aun cuando acreditara méritos ciertos, acabaría, una vez más, como acabaron otros ensayos parecidos. Cualquier ilusión en contrario es locura y temeridad. A nadie se le ocurriría operar a un paciente sin anestesia y sin ligaduras, aunque fuese para sanarlo. Por lo demás, es tan obvio y elemental, tan evidente que no puede ofrecer dudas serias a quienes esbozan programas tan carentes de realismo. Sucede probablemente que los condicionantes en que se mueven no les brindan otras posibilidades más racionales, y les colocan entre el renunciamiento y la ciega aventura.

¿Cuáles son esos condicionantes?

En primer lugar, las características de las sociedades en que se ven obligados a operar. Se trata de sociedades, en efecto, donde la mayoría de los individuos y de las familias han alcanzado un nivel de satisfacción, en cuanto consumidores que, relativamente a un pasado no lejano, configuran una era de abundancia, con el estímulo adicional de un progreso cualitativo que ofrece constantemente nuevos objetos —materiales— de interés y aun de fascinación. Por lo demás, millones de individuos han conseguido o están consiguiendo una segunda casa en el campo donde encuentra lenitivo, cada semana, la irritabilidad que transpira de la congestión urbana y de la atmósfera contaminada. Los ahorros invertidos en Bolsa, precisamente en acciones, han sido canalizados y están siendo administrados por instituciones financieras especializadas que contribuyen de verdad, sin decirlo, a crear un capitalismo popular. Todo esto es cierto. Y, claro está, no parece, efectivamente, un clima muy propicio para implantar, por la fuerza, un régimen socialista. Más bien cabría esperar que el nivel de desarrollo y la menor violencia de las tensiones se prestaran a una evolución suave y aceptada tanto por el proletariado como por las clases medias. Pero semejante teoría descansa en una hipótesis más ilusoria que confirmada o meramente probable: el supuesto de que las condiciones de vida, en la fase de cambio del sistema, fuesen satisfactorias o prometedoras para la mayoría de la población. Aquí radica, justamente, el problema, además de la reacción, violenta, según toda razonable conjetura, de los grupos sociales inevitablemente perjudicados.

Por otra parte, sean cuales fueren las condiciones objetivas, buenas, regulares, malas o deplorables, lo cierto es que faltan, en Europa, los esquemas que pudieran servir de molde revolucionario a las tensiones propias de una coyuntura recesiva y conflictiva. Por de pronto, no existe el proletariado como grupo social bien diferenciado y provisto de una cultura como la que animó y prestó fuerza, dignidad y combatividad a la clase obrera desde mediados del siglo XIX a los primeros años treinta de nuestra centuria. La cultura proletaria ha sido sustituida por una cultura de masas. Incluso la existencia de pequeños grupos de "gauchistes", movimientos sociales de expresión, carentes de proa y de sólida estructura ideológica y más aún de estrategia, no hace sino denunciar la ausencia de verdaderas fuerzas revolucionarias. En el pasado, los trabajadores tenían y leían revistas y periódicos de suma modestia tipográfica y de un contenido relativamente muy elevado. Vivían la experiencia excitante de recibir un mensaje de redención por vía oral mediante el contacto con compañeros y hermanos iluminados. Se creían en posesión de valores

éticos muy superiores a los de la clase enemiga que habitaba, si no las tinieblas exteriores, un reducto de pecado y de condenación moral. Se sentía el proletariado redimido de su humillación y del consiguiente resentimiento mediante una retirada al Aventino socialista que, a veces, era una realidad de cal y canto, en forma de barriadas obreras, levantadas por los propios trabajadores, suyas como su prensa, como sus lugares de reunión, como su cultura proletariada, como su fraternidad cálida, esas barriadas de Viena donde la socialdemocracia austriaca riñó una batalla contra el fascismo que acabó sellada por las horcas del canciller Dollfuss. Todo esto pertenece a un pasado muerto. No existe ya un modelo de vida, un ideal de vida proletario, un estilo cultural en secesión, un *Weltanschauung* de la clase trabajadora. Hoy, en Alemania, la nación más industrializada de Europa, el semanario comunista *Unsere Zeit* ("Nuestro Tiempo") —que no leen los obreros— registra una tirada de 40 000 ejemplares, cifra misérrima, al lado de las ediciones de los grandes rotativos, diarios y semanarios —que sí leen los trabajadores—: "Bild Zeitung", con 4 365 000, "Stern", 1 886 000 y "Der Spiegel", 1 070 000 ejemplares. Citamos estos datos a modo de contraste. No quieren decir que no haya en Alemania otras publicaciones izquierdistas y boletines sindicales incluso de cuantiosa tirada, millones de ejemplares, como "Metall", pero en definitiva ejercen poca influencia y no sirven ni ilustran a una cultura proletaria ni tampoco a un espíritu combativo del proletariado. ¿Cuál es la razón de que en Alemania no exista una prensa de izquierda importante? La razón es bien sencilla: porque no existe en este país tampoco, una izquierda política relevante, como en Francia e Italia.*

Pero, justamente, la prosperidad hedonista y a la vez amarga, golpeada por el infortunio y la frustración, debería ser el clima propicio para una revolución. Es un razonamiento que tiene lógica, incluso lógica histórica. Sin embargo, la lógica no siempre mueve los hechos o no los mueve siempre como nosotros imaginamos. Por lo demás, el mayor peligro reside, justamente, en que unas izquierdas sin programas válidos y mal preparadas accedieran al poder levantadas por una ventolera coyuntural. Lo más probable es que sirvieran de catalizador para algún bodrio reaccionario.

Entretanto, la democracia política ha entrado, no sólo en Europa, sino también en otras regiones del mundo, en una fase que no deja de recordar los días sombríos de los años treinta. Objetivamente, la situación política es peor pues los sistemas representativos pasan

* "Un país sin izquierda", Helenio Saña, INDICE. Madrid. Núm. 346, febrero 1974, p. 21. Los datos sobre tirada de los periódicos alemanes son de la misma fuente.

por un período de impotencia y, al mismo tiempo, de descomposición moral. Veamos, a este respecto, lo que dice un publicista francés: "Crisis mundial de la democracia... Europa se muere... Europa está sin timón. Burguesía, tu Europa se escapa... Descomposición del poder político, paralización general de las instituciones representativas... Watergate... Corrupción... Ningún gobierno democrático tiene la autoridad necesaria para gobernar, ni los medios para hacerlo, ni idea de lo que debe hacer... Por todas partes los dirigentes elegidos, legítimos, están paralizados por presiones que se anulan unas a otras. Parece como si estuviéramos en un fin de sistema. Los partidarios de los regímenes autoritarios o totalitarios, ganan terreno, y su fórmula parece prometedora. El canciller Brandt no vacila en hacerle a un amigo la confidencia de que, de aquí a veinte años, será el fin, según él, de la libertad en Europa".⁷

Según esto, el reducto abandonado o vacío de la democracia podría caer bajo el dominio de fuerzas totalitarias o autoritarias cuyo color ideológico no se predice. Pero el autor de este planto nos dice que tales verdades no son las únicas en la situación y que hay motivos de esperanza. Así es, por otra parte.

Quienes recordamos aquellas lívidas vísperas de la arrogante expansión del fascismo, por el año 1936, sabemos muy bien que no nos encontramos en un clímax social y político como aquél. El golpe que sufrieron estas ideologías por el desenlace de la contienda de 1939-1945, aunque no haya extinguido la simiente totalitaria, parece haber sido suficiente para impedirle retoñar con fuerza al cabo de treinta años. Por lo demás, no se advierte, tampoco, la difusión de una doctrina de este tipo, seductora, o, al menos, no la conocemos.

En suma: si, como hemos dicho, no existe un movimiento de izquierdas capaz de hacerse cargo del poder con alguna vislumbre de éxito, tampoco ha aparecido, hasta el momento, un sucesor del totalitarismo de derecha, derrotado en la última guerra.

¿Cuál es, pues, la esencia, el rasgo definidor, la característica de la actual sociedad europea? Todo indica que se trata de un estado social muy parecido al período helenístico de la Antigüedad en el que se carece, como entonces acontecía, de estructuras filosóficas e ideológicas capaces de informar el sistema. En aquellos días, el Imperio romano, con su eficaz —y también implacable— máquina militar y administrativa, suplió la carencia de esquemas doctrinales y emocionales de la civilización valiéndose de un duradero y fuerte

⁷ Jean François Revel, "Les démocraties en crise", *L'Express*, 11-17 de marzo de 1974, p. 14. La confidencia a que aquí se alude se la hizo Brandt, según otras fuentes, a Palmer, su colega sueco.

aparato ortopédico. Este papel estuvo a punto de desempeñarlo, en Occidente, es decir, en el mundo no socialista actual, el imperio norteamericano. Pero su dominación es menos estricta, deja vanos entregados a fórmulas regionales subsidiarias. Creo que las organizaciones supranacionales, como la Comunidad Económica Europea —también en crisis por otra parte— y otras asociaciones que la imitan, generalmente con escasa fortuna, pertenecen a esa suerte de armazones sustitutivas de una estructura íntima de la sociedad occidental, y vienen a ser fórmulas regionales de un aparato ortopédico que, en parte, suple y en parte concurre o compite con el imperio universal americano.

Ahora bien: el imperio romano no creó ninguna filosofía explícita para fundamentar su sistema político. Incluso utilizó las instituciones republicanas y, desde luego, las posiciones doctrinales ya elaboradas y vigentes de su tiempo, tanto en materia religiosa como política. Es precisamente lo que puede suceder como consecuencia de la crisis actual. Así, de manera semejante, el vacío ideológico y la carencia, en el mundo occidental moderno, de soluciones aceptadas ampliamente como válidas, muy bien pudiera conducir a una solución pragmática autoritaria que tendería, por el peso natural de las cosas, a caer hacia el fondo espontáneo conservador y reaccionario a que propende, por gravitación natural, toda sociedad sin fe, sin ideales aunque conjeturamos que en el caso invocaría valores como la "democracia", "la justicia social" y la "libertad".

Por lo demás, es posible que se suscite un movimiento de masas —de izquierda o de derecha— en el próximo futuro, basado, en cuanto a su fundamento emocional, en el repudio de la sociedad de consumo y de complacencia y en ideales de rigor, un retorno a la dureza y a las fuentes de una salud austera. Es un tema digno de ser tratado aparte y extensamente.

Finalmente añadiremos que, en nuestro análisis, hemos olvidado toda alusión a los factores externos, a las tensiones y conflictos internacionales —armados, por otra parte, del poder que sabemos— susceptibles de interferir en los procesos, de escala provincial, a que nos estamos refiriendo. En realidad no hemos dejado de tener a la vista estas poderosas y probables interferencias, pero su tratamiento lógico excede los límites de la presente reflexión, y quizá, también, la capacidad del articulista.

CIENO EN LA CATEDRAL IMPERIAL

Por *Francisco MARTINEZ DE LA VEGA*

EL escandaloso proceso avanza, con lentitud formalista en su cauce jurídico, con ritmo de impresionantes avances en sus canales políticos hacia tres metas posibles: el enjuiciamiento del huésped de la ya no muy blanca casa de Washington; la renuncia del Presidente Nixon y el término de su segundo mandato, en condiciones de extremo desprestigio no sólo personal del gobernante en entredicho sino del mínimo de autoridad moral necesario que debe acompañar al funcionario de más alto nivel; al comandante de las fuerzas armadas; al jefe del Estado del país más poderoso de nuestra época. Pero, ¿se trata sólo de la deficiente conducta de un hombre de gobierno en este proceso cuyo uno de sus aspectos es la revisión a fondo de las normas ideadas para armonizar —como se pensó siempre— o para hacer chocar sus contradicciones inevitables, ante nueva composición de los reales factores de poder en la potencia imperialista?

Más que sus nauseabundos detalles; mucho más allá de la reacción puritana ante la deshonestidad mayor y menor del primer ciudadano del país de Lincoln; mucho más allá, también, de una lucha entablada en el seno de la república por hacer notoria —y heroicamente republicana— la defensa de las atribuciones de cada uno de los tres poderes de la Unión; adelante de los límites nunca precisados de la batalla de la gran prensa norteamericana por una libertad de expresión básicamente respetada por tradición inviolable, ¿no hay en este caso múltiples razones para advertir que las normas clásicas del gobierno de la república no son ya útiles para el principalísimo factor de poder —las gigantescas concentraciones de capital en un solo rubro, personal o colectivo— en esta etapa de su desarrollo imperialista?

Estas dudas, sin embargo, no llegan a poner en entredicho las exhibiciones de corrupción como signo del propio Presidente, del Vicepresidente destituido y de la impresionante lista de miembros del personal de confianza de Richard M. Nixon. Pero parece absurdo conceder que toda esta invasión de cieno en la Casa Blanca tenga por origen único el desprecio que por las normas de ética

siente el ciudadano elegido por una abrumadora mayoría de electores en el país más apreciado por la democracia representativa dentro de la atmósfera capitalista. Sólo un politólogo solemne, en cátedra para posgraduados en ciencias políticas, puede aislar y contrastar los matices que distinguen a los dos partidos "clásicos" fuera de las pugnas concretas por las cosechas electorales. Pero es llevar las teorías y las sutilezas demasiado lejos, hasta terrenos de fantasía y bizantinismo excesivos, explicar las circunstancias que han hecho de republicanos y demócratas en el Congreso un frente común de impacientes defensores de la soberanía del Poder Legislativo y censores catonianos de las digamos debilidades presidenciales. Sí, primero fueron los demócratas quienes alteraron los cauces normales de las "aguas negras" de la organización gubernamental pero, a poco, los compañeros de partido del titular del Poder Ejecutivo fueron los más agresivos y hostiles jueces. Ahora, el drenaje gubernamental muestra múltiples desviaciones y su corriente no se lleva a desahogar aguas adelante del Potomac, sino que, curiosamente, todas esas desviaciones conducen el cieno putrefacto y mal oliente a los salones de la residencia presidencial, esto es, a la catedral misma del imperio.

No es aventurado suponer pues, en toda esta novela policíaca, un final sorprendente. Nixon enjuiciado; Nixon condenado. De acuerdo con el "scip" se hundirá el hombre pero se salvarán las "instituciones republicanas". ¿Se salvarán? Quizás cuando la capacidad de la Casa Blanca como receptora del cieno sea rebasada, el drenaje sufra otras desviaciones hacia el propio Congreso o la Suprema Corte. Es decir, hacia los tres templos del sistema.

Fiel a su propia imagen, el asediado Presidente Nixon no muestra señales de rendición y parece dispuesto a pelear contra toda evidencia, contra todo cargo. Ha vacilado, frecuentemente, en cuanto a procedimientos tácticos. Pero ha sido firme en su decisión de no renunciar, esto es, de no rendirse. Las cintas magnetofónicas deladoras no iban a entregarse a los jueces; después se entregaron algunas y no completas. A partir de esa parcial entrega de las cintas que reproducen las conversaciones "íntimas" del Presidente con sus asesores y asistentes, en diálogos más propios del "patio de Monipodoio" que de la residencia presidencial, se ha mantenido la decisión de no entregar más. Nixon se escuda en una fortaleza "técnica". El Presidente no puede abdicar de sus atribuciones en todas las materias, pero menos en las que involucren la "seguridad nacional". Quien califica, en todos los casos, si un asunto afecta o es ajeno a esa sacralizada, pero no precisada, "seguridad nacional" es el propio Presidente. ¿Entonces?

Por encima de las particularidades de este sucio proceso, el mundo emplea aún lo que pueda quedarle de la capacidad de asombro al comprobar cómo el prestigio internacional de los Estados Unidos, tan venido a menos, no alteraba la serenidad de los muy puritanos censores de Nixon y cómo, por curiosa paradoja, el enlodado Presidente Nixon es mejor visto en la Unión Soviética y en China, que en el seno de sus aliados de Europa occidental, donde la antes todopoderosa OTAN lo sigue siendo sólo formalmente pero, después de las tempestades del dólar y de las maniobras de Kissinger en el Medio Oriente cuyo único resultado palpable, hasta hoy, ha sido triplicar los precios del petróleo y con ello, las ganancias de los consorcios del oro negro, la conmovedora solidaridad del corazón europeo con el Tío Sam parece tan lesionada como lo que reste en pie, a pesar de las reiteradas declaraciones diplomáticas de nuestros cancilleres, del prestigio y de las esperanzas que pudiera haber hecho concebir, contra toda razón, la Organización de Estados Americanos.

Ese deteriorado espíritu de solidaridad con la Unión Americana, obvio en la Europa de nuestros días, recibe un nuevo hachazo con la comprobada protección del Gigante Imperial a la ensangrentada Junta Militar de Chile. En efecto, el repudio contra los Generales del Genocidio, contra la Junta Militar apoderada del gobierno sobre el cadáver de Salvador Allende y los miles de víctimas de esta "acción salvadora de la civilización" adquiere, a medida que van conociéndose mejor los procedimientos del comando de Pinochet, dimensiones sin precedente. En la misma Europa, tradicionalmente tan desdeñosa de los dramas latinoamericanos, de los cuales sólo veía un "pintoresquismo" que afirmaba su orgullosa convicción de superioridad absoluta, ese repudio se convierte ya no sólo en un rechazo ético, de moral abstracta, sino de una ofensiva contra lo intolerable, lo inconcebible de las características del régimen del Comandante Augusto Pinochet y cómplices que lo acompañan. Suecia, después de la noble misión de su último Embajador en Santiago, Edelstrom, se aleja, asqueada, de esa relación protocolaria; Wilson, Primer Ministro de Inglaterra, recuerda el nombre de su partido Laborista y anula un compromiso de compra-venta de armas concertado antes de la madrugada del 11 de septiembre del año pasado y considera que no puede, a precio alguno, poner en manos de ese comando en guerra con los obreros de su país, armas que refuerzan la capacidad de fuego empleada contra su propio pueblo; Italia mantiene su misión diplomática en Santiago encargada, según declaraciones del canciller chileno, a un turista cuya visa ya se venció. En Francia la opinión generalizada en izquierda, centro y derecha, es de rechazo frontal al gobierno castrense de Chile y su

prensa expone esa reacción con frecuencia. En nuestra América, a pesar de la abundancia de regímenes de fusil y bota fuerte, la situación no es mejor. Colombia retira a su Embajador y proclama su inconformidad con los procedimientos del gobierno de Pinochet en cuanto a violaciones al pacto de garantía del derecho de asilo; en México, el diario más importante e influyente —Excelsior— en impresionante proceso de actualización profesional e ideológica desde que se hizo cargo de su dirección Julio Sherer García, empeñado en disipar la imagen reaccionaria y "anticomunista" de su diario, exhibió en un golpe periodístico de la mejor factura y más noble aliento, la situación en que viven los chilenos y exhibe en una entrevista directa, frustrada en un principio por la indignación del "señor Comandante" con el "señor Periodista" y, finalmente, concentrada a un cuestionario y las correspondientes respuestas por escrito, todas las peculiares características de la política ruda y de la personalidad de un jefe de cuartel en frustrados alardes de sutileza dialéctica. En los documentos publicados por Excelsior, de México, figura un impresionante relato —hecho por la viuda— del proceso atormentado e infernal que llevó a la muerte a José Tohá, Ministro del gobierno de la Unidad Popular. Estas revelaciones del drama de Chile no sólo causaron un poderoso impacto en la opinión pública mexicana sino que sus principales capítulos fueron reproducidos —y comentados— en los más influyentes órganos periodísticos de Estados Unidos y de Europa. Pocos días después de las publicaciones del diario mexicano, el Canciller de la Junta Militar, Almirante Huerta, emitió unas declaraciones en las que se quejaba de Inglaterra, de Italia, de Colombia y, como al paso, señaló a México como un país interesado tan sólo en provocar problemas a su país y atribuyó sólo a ese propósito, el hecho de que el gobierno mexicano haya asilado en su misión diplomática en Santiago a más de setecientos perseguidos políticos. De acuerdo con esa tesis, México no respetó su propia tradición en cuestiones de asilo, como lo hizo en el caso de la República Española y en infinidad de otros en los países de nuestra América ante tempestuosas circunstancias políticas, sino sólo para provocar dificultades a los perseguidores.

Toda esta enumeración de expresiones concretas del repudio generalizado a los procedimientos de la Junta Militar Chilena demuestran que en esta vez —como nunca antes— un golpe militar sanguinario que detiene un proceso democrático en un país de América, sacude la conciencia universal, tantas otras veces indiferente a lo que suceda en el "traspatio de los Estados Unidos".

Pues bien, las proporciones y justificaciones de ese generalizado rechazo al genocidio gubernamental en marcha en la patria de Neru-

da pone de relieve el verdadero carácter de su más decidido y resuelto protector: el gobierno de los Estados Unidos. Cada vez con más concreción se asoma, en los comentarios de la prensa internacional, esta circunstancia de que sea el gobierno del Presidente Nixon, sí, el huésped negro de la Casa Blanca, no como una mera coincidencia sino como la expresión de una inevitable relación de causa a efecto el protector del régimen castrense. En efecto, el gobierno que llevó su afán de dominio mundial a los prolongados horrores de Vietnam tiene que ser, congruentemente, el mismo impulsor de los gobiernos militares en los países de América Latina y, dentro de ese panorama, padrino, tutor y consejero decisivo de esta singular Junta Militar Chilena, organismo que ha roto todos los ya de por sí impresionantes "records" de primitivismo gubernamental en esta castigada región del mundo: la América Latina.

*Elección Trascendente;
Victoria Técnica*

EN el transcurso de ese proceso de la "compuerta" de las aguas negras de Washington y mientras el mundo renovaba su capacidad de asombro ante el genocidio chileno, la Francia —ya no de De Gaulle— planteaba y resolvía un inquietante proceso electoral para elegir al sucesor del Presidente Pompidou, fallecido unas semanas antes.

Mil y un pronósticos —impresionantemente certeros a la vista de los resultados— anunciaban, tanto en la primera vuelta como en una prevista reiteración de la consulta electoral, un reparto muy parejo de votos. En la primera vuelta el antaño poderoso bloque de centro-derecha, empeñado en la ilusión de un "degaullismo" sin De Gaulle, fue superado por la coalición progresista, redondeada por la retrasada reconciliación de los partidos socialista y comunista pero la fórmula vencedora no obtuvo la mayoría requerida —mitad más uno— para alcanzar jerarquía de última palabra. Las divisiones entre los dos principales sectores digamos "degaullistas" están previstas pero se cultivaban esperanzas de triunfo elocuente, decisivo no sólo en los milésimos registrados, sino en la expresión electoral de una patente preferencia de los electores. Entre esa primera y la segunda y definitiva consulta, los auscultadores y pronosticadores fueron advirtiendo una inclinación más firme hacia la candidatura izquierdista de Mitterrand aunque no tan clara como para vencer a las fracciones ya unificadas de su rival. Y en efecto, el resultado fue un 49.7 por ciento en favor de Giscard y 49.3 para la alianza

de los partidos socializantes. Se trata, como lo ha visto el mundo entero, de un resultado muy trascendente en la evolución política de Francia y, al mismo tiempo, de una victoria más bien "técnica" de los electores, apenas mayoritarios, que conservan un santo horror hacia el socialismo. Esto es, desde luego, una apreciación muy simplista de la enmarañada madeja de sutilezas, reacciones y contrarreacciones pero, en última instancia, estos simplismos suelen ser lo que queda para la historia, barridas por el tiempo las circunstancias transitorias. La fina sensibilidad gala, alérgica a esas consideraciones simplistas y tan dada a buscar sutiles complicaciones en todo para nutrirlo de interés y de reto, impuso en la campaña de la segunda vuelta una curiosa coincidencia entre los candidatos. Giscard mostró una obsesiva y estratégica preocupación por atenuar su peculiaridad ideológica derechista mientras su rival, Mitterrand, se afanaba por tranquilizar a quienes, en el fondo, temían una acelerada implantación del socialismo. De todas maneras, a pesar de esas sutilezas estratégicas dos hechos quedan claros: el temor al socialismo no obnubila ya al elector francés; la izquierda obtiene, en esa mínima derrota en los cómputos, la victoria más trascendental. El virtuosismo tradicional de la política francesa lanza su reto más sorprendente y ese reto se formaliza en las dificultades que Giscard encontrará, a cada paso, para gobernar con la mitad, bien contada, del electorado en contra.

Los políticos franceses han cultivado ese virtuosismo, desde antes de la V República, en maniobras clásicamente parlamentarias y alianzas efímeras, a cada paso concertadas y al siguiente rotas, para impedir que el partido de mayor arrastre electoral, el comunista, llegue al poder. Ahora Giscard está en el filo de la navaja. Su tan precario triunfo lo encara con la máxima dificultad de una responsabilidad gubernamental plena ante un electorado cuya preferencia está partida —a pesar de esos milésimos de diferencia— por mitad. Por lo pronto, mantiene una mayoría en el Parlamento pero esa ventaja no puede ser permanente, pues está unida a la marea política. Nunca un gobierno estuvo, al iniciarse, tan sin ventaja frente a sus rivales formalmente vencidos y nunca, también, una oposición ya reconocida como la mitad del electorado, tiene tanta potencialidad combativa sin las responsabilidades de gobierno ¿Quién venció? La respuesta no puede sintetizarse en la muy precaria mayoría de votos. El manejo político de esa situación, por parte del gobierno tanto como de la oposición, habrá de decidir, quizás muy pronto, los caminos de Francia y, en cierto modo, los de Europa.

Desde luego, pierde vigencia la opinión, hasta antes de esta elección, que consideraba verdad sabida y cosa juzgada, el predo-

minio del terror al comunismo como factor clave en la política de Francia. Muchos buenos burgueses, con ahorros bien seguros y cuidados, han bendecido con su voto la poderosa alianza de los partidos socialista y comunista. Todavía un representante de las "cien familias" tradicionales recibe la oportunidad de gobernar, pero todo hace razonable suponer que no habrá, en el futuro, muchas más de esas oportunidades.

En la política italiana, el veredicto en favor del divorcio rebasa, como es obvio, su objetivo concreto. El Vaticano y la Democracia Cristiana se lanzaron a fondo en esta cuestión en contra de la legalización del divorcio. Un poco incomprensible resulta esta actitud vehemente que llegó a extremos de considerar al divorcio legal como una muestra de tan absoluta degeneración social que haría caer, sobre toda Italia, el divino castigo sufrido por Sodoma y Gomorra. El resultado, manteniendo la ley del divorcio, es un síntoma de que el calendario, en su ininterrumpido proceso, va dejando atrás muchas de las obsesiones inevitables del pasado. La imagen progresista de la Iglesia, después del Vaticano II, ha recibido un golpe muy fuerte en su propia atmósfera y la Democracia Cristiana, subordinada a sus limitaciones irrebables, pierde en este referéndum no una batalla sino, muy posiblemente, su larga preminencia y dominio políticos en la Italia de la posguerra.

A este panorama agreguemos el renacimiento de un Portugal abrazado a los fantasmas de su remoto poderío colonial, con una revolución más espectacular, en sus primeros días, que sólida y bien definida en sus alcances y propósitos. Portugal, por conducto de un general de viejas devociones fascistas —Spínola— pero resuelto a dar un final realista al problema colonial de su país parece dispuesto a poner al día su calendario y a mirar un poco más directamente al mundo que lo rodea que no es —en verdad obvia— el mundo de Enrique el Navegante. Por lo demás, las primeras esperanzas que hacían suponer una primavera democrática han ido asentándose. El nuevo gobierno no es, en manera alguna, el concebido y logrado ideal del catedrático-dictador, Salazar. Se trata de un progreso evidente; de una apertura real que adquiere su verdadera dimensión al compararla con la atmósfera del día anterior al estallido y que es subestimado al valorarlo en cotejo con Francia. El proceso democratizador se ha iniciado. Esto es un hecho. Y todas las perspectivas, a su tiempo, estarán abiertas.

Hay un cambio en la relación de fuerzas internacionales. El incansable Kissinger arregla todos los días los problemas del Medio Oriente que al día siguiente se desarreglan. Como lanzadera va de Siria a Israel; de Israel a Egipto; de Egipto otra vez a Israel. Y

los viajes del profeta armado de la paz, encarecen el petróleo, pero no lesionan la aureola de genio del negociador viajero, quien tiene ya tan impresionado al sucesor de Nasser como los reporteros de la reunión de Cancilleres de América y el apéndice de Atlanta, de la todavía viva OEA aseguran que se muestra, en su trato con Mr. Kissinger el canciller Rabasa. Mientras el señor Kissinger cosecha admiraciones y cautiva corazones de gobernantes, los palestinos, desesperados, se apoderan de un asilo, toman a los niños asilados como rehenes y los israelíes entran a la conquista a sangre y fuego y entre secuestradores y salvadores matan a los niños.

Sí, el mundo sigue su marcha, como decía un viejo noticiero cinematográfico yanqui. En Washington el cieno se apodera de la catedral de la democracia representativa; en Francia la elección presidencial culmina en una muy valiosa derrota y en una victoria comprometedora y en Chile, el general Pinochet consigue, a fuerza de constancia y firmeza de convicciones dictatoriales, cosechar el más generalizado repudio en la historia de los cuartelazos sangrientos de nuestra América. Pero en el viento se advierten presagios. El mundo es impulsado por los vientos de la historia hacia la izquierda. Los sometidos se convierten en rebeldes y los peligros de una nueva guerra se atenúan y desvanecen.

La gran potencia imperial concentra todas sus aguas negras sobre la Casa Blanca y Richard M. Nixon queda despojado de toda autoridad moral para dirigir la nación más poderosa de nuestro tiempo. Años de confusión y de reajuste; de rectificaciones, de avances impresionantes y retrocesos inverosímiles. Pero, reiteremos, el viento nos trae presagios de una transformación propicia en la relación del hombre con el hombre, tanto en ámbitos nacionales maduros, como en las rutas de ese tercer mundo juvenil, explotado y hambriento, pero certero en sus impulsos, tenaz en su marcha en busca de la liberación.

EL SAQUEO DE AMERICA LATINA — NUEVA VERSION DE LA LEYENDA NEGRA

Por *Jorge MOTTET*

"De las astillas de las cátedras destruzadas por el despotismo, haremos tribunas para enseñar la justicia y predicar la libertad. . ."

José Manuel Estrada.

EL hondo drama que afecta a América Latina desde el tiempo de su descubrimiento y colonización ya ha sido dicho por la historia. "La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder. Nuestra comarca del mundo que hoy llamamos América Latina fue precoz: se especializó en perder desde los remotos tiempos en que los europeos del Renacimiento se abalanzaron a través del mar y le hundieron los dientes en la garganta".¹ Pero aquellos que originariamente fueron responsables de la inicua explotación del aborigen y sus riquezas, han sido seguidos por otros en eras más modernas, con técnicas más avanzadas en la vergonzosa tarea de rapiñar nuestras fuentes de recursos y abusar de nuestros pueblos.

Pero la hora del cambio y de la redención ha llegado para América Latina. El caos que las naciones más poderosas han creado en el mundo —y del que ellas mismas son víctimas— debe servir para demostrarnos que es tiempo para que los latinoamericanos nos unamos para no caer en ese torbellino y miremos hacia adelante concientes de nuestras fuerzas, pero sin perder de vista la amarga lección del pasado ni las acechanzas del futuro. Nuestros hombres se están poniendo de pie, con fe y optimismo, y no están dispuestos a seguir siendo atados al yugo de los todopoderosos. La lucha será ardua y para triunfar tendremos que mantenernos coherentemente

¹ Galeano, Eduardo, "Las venas abiertas de América Latina". Editorial Siglo Veintiuno, Editores. Buenos Aires, 1973, p. 3.

unidos y no dar ni un paso atrás. En esa fraternal unión encontraremos la mejor arma para erradicar toda forma de imperialismo de nuestras tierras y proclamar el sagrado concepto de soberana autodeterminación de los pueblos, que tanto se predica pero tan poco se aplica.

La postergación latinoamericana tiene raíces muy profundas que se adentran en el origen mismo de una historia llena de abusos y frustraciones. Valga decir al respecto que ese largo proceso de explotación comenzó el 12 de octubre de 1492, aquel día en que Rodrigo de Triana, vigía de la carabela "La Pinta", dio el grito de "¡Tierra!", y en el momento mismo en que Cristóbal Colón desembarcó en lo que hoy es una de las Islas Bahamas. Desde entonces y casi sin solución de continuidad, lo que hoy llamamos América Latina, Hispano América, Ibero América, o Indo América —como la bautizara el político e indigenista peruano Raúl Haya de la Torre— ha sido objeto de una sistemática explotación.

No es el propósito de este trabajo escharbar en la historia de aquellos tiempos, pero baste solamente recordar que al llegar a estas tierras los conquistadores encontraron avanzadas e importantes civilizaciones que subyugaron y destruyeron, cuyos exponentes han quedado como reliquias históricas que hoy nos maravillan. Particularmente las civilizaciones mesoamericanas de los Aztecas y de los Mayas y la andina de los Incas, son manifestaciones que hablan elocuentemente de ese grado de adelanto y esplendor que no pudo sobrevivir a la codicia de los usurpadores. Sus organizaciones socio-políticas, sus avanzados métodos económicos, sus sistemas de riego, su arte, su ciencia, su religión, y su arquitectura, hoy todavía asombran al mundo de la investigación.

Sin embargo, el oro y la plata de la meseta mexicana y del altiplano andino sumado a valiosas especias, tuvieron más valor para los conquistadores que el respeto a las más elementales leyes humanas y naturales. Fue así que lo que debió haber sido respetuosamente protegido fue sistemáticamente avasallado, al extremo que el mismo habitante autóctono dueño de todas esas riquezas, no sólo las perdió junto con su libertad e independencia sino que fue puesto al indignante servicio del conquistador.

En el siglo xv el misionero dominicano y humanista español Bartolomé de las Casas en su "Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias", hizo un patético reporte de los abusos cometidos por los conquistadores en perjuicio de los indios y combatió con denuedo un sistema que representaba la más oprobiosa explotación. Su relato dio origen a la "Leyenda Negra", que circuló por Europa para desprestigiar de España y que representaba la más clara repre-

sión de repudio por la actitud abusiva y esclavizante de los que vinieron a "civilizarnos". Más tarde dicha leyenda fue tildada de exagerada, a pesar de lo cual los excesos cometidos han quedado como evidencias incuestionables de la historia de una época plagada de hechos que merecen la total reprobación del sentido más elemental de consideración y respeto que debe regir la conducta de los hombres.

La verdad es que la mayoría de aquellos que siguieron a Cristóbal Colón vinieron a estas tierras simplemente movidos por la codicia y el afán de enriquecerse en corto plazo. Ninguno de ellos trajo a su familia consigo ni pensó en establecerse permanentemente en América. Nuestras indias les sirvieron de concubinas y sus hijos fueron guachos y parias. Al principio los teólogos no sabían si los indios eran hombres o animales y, al decir del profesor norteamericano Ronald Hilton, "El resultado de la conquista, a pesar de las declaraciones de la corona española, fue que los indios se convirtieron en una masa oprimida, callada, miedosa y resentida".² Todos los conquistadores ambicionaban regresar a España o Portugal para disfrutar el resto de sus días del botín obtenido. Y así siguió el flagelo de nuestros pueblos que —dicho sea de paso— ya existían como tales antes de que los españoles y portugueses los descubrieran.

Pero el foco principal de este trabajo no es el revisionismo de la época de la conquista. La historia es irreversible y ya no podemos modificar el pasado. Sólo se ha pretendido ordenar los primeros acontecimientos para señalar otra forma de subyugación más moderna y sutil que todas las anteriores: el neocolonialismo norteamericano y las empresas multinacionales, como una nueva y más peligrosa versión de aquella leyenda negra.

En 1961 el senador de los Estados Unidos William Benton escribió que "la voz de América Latina tiene muchos acentos" y esbozó una defensa de nuestros avasallados derechos. Hoy, a más de trece años de aquella afirmación, podemos asegurar que los acentos de dicha voz están adquiriendo tonos dramáticos, llenos de reprobaciones, en los cuales los Estados Unidos se llevan la mayor parte. Pero para comprender la magnitud del actual problema se hace necesario mirar retrospectivamente a la historia de los hechos. Quizás el hecho de que dicho país ha desarrollado un cándido y peligroso sentido de seguridad geográfica e inexpugnabilidad continental ha llevado a los hombres de sus gobiernos a tener una distorsionada figura de la realidad y a descuidar peligrosamente

² Hilton, Ronald, "La América Latina de ayer y de hoy". Editorial Holt, Rinehart y Winston, Inc., New York, 1970, p. 19.

un continente que comienza en el hidalgo México y se extiende hasta el polo sur.

La subestimación de nuestras naciones es una evidencia que no resiste el menor análisis y se ve claramente expresada en la vida cotidiana del norteamericano, en la prensa escrita, hablada y televisada, en los avisos comerciales, en los insuficientes programas de estudios latinoamericanos, y en la posición misma del gobierno, cualquiera que sea el partido gobernante. La propaganda distorsionada ha llevado al término medio norteamericano a creer que sus vecinos del sur —sin que importe el país— son ciudadanos de segunda clase. Normalmente tienden a identificarlos con grandes sombreros, largos y negros pelos y bigotes, tez cobriza, pistolas al cinto, haraganes e inclinados a la violencia. También tienden a creer que cualquier positiva realización en América Latina se debe a la intervención de los Estados Unidos y a sus "generosos" programas de ayuda, restándole mérito al esfuerzo individual de las naciones.

Hay una pregunta que perpleja a muchos norteamericanos y ha motivado incluso una canción popular muy en boga en estos momentos.³ Simplemente no comprenden por qué los países subdesarrollados del mundo y particularmente los latinoamericanos, lejos de estar agradecidos por el amparo norteamericano, los repudian y escriben en todas las paredes el infamante slogan: "Yankee go home". La respuesta puede ser encontrada en las mismas estadísticas y en lo que ha dicho el señor Galo Plaza —un buen amigo de los Estados Unidos y del Presidente Nixon, y actual Secretario General de la Organización de Estados Americanos. De los 130 billones invertidos por los Estados Unidos en América Latina durante la década del sesenta, un poco más de 120 billones provino de América Latina misma. Los números no mienten, hablan por sí solos y no necesitan ninguna elaboración para demostrar la verdad. Además, no muchos pueden tener mejor acceso a las estadísticas que el propio Secretario General de la Organización de Estados Americanos.⁴

En esta nueva versión de la leyenda negra —que podríamos decir comienza con la misma independencia de las repúblicas latinoamericanas— el sello de la explotación y del colonialismo ha sido la marca más evidente. Y en ese largo inventario de abusos —que incluye una imperdonable postergación que ha colocado a América

³ La canción se llama "Americans" y ha sido escrita por un canadiense que ya ha ganado millones con la venta de discos y cintas magnetofónicas.

⁴ Plaza, Galo, "Latin America Today and Tomorrow". Editorial Acropolis, Washington, D.C., 1972, p. 34.

Lo mismo fue expresado por el Sr. Plaza al autor de este trabajo en una entrevista personal en Washington, el 23 de febrero de 1973.

Latina en condición desventajosa en la competencia mundial— los latinoamericanos no encuentran muchas cosas por las que no hayan pagado un exorbitante precio.

Los anhelos expansionistas de los Estados Unidos están perfectamente identificados en el espíritu mismo de la famosa doctrina del Presidente Monroe, expresada a través de su mensaje del 2 de diciembre de 1823. Al tiempo que el mandatario norteamericano denunciaba las intenciones de la Santa Alianza de intervenir en los asuntos de las nuevas repúblicas latinoamericanas, expresaba también que su gobierno interpretaría cualquier interferencia europea en esta parte del mundo como una manifestación de hostilidad contra la propia soberanía norteamericana. El mensaje explícito era netamente defensivo y al mismo tiempo que cerraba las puertas a toda posibilidad de colonización europea en las nuevas e incipientes naciones latinoamericanas, las abría para el neocolonialismo norteamericano.

En 1845, veintidós años después de la enunciación de aquella doctrina, el Presidente Folk expresó en un mensaje que resultaría un importante eslabón en la política exterior norteamericana: "La rápida expansión de nuestras colonias sobre nuestros territorios hasta ahora desocupados, la añadidura de nuevos estados a nuestra confederación, la expansión de los principios de libertad y nuestra creciente grandeza nacional, atraen la atención de las potencias europeas y últimamente algunas de ellas han esbozado la doctrina de un equilibrio de poder en este continente para detener nuestro avance. Los Estados Unidos desean sinceramente mantener relaciones de buen entendimiento con todas las naciones pero no pueden permitir en silencio semejante intromisión europea en el continente norteamericano. . . Hace casi un cuarto de siglo, en el mensaje anual de uno de mis predecesores, se proclamó al mundo el principio de que 'A partir de ahora, dada la situación libre e independiente que han asumido los continentes americanos, ninguna potencia europea podrá considerarlos aptos para futura colonización' ".

Si todavía existía alguna duda sobre cuáles eran los verdaderos propósitos de los Estados Unidos y de la psicología de su expansionismo imperialista, ellos quedaron perfectamente en evidencia en abril de 1846, durante la guerra contra México, y en el Tratado de Guadalupe Hidalgo firmado 21 meses después de iniciadas las hostilidades.

Esas circunstancias tan amargas en la historia mexicana están expresadas con una realidad conmovedora en las páginas introductorias del libro del estudioso e historiador mexicano Jesús Silva Herzog "El pensamiento económico, social y político de México

1810-1964". La codicia norteamericana se vio favorecida por la situación incierta de la política del país y por la actitud egoísta del clero, que negó ayuda a la patria que los nutría e hizo posible con su indiferencia el triunfo norteamericano. Dice el profesor Silva Herzog: "Cómo iban a sacrificar bienes temporales los discípulos de Aquél que sacrificó su vida por la redención del hombre?... El ejército mexicano estaba formado por hombres abnegados y valientes. Nos referimos al soldado raso, al indio y al mestizo que descendían de los combatientes en el sitio de Tenochtitlan. Pero de qué servían esas virtudes si se hallaban desnudos y hambrientos, y si sus armas eran inferiores a las del enemigo?"⁵ Y la verdad es que el expansionismo norteamericano siempre supo sacar provecho de las situaciones de desventaja. Valga recordar al respecto que el Estado de Texas, uno de los más ricos de los Estados Unidos, fue otrora territorio mexicano, al igual que casi toda la extensión que cubren los Estados de Nuevo México, Colorado, Utah, Nevada, Arizona y California.

Los latinoamericanos no sólo aún recuerdan aquella doctrina Monroe, sino también la "política del garrote", la doctrina del "destino manifiesto" y muchos otros hechos asociados a esa política de abuso. Por ejemplo, después de la adquisición de Luisiana a Napoleón en 1803 y la anexión de Florida en 1821, en los Estados Unidos creció la convicción de que Cuba sería algún día territorio norteamericano. Para muchos norteamericanos prominentes como John Quincy Adams, eso sería la consecuencia de una ley natural, un "destino manifiesto". Cuando en 1853 el gobierno español rechazó disgustado una propuesta norteamericana de 130 millones de dólares por la compra de Cuba, el representante norteamericano en España anunció lo que se conoció como "Manifiesto Ostend", que expresaba las intenciones de comprar Cuba o apoderarse de ella sin el consentimiento de España. La adversa reacción europea obligó al gobierno de Washington a desmentir y repudiar ese propósito.

Todavía parecen resonar los ecos de aquella increíble declaración en 1895, del Secretario de Estado Richard Olney, durante el gobierno del Presidente Cleveland: "Hoy los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este continente y su fiat es ley sobre los subordinados que se encuentran dentro de sus confines". ¿Quiénes eran esos subordinados? ¡Los latinoamericanos, por supuesto!

En el mismo mes de abril de 1898 y luego de una serie de tensiones que incluyen la voladura del barco de guerra norteameri-

⁵ Silva Herzog, Jesús, "El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964." Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, México, D. F., 1967, p. 12.

cano "Maine" anclado en el puerto de La Habana, la situación cubana desató una fácil guerra para los Estados Unidos en contra de España. La armada española, al mando del célebre Almirante Pascual Cervera y Topete, fue derrotada por la mucho más numerosa del Almirante norteamericano Sampson y el 10 de diciembre de 1898 se firmó el Tratado de París por el cual España renunciaba a su soberanía en Cuba. Pero puede afirmarse que en el mismo momento en que cesaba la dominación española comenzaba la norteamericana que se prolongó hasta 1934 y convirtió a la independencia cubana en un simple mito.

En febrero de 1901, al tiempo que las fuerzas de ocupación norteamericanas permitían la formación de un gobierno republicano, se aprobaba una constitución que poco después —el 12 de junio— incorporaría la más flagrante violación a la soberanía del nuevo país: la Enmienda Platt. Por dicho documento los Estados Unidos proclamaban su derecho a intervenir en los asuntos cubanos convirtiendo a Cuba en un simple protectorado y a su "independencia" en una burla al pueblo cubano. Durante treinta y dos años Cuba vivió con esa afrenta. ¿Pueden los cubanos de hoy olvidarla fácilmente? ¿Pueden olvidar también que parte del precio pagado a los Estados Unidos por su ayuda en la lucha por la independencia de España incluyó la cesión de las Bases Guantánamo y Bahía Honda? Ambas ocupaciones fueron justificadas por razones estratégicas emergentes de la guerra contra España y mientras Bahía Honda fue restituida a Cuba la Base Guantánamo continúa como posesión permanente de los Estados Unidos.

La llamada voluntaria anexión de Puerto Rico también fue otra de las consecuencias de dicha guerra. A raíz del Tratado de París pasó de la dominación española a la norteamericana y desde entonces se ha convertido en el Estado Libre Asociado de Puerto Rico.

Los latinoamericanos tenemos una habilidad especial para exasperar al gobierno de los Estados Unidos. Nuestro comportamiento no concuerda con el modelo de Washington en materia de conducta civilizada y racional. Por ejemplo, en 1904 durante una crisis política en Santo Domingo, el entonces Presidente Theodoro Roosevelt anunció que "las fechorías crónicas o la impotencia que culmina en un aflojamiento general de los vínculos de la sociedad civilizada pueden. . . exigir la intervención de alguna nación civilizada"; afirmó además que "los Estados Unidos se verían obligados, en casos flagrantes de esas fechorías o esa impotencia, al ejercicio de su poder en la política internacional". Por ese particular concepto de destino manifiesto el gobierno norteamericano se sintió justificado a intervenir en Santo Domingo en 1904 y controlar las tasas de aduana

para ajustarlas a las obligaciones de inversores extranjeros en la República Dominicana, a ocupar Nicaragua en 1909, Haití en 1915, la República Dominicana nuevamente en 1916 para mantener el orden público, y a numerosas otras intervenciones en América Central y Cuba. En síntesis, a través de lo que fue conocido como el "Corolario Roosevelt", los Estados Unidos se auto imponían la facultad de intervenir en América Latina cuando su criterio lo juzgara necesario.

En realidad, la fácil guerra contra España había provocado una descontrolada euforia y un sentido de omnipotencia que llevó al Presidente Roosevelt a decir refiriéndose a los latinoamericanos: "Les vamos a enseñar a esos 'dagos' a comportarse decentemente", a Henry Cabot Lodge a afirmar que la "legítima soberanía norteamericana en el hemisferio oeste no puede ser ya discutida", a Albert J. Beveridge a anunciar que "Dios ha señalado a los norteamericanos como una nación elegida para guiar en la regeneración del mundo... y ellos son los depositarios del progreso de la humanidad y los guardianes de su justa paz".⁶

Ese sentimiento de omnipotencia no ha mermado a través de los años y en una u otra forma ha sido repetido por presidentes y hombres de estado norteamericanos, con una arrogancia que resulta insultante para los latinoamericanos. El mismo Presidente Theodore Roosevelt fue el gestor encubierto de la revolución que proclamó la independencia de Panamá. Su interés no fue estimular la autodeterminación de los pueblos sino simple y llanamente obtener a costas de la nueva república un tratado con mayores beneficios para la construcción del Canal de Panamá.

Desde tiempos remotos el istmo de Panamá había atraído la atención de los países más poderosos por la posibilidad de construir una comunicación entre el Océano Pacífico y las aguas del Caribe. Los mercaderes y soldados españoles empleados en las junglas peruana y ecuatoriana se veían precisados a hacer larguísima y penosas travesías para transportar las riquezas de los Incas hasta los puertos del Caribe, donde galeones españoles esperaban para llevarlos a España. Los gobiernos franceses, ingleses y norteamericanos, en épocas más modernas, eran perfectamente concientes de la importancia estratégica de dicha vía de agua. En el caso de los Estados Unidos, sus primeras esporádicas manifestaciones de interés se remontan a la década de 1840, luego de la guerra contra México y la anexión de California. Más tarde, durante la guerra contra

⁶ Herring, Hubert, "A History of Latin America". Random House, Inc. New York, 1967, p. 800.

España, el barco de guerra norteamericano "U.S.S. Oregon" había tardado lo que parecía una eternidad en dar toda la vuelta desde el Pacífico hasta el Mar Caribe, pasando por el Cabo de Hornos al sur de Argentina y Chile.

Los mismos historiadores norteamericanos reconocen que si la revolución panameña resultó exitosa se debió a la ayuda de los Estados Unidos. Misteriosamente, el día 2 de noviembre de 1903 apareció anclado en el puerto panameño de Colón el barco de guerra norteamericano "U.S.S. Nashville" y el día 3 se produjo el movimiento subversivo que proclamó la independencia de Panamá. El "Nashville" se encargó de impedir que las fuerzas de represión colombianas desembarcaran en el istmo y las pocas que lo hicieron regresaron el 5 de noviembre. El 6 de noviembre el gobierno norteamericano extendió su reconocimiento "de facto" al gobierno panameño y el 13 del mismo mes el reconocimiento "de jure". El 18 se firmó el "Tratado Hay-Bunau Varilla" que, al tiempo que permitía a los Estados Unidos la construcción del canal, significaba para Panamá la enajenación de parte de su soberanía y una explotación económica de por vida de la que trata denodadamente de librarse. Valga significar que con la firma del tratado con el nuevo gobierno panameño, los Estados Unidos obtuvieron muchos más beneficios que con el que trataban de firmar con Colombia.

Hace tiempo que los panameños han despertado al engaño y la maniobra político-económica de la que han sido víctimas y están firmemente resueltos a poner fin a esa situación que no sólo constituye una afrenta a su soberanía sino también una de las más flagrantes formas de imperialismo. En 1959 y 1964 especialmente, las confrontaciones entre panameños y las fuerzas de ocupación norteamericanas en la zona del canal adquirieron carácter sangriento al ser negado a estudiantes el derecho a enarbolar la bandera panameña en jurisdicción norteamericana. Varios estudiantes fueron muertos y muchos más heridos.

Las demandas del gobierno de Panamá son claras y específicas y están contenidas en un documento fechado el 4 de diciembre de 1971, cuyo carácter fue secreto. Panamá rechaza el tratado de 1903 y sus revisiones de 1936 y 1955 y demanda que la zona del canal pase a Panamá con "jurisdicción y bandera". El gobierno luego resolverá qué terreno podrán usar los Estados Unidos. Cuando el trabajo no pueda ser desarrollado por panameños se empleará a personal norteamericano, pero en cualquier caso por lo menos el 85% de los puestos deberán ser ocupados por panameños. Además, Panamá recibirá el 85% de las ganancias que otorga el uso del canal. El llamado "Mando Sur" norteamericano quedará automáticamente

eliminada y sus funciones serán desarrolladas por la Guardia Nacional panameña. El pacto ofrecido por Panamá tendría vigencia hasta el 31 de diciembre de 1994 o hasta que se construya otro canal.

Ultimamente el gobierno del Presidente Torrijos de Panamá, obtuvo un significativo triunfo moral y diplomático y una sanción internacional a los Estados Unidos al conseguir que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se reuniera en la Ciudad de Panamá para considerar el reclamo de su gobierno. La decisión fue adversa para los Estados Unidos y su delegado se vio precisado a vetarla para evitar ulterioridades para su gobierno.

América Latina también ha sido otra víctima de la llamada "diplomacia del dólar". Desde el final de la primera guerra mundial hasta el comienzo de la gran depresión del año 1930, el gobierno norteamericano a través de su Secretaría de Comercio, guiaba y estimulaba la inversión de capitales privados de sus connacionales en zonas subdesarrolladas del mundo, mientras el Departamento de Estado con el respaldo de la fuerza, protegía la percepción de altos dividendos. Los países de América Central fueron los más afectados por dicha diplomacia, como una forma indiscutida de imperialismo económico.

Eduardo Galeano afirma que de Venezuela proviene casi la mitad de las ganancias que los capitales norteamericanos sustraen a toda América Latina. "Tres millones y medio de barriles de petróleo produce Venezuela cada día para poner en movimiento la maquinaria industrial del mundo capitalista, pero las diversas filiales de la Standard Oil, la Shell, la Gulf y la Texaco no explotan las cuatro quintas partes de sus concesiones, que siguen siendo invictas, y más de la mitad del valor de las exportaciones no vuelve nunca al país".⁷ Pero aquí también la suerte ha comenzado a darse vuelta para esas grandes potencias del mundo capitalista. Gobiernos con verdadero sentido nacionalista están inclinando el fiel de la balanza a favor de la economía venezolana. La creación de la Corporación Venezolana de Petróleo en 1960, significó un paso importante en ese sentido.

El 8 de enero de 1974, antes de hacerse cargo del poder, el actual Presidente venezolano Carlos Andrés Pérez había manifestado su interés de convocar a una reunión con la participación de los jefes de estado latinoamericanos para formar un frente común en defensa de los precios y mercados para las materias primas de América Latina. Asimismo, el mandatario expresó su deseo de usar parte de los beneficios que Venezuela está obteniendo por los nuevos

⁷ Galeano, Eduardo. "Las venas abiertas de América Latina", Editorial Siglo Veintiuno, Editores, S. A., Buenos Aires, 1973, p. 259.

precios del petróleo en el mercado mundial, para ayudar a otros países latinoamericanos. En una conferencia de prensa el Presidente Pérez dijo que "ha llegado el momento para que los países industrialistas paguen un justo precio no solamente por el petróleo que necesitan, sino por el café que beben, el cobre que usan y por todo lo que América Latina produce".

Otro paso adelante en esa lucha en el esfuerzo común para erradicar la dependencia económica de nuestras tierras será, como lo ha expresado el gobierno venezolano, el aumento del suministro de petróleo a los países latinoamericanos para aliviar en ellos las consecuencias de la crisis energética. La Corporación Venezolana del Petróleo será la encargada de distribuir unos 100 000 barriles diarios de petróleo entre América Latina y se estudia la posibilidad de establecer un programa de abastecimiento directo con los países latinoamericanos. Esto se vería reforzado con un plan de inversiones en el que figura en primer plano la construcción de una refinería en Costa Rica para abastecer a América Central.

En esa política petrolera nacional y nacionalista se está estudiando la materialización de la vieja aspiración de que el petróleo sea venezolano y de que la multimillonaria industria regida por empresas norteamericanas pase al control del Estado. Venezuela es el mayor productor de petróleo de América Latina, el quinto en el mundo y el tercer exportador mundial. Produce aproximadamente 240 millones de metros cúbicos y tiene un consumo doméstico de tan sólo once millones, lo que le significa un saldo exportable de 229 millones, que puede ser aún mayor. El segundo país productor de petróleo en América Latina es México, con 36 millones de metros cúbicos pero con un consumo interno de 37 millones, mientras Brasil produce solamente 16 millones de metros cúbicos y consume 40.

Ecuador, a pesar de que por el caudal de petróleo que produce, todavía no entra en la competencia, ya ha comenzado a ser otra víctima más en lo que Jaime Galarza ha llamado "el festín del petróleo". El citado autor afirma que una de las mayores desgracias de un país petrolero, caído en manos de compañías extranjeras, consiste en ser un país de sordos, mudos y ciegos. Mientras el hambre se convierte en un mal endémico que no puede erradicarse, la riqueza ecuatoriana petrolera está en manos de siete grandes monopolios: Standard Oil de Nueva Jersey, Royal Dutch Shell, Gulf Texaco, Secony Mobil Oil, Standard Oil de California y la British Petroleum (BP). En su reciente viaje por América Latina, el autor de este trabajo pudo comprobar en Ecuador el dramático cuadro de un pueblo defraudado, que creyó que su petróleo serviría para elevar el increíblemente bajo nivel de vida y que no comprende a dónde van esos

beneficios que ellos no reciben. El drama es tremendo y no puede ser debidamente condensado en un párrafo y a la vez que mueve al dolor y a la conmiseración mueve también a la rebeldía: tierras ricas con pueblos postergados y hambrientos. Y como el mismo Galarza afirma inspirado en una canción estudiantil alemana: "quien conociendo la verdad la calla, es un canalla".

Esta triste cuenta de decisiones unilaterales y abusos en América Latina nos obliga a mirar hacia adelante y atrás en el reporte de los acontecimientos. Es imposible seguir el orden del tiempo cronológico. Por ejemplo, en 1943 Argentina fue sometida a un "boycott" económico y diplomático por no colaborar con los Estados Unidos en el esfuerzo de la segunda guerra mundial. La autodeterminación de los pueblos no tuvo ningún significado y Argentina pagó cara la osadía de no respetar la suprema voluntad del amo del norte.

Al mismo tiempo que la economía argentina era bloqueada, Brasil recibía ilimitada protección en un propósito eminentemente político, cual era castigar a Argentina y quebrar el balance del poder en Sud América en beneficio del Brasil. Entre otras cosas, este país fue el primero en América del Sur en contar con industria pesada, hecho que marcó un importante jalón en el proceso desarrollista brasileño. La ciudad de Volta Redonda, centro del más importante complejo siderúrgico del Brasil, se construyó exclusivamente con la ayuda financiera, técnica y material de los Estados Unidos, beneficios que se han seguido extendiendo en variada magnitud hasta la fecha.⁸ Murilo Melo Filho en su libro "El desafío brasileño" manifiesta que la década del 40 señaló la entrada del Brasil en la era del acero.

Actualmente, otra decisión unilateral del gobierno de Washington está afectando las relaciones con Argentina e indirectamente, con el resto de los países latinoamericanos, que ven en ello una reminiscencia de la tristemente recordada "diplomacia del dólar". Argentina ha firmado un contrato comercial para vender a Cuba, entre otras cosas, camiones y automóviles construidos en Argentina por filiales de fábricas norteamericanas y el Ministerio de Hacienda de los Estados Unidos ha tratado de interferir en esa parte del contrato aduciendo el embargo impuesto por dicho país a Cuba. La protesta argentina, enérgica y firme, no se hizo esperar como tam-

⁸ Brasil facilitó la instalación de bases militares norteamericanas durante la guerra y mandó una expedición de 25,000 hombres al frente de lucha italiano. Los Estados Unidos proveyeron a Brasil toda clase de pertrechos y asistencia militar, actitud que se ha mantenido hasta la fecha y ha convertido a dicho país en el más fuertemente armado en América Latina.

co la determinación de seguir adelante con todo lo establecido en el contrato. Ante la perspectiva de una nueva y antipopular crisis en América Latina el gobierno norteamericano se vio precisado a ceder.

Al respecto, han dicho el "New York Times" y "The Wall Street Journal" que la pretensión de imponer a filiales argentinas de corporaciones norteamericanas, el acatamiento del embargo impuesto a Cuba en 1962 por el gobierno de los Estados Unidos, representa una directa intervención en los asuntos argentinos. De ello no hay ninguna duda. Las empresas extranjeras que operan en los Estados Unidos están obligadas a acatar las leyes norteamericanas. Por consiguiente, las filiales de empresas norteamericanas en la Argentina deben respetar las leyes de ese país. No hacerlo así supone una flagrante violación al soberano derecho de impenetrabilidad sustentado en las leyes internacionales. George Ball, ex miembro de los gobiernos de los Presidentes Kennedy y Johnson, ha expresado que los Estados Unidos han cometido un nuevo acto de intervención que los países latinoamericanos interpretan como una prueba más del imperialismo yankee.

Otra vez los hechos nos obligan a no respetar la cronología. El 2 de mayo de 1965 el Presidente Johnson dirigió un mensaje al pueblo norteamericano tratando de explicar los motivos de la intervención armada de su país en la República Dominicana. En su propia versión de los acontecimientos el mandatario trató de justificar el atropello a la soberanía de un país independiente y habló de la seguridad de los ciudadanos norteamericanos que vivían en Santo Domingo —no muchos, por supuesto— como también de la de ciudadanos de otras nacionalidades. Pero eso no fue nada más que una tenue cortina de humo para encubrir ante la opinión pública las verdaderas razones de esa invasión que fueron claramente expresadas en la segunda parte del mismo discurso. Dijo el Presidente Johnson: "Las naciones americanas no pueden permitir ni permitirán el establecimiento de otro gobierno comunista en el hemisferio. . . . Esto es lo que nuestro querido Presidente Kennedy significó menos de una semana antes de su muerte cuando dijo 'Nosotros en este hemisferio debemos usar todo los medios a nuestro alcance para prevenir el establecimiento de otra Cuba.'" Valga decir al respecto que no es difícil encontrar cierto paralelismo entre esas manifestaciones y otras dichas y repetidas por funcionarios norteamericanos desde 1823. Las palabras han cambiado pero el estilo es el mismo.

Pocos son los que creyeron en las humanitarias razones aducidas para justificar un evidente delito de violación internacional. El profesor norteamericano Ronald Hilton ha escrito: "Estados Uni-

dos envió Marines a Santo Domingo so pretexto de proteger a los ciudadanos norteamericanos, y después persuadió a la OEA a patrocinar una fuerza 'interamericana' bajo el mando de un general brasileño. Algunos países mandaron fuerzas más o menos simbólicas, pero la fuerza de ocupación siguió siendo, en realidad, una fuerza norteamericana. La ocupación de la República por fuerzas norteamericanas fue objeto de ataques no sólo en las Américas, sino también en Europa. México y otros gobiernos latinoamericanos declararon que la carta de la OEA prohibía la intervención en los asuntos internos de los países americanos."⁹ Lo mismo puede decirse con respecto a la carta de las Naciones Unidas, la que también fue ignorada.

La lista y la relación de hechos se haría interminable para el contenido de este trabajo si quisiéramos inventariar todo lo ocurrido en esta segunda "leyenda negra". El caso de la Cuba de hoy no es nada más que el resultado de lo que pasó con la Cuba de ayer. Los revolucionarios cubanos llegaron al poder en una sociedad que había sufrido y sufría las consecuencias de la dependencia económica norteamericana —con todas sus implicaciones políticas y sociales— y en la que el dólar todopoderoso estaba acostumbrado a hacer su festín. Pero la suerte se dio vuelta el 1º de enero de 1959 y desde entonces los gobiernos norteamericanos no han podido olvidar la afrenta que significa un bastión libre como Cuba, minúscula en tamaño pero gigante en propósitos, allí mismo frente a las costas de Miami.

Los precedentes de la fracasada invasión en Bahía de Cochinos demuestran el rol jugado por los Estados Unidos. Sin consultar con la OEA, en noviembre de 1960 este país había despachado una fuerza naval de exploración en las costas de Nicaragua, Costa Rica y Guatemala para comprobar la veracidad de algunos rumores sobre una invasión de fuerzas cubanas. Al mismo tiempo, el Presidente Eisenhower había aprobado un plan a través del cual la Agencia Central de Inteligencia (CIA) organizaría el derrocamiento del gobierno del Primer Ministro Castro. Con el apoyo de los gobiernos de Guatemala y Nicaragua, los Estados Unidos comenzaron a organizar y equipar una fuerza de cubanos exilados para invadir Cuba. Cuando el gobierno cubano ordenó reducir el personal de la embajada norteamericana en La Habana de varios centenares a tan sólo once personas, el gobierno de Eisenhower rompió relaciones con Cuba. Su sucesor, el Presidente Kennedy, aprobó la continuación del plan, con la única diferencia de que los Estados Unidos

⁹ Hilton, Ronald. "La América Latina de ayer y de hoy." Holt, Rinehart y Winston. New York, 1970, p. 299.

no tomarían parte directa en la invasión, pero ofrecerían protección aérea. El 19 de abril de 1961, cerca de 1,500 hombres desembarcaron en las costas de la Bahía de Cochinos y la invasión terminó en un rotundo fracaso. El fiasco puso al mismo Kennedy en una situación embarazosa y los Estados Unidos volvieron a ser responsables del delito de violación del principio de no intervención, contenido en las Cartas de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos, como también en innumerables tratados internacionales.

Cuando en el mes de octubre de 1962 la fuerza aérea norteamericana descubrió la instalación de emplazamientos para cohetes tele-dirigidos y de largo alcance en territorio cubano, pero construidos por los soviéticos, el gobierno de los Estados Unidos impuso la remoción de dichos emplazamientos y colocó a Cuba en cuarentena hasta que se cumpliera lo dispuesto. La crisis que enfrentó a la Unión Soviética y a los Estados Unidos fue sumamente seria e hizo pensar en el riesgo de una confrontación armada.

Pero los Estados Unidos ya no pueden recuperar la hegemonía perdida en América Latina y, particularmente, en Cuba y siguiendo un tradicional lema norteamericano que dice que "si no lo puedes vencer, únete a él" hoy demuestran una política más flexible hacia el régimen del Primer Ministro Castro. Aquella línea dura adoptada el 3 de enero de 1961 y en la que la Organización de Estados Americanos fue usada como vehículo para el chantaje político ha sido reemplazada por una posición más permeable, a la espera de una decisión continental de restablecer relaciones con Cuba. Eso justificaría una nueva actitud del gobierno norteamericano y le permitiría obtener una "paz con honor", al estilo de la proclamada por el Presidente Nixon en el caso de la guerra del Vietnam. Mientras tanto, es el firme propósito de Argentina y otros miembros de la Organización de Estados Americanos, de invitar a Cuba a las próximas reuniones de ministros de relaciones exteriores a ser mantenidas en Buenos Aires.

El caso de la llamada "Guerra del Atún" y la soberanía sobre aguas territoriales es otro vívido ejemplo de que la estrella de los Estados Unidos en América Latina ha perdido brillo. Por más de veinte años el litigio sobre la extensión de las aguas territoriales ha mantenido una situación de descontento y de franca oposición a la política norteamericana. La mayoría de los países latinoamericanos demandan el reconocimiento de su soberanía marítima hasta una extensión de 200 millas, mientras los Estados Unidos se ciñen a la vieja y pasada de moda figura de las 12 millas. Eso ha provocado conflictos sobre los derechos a que barcos pesqueros norteamericanos pesquen atún dentro de las reclamadas aguas territoriales de algunos

países latinoamericanos. Desde el año 1962 Perú y Ecuador principalmente, y en una línea de menor importancia Chile, Colombia, México, Panamá y El Salvador, han detenido cerca de 200 barcos pesqueros extranjeros pescando sin licencias en las reclamadas 200 millas de aguas territoriales. Hasta abril de 1971, el total de multas pagadas por compañías pesqueras norteamericanas alcanzaba la cifra de US\$ 2.197.780 (dólares), suma que ha sido totalmente reembolsada por el gobierno norteamericano a las compañías pesqueras en virtud del "Acuerdo para la protección de los pescadores de los Estados Unidos", por ser considerada una acción ilegal de los gobiernos latinoamericanos.

Podría seguirse este triste inventario con el caso de la última revolución peruana y el escándalo del corrupto contrato con la Peruvian Petroleum Company, subsidiaria de la Standard Oil de New Jersey, o el saqueo del subsuelo boliviano en manos de compañías tales como la Gulf Oil Corporation. Pero nada será más patético que el recuerdo del hondo drama chileno...

Chile ha sufrido y continuará sufriendo por mucho tiempo, una de las más amargas experiencias en toda su historia. El mundo todavía no ha reaccionado del estupor causado por los más sangrientos actos de violencia que interrumpieron la continuidad constitucional de un gobierno debidamente elegido por la mayoría chilena y terminó con la vida de un Presidente que supo honrar su cargo y cayó, sin huir ni entregarse, ¡con la ley de los hombres!

Nadie debe ignorar que poderosas fuerzas exteriores estrangularon la economía chilena y contribuyeron enormemente a la caída del régimen que quiso recuperar el patrimonio del pueblo de las manos de los más poderosos pulpos internacionales. Es verdad que los Estados Unidos oficialmente no participaron en el golpe militar que tronchó la "vía socialista" de los chilenos, pero la política económica y militar seguida durante tres largos años, exprimió y asfixió al programa de gobierno del Presidente Allende.

El 4 de diciembre de 1972, en un vigoroso y valiente mensaje ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el Dr. Allende denunció el bloqueo económico y financiero impuesto en Chile, el uso de las agencias internacionales como instrumento de presión, las actividades ilegales de la I.T. & T. (International Telephone and Telegraph Corporation) y muchas otras evidencias de las armas usadas por el imperialismo en contra de su gobierno. En dicha oportunidad expresó: "Las ganancias que algunas de las compañías nacionalizadas han obtenido en los 15 años previos a mi gobierno han sido tan exorbitantes, que aplicando el razonable límite del 12% de beneficio por año, las compañías se verían afectadas por enor-

mes reducciones. Tal ha sido el caso, por ejemplo, con la filial de Anaconda Company, cuyos beneficios anuales en Chile entre 1955 y 1970 llegaron a un promedio de 21,5% de su valor en libros, mientras que los beneficios de Anaconda en otros países alcanzan solamente a un 3,6% por año. Lo mismo puede decirse en el caso de la filial de la Kennecott Corporation, que durante el mismo período obtuvo un promedio de 52,8% en Chile, alcanzando increíbles promedios tales como 106% en 1967, 113% en 1968 y más de 205 en 1969." El Presidente Allende también reveló el hecho de que su país estaba siendo víctima de una seria agresión: "Como todas las naciones del tercer mundo, Chile es altamente vulnerable en el lado externo de su economía. Sus exportaciones llegan a un poco más de mil millones de dólares al año, pero en los últimos doce meses la caída del precio del cobre en el mercado mundial significó una pérdida de 200 millones, mientras que los productos que el país tiene que importar —ambos industriales y para la agricultura— han subido enormemente en precio, en algunos casos hasta el 60%. Y como casi siempre, Chile se ve obligado a vender barato y comprar a altos precios."

Hasta que el gobierno socialista de Allende asumió el mando, Chile recibía una ayuda de aproximadamente 80 millones por año en forma de préstamos de organizaciones financieras internacionales, como el Banco Mundial y el Banco Interamericano. Esas ayudas financieras se cortaron abruptamente. Y como amargamente el Presidente Allende expresó: "En la última década Chile recibió préstamos por \$ 50 millones de dólares de la Agencia de Desarrollo Internacional del gobierno de los Estados Unidos. Nosotros no pretendemos que dicha ayuda continúe. Los Estados Unidos, en su soberanía, pueden otorgar préstamos o negarlos a los países que ellos elijan. Nosotros deseamos solamente señalar que la drástica eliminación de esos créditos ha resultado en una fuerte restricción en nuestra balanza de pagos. Cuando asumí el mando mi país tenía créditos a corto plazo con bancos privados norteamericanos por un total de 220 millones de dólares. En un corto espacio de tiempo, 190 millones fueron cortados y tuvimos que pagar esa cantidad al no ser renovados los créditos."

Sorprendentemente, ninguna de las decisiones económicas denunciadas por el Dr. Allende afectó la ayuda militar a las fuerzas armadas chilenas. Los Estados Unidos cuidadosamente cultivaron amigos entre los militares. La ayuda militar a Chile antes del gobierno de Allende era solamente de US\$ 800.000. En 1971 se elevó a US\$ 5,7 millones de dólares y a 12,3 millones en 1972. De acuerdo con las cifras del Departamento de Estado norteamericano, en el

momento de la revolución de setiembre de 1973 ya alcanzaba a 12 millones de dólares.

La política económica de los Estados Unidos en Chile durante el gobierno socialista de Allende fue dirigida a crear el caos económico, al tiempo que se trataban de fomentar elementos favorables a los Estados Unidos entre las fuerzas armadas, dándoles poder para sacar ventaja del caos. En ese sentido, los Estados Unidos han estado siempre a la vanguardia en lo que se refiere a la imposición de sanciones económicas con el fin de obtener los fines de su propia política. Y en el caso de Chile fue una perfecta amalgama de imperialismo económico e ideológico.

Está definitivamente probado que nadie da algo por nada. Las razones humanitarias nunca fueron el más poderoso incentivo para los gobiernos norteamericanos. Su verdadero interés en América Latina debe ser medido en función de nuestras riquezas. No son tan importantes las sonrisas que el Secretario de Estado Kissinger reparte entre diplomáticos y ministros latinoamericanos sino lo que los departamentos financieros pueden hacer o deshacer.

Las naciones latinoamericanas se mueven con dinamismo hacia un futuro ambicioso en el que los Estados Unidos pueden estar asociados, pero en un plano de absoluta igualdad, como el resto de las naciones del mundo. Su predominancia en América Latina es parte de un pasado que no debe repetirse, como tampoco hay lugar para actitudes paternalísticas. Pero debemos estar alertas y vigilantes. El imperialismo está en retirada pero eso no significa que esté fuera de combate. La retirada es una táctica de la guerra que no necesariamente implica derrota. Nuestros pueblos deben organizarse estrechamente unidos, para un mañana promisorio, pero para ello será necesario que corriamos nuestros propios males, esencialmente derivados de una sociedad egoísta en la cual los no alfabetizados son los permanentemente ignorados y postergados. Miremos el mundo con optimismo, cuientes de nuestras fuerzas y potencialidad porque, al decir de Guizot, el historiador francés, los optimistas son los que transforman el mundo, los pesimistas son sólo espectadores.

Obtengamos finalmente, la libertad para todos los latinoamericanos, libertad que se alberga en nuestros corazones pero que no será absoluta realidad mientras nuestros hermanos se encuentren encadenados a la miseria y al subdesarrollo.

TEORIA E IDEOLOGIA DEL SISTEMA ECONOMICO AUTOGESTOR EN LA RSF DE YUGOSLAVIA

Por *Aleksandar GRLIČKOV*
Miembro del Consejo de la Federación

EL desarrollo del sistema económico yugoslavo se caracteriza por dos etapas históricas de distinta filosofía teórica político-económica. La organización socio-económica de la sociedad yugoslava se encuentra bajo un hondo signo de las diferencias en los marcos sociales de estas etapas.

La primera etapa del estatismo revolucionario se respalda en el modelo cuyas premisas fundamentales son constituidas por el exclusivo monopolio estatal y un centralismo estricto en el sistema y el mecanismo del funcionamiento del sistema social y económico. Con la adopción de la ley sobre la entrega de las empresas a la gestión de los obreros en 1950 esta etapa se considera terminada, al menos en el sentido político. La segunda etapa es una etapa del desarrollo de la autogestión en la sociedad y sobre esa base del correspondiente sistema económico autogestor. No hay que excluir la división de esta etapa en varias fases considerando las condiciones reales objetivas materiales y subjetivas, bajo el influjo de factores económicos y sociales endógenos y exógenos, en los que se desarrollaba la autogestión como relación socio-económica integral en el período de más de dos decenios. La erosión paulatina del monopolio estatal exclusivo y del centralismo estricto, como resultado de los factores objetivos del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad, y de los factores subjetivos —la edificación de una nueva conciencia autogestora—, son los marcos sociales que determinaban la intensidad del desarrollo de la autogestión como un sistema integral. Actualmente en el grado alcanzado de desarrollo de las fuerzas materiales de la sociedad y la conciencia social, las interdependencias objetivas y subjetivas relevantes, hacen posible que Yugoslavia emprenda la construcción de un modelo más consistente de relaciones socio-económicas autogestoras integrales para la venidera fase histórica de su desarrollo total.

La nueva Constitución que está en el procedimiento de adopción está motivada por ello y ha de asegurar una base más completa y consistente del ulterior desarrollo del sistema social autogestor integral.

Desde una distancia histórica, el período desde la introducción de la autogestión hasta hoy en día, se calificará probablemente de período de transición en el que se realiza lo nuevo sobre una erosión sistemática del antiguo sistema basado en el monopolio estatal exclusivo y el centralismo estricto. La realidad histórica es que el sistema económico de Yugoslavia se ha estado alejando constantemente en los veinte años transcurridos de la organización primaria económica y social de la sociedad socialista. El proceso de ese alejamiento se caracteriza por el abandono del sistema económico centralista, administrativo, planificado de directiva, estatista que abarca todo, en el que el estado es el sujeto básico y portador de todas las funciones de la propiedad estatal.

Con la introducción de la autogestión como relación de producción y un modelo de planificación del mercado del sistema económico y un mecanismo para su funcionamiento, en Yugoslavia se constituye paulatinamente un nuevo sistema de relaciones en la sociedad y el sistema económico. Sus premisas fundamentales se caracterizan por la transferencia de las funciones básicas económicas de la competencia del estado y los órganos políticos bajo la responsabilidad y competencia de los obreros, los productores inmediatos, las células básicas en la producción y la esfera extra-económica. El proceso de la transferencia de funciones no es de carácter organizacional sino que representa un hondo cambio radical de la filosofía fundamental del sistema socio-económico. La nueva organización económica y social de la sociedad se basa en una mayor libertad y autonomía económica de las empresas mientras que la acción del mercado y sus leyes junto con la planificación y la orientación social del desarrollo representan el básico marco social para el relacionamiento recíproco. Con ello se ha abierto el camino para el desarrollo de un modelo nuevo de la sociedad socialista y la estructura de las relaciones en ella, el camino de una nueva construcción de la civilización basada en el carácter social y no estatal y privado de la propiedad. Todas las esferas de la vida social, política, económica, cultural, nacional y otras, bajo la presión de esta determinación básica abren el proceso de adaptación y contribuyen con ello a los cambios totales en la estructura de la sociedad. De ese modo el sistema económico se convierte en parte constituyente del sistema social. La práctica del desarrollo de la Yugoslavia socialista ha mostrado que no se trata de una hipótesis académica sino de una realidad histórica verdadera en la que las estructuras políticas, económicas, ideológicas,

culturales, educativas, nacionales y otras, representan importantes factores que animan o limitan el desarrollo del mismo sistema económico como sistema integral de la estructura de las relaciones. Sin embargo no hay que subestimar el influjo del nivel de desarrollo de las fuerzas materiales de producción de la sociedad. La vinculación en la dependencia recíproca del nivel de desarrollo de las fuerzas materiales de producción y el sistema económico es una hipótesis, causa y consecuencia de su desarrollo total. El nivel de desarrollo de las fuerzas materiales de producción de la sociedad representa objetivamente uno de los probablemente más importantes factores de limitación del desarrollo de las relaciones autogestoras más plenas e integrales. La experiencia del desarrollo de Yugoslavia ha mostrado asimismo que la insuficiencia del desarrollo de la base material no tiene que ser obstáculo para la introducción de la autogestión considerando que la autogestión se manifiesta también como un estímulo para el desarrollo de las fuerzas materiales de producción de la sociedad.

Las coordenadas básicas del sistema autogestor yugoslavo, su consistencia e interdependencia se basan en la siguiente estructura básica categorial y funcional del sistema de relaciones. La propiedad social, las relaciones autogestoras de producción, la planificación, es decir, la orientación del desarrollo social, el mercado y la acción de las objetivas leyes económicas, la posición y el papel del estado y la estructura multinacional de la comunidad yugoslava son la base del sistema categorial y funcional autogestor de las relaciones.

La propiedad social representa la fundamental condición previa para la realización de las relaciones autogestoras de producción. A diferencia de la propiedad estatal, la propiedad social es una forma históricamente nueva de propiedad. El contenido social y económico de la propiedad social constituye la hipótesis fundamental del sistema económico autogestor socialista en el que sólo el trabajo humano es tanto la base de las relaciones socio-económicas como también de la apropiación. Junto al principio de la distribución según el trabajo la propiedad social es el esquema, el marco del sistema económico autogestor. En otras palabras, el sistema económico yugoslavo no supone ni permite la apropiación en base a los medios en propiedad social. Sin embargo, la forma insuficientemente desarrollada en el sentido histórico de la propiedad social y las relaciones basadas en ella, la existencia de otras formas de propiedad, cooperativa y privada, por ejemplo, impide que alcance su plena función el principio de que sólo el trabajo humano sea la base para la apropiación y el desarrollo de las relaciones autogestoras de producción. Por eso no se cumple plenamente ese fin de

la sociedad autogestora yugoslava en la actual etapa del desarrollo. Esto caracteriza la etapa contemporánea en el desarrollo de la autogestión yugoslava contemporánea.

La autogestión como segunda hipótesis fundamental del sistema económico yugoslavo representa una relación de producción en la que se realiza la propiedad social y todas las relaciones de la estructura social, todos los subsistemas como lo es por ejemplo el sistema político. En éste se contienen no sólo los anhelos sino también la práctica de la sociedad yugoslava a introducir la autogestión en toda la vida social, la ciencia, educación, cultura, salubridad, en todas las esferas extraeconómicas.

La apreciación de la acción de las leyes económicas de la producción mercantil, la ley del valor, y la orientación consciente planificada del desarrollo social y económico son partes integrantes de una estructura única de relaciones sobre las cuales se desarrolla el sistema económico autogestor. El desarrollo de Yugoslavia hasta ahora, ha demostrado en varias ocasiones que en el desarrollo del sistema económico la reiteración de uno u otro segmento ha disturbado tanto el equilibrio y la estabilidad económico-sociales como también políticos. El disturbio del equilibrio de la combinación óptima entre el mercado y el plan no inclina en principio hacia un desarrollo estable del sistema económico autogestor. El sistema económico en su acción no ha aspirado al equilibrio y la estabilidad. El dilema teórico e ideológico-político, mercado o plan en la praxis yugoslava del desarrollo de la autogestión, no ha encontrado su verificación práctica teórica ni práctica. Por el contrario, la búsqueda de un límite óptimo y racional con la combinación y la coordinación entre el mercado y el plan ha sido y será una de las demandas básicas del desarrollo exitoso de la autogestión.

Basando el sistema económico en la acción de las leyes económicas de la producción mercantil al mismo tiempo hay que tener en cuenta que el ente social de la propiedad social y la autogestión como relación básica de la producción crean posibilidades y condiciones para que se manifiesten además de las generales leyes económicas conocidas también las específicas leyes objetivas de la producción mercantil socialista autogestora. La estructura integral y el sistema categorial de la producción mercantil capitalista por eso no representa la base analítica automática para el desarrollo exitoso del sistema autogestor socialista. La forma de su manifestación y las leyes objetivas específicas de la producción mercantil socialista constituyen la base para estas conclusiones.

¿De qué especificaciones se trata y cuáles son sus implicaciones en el desarrollo de la autogestión?

El movimiento del trabajo motivado por el mercado se respalda en la determinación política de la libre elección tanto de la profesión como también del puesto del trabajo. Esta determinación es un segmento constituyente de la sociedad autogestora. El movimiento de la fuerza de trabajo motivado por el mercado en la sociedad autogestora no supone la venta y la compra de la fuerza de trabajo ni la formación en el mercado del precio de la fuerza de trabajo. La libre elección del puesto de trabajo incluye la obtención automática de todos los derechos autogestores del trabajo en la colectividad trabajadora y fuera de ella en el sistema social. Sin embargo, el obrero no elige de una vez por todas su puesto de trabajo. Puede cambiarlo también. El motivo básico entre otros, es la comparación de la calidad y la cantidad de su trabajo y el ingreso de la empresa en la que trabaja y en otras empresas. En esta motivación, en el anhelo por la maximalización del ingreso está contenido el alojamiento mercantil del trabajo. En ello consiste el contenido específico social de la manifestación de las leyes económicas del libre movimiento del trabajo. El trabajo no contiene el clásico contenido social de la fuerza de trabajo como mercancía y del ingreso personal como renta. La no existencia de separación entre el trabajo y los medios por una, y el libre movimiento del trabajo, la elección del puesto de trabajo con la obtención automática de los derechos autogestores por otra parte, es una forma específica básica en base a la cual se realiza el alojamiento mercantil del trabajo en la sociedad autogestora.

La posición del obrero en el sector privado contiene elementos de las clásicas relaciones del mercado de la fuerza de trabajo y la renta como categoría. La Constitución de la RSF de Yugoslavia prevé la posibilidad dentro del marco de límites establecidos por la Constitución de emplear la fuerza de trabajo en el sector privado.

El movimiento de factores materiales motivado por el mercado es el segundo factor importante del sistema económico autogestor. El precio económico del mercado de los medios sociales es un factor de la función alojante del mercado, un factor de la realización de la rentabilidad social racional y de la economicidad. El alojamiento del mercado de los medios sociales, su utilización racional y económica supone la plena disposición de la acumulación social por parte de los productores inmediatos lo que constituye una hipótesis determinante del sistema socio-económico autogestor en Yugoslavia.

El alojamiento mercantil de la acumulación social no es sin embargo, el único mecanismo de su alojamiento óptimo, ni el único factor de la elección óptima y de la estructura inversionista óptima. La planificación y la orientación en base al acuerdo autogestor y

social representa un factor de la totalidad del sistema de la reproducción ampliada. Los convenios autogestores y los acuerdos sociales como formas de manifestación del sistema yugoslavo de planificación aseguran la motivación económica más completa y el alojamiento óptimo de la acumulación social.

El autofinanciamiento, otorgamiento de créditos y las inversiones comunes, la asociación conjunta del trabajo y de los medios son los instrumentos básicos del sistema y del mecanismo de la reproducción afiliada. El sistema bancario está en función de la concentración de la acumulación social bajo la dirección y el control del depositante, los productores inmediatos. La diferencia entre el interés pasivo y activo se distribuye a los depositantes en proporción a los medios invertidos. De ese modo el capital anónimo de los bancos no existe ni está en función del sistema de la reproducción afiliada y el sistema bancario. Para que no se vayan a constituir en las inversiones comunes entre las empresas en base a la participación en el ingreso [la ganancia] relaciones de explotación entre las empresas autogestoras tanto el sistema como el mecanismo del sistema económico suponen la posibilidad de la participación en el ingreso [ganancia] hasta la amortización de los medios invertidos aumentados por la ganancia convenida. La participación en el ingreso [ganancia] no puede constituir derechos de propiedad u otros permanentes en las relaciones entre las empresas autogestoras. La hipótesis teórica del sistema económico es que el interés y el ingreso [ganancia] que se realizan en base a las inversiones comunes no pueden servir de base para la apropiación fundada en la propiedad; aunque sirven como instrumentos para fines alojantes racionales y económicamente motivados de la acumulación social en función del sistema económico, ellos no se enajenan en capital anónimo sino desenvuelven a los productores inmediatos. Con ello el movimiento mercantil de la acumulación no adquiere la función de una producción autónoma del capital y apropiación en base a la propiedad.

La coordinación y la orientación consciente del desarrollo económico representa la parte constituyente orgánica de la totalidad del sistema económico en Yugoslavia. Esa necesidad por la coordinación, la planificación de la actividad económica emana del carácter de la propiedad social y la autogestión, de la existencia de la producción mercantil y sus contradicciones objetivas. La recíproca relación de la propiedad social y de la producción mercantil condiciona que las empresas realicen las relaciones recíprocas tanto mediante el mercado como también mediante los acuerdos y convenios mutuos, la planificación social. De ese modo bajo las condiciones de la autogestión, las empresas realizan su responsabilidad indivi-

dual y social. En ésta, su función dual, se realiza el ente social de la propiedad y se elimina el peligro de su degeneración en propiedad de grupo. Esta posibilidad no es sólo académica sino también real en el desarrollo de la autogestión obrera en Yugoslavia en los períodos de ausencia de coordinación y planificación en la forma macro-económica de su manifestación.

En base a esta noción se ha elaborado la básica hipótesis estratégica ideológico-política para el desarrollo del sistema económico autogestor. La autonomía de los sujetos económicos y la combinación óptima y racional del mecanismo de mercado y de planificación de regulación y orientación del desarrollo son sus determinantes fundamentales.

La realización de estas hipótesis básicas en el desarrollo hasta ahora no se dio sin desviaciones y malos caminos de tipo teórico y, particularmente importantes para la vida real, de tipo práctico. Se manifestaban sobre todo las tendencias del "laissez faire". Las tendencias que partían de que el sistema económico autogestor y las relaciones socio-económicas autogestoras pueden desarrollarse exclusivamente sobre los vínculos mercantiles entre las empresas, sobre la hipótesis sobre la perfección de sus funciones selectivas, alojantes y distributivas. La práctica autogestora yugoslava también ha confirmado que el mecanismo del mercado se encuentra cada vez menos en la posibilidad de adaptar la estructura de la producción a la estructura de las necesidades sociales. El desarrollo contemporáneo del capitalismo desarrollado confirma que el mercado más perfecto tampoco puede responder a las necesidades del desarrollo óptimo, el pleno empleo, el progreso científico y técnico, un desarrollo dinámico estable y equilibrado.

Esta noción y la verificación en la práctica del desarrollo de la sociedad autogestora yugoslava han exigido el desarrollo de un sistema autogestor de planificación, coordinación y orientación consciente. El atraso en su desarrollo representa una de las causas de las dificultades en el desarrollo social y económico en el desarrollo de las relaciones socio-económicas autogestoras. Por ello en el sistema de la economía mercantil socialista autogestora, se presenta la planificación como uno de los instrumentos más importantes de la totalidad del sistema, del acuerdo autogestor como una forma de manifestación de las relaciones entre los productores y el plan social como una forma de manifestación del acuerdo social. En ese sentido los convenios sociales y los acuerdos sociales representan una expresión específica de la planificación social en Yugoslavia con el fin de vincular el interés individual con el interés social. En ello

consiste si puede decirse así la originalidad del sistema económico autogestor yugoslavo.

En qué proporción y en qué combinación concreta se manifestará la relación mutua del componente del plan y del mercado, depende tanto del desarrollo económico-social interno como también de las condiciones internacionales generales y particulares. Ese límite no se ha dado de una vez por todas, ha estado y estará bajo el influjo de los factores mencionados.

El carácter multinacional de Yugoslavia, la necesidad de regular las relaciones económicas entre las naciones han exigido y exigen el desarrollo de un mecanismo correspondiente dentro del contexto del desarrollo del sistema económico. Esa es su dimensión particular. Yugoslavia es la única comunidad socialista autogestora multinacional con un modelo económico mercantil-planificado en el mundo. Una comunidad sobre un mercado único y sobre bases únicas del sistema político y económico.

El sistema federativo de la comunidad estatal multinacional, la autogestión como relación básica de producción, son las dos hipótesis fundamentales que admite tanto el sistema político como el económico. La solución exitosa de las relaciones económicas entre las naciones supone métodos específicos, formas, al igual que instituciones del sistema económico. En las repúblicas como comunidades estatales autogestoras, las naciones y los trabajadores realizan todos sus derechos autogestores salvo aquellos que realizan en el interés común en la comunidad yugoslava. Sobre esta base ellas se presentan como portadoras de la responsabilidad por el desarrollo propio y el común. Realizan esa responsabilidad suya de varios modos. Las repúblicas y provincias realizan el interés común y el desarrollo por conducto de los órganos de la federación formados en base a la representación paritaria de las repúblicas y la representación correspondiente de las provincias, en base a la toma de decisiones por parte de los órganos de la federación con el acuerdo de los órganos competentes de las repúblicas y provincias o por conducto de los propios órganos comunes de las repúblicas y provincias que pueden institucionalizarse o crearse *ad hoc* según las necesidades por parte de todos o determinadas repúblicas y provincias interesadas.

Las repúblicas y provincias realizan dentro del marco de la comunidad yugoslava los intereses comunes en el sector de las relaciones económicas ante todo dentro del marco de la común política económica y de desarrollo, en el sector del desarrollo y la protección del sistema único de las relaciones socialistas autogestoras, la construcción y protección del mercado único yugoslavo. El sistema económico y político se orienta a asegurar las bases institucionales

y el mecanismo capaz de resolver eficazmente y superar las contradicciones objetivas entre la unidad interior de intereses de cada una de las repúblicas y provincias que constituyen la comunidad yugoslava por una parte y los intereses de los trabajadores en las empresas por la vinculación con otros trabajadores en las empresas de otras repúblicas y provincias, por otra parte. La presencia de estas contradicciones potenciales puede resolverse sólo en base a la igual utilidad, igualdad de derechos; solidaridad como principios no sólo morales, legales y políticos del sistema político sino también del sistema económico.

El sistema económico como una estructura de las relaciones entre las repúblicas y provincias, funciona sobre los principios de la distribución según el trabajo con la correspondiente ascensión proporcional al grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción, de los gastos comunes de la federación.

Una gran importancia para el desarrollo de las relaciones económicas entre las unidades federales y su recíproca igualdad de derechos la tienen las diferencias muy grandes en el grado de desarrollo de las fuerzas materiales de la sociedad. La provincia Autónoma de Kosovo es una de las regiones menos desarrolladas en el país cuyo nivel de desarrollo alcanza apenas un tercio de la república de Slovenia, la más desarrollada industrialmente. La igualdad de derechos, el provecho mutuo y la solidaridad como normas político-legales y morales en el sistema económico de Yugoslavia se realizan a través del Fondo Común para el Desarrollo acelerado de las repúblicas y provincias insuficientemente desarrolladas. El Fondo para el desarrollo acelerado de las repúblicas y provincias insuficientemente desarrolladas se alimenta en base al porcentaje del producto social de la economía social en el monto del 1.94%. Las empresas pagan de su ingreso al Fondo, el porcentaje mencionado. Los medios son crediticios con un interés favorable y plazos también favorables.

El sistema de la compensación dentro del marco del sistema económico iguala los efectos desiguales de las medidas de la común política económica sobre las economías de determinadas repúblicas y provincias. La función de este instrumento es doble. Una se orienta a las empresas si los instrumentos de la política económica violan su igualdad de derecho. Esto se refiere a todas las empresas independientemente de si se encuentran en las repúblicas industrialmente subdesarrolladas o desarrolladas. Su segunda función se refiere al influjo de la común política económica, la violación de la igualdad de derechos entre las naciones, repúblicas y provincias. Se trata de que cuando se prefieren en una común política económi-

ca y de desarrollo ciertas actividades a costa de otras, en las condiciones de estructuras diferentes de la economía según las repúblicas y provincias, se realiza del mismo modo el elemento de la igualdad de derechos.

En Yugoslavia se está constituyendo por más de dos decenios un nuevo sistema de relaciones económicas. Sus coordenadas fundamentales consisten en el abandono de las funciones administrativas centralistas basadas en el monopolio estatal exclusivo y su transferencia a la función directa de los productores inmediatos, los trabajadores, en la economía y las actividades extra-económicas. La autogestión como relación de producción integral básica es un marco social en el que se desarrolla tanto el sistema político como el económico. La nueva organización económica y social de la sociedad yugoslava supone y contiene mayores libertades y la autonomía económica de las empresas, los marcos mercantiles y la planificación del desarrollo social como forma de manifestación del convenio autogestor y el acuerdo social. Sobre esta base se está desarrollando un nuevo tipo de relaciones de producción socialista autogestoras y las demás formas de vida política basadas en ellas.

La circunstancia de que el sistema autogestor yugoslavo se está desarrollando como el único en el mundo, condiciona en la etapa actual del desarrollo histórico tanto las dificultades objetivas como las subjetivas. El nivel del desarrollo de las fuerzas materiales de producción, un país industrial-agrícola medianamente desarrollado, la presencia de los demás sectores de propiedad en la agricultura [el sector privado domina por la participación en las superficies cultivables], son un factor que determina el dinamismo del desarrollo de las relaciones de producción autogestoras más completas.

En el desarrollo de la sociedad autogestora y con ello, del sistema económico autogestor en Yugoslavia hay que tener en cuenta las condiciones en las que se está desarrollando y que han sido tratadas. Por ello el sistema yugoslavo de autogestión no representa un "concepto definitivo" sino una forma de realidad yugoslava en la etapa histórica contemporánea del desarrollo. El proceso histórico del desarrollo de la sociedad como asociación de productores y la desenajenación se realiza en las complejas relaciones políticas, económicas y sociales internas y los influjos de la estructura autogestora por una parte y el poder político —la estructura estatal— por la otra. Las relaciones políticas y económicas internacionales contemporáneas son sólo un complemento de ese conjunto de interrelaciones y dependencias que influyen sobre el desarrollo de la autogestión yugoslava. El desarrollo de la autogestión socialista yugoslava es ciertamente un elemento nuevo en la historia del desarrollo

del mundo y del socialismo en él. La teoría, ideología y praxis del desarrollo del sistema autogestor social y económico yugoslavo se encuentran bajo el influjo de las condiciones económicas sociales internas internacionales. En ese proceso de influjo recíprocamente relacionados se está realizando su desarrollo, se distingue lo que es substancial de lo que no lo es, lo histórico de lo pasajero, lo universal de lo específico.

EL PROCESO PERUANO

La solución militar a la peruana: 1968-1970. Por Mario Monteforte Toledo.
Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM. México, 1973. 182 pp.

EN la madrugada del 3 de octubre de 1968, como es de dominio público, se produjo el golpe militar del actual Gobierno Revolucionario contra el entonces presidente Belaúnde Terry. La reacción inmediata del pueblo ante un hecho que se veía venir fue en general de indiferencia debido a los múltiples que había sufrido el Perú a través de su vida republicana. Sin embargo, desde el primer "golpe institucional" producido en 1962 y que desalojó del poder al presidente Manuel Prado, la actividad política se había acentuado; problemas hasta entonces irresueltos y soslayados ocuparon la atención de los partidos políticos, militares y de la población cuya protesta era cada vez más incontenible. Este estado de cosas hizo posible que la candidatura de Belaúnde Terry, nacionalista, antioligárquico y en favor del rescate para el país de los yacimientos de petróleo de manos de International Petroleum Co. en 90 días, se impusiera a las de sus rivales: del ex dictador Manuel Odría y aprista de Haya de la Torre. Belaúnde ganó en 1963, pues, la presidencia pero la mayoría parlamentaria era de la alianza apro-odriista, alianza inexplicable y vergonzosa que aceleró la descomposición y el posterior derrumbe institucional. Los factores del golpe que podrían calificarse como inmediatos, fueron: a) aguda crisis financiera motivada, en gran medida, por la devaluación monetaria de 1967 y los préstamos internacionales para obras de infraestructura social. La deuda externa subió, de 1963 a 1968, de 188.1 millones de dólares a 742.2 millones que por concepto de servicios consumió el 7.5% y el 17.9%, 41.3 millones de dólares y 141.2 millones de los valores anotados, respectivamente; el presupuesto programado para 1969 fue deficitario en 4 700 millones de soles; b) manifiesta crisis política y social: enfrentamiento del poder ejecutivo con el legislativo que agravaba la marcha institucional del país y postergaba la solución apremiante de los problemas nacionales, la serie de huelgas en reclamo de mejores salarios y condiciones de trabajo y el levantamiento guerrillero de 1965 en la sierra central y sur del país que protestaba justamente por la inicua situación de los campesinos y comuneros; c) abierta corrupción oficial en todos los niveles. Se descubre un contrabando por mil millones de soles en mercancías traídas en un barco de la armada peruana y en el que se encuentran comprometidos ministros de estado, jefe de la policía y otros funcionarios. El "Acta de Talara" del 12 de agosto de 1968 firmado por el presidente y la International

Petroleum Co., después de cinco años de sospechosas conversaciones, no recupera para el país lo que se había ofrecido ni lo que el interés y la soberanía nacionales exigían; d) la aguda concentración monopólica industrial: ocho empresas controlaban el 90% de la producción agropecuaria y el 43% de las exportaciones acaparaba la minería. Las importaciones, especialmente de productos alimenticios y suntuarios aumentaron a un ritmo del 13.5% anualmente y las reservas netas bajaron de 151 millones de dólares en 1966 a 75 millones en 1968.

En tal estado de cosas el golpe que ya se esperaba no causó conmoción interna, fue incruenta. Las primeras declaraciones de la Junta Militar de transformar integralmente el país produjo inquietud y zozobra en medios políticos del Perú y Estados Unidos, e interés en estudiosos de nuestras realidades ante los primeros cambios y las perspectivas de otros novedosos. Así aparecieron trabajos elaborados en Estados Unidos, Europa Oriental y occidental. Provocó, asimismo, expresiones de gobernantes de otros países, entre ellos el de Cuba. "Acontecimientos importantes se desarrollan, dijo Castro al inaugurar la "zafra de los diez millones" el 14 de julio de 1969, se han estado desarrollando en un país hermano de América Latina que es el Perú. Sí, a nuestro juicio, aquel movimiento militar tenía un carácter distinto del carácter de otros movimientos militares. Desde el primer momento en que se produce el movimiento militar y desaloja del poder a la camarilla reaccionaria y proimperialista que gobernaba ese país, surgen declaraciones que revelan en los dirigentes de aquel movimiento militar, un propósito de desarrollar su país". En nuestros países no fue menor el apoyo moral dado al Perú desde su primer enfrentamiento con Estados Unidos y, también, la publicación de diversos ensayos que estudian el panorama desde octubre de 1968 como el reciente dado a luz por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, *Solución militar a la peruana: 1968-1970* del sociólogo Mario Monteforte Toledo. "El afán de deslindar la actualidad peruana inspiró la investigación vertida en esta pequeña obra, escribe el autor. Su premisa "política" es la siguiente: ya no importa quién acometa los cambios necesarios en los países dependientes; tampoco importa catalogar los movimientos promotores de esos cambios por sus similitudes con otros movimientos históricos o por sus peculiaridades —auténticas o supuestas—. Hay que acercarse a esos regímenes con objetividad, y *reconocerlos* por sus obras y por los intereses de clase que sirven voluntaria o involuntariamente". Añade: "La forma de poder y los cambios ocurridos en el Perú desde octubre de 1968 carecen de antecedentes en América Latina, donde la solución militar violenta siempre ha tenido naturaleza dictatorial, conservadora —cuando no francamente reaccionaria— y dócil a los intereses del imperialismo norteamericano".

Mirando retrospectivamente: al ocupar palacio y desalojar al presidente, la Junta Revolucionaria emitió su Manifiesto que, entre otras cosas, dice:

"Poderosas fuerzas económicas, nacionales y extranjeras, en complicidad con peruanos indignos, detentan el poder político y económico inspiradas en lucrar desenfrenadamente, frustrando el anhelo popular en orden a la realización de las básicas reformas estructurales, para continuar manteniendo el injusto orden social y económico existente, que permite que el usufructo de las riquezas nacionales esté al alcance de sólo los privilegiados, en tanto que las mayorías sufren las consecuencias de su marginación, lesiva a la dignidad de la persona humana". Menciona a la crisis económica del país debido a la mala administración, a los problemas que acarrió el enfrentamiento institucional y a la esperanza que el pueblo había depositado en el presidente depuesto al confiarle sus votos en las elecciones de 1963, y condena "la seudo solución entreguista dada al problema de La Brea y Pariñas, que evidencia que la descomposición moral en el país había llegado a extremos tan graves que sus consecuencias son imprevisibles para el Perú". El día 3, una vez instalado el nuevo gobierno, se publicó el "Estatuto del Gobierno Revolucionario" que se propone alcanzar los siguientes objetivos: a) promover a superiores niveles de vida, compatible con la dignidad de la persona humana, a los sectores menos favorecidos de la población, realizando la transformación de las estructuras económicas, sociales y culturales del país; b) imprimir a los actos de gobierno un sentido nacionalista e independiente sustentado en la firme defensa de la soberanía y dignidad nacionales; c) moralizar al país en todos los campos de la actividad nacional y restablecer plenamente el principio de autoridad, el respeto a la ley y el imperio de la justicia. Ante tales pronunciamientos cunde el escepticismo y las muestras de apoyo y ataque. ¿Cómo era posible que antiguos "perros guardianes de la oligarquía" se comprometieran a realizar cambios en la estructura económica, social y cultural del país? Las reacciones internas fueron variadas. La derecha por considerarlo atentatorio contra la Constitución y la izquierda por tildarlo de reaccionario y destinado a cortar el desarrollo revolucionario auténtico. Los más afectados fueron los desplazados. Los diarios "Expreso" y la "Tribuna", be-laundista y aprista, editorializaron: "Golpe contra el país", "Golpe indigno y vergonzoso", agregando que en él se percibía un matiz nasserista. El diario "La Crónica", vocero del imperio Prado, culpó al gobierno depuesto por su política económica, su despilfarro y su incalificable solución al problema del petróleo, y la revista "Oiga" editorializó al día siguiente: "Ocurrió lo que tenía que ocurrir" culpando al presidente y al Apra "porque se había llegado al colmo del cinismo, a una aberrante manera de practicar la democracia". Los otros diarios fueron más cautos en sus calificativos. Hablando de esas reacciones, el presidente Velasco Alvarado recordaría después: "Comprendemos muy bien que muchos creyeron en octubre de 1968 que se trataba de un golpe militar más. Esto explica la desconfianza de los primeros momentos, el escepticismo de algunos sectores populares y la verdadera sorpresa de

algunos intelectuales, quienes no podían creer que éste fuera un proceso realmente revolucionario".

El cambio de mentalidad castrense, todavía no estudiado ni aceptado plenamente, es también motivo de estudios y especulaciones. Hernando Aguirre Gamio ("Cuadernos Americanos" No. 2, 1973) por ejemplo, habla de la influencia de los cambios económicos, sociales y políticos en el Perú provocados por la Segunda Guerra Mundial, de la extracción social del ejército, del viraje del partido Aprista hacia la derecha y de la actividad del Centro de Altos Estudios Militares (CAEM) y del Servicio de Inteligencia Militar. De todos ellos, quizá su antigua rivalidad con el Apra haya influido en los militares para prepararse, además, intelectualmente. El aprismo, antaño antimperialista, antioligárquico, fue transformándose paulatinamente, por obra de su "jefe máximo" Víctor Raúl Haya de la Torre en abanderado del *establishment*; su revolucionarismo verbal de épocas anteriores se convirtió en apoyo de las inversiones norteamericanas para la explotación irracional de las riquezas nacionales, de la "nacionalización progresiva" de los recursos naturales de manos extranjeras, de un trunco proyecto de reforma agraria que excluía a los latifundios costeros por considerarlos "productivos" y del entreguista Acta de Talara que concedió mayores ventajas a la International Petroleum Co. "Y así, escribe el mismo Aguirre Gamio en su libro *Liquidación histórica del Apra*, mientras en el interior de las fuerzas armadas, sobre todo en la oficialidad joven, se despertaba un propósito de realizar obra de emancipación nacional, en el seno del Apra se acallaban "disciplinadamente" las últimas voces peruanistas y rebeldes". Asimismo el CAEM, institución que derivó de la creación del Centro de Altos Estudios del Ejército el 14 de julio de 1950, "en el que se reúnen civiles y militares para el estudio de los problemas nacionales", tuvo una decisiva influencia en el pensamiento y la acción de los militares. Pedro Beltrán Espantoso, prominente reaccionario, dueño del diario "La Prensa", latifundista y ex primer ministro durante el régimen de Prado, cuando se planteó la realización de estudios y prácticas socioeconómicas en dicho centro, expresó que era "peligroso que los militares supieran esas cosas". Observadores extranjeros tampoco restaron importancia a las actividades que el CAEM desarrollaba entre los militares. Richard Patch, sociólogo norteamericano, escribe en su libro *The peruvian election of 1963* (1966): "La fuente principal de las nuevas concepciones de militares es el Centro de Altos Estudios Militares. En él cada oficial recibe cursos sobre sistemas sociales y económicos por lo menos durante dos años, impartidos por expertos militares y civiles. Algunos de ellos se hallan localizados a la izquierda y aceptan el presente régimen cubano; otros —entre quienes hay gente influenciada por la misión norteamericana en el Perú— simplemente hacen hincapié en el rol de los militares en el 'progreso económico y social'".

La preservación fronteriza del país y la sustitución de fronteras económicas y sociales por uno nuevo, es la actual preocupación de los militares en el Perú.

Desde octubre de 1968 hasta 1970, lapso estudiado por Monteforte Toledo, la imagen del Perú ha cambiado casi radicalmente. El primer problema al que se enfrentó el gobierno militar, a seis días de ocupar el poder, fue el del petróleo. La International Petroleum Co., subsidiaria de la Standard Oil, ocupaba ilegal y prepotentemente desde 1924 los más ricos yacimientos de La Brea y Pariñas en el norte del país. Sucesivas campañas e intentos de recuperación fueron combatidos y soslayados por presión exterior, antinacionalismo y debilidad de los gobiernos. El presidente Belaúnde que ofreció dar solución al problema 90 días después de su elección, concretó cinco años después un arreglo que no llenaba las aspiraciones nacionales. La empresa se valió en todo el tiempo que ocupó los yacimientos de intrigas, presiones, sobornos, violencias, en fin, para evitar que voces patriotas influyeran en los gobernantes y en el pueblo tal como sucedió en México hasta antes de la valerosa actitud del presidente Lázaro Cárdenas en marzo de 1938. El 9 de octubre de 1968 fueron nacionalizados todos los bienes de la empresa yanqui, incluyendo la refinería. Además, en lugar de la "compensación justa, pronta y efectiva" que exigían la empresa y el gobierno norteamericanos, el gobierno peruano reclamó de la compañía el pago de 690 millones de dólares por el petróleo crudo, gas y gasolina natural extraídos del subsuelo sin amparo legal ni concesión alguna durante casi 50 años.

El 24 de junio de 1969, Día del Campesino peruano, se decretó la trascendental Ley de Reforma Agraria. El espinoso problema agrario en el Perú fue uno de los que más urgente solución reclamaba. La situación del campesino, del comunero, del hombre del campo, era una de las más deprimentes de América Latina comparada, salvo algunas modalidades, con la vida del campesino mexicano en los postrimerías del gobierno porfirista. Propietarios nacionales y extranjeros ocupaban grandes extensiones del territorio nacional mientras que millones de campesinos y comuneros carecían de la tierra para su diario sustento; frente a latifundios altamente capitalizados, productores de materias primas para la exportación y en donde la tasa de explotación era acentuada, en muchas haciendas poco productivas subsistían las relaciones feudales de producción. "Las expresiones de la feudalidad sobreviviente son dos, escribía Mariátegui en 1928: latifundio y servidumbre. Expresiones solidarias y consustanciales, cuyo análisis nos conduce a la conclusión de que no se puede liquidar la servidumbre, que pesa sobre la raza indígena, sin liquidar el latifundio". Más recientemente, en su libro *La reforma agraria en el Perú* (1965) Roberto Mac Lean y Estenós anota: "El dos por ciento de la población posee el noventa por ciento de la tierra en el Perú. No llegan a mil las familias, que en verdad, son propietarios de este país que cuenta con más de diez millones de habitantes. La miseria de la población rural, ensombrecida en muchos casos con pavorosos e increíbles contornos, resulta

de la conjunción de cuatro factores: 1) la injusta distribución de la tierra, supervivencia anacrónica de una estructura feudal y opresora; 2) la no menos injusta y clamorosa distribución de las aguas de regadío —sin las cuales nada valen las tierras, por fértiles que sean— aguas que se encuentran virtualmente monopolizadas por los grandes terratenientes en agravio de los modestos agricultores; 3) la escasez de tierras de cultivo en contraste con la abundancia de tierras ociosas; y 4) la baja productividad de la tierra cultivada". Mientras la población crecía a una tasa del tres por ciento anual la producción agrícola aumentaba tan sólo en dos por ciento. La ausencia de planes productivos propició la importación cada vez mayores de productos alimenticios: trigo, carne, leche, grasas, arroz, frutas y vegetales, la que de 70 millones de dólares en 1960 subió a 200 millones en 1968. La producción alimenticia, por el contrario, bajó notablemente: de 8.5 millones de toneladas en 1950 a 7.5 millones en 1960 y a cerca de 6 en 1968. La alimentación, como consecuencia de esos desajustes, era raquítica en proteínas y calorías que no alcanzaba para restituir las energías gastadas, sobre todo en los pobladores rurales. En un estudio de la Facultad de Medicina de la Universidad de San Marcos de Lima publicado en 1967, se dice: el peruano consume 69 gr. de carne al día, 6 gr. de huevo, 20 gr. de pescado y 108 gr. de leche. De cada 100 niños sólo dos toman leche y de cada mil sólo 90 llegan al primer año de vida. A modificar ese desastroso panorama contribuye la actual reforma agraria. "Campesino, el patrón no comerá más de tu pobreza", frases del caudillo Túpac Amaru, anuncian nuevos días en el campo peruano.

El 25 de marzo de 1970 la Compañía Peruana de Teléfonos, subsidiaria de la International Telephone and Telegraph Co., fue nacionalizada; poco después, la Compañía Nacional de Teléfonos de capitales suizos, luxemburgueses y norteamericanos que operaba el servicio de larga distancia. En mayo del mismo año se estableció el control de cambios y la regulación del mercado de giros en moneda extranjera, desde entonces "sólo el Banco de la Nación podrá realizar operaciones de compra y venta de moneda extranjera en el mercado de giros al tipo de cambio que, para dichos fines, fijará el Banco Central de Reserva del Perú". En el mes de julio se promulgó la Ley General de Industrias por la cual, a través de la Comunidad Industrial, los trabajadores de todas las empresas serán partícipes de las utilidades, acciones y dirección de las mismas. Se reserva el estado el control industrial de la siderurgia, metalurgia básica no ferrosa, química básica, el cemento, papel y los fertilizantes. En la misma prioridad se incluyen a las industrias productoras de bienes de capital, de insumos para la actividad productiva y las empresas productoras de tecnología industrial. Se establece la aseguración del 10% de las utilidades para que el 50% de este porcentaje sea prorrateado entre todos los trabajadores y el otro 50% repartido en forma proporcional a las remuneraciones. Una vez alcanzado el 50% del capital social de la empresa, por la Comunidad Industrial, los trabajadores serán

individualmente propietarios de las acciones dentro de las condiciones de cooperativa industrial. Con el propósito de fomentar la actividad industrial en el país el gobierno creó la empresa estatal Industrias del Perú (INDUPERU) como empresa de servicio del sector industrial. Corresponde a INDUPERU: a) desarrollar y/o controlar la ejecución de proyectos industriales; b) crear y poner en marcha empresas industriales estatales, asociadas o mixtas; c) entregar al organismo que corresponda la gestión de las empresas creadas y en funcionamiento; d) hacerse cargo de la gestión directa de las empresas que le encomiende el Ministerio de Industria y Comercio; e) prestar asesoría en las empresas en las que participe el estado, f) ejercer la representación del estado en las empresas industriales en las que éste participe y que le son asignadas. El 18 de marzo de 1971 fue creada la Corporación Financiera de Desarrollo (COFIDE) cuya finalidad es canalizar el ahorro interno y el crédito externo hacia actividades económicas. Es papel de este organismo constituir empresas por acciones y adquirir empresas de acciones; administrar acciones de empresas, coordinar y regular la emisión de acciones, bonos, cédulas y otros títulos de empresas del sector público fijando condiciones, características y canales de distribución; actuar como intermediario y/o fideicomisario en el mercado de valores realizando y garantizando la colocación de acciones, bonos, cédulas.

El 8 de junio de 1971 se decretó la Ley General de Minería que permite al estado participar en la actividad minera no sólo como contralor sino también como empresario. Es la Empresa Minera del Perú, creada para tal efecto, la que como institución descentralizada participará por el estado a través de Empresas Mineras Especiales con el 25% del capital. Se establece, asimismo, que toda empresa minera deducirá el 1% de su renta neta para el sostenimiento del Instituto Científico y Tecnológico Minero. Aplicando esta ley, el primero de enero del presente año fue nacionalizada la compañía minera Cerro de Pasco Corporation. Esta empresa, que operaba desde hace 70 años, controlaba alrededor del 35% de la producción minera nacional por lo que el valor de sus ventas fue en 1973 de 225 millones de dólares y ocupaba a cerca de 20 mil trabajadores en sus diferentes centros. En noviembre de 1971 entró en vigor la Ley General de Telecomunicaciones por la que todas las estaciones de radio y televisión quedaron bajo control estatal; pasa a poder del estado el 51% de las acciones de las empresas televisoras y el 25% de las estaciones radiodifusoras. En marzo de 1972 se decretó la Ley General de Educación con la finalidad de reformar profundamente el sistema educativo, creando un nuevo y eficaz instrumento. Se pone de relieve la "inspiración profundamente humanista y la vocación genuinamente democrática de la nueva educación", definiéndola como un "movimiento orientado al desarrollo y al cambio estructural de la sociedad peruana y, en consecuencia, a la liberación y a la afirmación de nuestro ser nacional". Se dictó, por otro lado, la Ley General de Pesquería que

establece condiciones fundamentales para el mejor aprovechamiento de los recursos hidrobiológicos contenidos en el mar jurisdiccional de las 200 millas, para elevar el índice nutricional de la población y lograr una justa distribución de los beneficios derivados de la explotación de la riqueza marina. Por decreto ley expedido el 4 de mayo de 1973 se estatizó la industria pesquera, debido a desequilibrios financieros de las empresas particulares, y porque "la anchoveta (*engraulis ringens*) es un recurso natural y aleatorio que pertenece a todo el pueblo peruano, razón por la cual debe administrarse en armonía con el interés de la colectividad y en función de las necesidades del país".

Hasta aquí, someramente descritos, los avances que en materia económica y social ha logrado el Gobierno Revolucionario del Perú desde octubre de 1968. No se hablan de todos ni tampoco se detallan como sería de nuestro interés. Sin embargo, lo hasta aquí anotado consideramos suficiente para intentar una explicación del caso peruano. Es o no una revolución, es un proceso revolucionario o, como explican unos, es una simple modernización capitalista o son, como también dicen otros, cambios producidos "desde arriba" para evitar la transformación auténticamente revolucionaria "desde abajo". Mario Monteforte Toledo concluye su trabajo: "A juzgar por sus bases teóricas y por su praxis política, el movimiento de las fuerzas armadas peruanas es, fundamentalmente, una revolución. Será una revolución burguesa o mejor, pequeño burguesa, si predominan las reformas que de cualquier modo instituyeron ya un régimen capitalista moderno y cancelaron todas las estructuras precapitalistas. Será una revolución democrática si conserva la vigencia de los derechos individuales y sociales, y si abre la participación de todos los sectores en el proceso de cambio. Únicamente se transformará en una revolución socialista si los trabajadores intervienen directamente en los centros claves de decisión del gobierno, lo cual significaría que las fuerzas armadas compartieran el poder con los obreros y campesinos y con los sectores sociales de la clase media. Todas estas opciones estaban abiertas hasta el momento de terminar la presente obra".

ARMANDO RUIZ DE LA CRUZ

Aventura del Pensamiento

TRES DEMONIOS DE NUESTRA EPOCA

(Diagnóstico y pronóstico)

Por Juan David GARCIA BACCA

I

EL anuncio de la filosofía moderna no se abre —cual el anuncio del cristianismo— con la "Anunciación" que un ángel bueno, Gabriel, hace a una virgen de nombre María, sino con el anuncio que un demonio hace a un francés de nombre Descartes, allá por 1641.

Demonio innominado; del que Descartes nos dice en la segunda *Meditación* que es *summe potens, summe callidus* —sumamente potente, sumamente astuto—. Había el bueno de Descartes experimentado, o sido tentado por su suma potencia y suma astucia. Pero Descartes —que se tenía por más poderosamente astuto que tal "engañador" cuyo nombre no sabe, *deceptor, nescio quis*— lo desafía y cree haberlo vencido diciéndole: "engáñame cuanto quieras; no hay duda de que existo, aun si me engaño". "Pienso, luego existo", es una afirmación; "engáñame si puedes" es un desafío.

De no añadir Descartes a eso de *summe potens* esotro de "sumamente empeñado en engañar" nada menos que a todo un francés, creeríamos tratarse de Dios, de El Omnipotente, que es la única manera *suma* de ser potente. Pero Descartes se curó en salud, por más avisado que el italiano Galileo; y por saber, educado entre jesuitas, que el terreno filosófico era, teológicamente, más grave y resbaladizo que el astronómico. Y calló el nombre de Dios. Que en realidad de verdad —digámoslo ahora que no corremos peligro alguno— todo el poder de Dios no llega para engañarme en cuanto a que existo por, en y mientras pienso. No se lo ha propuesto, dice Descartes, por ser infinitamente veraz y bueno. Y por estos dos atributos tampoco se lo puede proponer. Y Descartes se quedó tan tranquilo, confiado y seguro.

A semejanza del Dios del Antiguo Testamento, permite el del Nuevo al demonio que tienta filosóficamente al francés Descartes,

cual en otro campo más humilde y aun rastrero —de bueyes, ovejas. . .— se lo permitió respecto de Job.

Igual permiso había sido concedido por Dios a otro demonio, también innominado, para tentar a Jesús. Digamos que Jesús-Dios se dejó tentar por el demonio. Pero tanto en el caso de Job, como en el de Jesús, no se salía el demonio del terreno teológico. Tentaciones teológicas. El demonio no había olvidado aún que, allá, hacia mucho tiempo, o un *éon*, supo más teología que todos los teólogos pasados y futuros, juntos o separados.

Descartes es el primer caso de tentación filosófica diabólica. "Engáñame si puedes" en eso de "pensar, yo, existir", que estoy tratando de hacer de todo eso nada menos que fundamento cierto e inmovible del filosofar. Tal es el desafío al demonio. Al revés de la Anunciación del ángel a María, aquí el anuncio parte, al parecer, de Descartes y se lo enrostra al demonio, al sumamente potente y astuto: le anuncia el advenimiento al mundo de un nuevo filosofar. La filosofía moderna parte de y es un gran desafío.

Yo, yo existo, yo pienso, yo quiero, yo siento. . . dejan de ser, desde Descartes, simples afirmaciones de vulgares hechos de cotidianos hombres, despiertos a ratos o espabilados, cual filósofos. Yo, yo, yo. . . es el gran desafío moderno.

En filosofía se llama con nombre, oficialmente decoroso, *suje-tivismo*.

En la vida —con un nombre oficialmente feo, más real, larga y morosamente acariciado en secreto— llámase *egoísmo*.

Do formas de lo mismo.

Ya la física del bachillerato enseña —y creemos entenderlo— que la luz, salida de una chispita en un rincón el más oscuro, se propaga en ondas concéntricas por el universo, a la velocidad inimaginable de trescientos mil kilómetros por segundo, de modo que en cosa de ocho minutos llega al sol, y en un segundo pudiera dar ocho vueltas a la tierra.

Yo pienso, yo existo, chispa fue del egoísmo, saltada en un rincón de Francia, y en ese rinconcito mental, siempre a media luz, que es la filosofía. No pensó Descartes que eso de *yo, yo y siempre yo* —y esotro conexo, *de mío, mío, mío*. . . propiedad privada, empresa privada, religión privada. . .— serían las ondas realmente difundidas de "yo", que, salidas de un centro filosófico, se propagarían por el mundo humano, y cambiando de intensidad, de brillo, de coloración, llegarían a abarcar y afectar a religión, arte, economía, sociedad, técnica, y por supuesto a la filosofía.

Todo eso, en la época griega y medieval, fue posesión de un *Nosotros*, y de cada uno, no en cuanto *yo*, sino en cuanto miembro de un *Nosotros* —de nosotros los fieles de . . . los súbditos de . . . Desde Descartes créese uno, aun filosóficamente, autorizado, a ser todo eso cual peculio de yo—, ser de cada uno en cuanto yo, yo, yo. Todo, no de Nosotros; sino mío, mío, mío.

El pronombre posesivo singular de primera persona asciende por obra y gracia de *yo pienso*: de "Yo, Renato Descartes pienso", cual centro de propagación, por centro del chispazo, a categoría amorosamente cultivada por el género humano.

De yo, de mí, de mío, de ego, egoísmo, egocentrismo, egolatría; de yo, yo mismo, del mismísimo yo; de yo consciente de mí, o de sí, ensimismado, están ya llenos el cielo y la tierra, el mundo y el mercado.

Descartes, inocente de él —*naïf*, por si se entera mejor desde el otro mundo diciéndolo con palabrita de su tierra, y no con la castellana—, creyó vencer en un desafío, que le pareció filosófico, a *El Engañador*, sumamente sutil, pillo, astuto. Y el Demonio se lo dejó creer; que el Demonio "*ya veía en lontananza el fruto cierto*". Y Fray Luis de León me perdone la cita.

Lo que consiguió Don Renato fue no tan sólo fundamentar —firme, inmoviblemente— la filosofía, sino diseminar el yo por el cuerpo social —civil, religioso, económico, artístico. . . Infectar todo y a todos de *yo*, de *mí*, de *mío*. Y en vez de la antigua idolatría, que al menos suponía haber dios, consiguió justificar decorosamente la egolatría. Y fundar además una egolatría *consciente de sí*, mimada, acariciada, cultivada larga, amorosa, morosamente. Que tal es la forma de *yo pienso* en nuestros tiempos, al cabo de correr la luz de esa chispa los años que van desde 1641 a 1974. Y aún no para de difundirse ni de cambiar de forma; que, hablando de Descartes, bueno es repetir la frase justísima: "*plus ça change. plus c'est la même chose*".

Estamos uno por uno, yo por yo, posesos del diablejo del egoísmo. Y si no posesos, sí, al menos, continua y gravemente tentados. Posesos, los más; tentados el resto.

Mas dejemos en paz por unos momentos a este demonio. Veremos, al final, la manera —¿posible?— de exorcizarlo —los que quieran hacerlo, cuando sepan el precio a pagar con *sus* dineros: los de cada uno.

II

EN 1687 salen a luz pública los *Principios matemáticos de filosofía natural* de Newton, en solemne latín, formuladas las Leyes y demostrados lemas y corolarios según el lenguaje y método de la geometría de Euclides; y no, cual nos pareciera ahora natural, formulados y demostrados por cálculo infinitesimal o de fluxiones, del que era ya Newton fundador y secreto señor. La formulación y desarrollo explícito de la física, mediante el cálculo infinitesimal —diferencial e integral— se introducirá poco a poco; y al llegar a los finales del siglo XVIII y principios del XIX, ostentará deslumbrantemente tal carácter por obra de dos franceses: el Marqués Pierre Simon de Laplace (1749-1827) y Lagrange (1736-1813).

Laplace, el de la *Mecánica celeste* descubrió, entre sorprendido y espantado, las posibilidades —llamémoslas *ilimitadas*, para evitar las pretensiones divinas de la palabra *infinito*— del cálculo infinitesimal. Y discretamente atribuyó o transfirió a un Demonio, a una Inteligencia —innominada también, cual el demonio cartesiano— la posibilidad de calcular el pasado y el futuro del universo a base de unos datos y unas leyes: "dadas las posiciones y cantidades de movimiento iniciales de los cuerpos, y sabidas ya, desde Newton, las leyes del universo, es posible realmente, o factible, calcular la historia entera del universo y su futuro perfecto". Calcular lo que sucede en parte tan pequeña cuanto se quiera (infinitesimal) y lo que pase en partes tan grandes cual el sistema solar, o en el universo, —cosmología. Y todo ello, abarcando el tiempo desde infinitamente pasado a infinitamente futuro: desde siempre y para siempre. Posibilidad científica de futurología y pasadología, si se aceptan las dos palabrejas tan mal formadas filológicamente la una como la otra: *híbridos* de latín y griego.

En principio le era ya posible hacerlo a cualquier hombre; y más a él, a todo un Laplace. Pero la técnica calculatoria de sus tiempos no daba para ello; y lo pasó a cuenta de un Demonio. Todo es calculable, todo está ya calculado. *Determinismo matemático*.

"Destino", decimos a veces, para zafarnos de importunas exigencias definitorias, es "lo que está ya escrito". Todo está ya escrito. Lo grave es que, desde Newton, Laplace, Lagrange... todo está escrito en cálculo infinitesimal, y en especial, en ecuaciones diferenciales, integrables desde siempre y para siempre. De eternidad a eternidad.

No pidamos a Laplace que nos calcule un futuro determinado: el que interese a mí, a ti, a él. Para que nadie se lo pida y se lo

exija algún importuno, o marquesita, nos remite, o la remitió, a un Demonio —sin dar ni nombre ni dirección.

Van ya dos trampas diabólicas, sutiles y bien disimuladas, en que el hombre ha caído, ¡y tan a gusto!: *Egoísmo y determinismo*. Descartes y Laplace, primeros tentados por Demonio. Los posteriores, tentados en eso por diablejos. Tentación: interpretación subjetivista e interpretación matemática del universo, y plan de vida con proyecto *matemático* y con designio *individual*.

Y el consiguiente —matemáticamente posible y técnicamente inevitable— montaje de *máquinas* para mí—, para el yo individual que tales maravillas intelectuales descubriera y dominara por la técnica para sí mismo. No voy a traer aquí la definición de máquina que N. Wiener —el fundador de la cibernética—, trae en su obra *God and Golem, Inc.* (1969). De ello se hablará con ocasión, próxima, del tercer demonio: el de Maxwell. Y de la tercera tentación que sutilmente nos puso, y en la que deliciosamente hemos caído.

Bástenos por el momento con la caracterización sumaria y sugerente de *máquina* que da el mismo Wiener: máquina es una especie de *primer motor*. El famoso *Primer Motor* aristotélico —movilizado por los teólogos medieval para "mover" de manera filosóficamente presentable a la teología— resultó ser nada y nadie menos que Dios en persona —o en "esencia", sea dicho para hacer barata gala de sutilezas teológicas. Nuestras máquinas son primeros motores en minúsculas; reservemos las mayúsculas para PRIMER MOTOR. Pero tales primeros motores, materiales por la apariencia, tienen la ventaja de estar montados *para* el hombre y *por* el hombre. Toda máquina es, con una forma externa u otra, *automóvil*, es decir, limpiando tal palabra de su corriente y manoseada significación, "motor de por sí". ¡Qué suerte la de que el automóvil se mueva de por sí, se mueva él, que el camión se mueva él, que la locomotora Diessel se mueva ella, y el televisor funcione él...! ¡Y nosotros, cómodamente sentados! *De por sí*, mas *para nosotros*. Para yo, tú, él.

Las máquinas están determinadas y montadas físico-matemáticamente para ser primeros motores. Que trabajen perfectamente ellas, y no tenga que trabajar yo. ¿Qué más pidieran los dioses olímpicos?

El egoísmo doble, cartesiano —por fundador del mecanicismo físico matemático, y por fundador del subjetivismo—, fue causa, propia y suficiente, para que, venida al mundo la concepción determinista matemática del universo, y su secuela real, el mecanicismo universal, se pudiera imponer al mundo de los motores de por sí, a las máquinas, la finalidad de *para mí*.

Cristo dijo, él, espontáneamente, que había venido al mundo

para servir y no para ser servido. Lo dijo El, El Primer Motor, por ser Dios en esencia. Las máquinas, o los dioscellos mecánicos, están en el mundo para servirnos —a mí, a ti. Y el yo vigila el que cumplan. La *Revolución industrial* es, con una frase suficiente aquí, *primero*: invención de dioscellos sirvientes, sirvientes, no con la repulsiva cara de esclavos o siervos humanos, sino con la faz de *máquina*; y *segundo*, por obra del egoísmo, la revolución industrial resultó *revolución capitalista*: dioscellos sirvientes a servicio de Yo —y aquí entra cada uno, uno por uno, yo por yo; y cuantos menos entren, mejor para UNO. Monopolio. Los demás, a servicio de las máquinas, y nada de hacer cara de esclavos y siervos. Y todo: obreros y máquinas, a *Mi* servicio. Forma de ateísmo real: dioscellos a servicio de Un hombre; y a trabajar sin huelgas. De ello se encarga el determinismo, ejemplar actuante en la máquina moderna.

Egoísmo, determinismo, mecanicismo, maquinismo. Descartes y Laplace se pasaron de listos. Pero nosotros —uno por uno, yo por yo— nos pasaríamos de tontos hacia estúpidos si no cayéramos en cuenta de que son trampas diabólicas en que hemos caído.

Trampa sutil, cuando van juntos los cuatro; y trampa deliciosa, cuando los tres últimos están a servicio del primero.

III

EN 1827 desaparece Laplace de Francia y queda su Demonio haciendo acto de presencia en el espíritu de sus obras físico-matemáticas, y en el cuerpo de las máquinas. Revolución industrial en deslumbrador inicio.

Trasladóse el demonio a Inglaterra. Allí había nacido en 1831, por obra de varón y mujer, un hombre llamado James Clark Maxwell. De esto estaba enterado el demonio —quien, según teólogos medievales, habita por castigo en *aire caliginoso*— y debía estarlo ya entonces el de allá, por inveteradamente mala costumbre de los ingleses. Pero eso de un inglés más, y hereje por nacimiento, no debió preocuparle gran cosa. Sí, y mucho, cuando vio que, manipulando con manos matemáticas electricidad y gases, había llegado a descubrir las ecuaciones diferenciales parciales del electromagnetismo y la ley de distribución de velocidades de los gases. De aquellas ecuaciones diferenciales se sigue por lógica matemática la existencia de ondas electromagnéticas. Un Demonio, o espíritu puro, bueno o malo, no ve que se siga por demostración; lo ve simplemente de golpe; lo intuye. Para que lo matemáticamente posible pase a real, hace sólo falta dentro de un universo determinista y mecanicista

un inventor: una ocurrencia. La tuvo Hertz en 1891. De la existencia de ondas electromagnéticas en un laboratorio a su existencia en el mercado, hay nada más un salto, tras otra ocurrencia. Y lo dio y la tuvo un espabilado italiano en Marconi. La telegrafía sin hilos viene al mundo, casi sin más, en un ambiente matemático-mecanicista —y— mercantil. Y por generación casi espontánea se multiplicará hasta llegar a constituir esa industria y comercio de los medios de *comunicación de masas* —palabra horrenda, aplicada a humanos—, ambiente en que todos, casi desde el nacimiento, estamos sumergidos y adoctrinados.

Por ese mismo tiempo, Boltzmann en Viena trabajaba, como Maxwell en Inglaterra, en electricidad y teoría de los gases. El *motto* del prólogo de su obra "Teoría de la electricidad y de la luz, según Maxwell" (1908) aplica a las ecuaciones de Maxwell unas palabras de Fausto que el demonio de Maxwell, compañero de infortunios eternos de Mefistófeles, conocía muy bien:

War es ein Gott, der diese Zeichen schrieb?

"¿Era todo un dios, quien tales signos escribió?"

¿Maxwell, un Dios? Eso, sólo tenía derecho histórico a decirlo el demonio —respecto de un hombre primero en su orden— a un Adán, o al inventor y creador de un mundo nuevo u océano cósmico de invisible luz, cual el de los campos electromagnéticos que, desde Hertz y Marconi. . . nos envuelve, y en que, según la frase del Nuevo Testamento, "nos movemos, vivimos y somos".

¿Se propasó Boltzmann al decirlo? ¿Inspirado por el demonio? ¿Inspirados los dos contemporáneos por el mismo Demonio?

Los dos: Maxwell y Boltzmann trabajaban de consuno en teoría de los gases.

No sé cuándo se inventó eso de hablar uno por boca de otro, hablar por procurador y altavoz. Claro que uno está tentado de hacerlo cuando no puede hacer y decir lo que quería, y le duele confesar semejante impotencia suya. Al Demonio —de nuevo, innominado— lo movilizó Maxwell para aprovechar unos márgenes estadísticos de la ley —de su ley— de la distribución de velocidades en los gases en función de la temperatura. . . Había elementos —moléculas, átomos, corpúsculos— que se apartaban de la velocidad media que lleva la inmensa mayoría de las partículas. Se apartaban: unos, por velocidad superior a la media; otras, por menor. ¡Con qué ganas, y qué éxito, si Maxwell hubiera podido inventar una máquina o procedimiento para acoplar directamente moléculas de gran velocidad con las de menos, y establecer así una corriente

de energía inagotable, en contra de ese estado mediano, uniforme, equilibrado de la inmensa mayoría! Máquina de círculo cerrado entre selectos, frente a la calma chicha de un mar de mediocres. En termodinámica clásica recibiera tal máquina la denominación, honrosa y codiciada, de *perpetuo móvil de segunda clase*. Y tendríamos los hombres dos clases de *primeros motores*: la máquina corriente engendro de mecanicismo —más *sometida* siempre a la entropía, o ley de beneficios energéticos decrecientes—, y la máquina de movimiento perpetuo, sin pérdida del capital energético.

Maxwell se quedó con las ganas y proyecto de ella. Sólo un Demonio podría construirla, sin gasto de energía suya, por un simple "laissez faire, laissez passer" —solamente por dejar pasar por válvula adecuada y en momentos precisos ciertas moléculas. Y la corriente energética perpetua quedaría establecida. Círculo o rueda, ejemplarmente "infernales". A la que nadie, y menos un hereje, iba a rociar con agua bendita.

Van dos intentos humanos de ser como dioses, o de disponer y crear primeros motores y motores perpetuos, que esto es en el fondo toda máquina: todo un proyecto, designio, decisión y éxito de ser como "dioses". O como suele decirse sin saber gran cosa del valor de palabra; tal es su *plan*.

En total: mecanicismo de segunda potencia. Mecanicismo diabólico y diviniforme.

El Demonio que tentó a Adán y a Eva acertó con la fórmula de tentar a hombres: "seréis como dioses, por saber la ciencia del bien y del mal". El saber ético diviniza.

Hacia el siglo 19 y en el 20 —¿y más en el 21?— a los hombres tentará el demonio hacerse dioses mediante el saber físico-matemático, y mediante una técnica basada en ambos. Y con eso los tentó, y no con ciencia ética.

El Demonio sabe, sospécho, que, tomado en serio, es éste un proyecto eficaz de divinización. Mas creo que el demonio no nos tiene tan buena voluntad. Eso de ser o hacernos dioses ha de conquistarse paso a paso y por propios méritos —de ciencia y de técnica. Mas nos ha tentado, y aun hecho caer, a tantos y tantos, en la tentación de convertir o pervertir máquina e inventos en baratijas y novelerías.

Para la inmensa mayoría de los hombres, y en hombres quedan comprendidas las mujeres, la máquina, los inventos —todo ello creaciones con que no sólo imitamos a Dios creador, sino que nos acercamos a ser como él, a su omnipotencia— se ha trocado y se los ha rebajado a "baratijas".

Baratija, es cualquier invento del hombre —sea invento material o espiritual, con cara más o menos evidente de máquina o mecanismo— que lo adquieran y usen los no inventores sin saber su *valor* —la cantidad y calidad de trabajo material y espiritual acumulado en él por los inventores y ejecutores: los obreros—; mas lo adquieran por conocer su *precio* y para qué le sirven, aunque, de suyo no sirvan para eso. Todos ellos están tratando cual baratijas, igual a arte que a televisor, teléfono. . . máquina de coser. . . método axiomático, organización política.

Los inventos en física, matemáticas, química, computadoras, automatización, organización. . . van pasando, por obra y desgracia de comerciantes y compradores, a la categoría de *novelerías*, y antes a las de novedades, nuevas, y noticia. Para hacernos degradar máquina e inventos a baratija —elegante, distinguido, materia de ciertos cursos de especialización cacareados. . .— y para deponer los inventos al nivel de *novelería*, no hace falta Demonio de alto rango —de la jerarquía de serafín—; basta con vulgares diablejos, tentadores de comerciantes y consumidores, que con tanto provecho los unos, y con tanto gusto los otros se dejan tentar por tales diablejos.

Norbert Wiener —el inventor de la cibernética y gran técnico en automatización— indignase de tal trato dado a estos inventos y autómatas, por las manos de la gente y de "*un particular tipo de ingeniero y de organizador de ingeniería*", y dice que va a designarlo con el nombre de "*gadget worshiper*", adorador de baratijas.

"I am most familiar with gadget worshiper in my our world, with its slogans of free enterprise and the profit motive" (*God and Golem, Inc.*, pág. 53).

No hace falta traducirlo al castellano. Su sentido queda clara y largamente explicado en los párrafos anteriores. Pero me hacía falta esta autoridad para reforzar la menguada mía, en este punto, ante ciertos señores no filósofos.

IV

HEMOS llegado al final.

Falta el diagnóstico y el pronóstico.

Diagnóstico: nuestra época, la actual, la del siglo xx, está, no endemoniada sino endiablada por tres diablejos: *egolatria*, *baratijas* y *novelería*.

Diablejos, porque los grandes Demonios —tentadores de grandes

filósofos, matemáticos y físicos, como Descartes, Laplace y Maxwell— no se dignan rebajarse hasta tentarnos.

Nos envían diablejos.

Saben los grandes demonios que un ególatra no fundará una filosofía cual la de Descartes o Kant; que un ingeniero mecánico ególatra no va a resultar un Laplace, Lagrange, Carnot, Watt. . .; que un ingeniero en computadoras que sea, como persona, ególatra, egoísta, y que como profesor, trate los autómatas cual baratijas, y a sus teorías básicas las reduzca y explique en forma de novedades y novelorías, no llegará jamás al nivel de un Maxwell, Boltzmann, Wiener.

Que éstos: Descartes, Laplace, Maxwell, Wiener, sí que llevaban camino de hacer a los hombres dioses, —real, gradual y meritoriamente—, sin confiar en la ayuda de demonios y menos de diablejos, y sin pedir auxilio a una ciencia, vieja y obsoleta, del bien y del mal.

Pronóstico: Al llegar a este punto y tras las consideraciones hechas, no extrañará el lector, amable y paciente, que renuncie a darlo. Empero para no defraudar enteramente sus esperanzas, acudiré a mis clásicos, a uno de mis clásicos: al Nuevo Testamento. Va a hablar Marcos, el evangelista.

“Y llegaron” —Jesús y sus discípulos— “a la orilla del mar, al país de los Gerasenos. No bien saltado él de la barca, acudió saliendo de los sepulcros un hombre, poseso de espíritu inmundo. Tenía su domicilio en los sepulcros y nadie podía encadenarlo, porque, atado muchas veces con grillos y cadenas, rompía las cadenas o desgastaba los grillos, y nadie podía domarlo. Día y noche, en sepulcros y montes, daba grandes gritos y golpeábase con piedras.

Y viendo de lejos a Jesús corrió y lo adoró diciendo: “¿Qué tienes tú que ver conmigo, Jesús, hijo de Dios, el Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes”.

Y díjole Jesús: “Sal, de este hombre, espíritu inmundo”. Y preguntóle: ¿Cuál es tu nombre?

Y respondió: “Mi nombre es *Legión*, porque somos muchos”.

Y rogábanle esos muchos que no los expulsara del país. Estaba apacentándose allí a la vera del monte, gran rebaño de cerdos. Y le suplicaban diciéndole: “Envíanos a los cerdos para que nosotros entremos en ellos”. Y se lo otorgó. Y en saliendo que salieron los espíritus inmundos, se entraron en los cerdos, y echóse el rebaño, unos dos mil, por el precipicio al mar, y se ahogaron en el mar. Y los pastores huyeron y anunciáronlo por la ciudad y los campos. Y vinieron a ver qué había pasado. Y llegáronse a Jesús y vieron al endemoniado, al poseso por toda una legión, sentado, vestido y en su juicio, y entróles gran miedo. Y refirieronles los que habían visto

lo sucedido al endemoniado, y lo de los cerdos. Y comenzaron a rogar a Jesús que saliera del país. . ." (Capítulo 5, versos 1-18).

Sirva de parábola tal historia —para la época actual. *Intelligenti pauca*, —decían los latinos.

Al buen entendedor, pocas palabras —decimos en castellano. Y como a buenos entendedores me dirijo, sobran bastantes de las muchas palabras, más que pocas, de este artículo.

PROCESO Y PROFECIA DE LA NOVELA MODERNA

Por *Emilio SOSA LOPEZ*

1

PODRÍA decirse que el desarrollo de la novela, dentro de la modernidad, nunca estuvo regido o sostenido por una vocación patética ni por un interés exclusivamente literario o estético. Como género vivo, entrañablemente identificado con la aventura humana, la novela buscó rendir, del modo más objetivo, el encadenamiento de hechos y situaciones que tornaran visible o comprensible la conducta del hombre en la sociedad. Fue el arte predilecto del comportamiento y, a causa de ello, su poder de observación tuvo, desde un comienzo, un carácter crítico y realista. Así se mostró, al menos, no sólo desde Cervantes, sino a partir de ese gran florecimiento del género que se inició con Stendhal.

Y sin que su objeto fuera precisamente la moralidad, tuvo frente a lo que suele llamarse el destino humano, un don de profecía que por su significación tanto puede equipararse, en orden al valor, a la eticidad de las antiguas epopeyas como a ese sentido de la ejemplaridad espiritual que predomina en las *Escrituras*. En verdad, instauró un grado de comprensión semejante, sin aspirar jamás a reproducir el ámbito de lo sacral. Técnicamente se atuvo tan sólo a describir, con los viejos procedimientos de la memoración, ese supuesto "tiempo pasado" del que proviene toda acción o toda pasión, pero su propia apertura visionaria sobre el destino humano le permitió relacionar ese pasado con las promesas del porvenir. De ahí su permanente intensidad. La novela logra así presentar un pasado aconteciendo en presentidad, volviéndose puro advenimiento de sucesos que al final se organizan en un orden inteligible de vida y pugnacidad.

Es que la novela configura, en sí, la realidad viva y lúcida de un *Zeitgeist* que no cesa nunca, aunque la trama agote su virtual contenido en cada obra novelística. Su cualidad esencial está, pues, en esa misteriosa alquimia que restituye el sentido trascendente de la existencia humana, aun aplicándose a los simples hechos cotidianos.

Ya Richardson había descubierto, en la primera mitad del siglo XVIII, esta peculiaridad ejemplarizante del género, que lo decidió a usar del arte de la novela como si se tratara de una nueva escritura, por cuanto es capaz de promover "la causa de la religión y la virtud".

Esta vinculación entre religión y novela no ha sido, como pudiera parecernos, un acontecimiento sólo característico de la producción novelística de la primera mitad de nuestro siglo, sino que, por el contrario, ha constituido la unidad indisoluble del género narrativo moderno. Más aún, sin la asistencia de una visión universal no hubiese sido posible la construcción de esos vastos mundos imaginarios que se dieron a lo largo del siglo pasado. Así se explica también que sus fines no fueran exclusivamente literarios, sino de análisis de la propia realidad humana desde una más vasta dimensión del juicio. En tal aspecto, fue el producto espontáneo de una sociedad necesitada de perspectivas, que surgió precisamente cuando el tono religioso comenzaba a declinar en ella. O expresado de un modo más completo, la novela surgió, como ha dicho J. B. Priestley, "espontáneamente del seno de una sociedad que crecía rápidamente en número y bienestar, una sociedad cambiante y desarticulada, en la que los viejos moldes sociales y culturales estaban en trance de desaparición y reflejaba el carácter de esta sociedad. En sus mejores momentos era literatura, aunque no literatura con arreglo a los moldes de una tradición literaria comúnmente aceptada. Los grandes novelistas del siglo XIX son a la vez algo menos y mucho más que simples escritores".

Tanta libertad de observación y análisis, de inventiva y penetración, se debió a su propia fluidez, a su constitución "amorfa", tal como la describió Edwin Muir. La novela nunca se ha mostrado como un orden de normas prefijadas. Es siempre un mundo de posibilidades librado al puro instinto del creador. Su importancia radica en rendir un objeto o un valor de alcance universal. De esto fue muy consciente, por ejemplo, Tolstoi, quien en su obra principal *La guerra y la paz* no sólo aspiró a describir el carácter y el espíritu de la sociedad rusa en la época de la invasión napoleónica, sino desentrañar ese *poder* que imanta a ciertos hombres y convoca los pueblos a aglutinarse en torno a ellos, aun a precio de una mutua destrucción. Este poder mueve los acontecimientos a través de los cuales la historia acaba por componer el rostro de un huésped impenetrable.

Para Tolstoi este huésped no era sino la necesidad misma, esa fuerza pujante y sórdida que arrastra a los hombres a lo fatal e imprevisible, por más que éstos le opongan, agónicamente, la voluntad moral atendida a los fines propios de cada uno y, sobre todo,

esa conciencia de la libertad que los autonomiza hasta en el sacrificio. No obstante la oposición subsiste. Tolstoi lo sabía y por eso terminó creyendo que una ley de la fatalidad gobierna la historia. Esta fatalidad golpea y deshace la suma de los esfuerzos humanos, arrasa toda fortaleza de la voluntad y niega al fin la libertad. Pero Tolstoi nunca cae en un escepticismo mortificante, lo sostiene esa natural equidistancia del don novelístico que es saber manejar los grandes esquemas desde la propiedad de los hechos menores. En este sentido fue un fiel discípulo de aquella tesis stendhaliana que ponderaba el vigor estimulante de los *petits faits vrais*.

Porque, en realidad, la oposición entre lo insignificante y lo inagotable es dialéctica. Implica la relación del hombre con su mundo, con los demás hombres y, también, la relación del hombre con su propia interioridad. Y si es cierto que la presencia actuante del sujeto concierne en sí lo irracional que a él le viene de la naturaleza, su impulso libertario (por no decir, místico) lo descoloca del mundo y lo hace vacilar ante la grandiosidad del espectáculo universal de la vida, donde él mismo es sólo una ínfima porción. Sin embargo, de los contrastes de esta visión totalizadora está hecha la esencia del hombre. Su puesto cultural en el mundo depende siempre de este grado de universalización de su conciencia, que viene así a condicionar, alternativamente, su acción como pasión e inteligencia, como totalidad o residuo, según el giro de la ideación que lo domine. Esta dialéctica fue advertida, de un modo u otro, por todos los novelistas, especialmente por aquellos que asumieron el problema de la significación social o el misterio ontológico de la persona humana. Empero, el poder de la novela del siglo pasado —heredera ya de las investigaciones de índole antropológica de un Defoe, un Swift o un Fielding—, consistió en vislumbrar que el mundo era *representable* y que no tenía una mismidad unilateral. Por el contrario, es el hombre el que le restituye su fisonomía, su valor de "realidad", a través de la elaboración de sus propios laberintos mentales, de sus trampas, emboscadas o asechanzas.

2

CONSTITUIDA la novela moderna como una forma de indagación de la realidad humana, el puro juego de las acciones de sus protagonistas no podía ser interpretado simplemente como un reverbero de hechos circunstanciales. Había que desentrañar el motivo superior que los desencadena, esa potencia misteriosa o mágica que domina los templos humanos, hasta precipitarlos al turbión de lo trá-

gico o lo vesánico. Al respecto, la grandeza de Balzac proviene de que la trama de su *Comédie humaine* no se confunde únicamente con la de esos vanos espectros que en sus páginas sostienen la ambigüedad de lo aparente, sino que procura dar corporeidad a un sistema de poderes casi inasibles que, no obstante, se asientan en la sociedad con la terrible omnipresencia de lo fatal.

Para Balzac, esta red invisible (pero opresiva) era el mundo del dinero, el mundillo de los negocios, que tras su afán posesivo y su falso sentido carismático acaba, a cambio del dinero mismo, cotizando la belleza en placer, convirtiendo la pobreza en humillación o transformando la dignidad en hipocresía. Una suerte de diabólica disposición, de apasionada entrega, encadena los seres dentro de la alucinación o enajenación que provoca el dinero. En otras palabras, la posesión del dinero enmascara, en su determinación egoísta, la raíz del pecado contra el espíritu, haciendo de su persecución una diaria caída en un largo presente irredento.

Porque al tiempo que las virtudes del amor, de la religión, incluso de los ideales fraternales, ceden ante el dinero su sitio en el corazón de los individuos enajenados, una voluntad de poderío acrecienta el orgullo personal hasta la crispación. Teológicamente, esta situación refleja la realidad concreta del hombre "caído en la historia", estrujado por la garra de la necesidad, sin otra libertad ni recurrencia social que su propia insensatez. La exploración, pues, de Balzac fue denuncia, desenmascaramiento y, a la vez, una advertencia al porvenir; no hubo en él ningún consentimiento a la pasión desbordada de sus héroes, sino una postura inteligente, orientada a elucidar los motivos de trasfondo.

Por consiguiente, habiendo sido Balzac el padre del realismo social en la novela, hizo ingresar al lector a un mundo casi fantástico por la complejidad de sus acciones, al tiempo que avivaba en ese lector la llama de una comprensión superior de lo humano, sirviendo para el caso su propio espíritu crítico como espejo. Toda la tenacidad de los equívocos, la naturaleza de la corrupción, la negrura de los desafectos y las infinitas gamas de la soberbia y la criminalidad, fueron en su visión formas luminosas de una religiosidad que enlaza el drama humano a una proyección escatológica. Con un procedimiento descriptivo de violentos claroscuros y sin incurrir en minuciosidades ni en detalles superpuestos, Balzac no le privó al lector de su propio don imaginativo. Lo hizo participar como un agonista más, le dio elementos para su juicio, lo ilustró como a un ser de cuya comprensión y compasión dependía, en último término, la verdad por él buscada. Pero lo fundamental fue que hizo funcionar la historia en el fragor de un presente tumul-

tuoso. Su mundo novelístico fue el de su contemporaneidad, el que vieron sus ojos, desde la caída de Napoleón hasta las vísperas del Segundo Imperio, en cuyo transcurso la historia enmarcó, con el afianzamiento de la burguesía, no sólo la tensión de esa irreversible "necesidad" de la que luego hablaría Tolstoi, sino el fracaso de esa misma "libertad" acuñada por el individualismo del siglo XVIII.

La época al perder su conexión con una verdad trascendente apresuró el advenimiento de un nihilismo sin redención, en el que el escritor mismo habría de asumir la conciencia, ya no de su inutilidad, sino de su "monstruosidad" por tratarse, de hecho, de un ser fuera de la naturaleza, como lo describió Flaubert. "La vida es tan horrible —decía él mismo— que sólo se la puede soportar evitándola. Y esto puede hacerse viviendo en el mundo del arte". Con Flaubert el arte de la novela se especializó. Se ahondó en esa tenaz disparidad del rechazo de la misma realidad social de la que procedía. Se convirtió en el arma de un insondable desprecio por la criatura humana.

En otras palabras, se transformó en una técnica literaria de catarsis personal en las exploraciones psicológicas. Y muchas veces para convalidar tales fines purgativos, sometió su fuerza descriptiva a esquemas científicos. Del análisis de situaciones sociales que determinan defectos o taras hereditarias hasta convertirse en formas de conducta o modos de rebeldía social, debía surgir una filosofía de la vida. Este propósito orientó la obra de Zola y le permitió conjugar su gran capacidad de observación con una suerte de responsabilidad científica, hasta el punto de ofrecer su creación novelística como un testimonio objetivo y acusatorio de la injusticia social.

Pero también la novela, en estos trámites de experimentación de sus propios métodos aprehensivos de la realidad, vino a ser un medio de vinculación entre la misma realidad de lo concreto y la supuesta irrealidad que la envuelve y acecha con sus fantasmas. Justamente (y como una reacción contra el celo cientificista del naturalismo) se acentuó en la novela, como una novedad, un clima de rarezas y de sutiles transportes anímicos. El simbolismo llenaba el ámbito de la novela de adivinaciones, alucinaciones o sospechas extrasensibles. La vida alcanzaba así un estado de sublime indeterminación, como en el caso de esas novelas de evasión de Huysmans.

Con todo y antes de que desembocara en el esteticismo de fin de siglo, el género novelístico logró con Dostoiévski ser algo más que pura literatura en transformación. Volvió a ser un sistema de investigación del ser del hombre. Y más aún, una experiencia de la introspección en el afán de penetrar en el misterio de lo divino,

a través de alma misma que lleva sellada tal numinosa revelación. En verdad, esta temática místico-religiosa fue preponderante en Dostoievski. Pero su clara intención soteriológica no estaba referida únicamente al drama de la individualidad, sino que tenía un carácter mesiánico. Sus protagonistas, en este sentido, pese a sus peculiaridades temperamentales, aparecían finalmente confundidos con esa "alma rusa" que en su propia dimensión colectiva representaba a la humanidad entera. De ahí su admirable sentido de la caridad, donde cada hombre es todos los hombres. Parecería, pues, que Dostoievski intentó hacer sensible que la tan mentada voluntad y la tan exaltada libertad no son poderes en sí mismos ni signos de una ulterior salvación. Por tanto sólo cuenta el destino común de la humanidad. Con esto Dostoievski rechazaba el racionalismo individualista europeo, en el que no sólo vio la raíz del nihilismo, cuanto la forma viva y actuante del pecado y el mal.

A diferencia de Tolstoi que sintió la brumosa pesantez de lo fatal, Dostoievski ponderó en su mensaje el don de la felicidad, no como razón del mundo, sino como la esencia intrínseca del ser humano. En tal apertura resultó ser un profeta de la reconciliación final y del reencuentro paradisiaco del hombre con el hombre. A tal fin exaltó el valor de la inocencia hasta confundirla con la santidad. En la recuperación de tal inocencia incluso los signos de la caída original no serían obstáculos para el bien; serían las formas más auténticas del amor y el padecimiento de la encarnación de Cristo, con el que se abre universalmente el hombre al misterio de la redención.

3

SIN embargo, a pesar de la fuerza casi evangélica que iban adquiriendo tales planteos, el tema de lo social siguió manteniendo su hegemonía argumental en la novelística de la segunda mitad del siglo pasado. Esta insistencia era el resultado de una postura ya madura en su juicio, que comenzaba a ejercer su ironía frente a una sociedad egoísta e hipócrita, dominada totalmente por la ambición y ostentación de la riqueza. La exterioridad del brillo social opera como el incentivo de las grandes ilusiones. Pero la riqueza se afirma sobre un mundo de prisiones y despojos continuos. Dickens denunció este sistema social tan proclive a la persecución y tan extremadamente vigilante del bien privado que podía convertir en pillito o aventurero a cualquier individuo desprovisto de medios.

La prisión, en este aspecto, era como el símbolo de observancia de los desposeídos.

Cierto, Dickens vio en los sistemas carcelarios una especie de síntesis alegórica del propio orden social; pero este símbolo no fue lo exclusivo de un plan de denuncia, sino que constituyó la clave de toda una concepción metafísica de la realidad social de su tiempo. Es que para él el fracaso de la libertad y la voluntad humanas, en un mundo tan restringido legalmente, con su perpetuo contraste entre la pobreza, el afán de lucro y la avariciosidad, no era otro que la negación de esos elementales sentimientos cristianos de la probidad y la caridad. Por ello, la obsesión u obcecación de muchos de sus personajes por descollar en la figuración social, no representaba lo intrínseco de la naturaleza moral del hombre. Por el contrario, ese delirio no era más que el resultado de una sociedad perversa y falaz que parecía haberse vuelto voluntariamente en contra de Dios.

En otros términos, como puede observarse, la novela resultó ser el género más dúctil y apropiado para denunciar lo opresivo que rodea al hombre. Y no sólo en un plano exclusivamente social, sino en los niveles visionarios más altos de una preocupación inclusive teológica acerca del drama humano. En su *Moby Dick* o en su *Billy Budd*, Melville ha sabido componer un esquema alegórico de acciones que patentizan la obsesión que domina al hombre por desentrañar, en la lucha o en el pecado, esos misterios alucinantes del mal o la pura iniquidad. Algo semejante alcanzó a vislumbrar Galdós en sus grandes novelas de la vida contemporánea española; con idéntica intensidad vio, detrás de la malla de las relaciones sociales, un clima de encierro, de inocultable frustración, como si desde fuera la vida cotidiana estuviera agobiada por la omnipresencia de un celo sobrenatural.

Puede decirse, en síntesis, que el realismo social de la novela del siglo pasado, con sus apelaciones a órdenes superiores de comprensión, ayudó al hombre occidental a perder todo el temor en el análisis de su realidad intramundana. No obstante, las tendencias esteticistas de fin de siglo interesadas en encuadrar la novela dentro de exigencias estilísticas que lo legitimaran como gran arte, vinieron a plantear la cuestión de que no se debía interponer, en la investigación de la verdad, elementos de persuasión que únicamente apuntan a lo ideológico. Este tipo de obstrucción falsamente realista resiente la capacidad de sugestión o de misterio que la novela debe asumir como género específico de la imaginación. Por encima de la mera postura esteticista de un Oscar Wilde, ya Henry James había criticado, de joven, esta suerte de desorden ideológico tan tendenciosamente difundido en la obra de Dickens. Su oposición al excesivo

vo registro de detalles externos le impuso, como método, una noción más explícita de la historia argumental, con el fin de captar los hilos de las intenciones subrepticias que se mueven en la conciencia de los personajes.

A partir de esos planteos la realidad aparecía problematizada en sus propios límites, es decir, en esos extremos en que refluye la incerteza o la ambigüedad de toda percepción. Lo externo configura, por decirlo así, un orden intencionado, simbólico, de la conciencia, en directa relación con las tensiones internas del sujeto. Henry James fue, en esta dirección, un maestro insuperable de la ambigüedad, como tan bien lo puso de relieve Edmund Wilson. Lo importante en el proceso era la apertura lograda que hacía posible penetrar en la entraña del temperamento del protagonista, donde incluso la neurosis puede llegar a deformar las categorías de lo real, encerrando dentro de un ámbito de represiones los propios instintos que, por lo mismo, desembocan en el desastre o en la tragedia. La tarea de la creación representaba una terrible responsabilidad. El novelista debía experimentar la sordidez de lo real, sin declinar en sus instancias introspectivas, como si la acción creadora de la inteligencia fuese una propedéutica de todo acontecer.

La consecuencia inmediata de este anhelo de compenetración en la pura intencionalidad de los procesos anímicos, fue que la novela de nuestro siglo se hizo cargo, desde un comienzo, críticamente, de la eficacia de sus propios métodos de captación e invención, poniéndolos incluso en tela de juicio, como si con ello tratara de alcanzar un nuevo nivel artístico o un nuevo plano de la imaginación, una suerte de especificidad típica del género, que fuese en sí mismo tan autónomo como el poema. *Les Nourritures terrestres* de Gide concuerda con este sentido de extralimitación con que la novela empezó a desbordarse de sus cauces tradicionales. Pero para ser justos quizás convenga recordar aquí que mucho antes de producirse estos intentos renovadores, ya se había dado, en 1887, un hecho que en su momento pasó inadvertido, y que fue la invención del monólogo interior, nuevo método descriptivo de la introspección novelística, creado por Edouard Dujardin en su obra *Les Lauriers sont coupés*, y que luego llevaría a su total despliegue Joyce en su *Ulysses*.

En estos procesos de transformación se llegó a entender, unánimemente, que la sustancia que al fin sostiene todo relato, no es tanto esa relación fáctica que hace a la urdimbre de las historias humanas y de la historia misma, cuanto la pura dimensión del tiempo, que exige para su captación una idéntica fluencia de conciencia, hasta el punto de poder re-crear, con sólo aplicarse a un instante del acontecer toda la expansión del tiempo, cual si emanara

de la fuente de la más íntima subjetividad. Bastaría la mención de Marcel Proust para comprender la magnitud de esa libertad expresiva a que había llegado la novela en los primeros tramos del siglo. Los novelistas entraron en toda clase de experimentaciones verbales como intelectivas, recurriendo a veces hasta esos resortes o fenómenos subliminales como el estado de presciencia. La novela se convirtió así en un dominio de especulaciones que a la vez que intentaba recatar el devenir temporal, desviaba hacia honduras místicas o metafísicas su inicial proyecto de testimoniar la tragedia humana.

4

MARCEL Proust, Virginia Woolf, Joyce y Faulkner fueron los primeros en aplicar técnicas reveladoras de la introspección analítica o asociativa, con las que podían incursionar en los hondones del inconsciente que, al igual que el tiempo, conforma con su intencionalidad la complejidad de los hechos. La novela se pobló, por eso mismo, de un lenguaje metafórico que muchas veces reproducía el flujo abigarrado de los sueños o el esplendor verbal del estilo poético. Pero los símbolos escatológicos seguían mostrándose igualmente en estos ciclos casi oníricos del arte de novelar. Lo que ocurría era que la propia modernidad, en su madurez y plenitud, no podía ya ocultar que toda realidad, el mundo de lo cotidiano como la historia misma, aparte de ser abismal en su estructura, se asemeja cuanto más a una pesadilla.

Resultaba imposible distraerse, por ello, del sentimiento de una angustia universal. Cada historia personal, cada día —como aquel *Bloomsday* del 27 de junio de 1904, en Dublín—, llevaba en sí el sello de un Juicio Final (*doomsday*), de una condenación o de un fracaso moral, propio ya de nuestra civilización de Occidente. En otras palabras, toda existencia individual, todo acontecimiento, aparecía marcado por un signo trágico, el exceso de lo humano desbordándose, precipitando alucinadamente el mundo a lo desconocido por el impulso de generaciones dominadas por una sed de absoluto. Esto se percibe en el desfile onírico del héroe de *Finnegans Wake*, a cuyo alrededor surgen, en movimiento tumultuoso, "el ir y venir de seres sobrenaturales y magníficos, que hace tiempo brotaron de la imaginación de los bardos, mundo mágico y malicioso en extremo".

Este mundo en permanente transmutación no es sino el mundo del mal, del pecado, de la conciencia infeliz, que una vez más volvía a hacer presa del hombre corroído por sus fantasías. Parecía

el fin de otra Edad Media que prolonga su muerte en las visiones de un más allá, sin poseer la certeza de la salvación. El ajuste realista —y profético— de este estado de alteración lo hizo Kafka. Su visión mostró, sin menoscabar la complejidad ominosa de lo real, la terribilidad del drama humano adentrándose en esos sistemas enajenadores del juicio, como si ya él preanunciara los últimos grados infernales de la época burguesa, aun sustentada por su mito del poder terrenal. Kafka, al proponer un esquema metafísico de la situación humana, anticipó la imagen concentracionaria en que se ahogaría la modernidad, donde la vida y la muerte ya no reconocen diferencias.

Y aunque su óptica novelística se afirmó, con todo, en una intuición soterialógica, la lucidez con que describió este mundo de encierro lo emparenta, como lo ha sugerido Theodor W. Adorno, con los albores de la Ilustración, por cuanto ésta comenzó a denunciar, en beneficio del hombre, el origen teocéntrico de todo poder. Pero Kafka, menos atenido que nadie a las promesas del racionalismo, al igual que Pascal no creyó en otra conquista para asegurar el valor de la dignidad humana, que en la de ese *Deus absconditus* que mora en la interioridad de cada cual. Por ello pensó que el sentido de toda creación novelística no podía tener otro carácter que el de la plegaria.

Como se ve, la reiteración del tema religioso, con sus consideraciones acerca del mal y la caída, volvieron a surgir del fondo del quehacer novelesco. La novela parecía ser el camino perfecto de la conversión. Autores como Mauriac, Graham Greene, Julien Green o Evelyn Waugh, del mismo modo que nuestro Unamuno o Bernanos, han vuelto en función del género por los caminos de la fe, para recoger de la entraña misma de la pasión purgativa de sus personajes, los indicios de una posible salida hacia el perdón y la esperanza.

Es que el padecimiento del mal que la novela puso tradicionalmente de relieve implica, por contraste, la exaltación de una vocación para el bien que no decae y que proyecta, desde la novela, su aspiración a un mundo de paz y conciliación. En tal sentido, el drama humano subsiste en el género como un replanteo constante sobre la esencia del hombre. Puede llegar la novela a parecer entretanto un sueño del vivir, como decía Unamuno, pero aun en estas conceptualizaciones no debemos olvidar lo que G. Lukacs señaló en uno de sus libros iniciales e incuestionables, *Teoría de la novela*, al expresar que el solo acto creador del novelista supone, de hecho, la ausencia de Dios en el mundo. Este vacío es precisamente lo que determina en el escritor el ansia del novelar que, por

lo mismo, no puede dejar de ser otra cosa que distracción, pasatiempo, para que el propio espíritu descanse. Decía entonces Lukacs: "La inmanencia vacía, la que no tiene apoyo sino en la vivencia del escritor y no sobre su rodeo en torno a la patria de todas las cosas, no es más que la concreción de una capa superficial que cubre las fisuras pero que igual no puede, en su calidad de superficie, retener esa misma inmanencia, y como tal debe devenir ella también, hueca".

Esto quiere decir que la novela no opera sino por abstracción, por sustracción de todo objeto. El resultado es la ironía, el producto único de la distinción. Dios es el obstáculo y, por ello, la ironía debe buscar su dominio en un mundo no redimido. Sólo allí, en un mundo sin Dios, es posible la libertad y esa totalidad existencial a que aspira la novela. Ahora se ve lo que la novela moderna ha pretendido decir desde su origen: que el hombre es un ser en soledad, arrojado a su suerte, pero iluminado por un sentido ético de la existencia que lo proyecta a un orden espiritual de solidaridad.

EL ARTE COMO CONOCIMIENTO Y COMO LENGUAJE

Por *Jacobo KOGAN*

DESDE la antigüedad existe entre los filósofos la tendencia a ver en el arte una especie de conocimiento de la realidad cósmica o humana, a veces menos pero con frecuencia aún más perfecto o penetrante que el conocimiento discursivo. La encontramos actualmente en los pensadores como E. Cassirer, Collingwood, Susanne K. Langer y otros, que hallan en la expresión artística un lenguaje primordial y hasta una lógica peculiar, adecuada al dinamismo de la vida interior, orgánica, del hombre.

En contra de tal concepción, podemos tomar como representante más destacado al distinguido pensador francés Etienne Gilson, que junto a sus notables investigaciones en la Filosofía medieval y en la Metafísica, profundizó asimismo en los problemas de la Estética. Con respecto a la apreciación estética Gilson coloca a los filósofos que se ocupan del arte entre lo que él llama "filisteos", que caracteriza como aquellos que ven el arte donde no está y no lo ven donde se encuentra realmente (el tipo de "filisteo" filósofo que toma como ejemplo es justamente S. Langer)¹. El arte no es para Gilson ningún conocimiento de lo que es, ni símbolo de nada, sino creación de objetos totalmente nuevos, dotados de valor peculiar. El artista es "homo faber", y no "homo sapiens". Dentro de la misma línea se encuentran los que señalan que el arte no expresa lo real, sino nuestros sueños e ideales (Gaetan Picon);² que no es la ilustración, sino el canto de la historia (Malraux);³ que es renovación y aventura, y no la traducción de un orden (Whitehead).⁴

Nosotros nos hemos adherido, en varios trabajos, a esta última posición, pero creemos necesario introducir en ella algunas modificaciones, o agregados. El arte no es, ciertamente, conocimiento de lo que ya es o existe desde antes, sino producción de novedad; ni

¹ "Introduction aux Arts du Beau", J. Vrin, Paris, 1963, p. 239.

² "L'écrivain et son ombre", N.R.F., Paris, 1953.

³ "Les voix du silence", N.R.F., Paris, 1952.

⁴ "Adventures of Ideas", Macmillan, New York, 1946.

tampoco produce solamente símbolos, sino objetos *sui generis*, en el plano de la imaginación. Pero la vivencia que transmite es real y profunda, y sugieren significados e influjo en la existencia social e histórica que requieren explicación.

La Estética filosófica procura dar cuenta de la naturaleza del arte como tendencia del hombre a la creatividad o al ejercicio de la libertad en el plano de la conciencia. Este es un saber que pretende formular la Estética, no el Arte. Este se limita a crear, no a informar ni dar explicaciones; a revelar algo, no a enunciar generalidades. Por otra parte, la Estética, como rama de la filosofía, describe y trata de explicar el arte como función cultural e histórica, pero no se detiene a considerar lo que cada obra expresa. Y aquí está, a nuestro juicio uno de los aspectos esenciales no aclarados. No podemos quedarnos con la idea de que el arte sea una mera actividad o ejercicio, por sublime que sea, sin comunicar nada. Cada obra parece traernos un mensaje, poner algo de manifiesto, expresar alguna "idea", que si bien se ofrece a nuestro sentimiento, el revivirla es al parecer un modo de comprenderla.

Nosotros vamos a examinar tal posibilidad de comprensión partiendo de las doctrinas de dos grandes pensadores: Kant y Whitehead, con especial referencia a sus concepciones sobre el significado artístico, que en el primero constituyen las "ideas estéticas",⁵ y en el segundo halla su expresión en "las grandes obras de la literatura".⁶

Kant declara categóricamente que ni el juicio del gusto ni la actividad artística son conocimiento. Por otra parte, el entendimiento y la imaginación, que son las facultades de conocimiento obrando en armonía, son las que dan origen al goce estético y "cuya reunión constituye el genio"⁷ (el artista). Para comprender esta aparente contradicción debemos señalar que Kant emplea el término "conocimiento" en tres sentidos distintos en sus "Críticas": a) el conocimiento en sentido estricto, en la "Crítica de la Razón Pura" y por lo general, que es el aprehender un objeto por medio de la intuición y pensarlo por medio de conceptos, esto es, el conocimiento empírico; b) el conocimiento *incondicional-práctico*,⁸ en la esfera de la Ética, que no se refiere a la experiencia propiamente dicha, de los fenómenos, pero que posee universalidad y necesidad lógica, y aun constituye en rigor un saber más profundo que el anterior, por cuanto descubre el fundamento de la libertad en el mundo de los números; es un saber limitado también, porque no revela más que

⁵ "Crítica del Juicio", parágrafo 49.

⁶ "Adventures of Ideas", Cap. XV, 8.

⁷ "Crítica del Juicio", par. 49.

⁸ *Ibid.*, Introducción, IX.

un aspecto —la acción moral— de ese mundo, que es la realidad en sí, pero es una limitación sólo de grado, no como el saber de los fenómenos, que es limitado por esencia; c) conocimiento *en general*,⁹ con el significado empleado especialmente en la "Crítica del Juicio" para referirse al juego libre de las facultades intelectivas, la imaginación y el entendimiento, en armonía, pero que también comunican una generalidad *a priori*, a través del juicio del gusto, una "universalidad subjetiva". No se trata del conocimiento determinado de ningún objeto, ni de ningún saber, puesto que el juicio del gusto sólo se refiere y califica el sentimiento; pero es una acción productiva de la mente (Gemüt), puesto que en el terreno del arte configura las *ideas estéticas*,¹⁰ como la razón práctica concibe la idea del bien en la esfera ética. (Podríamos agregar aún otro tipo de conocimiento, que es todo saber filosófico, ya que la "Crítica de la Razón Pura" no es menos saber que el conocimiento empírico, cuyos límites y naturaleza ella define y esclarece).

En el capítulo sobre la "Dialéctica del Juicio Estético" el *conocimiento en general* es definido como operando con conceptos *indeterminados*, con los cuales podemos *discutir* sobre lo bello, pero sin poder *demostrar* nada, a diferencia de los conceptos *determinados*, con los cuales podemos *disputar* fundándonos en pruebas. La solución de la antinomia del gusto, en que este juicio tiene la pretensión a la validez general y por lo tanto ha de constituir algún conocimiento, consiste en señalar que se basa en conceptos, pero no determinados, que no son ni los procedentes de la experiencia empírica, ni aquellos que expresan los valores absolutos en el campo de la Ética (la buena voluntad y el hombre como fin en sí mismo) por medio de las leyes morales; su validez *a priori*, concluye Kant, ha de provenir del mero concepto de razón de lo suprasensible que se halla a la base del objeto y también del sujeto que lo juzga,¹¹ esto es, el mismo concepto con que nos referimos a los nómenos. Kant designa también este fundamento como el "sustrato suprasensible de la humanidad".¹²

El juicio del gusto se dirige a las "ideas estéticas", que son también ideas de la razón según Kant, pero a diferencia de las ideas especulativas "se fundan en principios subjetivos y no objetivos de su uso".¹³

⁹ *Ibid.*, *passim*.

¹⁰ *Ibid.*, Introducción VIII.

¹¹ *Ibid.*, par. 57.

¹² De lo cual Hermann Cohen deduce la siguiente fórmula: "El arte es la autoconciencia de la humanidad" ("*Kants Begründung der Aesthetik*", p. 217).

¹³ *Ibid.*, par. 57, nota I.

Una *idea estética* es una "representación de la imaginación que provoca a pensar mucho, sin que, sin embargo, puede serle adecuado pensamiento alguno, es decir, *concepto* alguno, y que, por lo tanto, ningún lenguaje expresa del todo ni puede hacer comprensible. Fácilmente se ve que esto es lo que corresponde (el *pendant*) a una *idea de la razón*, que es, al contrario, un concepto al cual ninguna *intuición* (representación de la imaginación) puede ser adecuada".¹⁴

El pensamiento o concepto de que aquí habla Kant es el determinado, que el genio transforma en indeterminado, "infundiendo espíritu en las simples letras" por medio de la imaginación, y "creando así otra naturaleza con los elementos que saca de la naturaleza real".¹⁵

Kant emplea aquí el término de *naturaleza* en un sentido distinto a la empírica, configurada por las categorías; y aun en el sentido de realidad nouménica, cuando habla del artista: "Genio es el talento (dote natural) que da la regla al arte".¹⁶ "El genio 'es una capacidad innata mediante la cual la naturaleza da la regla al arte' ". *Naturaleza* no significa aquí, ciertamente, el de la experiencia, pues se trata de una espontaneidad, de una actividad libre, más libre aún que la de la razón práctica en la esfera moral, pues no obedece sino a la propia ley original y singular del artista, la "naturaleza del sujeto",^{17a} no supeditada ni a las leyes del entendimiento (categorías) ni a las de la ética (ley general del deber), sino dirigida a una finalidad por la razón y expresada en ideas: "Belleza es expresión de ideas estéticas":^{17b} es el concepto de una totalidad, siendo la obra de arte como un microcosmos paralela al macrocosmos que concibe la razón especulativa: "el *pendant* de la idea de la razón".

¿De qué nos hablan estas ideas? "La belleza es símbolo de la moralidad". Kant emplea el término de "símbolo" para contraponerlo al de "esquema"; éste se refiere directamente al objeto, que el entendimiento piensa basado en la intuición; aquél, cuando la razón trata de pensar algo indirectamente, "por medio de un proceder de la facultad de juzgar según la forma de la reflexión y no según el contenido".¹⁸

Lo bello es *símbolo* del bien moral porque, como éste, señala una elevación de lo sensible a lo espiritual, "y sólo también en esta

¹⁴ *Ibid.*, par. 49.

¹⁵ *Ibid.*, par. 49.

¹⁶ *Ibid.*, par. 46.

^{17a} *Ibid.*, par. 49.

^{17b} *Ibid.*, par. 51.

¹⁸ *Ibid.*, par. 59.

consideración place con una pretensión a la aprobación de cada cual; el alma, al mismo tiempo, tiene conciencia de un cierto ennoblecimiento y de una elevación por encima de la mera receptividad de un placer por medio de impresiones sensibles. . .".¹⁹

Sin embargo, la obra de arte no es solamente símbolo, un significado que se limita a *hacer referencia* a una elevación, sino un objeto que transmite y comunica la fuerza misma elevadora. Y así como la ley moral en Kant no se refiere a ninguna acción en particular, sino al modo de obrar, a la intención con que se obra, a la buena voluntad en que se funda la acción, por lo que sólo puede expresarse en una ley formal desprovista de contenido, así toda obra de arte nos comunica también una elevación independiente de los medios con que ella se realiza y de su contenido concreto.

Parafraseando el célebre dístico con que Platón dirige una invocación al Aster,²⁰ dice Hegel que el arte hace de cada una de sus figuras un Argos de mil ojos a fin de que el alma y la espiritualidad aparezcan en todos los puntos de la fenomenalidad. En la misma línea de comparaciones podemos decir que a través de mil formas, en sus distintos campos de realización, el arte proclama y prueba a la vez, por medio de múltiples expresiones, en sus diversas esferas de producción: la poesía, la música, la pintura, la arquitectura, la danza; del sonido y el color, el movimiento y las formas plásticas, con la palabra y la voz, las manos y el cuerpo entero, las ilimitadas posibilidades del hombre de transformar la vida en belleza.

La metafísica de Whitehead se funda tanto en una concepción especulativa como en una visión estética de la realidad. Paralelamente a la "Crítica de la Razón Pura" de Kant, Whitehead se propuso elaborar una "Crítica del Sentimiento Puro",²¹ sin desmedro de la Lógica. Todo siente en la Naturaleza según su concepción, y en todo se halla inmanente una finalidad, aunque sólo en el hombre ésta llega a la inteligencia consciente. Pero una vez llegada a este nivel, el proceso del Universo, en incesante transformación y progreso hacia la novedad, continúa en forma deliberada, a través de las creaciones del hombre, en tanto que civilización y cultura. El arte juega un papel esencial en este proceso de la realidad, pues

¹⁹ *Ibid.*, *ibid.*

²⁰ "Cuando miras las estrellas, oh estrella mía, yo quisiera ser el cielo de mil ojos para contemplarte desde mi altura", Hegel "Lecciones de Estética". Parte I, Cap. 3.

²¹ "Process and Reality", Macmillan, New York, 1957, p. 172.

es una producción constante de nuevos modos de sentir y mantiene viva la evolución en el plano de la razón y de la conciencia.

Whitehead distingue dos formas de razón en el hombre, que ejemplifica con dos figuras de la antigüedad griega: la inteligencia práctica, que persigue la satisfacción de las necesidades comunes y un mejoramiento general de la vida en cuanto a comodidad y bienestar: es la racionalidad ilustrada por la figura mítica de Ulises; la otra es la razón abierta al saber desinteresado y persigue la elevación de la existencia humana, que ejemplifica la vida real de Platón; esta última forma de la razón el hombre comparte con los dioses, mientras que la primera le es común con la de los zorros.²²

La función de la razón consiste en promover el arte de la vida. La vida que promueve la razón de los zorros es la de conservar lo mejor posible lo existente, la elaboración de métodos científicos adecuados y la invención de técnicas eficaces. La función de la razón de los dioses es la *comprensión* de la experiencia y la búsqueda de la novedad en un nivel superior, un encauzamiento del deseo de superación del hombre y la transformación de la existencia rutinaria en nuevos modos de sentir; es, en suma, la dirección inteligente del proceso universal en la conciencia, hacia la civilización, que es un incontenible progreso, y cuyos factores pueden sintetizarse en los cinco siguientes: Verdad, Belleza, Aventura, Arte y Paz.²³

El papel del Arte aparece como la función más vasta. Tanto la verdad como la belleza constituyen la adaptación de la apariencia del plano mental a la realidad en el plano físico; pero "la belleza es un concepto más amplio y más fundamental que la verdad":²⁴ ambas tratan de expresar este bien último que es la civilización y suponen una armonía: la verdad es una conformidad de la apariencia a la realidad, y el arte la conformidad de las relaciones recíprocas entre sí de los diversos componentes de la realidad, de la apariencia y la armonía de los contrastes entre ambas.²⁵

"La filosofía se halla emparentada con la poesía".²⁶ La racionalidad del cientificismo materialista constituye un artificio porque es una actitud que se detiene ante los hechos aislados sin concebir la totalidad. "La penetración de la literatura y del arte, en sus cumbres, surge de nuestro mudo sentimiento de haber ido más allá del mito del aislamiento".²⁷

²² "The Function of Reason", Beacon Press, Boston, 1958, p. 10.

²³ "Adventures of Ideas", Part Four, 19, I.

²⁴ "Adventures of Ideas", Part Four, 18, I.

²⁵ *Idem, idem.*

²⁶ "Modes of Thought".

²⁷ *Ibid.*

La Estética no se contrapone a la Lógica: "Me permito sugerir que la analogía entre la Estética y la Lógica es uno de los temas que la filosofía no ha desarrollado. Pero a consecuencia de la mayor concreción de la experiencia estética, ésta constituye un tema más amplio que la experiencia lógica".²⁸

Siendo la función de la razón que tenemos en común con los dioses la búsqueda de nuevas y siempre más complejas armonías, su cometido en el arte viene a ser la coordinación de las intensidades y los contrastes que surgen en el proceso creador universal dentro de la conciencia, con el fin de arrancar la vida societaria de la rutina y a la vez evitar el caos de las constantes transformaciones. La humanidad ha de seguir sin cesar el camino del progreso so pena de caer en un estancamiento o retroceso: "El progreso y la decadencia son las únicas alternativas que se le ofrecen a la humanidad. El conservatorismo puro es una lucha contra la esencia del Universo".²⁹

No otro es el concepto de la razón en Kant. En el comienzo de la "Fundamentación de la metafísica de las Costumbres" se pregunta él para qué le ha sido dada la razón al hombre, pues si lo fuera para asegurarle la felicidad, mucho más adecuado sería el puro instinto. Su conclusión es que el cometido de la razón consiste en producir una buena voluntad, esto es, en dirigir la vida hacia la perfección moral. Vimos, además, que también en la esfera del arte opera según Kant la razón, originando esa sobre-elevación mediante las ideas estéticas; el genio, en efecto, aunque recibe su impulso desde lo nouménico insondable —el substrato suprasensible que se halla a la base de todas sus facultades— encauza su acción dentro de una ley, por lo que su actividad es una creación dentro de un orden, y no un mero desbordamiento de energía, y su obra constituye un mundo y no un caos.

La obra de arte es también producto de la imaginación en Kant y en Whitehead: en el primero, por cuanto las ideas estéticas proceden de un juego libre entre la razón y la imaginación, siendo ésta la que "introduce espíritu en las simples letras"; en Whitehead, el arte continúa la obra de la divinidad que encauza el proceso real hacia siempre nuevas armonías de los contrastes, y promueve constantemente la aventura de la civilización, en todo lo cual la imaginación es indispensable, pues sin ella no puede haber nada nuevo.

La función superior de la razón consiste en promover el arte de la vida en la esfera moral y artística, o sea, que es primordialmente

²⁸ *Ibid.*

²⁹ "Adventures of Ideas", Part Four, 19, II.

acción y no conocimiento. Sin embargo, la participación de la razón en este arte de la vida padece de un equívoco: como "símbolo" la obra de arte sigue siendo un conocimiento en Kant, y lo mismo ocurre en Whitehead cuando habla de los *significados* contenidos en las grandes obras de la literatura, o también, como dice en otra parte,³⁰ que la obra de arte es "un mensaje de lo invisible".

Es que la obra de arte presenta dos aspectos que ellos no distinguen: a) el significado que podemos llamar explícito o deliberado, que es el que el artista quiere expresar en cada una de sus creaciones particulares, como sentimientos, anhelos, ideas, etc., aun cuando esta expresión vaya "más allá de las palabras y las formas gramaticales", como observa Whitehead; o bien que es "simbólica" y no "esquemática", según la calificación de Kant. b) el significado implícito y que por lo general se halla fuera de las intenciones del artista, y es el que emana de la existencia misma del arte y de su influjo peculiar sobre el sentimiento, esto es, su eficacia estética, que produce una nueva esfera de vivencias y de comunicación humana.

El primero atañe a la obra singular; el segundo, a toda obra de arte como tal, en su generalidad. El primero se limita a una idea particular, el segundo se extiende a una significación conjunta en la vida cultural e histórica. El primero procura manifestarse a través de una forma dada a un sentimiento individual, o a una tendencia de la voluntad, a una intuición filosófica, etc., que el artista ha concebido o experimentado previamente pero que no ha podido expresar en el lenguaje común; el segundo *revela* la existencia de una facultad humana capaz de abrir nuevos horizontes de emotividad en otro plano. El primero está vinculado a la personalidad del creador y a su estilo propio; el segundo propone al investigador en el campo de la cultura el problema del sentido del arte en la vida humana y la historia.

Ahora bien, según los que sostienen como Gilson que el arte no *expresa* sentimientos, sino que los *causa*; que la emoción estética que irradia no tendría origen en el propósito de significar nada determinado, pasan por alto que la obra de arte no produce su efecto en el espectador por eficacia causal, sino que requiere una captación inteligente, alguna especie de *comprensión*; lo cual ya implica que contiene algún mensaje, en el sentido estricto, naturalmente, en que reciben mensajes los seres humanos, y no en el sentido lato en que se extiende este concepto a las máquinas.

Hay, por tanto, en toda obra de arte algún sentido. La expresión personal del artista es una "idea" que traduce una vivencia deter-

³⁰ "Adventures of Ideas", Part Four, 18.

minada aunque verbalmente indefinible; a la vez que la obra, objetivamente revela un nuevo plano de sentimientos humanos. En ambos hay algo significativo y por ende racional, ya que lo irracional carece de toda significación.

El artista *expresa* la realidad en cuanto toma conciencia de ella; toda toma de conciencia es inteligente, aunque el lenguaje que emplee no sea discursivo, sino simbólico (Cassirer, Susanne K. Langer). La obra de arte es símbolo, pero no sólo esto, porque el artista no se limita a expresar ni es éste su propósito esencial, en lo que tiene razón Gilson; lo que ante todo se propone el artista es crear algo que contenga belleza o valor estético. Lo consigue transponiendo su sentimiento al plano de la imaginación, donde la realidad es transfigurada en formas, ritmos y armonías. El sentimiento estético proviene del sustraerse a la constrictión de lo real, no rehuéndolo, sino convirtiéndolo en objeto de libre contemplación y luego transformándolo por la libre acción creadora.

El significado de lo que expresa el artista puede ser más o menos interesante, pero no es lo que produce el placer estético: lo que importa es lo que ha hecho de sus sentimientos, o ideas personales, en la esfera del arte; y lo que es más importante aún para la Estética como rama de la filosofía es que por medio de su actividad creadora el artista pone de manifiesto un posible existir humano libre de sujeción a las potencias de la realidad que padecemos, y nos invita a participar en los resultados de su producción y de su descubrimiento y que lo acompañemos en ese nuevo plano de sentimientos libres. Toda obra de arte es así ciertamente un símbolo, pero no sólo en el sentido en que lo entienden Cassirer y S. Langer, ni sólo al que se refiere Kant cuando ejemplifica su "idea estética" con el contenido de una poesía de Federico de Prusia, o Whitehead al significado de una obra literaria; sino también cuando el primero dice que es "símbolo de la moralidad" y el segundo que es "un mensaje de lo desconocido". En este segundo sentido el arte revela un mundo, o un modo peculiar de existir, una esfera distinta de vivencias en el plano de la imaginación y de la conciencia libre.

Para evitar confusiones, nosotros propondríamos designar como "Símbolo I" las ideas personales del artista que requieren una *expresión* artística porque el lenguaje discursivo resulta insuficiente para ello; y "Símbolo II", el que constituye la obra de arte en tanto que revelación de un plano de existencia peculiar que llamamos estética. Es un símbolo porque lo *comprendemos* en un acto de contemplación consciente; es racional, o mejor dicho, superracional, no infrarracional, porque esta comprensión se cumple por un acto de ampliación y no de una reducción de la conciencia; es una conscien-

ciación de segundo grado, que después de haber pasado por la actitud de un mero enfoque de lo real, se ha elevado a la contemplación pura de la realidad por la conciencia libre de todo interés y cons-tricción, y luego a una visión transformada por la imaginación en el plano del arte. La belleza y el goce estético emana así de la vida libre de la conciencia, que se torna activa en la renovación constante de la emotividad por medio de la creatividad artística.

De este modo, aunque el arte no es ningún conocimiento (el que conoce es el filósofo) constituye una revelación que no deja de ser racional en las dos acepciones de "símbolo": El símbolo I manifiesta lo inefable de lo que ha experimentado el artista como individuo, y el símbolo II, el modo de existencia humana en el plano de la imaginación y de la conciencia libre. El arte es así también un lenguaje, porque es expresión e imaginación, como quiere Colling-wood, pero éste sólo ha señalado su primer sentido, el símbolo I, al quitarle importancia a su contenido de belleza o valor estético, siendo la imaginación la que desempeña la función principal en el símbolo II, contribuyendo más bien que a la expresión y, al conocimiento, a la creación del plano estético.

Podemos concluir que el artista *expresa* y que el arte *habla*, como cuando Heidegger dice que "habla el lenguaje";³¹ aunque sin pre-tender atribuir a esta metáfora, como aquél, proyección metafísica.

A través del Símbolo I habla el artista de sí mismo y de sus aspiraciones personales; a través del Símbolo II habla el arte, como tal, de la existencia humana posible en un plano superior de emo-tividad libre, de un modo similar a como el lenguaje común nos descubre de en sí una nota esencial del hombre, o como los monu-mentos históricos nos revelan el pasado de una civilización.

Los dos símbolos son y no son conocimientos, según el alcance que se quiere conferir a este término (aunque no se trata solamente de una determinación convencional). No lo son en sentido estricto, porque mediante el Símbolo I el artista sólo nos habla de su sentir y no nos transmite ningún saber explícito, siendo inconsistente lla-mar conocimiento a lo que no se puede definir ni explicar, a lo que permanece vago e indeciso para el artista mismo. Pero la obra de arte constituye una *expresión*, configura un propósito y una aspiración, es una finalidad sin fin (concepto), como dice Kant, contiene un mensaje, el cual, si bien resulta inanalizable, no deja de ser una "idea".

En cuanto al Símbolo II, nos habla a través de su significado

³¹ "Die Sprache *allein* ist es, die eigentlich spricht", en: "Der Weg zur Sprache".

en tanto que dimensión de la cultura, es un conocimiento del esteta, no del artista. No surge de un propósito, ni tiene por finalidad consciente comunicar nada, pero constituye una revelación de un modo de ser del hombre.

Ambos símbolos configuran, cada uno a su modo, un lenguaje: el Símbolo I muestra y se refiere a una fuente inefable de la personalidad; el Símbolo II señala hacia las posibilidades ilimitadas de libre creatividad, el desarrollo y la realización del hombre en el plano de la fantasía. Ambos se distinguen, también, el uno de los otros, así como del lenguaje común, práctico y discursivo.

LAS TEORIAS LINGÜÍSTICAS DE AMADO ALONSO SUBYACENTES A SU CRÍTICA DE RESIDENCIA EN LA TIERRA

Por *Alejandro LORA RISCO*

1. La teoría lingüística que se halla en el substrato de su enfoque hermenéutico,¹ en síntesis, es la misma que han elaborado Croce, Dessoir, Vossler, Spitzer y otros filósofos del lenguaje de la misma tendencia. Pero son principalmente las doctrinas de Croce y de Vossler las que constituyen los ejes de la interpretación analítica de A. Alonso. Los entendidos en lingüística saben bien hasta qué punto estas dos doctrinas se distinguen nítidamente entre sí, más allá de sus coincidencias o diferencias sistemáticas. A. Alonso, sin embargo, hace abstracción de los factores opuestos y aprovecha los puntos de contacto que pudiesen armonizarlas, a fin de equilibrar, o forzar, por lo menos, el equilibrio de su crítica de *Residencia en la Tierra*. La teoría, sobre poco más o menos, es la siguiente.

Sólo el sentimiento mueve espiritualmente a la obra, provoca la acción del acto formativo, la generación de la forma intuitiva (Croce), que viene además articulada, dice Vossler, a la red psicolingüística que conforma el sistema de la lengua total, llamado también pensamiento idiomático. A pesar de tratarse de dos concepciones del acto poético que sólo muy de lejos se complementarían entre sí, A. Alonso se las arregla para trabajar con ellas como si fueran polos equidistantes de un mismo instrumento de análisis omnicompreensivo. El aspecto de la obra residencialista que él considera más positiva, desde el punto de vista de lo que se entiende por logro poético, la justifica A. Alonso apelando al eje crociano. En cuanto a la parte negativa, se sirve, en cambio, de la polarización vossleriana. Croce explica por qué acierta Neruda con el sentimiento, incluso cuando éste se desenfrena. Vossler, por qué fracasa el poeta con el intelecto. Lo malo de la cuestión estriba en que Alonso no se molesta en presentar legalmente sus cuentas, diciendo cuándo, y por qué, unas veces se apoya rigurosamente en Croce y otras en

¹ *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, Editorial Losada, 1940. Las páginas del presente trabajo constituyen un fragmento del ensayo del mismo título.

Vossler. No suele mencionarlos ni siquiera de pasada, pero se la arregla muy bien para combinar los contrapuestos puntos de vista de uno y otro en un mismo cuerpo ecléctico de doctrina. Los factores de las teorías de Croce se suman así a las de Vossler para refundir el producto: una tesis *sui generis* que podríamos llamar alonsiana. Es la que el crítico aplica generosamente a una mejor "comprensión" de la poesía residencialista.

No olvidemos que todo parte del supremo descubrimiento crítico de Alonso, al enfrentarse a un problema de proporciones inusitadas: el lenguaje, críptico, hermético, afirma A. Alonso, carece de *forma suficiente*; luego, no puede comprendérselo positivamente como una totalidad unificada si se adopta únicamente la perspectiva vossleriana, que, por encima de cualquier otra nota y consideración, toma en cuenta el carácter orgánico y totalizante del sistema lingüístico, vehículo de claridad y de articulación conceptual.

Para Croce, en cambio, en el otro extremo de la "idea", el sentimiento, que es un lujo personal, penetra el todo de la expresión en la que el todo se convierte o aflora como poesía, como creación efusiva, líricamente. Por lo tanto, si en Residencia en la Tierra predomina casi absolutamente el sentimiento —por lo que encierra, según A. Alonso, un contenido poético puro—, ello se debe justamente a que, como quería Croce, la intuición es expresión y ésta comprende el sentimiento sin necesidad de que se vea aferrado ni disminuido por las ligaduras de la razón, de la lógica o de la reflexión crítica, elementos intrínsecos a la producción y encadenamiento dialéctico del pensamiento idiomático, sea cual fuere el ámbito en que se despliega.

Amparándose en Croce, A. Alonso afirma que el sentimiento sigue siendo la esencia del fenómeno poético residencialista, aun cuando la correspondiente expresión lírica se malogre, por falta de integración estilístico-formal con la fuente y la forma del pensamiento idiomático. Alonso no se ha hecho cuestión en ningún momento acerca de las causas psicológicas que hubieran podido determinar semejante desajuste interno entre Croce y Vossler dentro de la trama poética de una secuencia residencialista. Lisa y llanamente, arranca de la suposición, metafísicamente irrefutable, de que en Residencia "hay" poesía porque hay sentimiento de sobra, efusión lírica, y cree que lo único que resta, a partir de este aserto, es comprender con agudeza por qué ha salido tan mal parado el uso del sistema idiomático, desde el punto de vista de la expedición de la cadena sintáctica y del logro de la forma poética.

Ya conocemos su dictamen: aunque la forma sintáctica, que de rebote perjudica la poética, se destruya en el accidentado camino

de la efusión lírica, la poesía residencialista es inconfutable. Si hay sentimiento, hay también intuición poética. Ya hemos visto, por otra parte, que este sentimiento nerudiano aislado por A. Alonso en cualquier texto residencialista, no se genera en el ámbito de la forma poética en cuanto tal, sino que es un contenido que se infiere de una lectura conceptual, aunque sólo aproximada, del significante, cuyos contenidos, en tanto que específicamente residencialistas, aluden, una y otra vez, a reacciones emocionales preñadas de puras esencias evanescentes.

Por Vossler, sabe Alonso —autor del brillante ensayo *Por qué el lenguaje no puede ser impresionista*—, que la unidad del pensamiento idiomático no puede ser afectado por la irrupción del sentimiento hasta el extremo de quedar convertido en un amasijo sin forma, en un significante deslavazado, zafio, informe, internamente repulsivo o contrahecho. La expresión de cualquier contenido espiritual-individual es inescindible de la perfección formal que preside el sistema de una lengua de cultura, y este sistema tiene que permanecer integrado en cualquier clase de manifestación del sentimiento, más aún cuando se individualiza en el alma del artista creador, en el poeta. No cabe duda: acuciado por Vossler, está llano A. Alonso a denunciar todas las "chapucerías" gramaticales y "fracasos formales" que pululan en *Residencia en la Tierra*. Pero Croce está, a retaguardia, esperándole solícitamente, para volver a darle la razón desde el punto de vista de las excelsitudes de la manifestación del sentimiento. Gracias a ello, triunfante, el crítico restituye al texto residencialista el valor poético (o la poesía) que la demostración vossleriana se había encargado implacablemente de extirpar.

Para Vossler, el sentimiento implícito en el sistema de la lengua se concentra y agota con la manipulación del artista creador, que así transforma la belleza general, inherente a los dominios del sistema lingüístico, en decisiva expresión del carácter eminentemente individual del artista. Por lo tanto, hay que contrabalancear el platillo crociano. Si *Residencia en la Tierra* desconoce el significado de la forma como elemento que lleva a la condensación del carácter individual, del sello —estilístico— que se imprime sobre lo general para elevarlo a la categoría de lo estéticamente particular y único, entonces la exégesis alonsiana del lenguaje residencialista tiene necesariamente que arrancar, no ya de una estimación de su estructura formal, que hace crisis en él, sino de la exaltación del sentimiento, vehículo de trascendencia anonadadora.

Desde la primera ojeada, es fácil comprobar que la lengua residencialista se halla impregnada del más gemebundo *pathos* sentimental; y no es menos sencillo comprender que A. Alonso se atenga

a esta verificación para inducir otro hilo de la tesis crociana y postular que, en la expresión poética, lo esencialmente poético es el sentimiento. Y si está ahí el sentimiento cual borboteón de materia psicológicamente incontenible, los poemas residencialistas, cualquiera sea el grado de deficiencia protocolar o de insuficiencia formal, desde la perspectiva de la sublime e inviolable ordenación crítica del pensamiento idiomático, que los afecte, tienen que ser justamente poemas, esto es, bellas poesías que cumplen su función lírica originaria.

La clave de su apreciación crítica es, pues, el sentimiento. "No puede haber intuición verdadera, y en consecuencia expresión, escribe Jean-Paul Weber explicando la teoría de Croce, sin sentimiento, de modo que toda intuición es lírica, es decir, va acompañada de un sentimiento" (La psicología del arte, pág. 83. Ed. Paidós). Según Amado Alonso el lenguaje de Residencia confirmaría esta presunción, ya que "en el poema (nerudiano) lo específicamente poético es el sentimiento y la intuición" (pág. 146). En Residencia todo está puesto y rebasado por el impulso emocional: "Pues en la poesía de Neruda se oye como una voz soterraña y confusa, un sentir denso, más abajo del umbral de la conciencia, como una presión insoponible, como una peligrosa y doliente gasificación de todos los metales entrañables que, de pronto, *perforan el suelo de la conciencia e irrumpen en volcán deshaciendo en lava todas las cosas y dándoles ese aspecto espantoso de los sólidos que se mueven como líquidos*" (*Ibidem*, pág. 68). Croce tendría sus poderosas razones para aseverar que "apenas comienza a manifestarse la reflexión y el juicio, el arte se disipa y muere". Pero Alonso supone algo todavía mejor: que, cuando se quiebra el dominio intelectual del poema, por imposición abrupta o tumultuosa del sentimiento, aún el poema puede vivir, sobrevivir, en ese grado o nivel de espantosa descomposición que él encuentra dichoso en el nerudismo residencialista.

Alonso estima como cosa principalísima comprender a fondo el papel del sentimiento en la constitución ("construcción", dice él, contradiciéndose en los términos) de un poema residencialista, donde todo lo que hay es desborde del sentimiento, y porque, en cada poema, la forma, intelectual, categorial, está constantemente e irremisiblemente amenazada por la interferencia de "la hirviente corriente del sentimiento", que irrumpe "en volcán", desbarata el sentido de la formulación verbal y acaba vulnerando y desquiciando por entero la estructura formativa del poema. Precisamente por ello, se decide a inventar la categoría "voluntad de no forma", o de "no lima", con la que pretende justificar las más inverosímiles repercusiones del "programa estético" residencialista.

2. Aun así, Amado Alonso nunca puede echar del todo al olvido a su maestro Vossler. Aunque sin nombrarlo expresamente, escribe en la pág. 67: "Todo poetizar es objetivar, toda poesía es objetivación, cristalización y conformación del sentimiento en una forma consolidada y transmisible. Y la transmisión no es posible sin mínimos agarraderos intelectuales". Muy bien dicho. Pero no sé por qué remata el período con ese reticente recorte: "no es posible sin mínimos agarraderos intelectuales". ¿No debía haber insistido precisamente en que le es imprescindible al poeta agarrarse a los máximos y más seguros asideros de la forma, a la más perspicua y ardua vigilancia del espíritu, de la conciencia intelectual, o sea, pues, a los más firmes y seguros agarraderos intelectuales, si ha de ser fiel al espíritu de la poesía?

No puede expresarse, sin embargo, de otro modo, porque lo que se propone ante todo es atenuar o acortar la enorme distancia que separa el *sentimiento* del *intelecto* nerudianos. Es tan grande, en efecto, esa distancia, que a él le bastará con consagrar la evidencia siquiera de unos "mínimos agarraderos intelectuales" para justificarse como crítico, justificando a su vez la presencia de Vossler en la trama de unos poemas enteramente impregnados de la lava volcánica del sentimiento, en el que a la forma no le cabe un respiro.

En la frase que acabamos de citar, como en tantas otras que ya hemos examinado, se ve hasta qué extremo nuestra aseveración crítica es justa. Alonso reconoce que sin sentimiento no hay intuición, siguiendo a Croce, y que sin expresión intelectual, sin manipulación idiomática adecuada, no hay transmisión, siguiendo a Vossler. ¿Cómo hace que se compadezcan estos dos elementos dispares. Singular e inverosímil alternativa: ya que no hay intelecto puro, activo, vigilante, tendrá que haber puro sentimiento volcánico. La empresa idiomática, la actitud conformadora, esencialmente formativa, cede a la violencia e intransigencia del impulso sentimental? ¿Qué importancia tiene entonces que su aspecto sea espantoso o ridículo, que su traza figure "zafia", "chapucera", etc. Aunque la contextura formal se rompa en añicos, siempre hay sentimiento, y eso es lo que importa. El problema no consiste en lo que la voluntad de arte (*Kuntzwollen*) del poeta se proponga llevar a cabo, sino en el hecho de que el campo de su conciencia se halla a merced de dos fuerzas de naturaleza contradictoria; por una parte, el estallido "en volcán" del sentimiento, ímpetu avasallador, que lo inunda y lo quema todo; por otra parte, las categorías del pensamiento idiomático, de estructura formativa, unificadora por excelencia, que, empero, salen tan mal paradas de resultados de su funesto encuentro

con la lava del sentimiento. Tal sería, en fin, la prueba irrefutable de que Neruda no está enteramente desprovisto de intelecto, ya que, siguiendo a Vossler, se sabe que es imposible aniquilar del todo la raíz intelectual que modifica de por sí al cuerpo idiomático. Hay un resto de razón intacta en Residencia, y aún hay poemas en que la forma se desquita triunfalmente (según Alonso) del atropello desintegralista que ha hecho bárbara mella en la forma. "La poesía de Neruda es también objetivación, sentencia el crítico, y nunca le falta un mínimo de esqueleto intelectual" (pág. 68). Mientras no desaparezca del todo ese vestigio, una vértebra, acaso, de "esqueleto intelectual", todo le estará consentido al producto residencialista, hasta cuando un poema no es más que un "ejemplar fracaso poético" (pág. 138).

Misteriosamente, Neruda se abstiene de actuar con decisión autónoma frente al choque inevitable de dos tendencias opuestas; simplemente, deja que se consuma la colisión y que una de las dos se imponga a la otra. El es un espectador pasivo, "extraño", que no interviene ni actúa, con decisión de poeta, allí donde no se siente capaz de dominar. Y así es como el elemento más encabritado, el sentimiento, reduce a la segunda fuerza a lo que pueda tener apenas de "mínimo esqueleto de razón".

Como puede verse, la apreciación estética de Alonso, y volveremos sobre ello más lejos, se reduce a verificar, dentro del marco de una secuencia residencialista, la incuestionable existencia de un conflicto lingüístico-filológico. El sentimiento puede emborronar un poema hasta hacer de él una cosa ilegible, lo que es legítimo si se parte del supuesto de que la poesía es esencialmente sentimiento, pero una amplificación del esqueleto conceptual mínimo que es dable entresacar del fondo mismo de los versos, pone a salvo tamaño confusión, restituyendo al poema la amplitud conceptual de que ingénitamente carece. Esto no es, sin embargo, *sensu stricto*, una interpretación de la poesía residencialista. Una vez amplificado el texto, mediante una sostenida y desenvuelta prosificación alonsiana, se califica el contenido conceptual desde el punto de vista de sus consecuencias o implicaciones psicológico-emocionales, y eso es todo. Es decir, eso no es una interpretación estética del valor poético que rezumaría del campo verbal residencialista. Paralelamente, se extiende A. Alonso a lo largo de una serie de confrontaciones analíticas destinadas a elucidar cuándo el sentimiento avasalla al intelecto, y en qué contadas ocasiones este último se desquita, "triunfalmente", del primero. Da así la razón a Croce a costa de Vossler, pero amparándose en Vossler aduce que la estructura idiomática está a buen recaudo y que por tanto el sentimiento está también objetivado,

quiera mínimamente. De otro modo no puede uno explicarse la formulación de la siguiente conclusión: "En suma, escribe Alonso, en su voluntad de estilo Pablo Neruda estima primero como ideal poético la ausencia de forma... después dignifica la forma y le da acogida como elemento de creación" (pág. 166). Lo que ocurre es que el crítico ha proyectado sus propios asuntos y conflictos filológicos sobre un campo de creación artística que nada tiene que ver con ellos.

Por lo demás —quién sabe—, si no se diera esa contradicción interna entre un sentimiento exaltado y un sistema idiomático que no puede bajo ningún pretexto renunciar a su propia ley —el lenguaje no puede ser impresionista, sentencia Alonso en una tesis famosa—, Residencia no tendría ninguna gracia. Pero resulta de todo punto obvio que la contradicción no radica en la estructura poética misma del texto residencialista, sino en el carácter falsamente conciliador y dicotómico de la doctrina —jeclética!— que el lingüista le aplica, fundamentalmente interesado en demostrar dos cosas que nada tienen que ver con Residencia: asegurar la exactitud de las doctrinas de Croce y convencerse de que la poesía residencialista salva todos los obstáculos dicotómicos para triunfar de sus propios factores de disociación o de disolución. El corpus residencialista ha sido objeto de cruel vivisección... y puesto al servicio de una tesis, de un experimento meramente circunstancial y académico.

La forma sintáctica puede malograrse, maltratarse, quedar en oscuro bosquejo, a medio camino entre la intuición y la inteligibilidad estética, consistir en "larvas de pensamientos racionales", revestir ese "aspecto espantoso de sólidos que se mueven como líquidos", etc., etc. ¿Qué importa? El sentimiento arrasa con la intuición organizadora del material que embebe a la expresión verbal, y el sentimiento es lo único que cuenta. ¿Cómo cree poder conciliar Amado Alonso, sin embargo, el desintegralismo de Residencia con el fundamento doctrinario de la doble tesis crociana-vossleriana, relativamente a la triple identidad de intuición, sentimiento y expresión? Pues en ningún momento ha sostenido Croce que la intensidad del flujo sentimental tenga forzosamente que romper o hacer saltar los moldes lingüísticos que encauzan estilísticamente a la expresión en su verdadero sentido estético, esto es, bello, que es, confirma Vossler, forma lírica objetivada. Al contrario, la intuición de las imágenes pueden ser tan certera y viva como rápido y flexible es el idioma pensante, que se pliega con innata ductilidad y frescura a las imprevistas modulaciones y esguinces de la expresividad y que puede forjarla, desentrañarla, sin tener por ello que

abdicar de su propia estructura formativa, sistema estructurante de la lengua. Una sola cita me bastará para contradecir el oportunismo crociano de A. Alonso. En su *Diccionario de Filosofía Abreviado*, escribe Ferrater Mora: "En arte (según Croce), no hay propiamente sentimiento, el arte es la expresión de los sentimientos, o, si se quiere, los sentimientos en tanto que expresión" (pág. 163). En el origen pueden estar la intuición lírica, el desenfreno sentimental, pero el producto artístico, que es entidad superlativamente autónoma, sólo resplandece en su forma. Vossler completó magistralmente esta demostración.

LA FONÉTICA ESPAÑOLA

SE podría pensar razonablemente que, como el español se pronuncia como se escribe, que el estudio de la fonética española sería un estudio irrelevante, o a lo más, no muy fructífero. Sin embargo, sorprendentemente, el estudio de la fonética española es un instrumento indispensable en el campo de la lingüística, no solamente porque presenta un cuadro claro de las características acústicas de la lengua, pero también, y aún más importante, porque es una ayuda muy efectiva en el análisis de los cambios de las palabras. Este análisis de la evolución fonológica capacita al lingüista a encontrar las tendencias principales que gobiernan, como leyes imperturbables, los cambios que sufre nuestra lengua. El estudio de la fonética es también una ayuda inimitable en el análisis comparativo de los dialectos españoles, así como en la determinación de las varias zonas de la lingüística geográfica.

La fonética es un instrumento importante para el descubrimiento y el análisis de problemas histórico-fonológicos, así como también es invaluable en resolver y en definir las condiciones que gobiernan los cambios de sonido, sobre todo porque establece las normas de los procesos de evolución de los sonidos. Por ejemplo, en su estudio de las leyes fonéticas que gobiernan al español, Ramón Menéndez Pidal¹ mostró que en realidad existe una historia especial de los sonidos. Una ilustración se encuentra en las palabras "carrera", "vega" y "merino" y la historia de su evolución. *Carrera*, que viene del latín vulgar CARRARIA, 'vía para carroza', es una voz conservada por todas las lenguas romances. En el español, el cambio de la A a la E fue arduo, pero conservamos testigos de su evolución pues sobrevivía aún en su forma más antigua en el dialecto leonés del siglo X como AI, 'carraira'; en su grado intermedio EI lo encontramos conservado aún hoy en el portugués, en el gallego y en el leonés, 'carreira'; el grado último, E, se encuentra ya en el dialecto de Castilla ya desde el siglo X. La palabra *vega* origina de una voz muy antigua prerromana, probablemente de la ibérica VAIKA o BAIKA, 'región del río', que podría derivar, a su vez de la palabra prerromana IBAI, 'río', hasta hoy conservada en el vasco. El sufijo vasco -KA indica permanencia. Es interesante notar que todas las lenguas ibéricas, con excepción del vasco, perecieron con la romanización de España. *Merino*, 'especie de gobernador' (compárese con el inglés "mayor" 'alcalde, corregidor'), antiguamente era MAIRINO, todavía usada así en

¹ Menéndez Pidal R. "Las leyes fonéticas, su esencia histórica". En: Estudios de lingüística. Madrid, 1961.

textos castellanos en el siglo XI. Esta vez deriva del latín MAJORINUS, que quería decir perteneciente a la especie mayor (en cualquier materia) aplicada a las autoridades en la Edad Media. Nuestra palabra, más común *mayor* deriva del latín MAJOR, MAJORIS, que obviamente, está relacionada con MAJORINUS. *Merino* es también término de una raza de ovejas de lana muy fina. Este término empezó a usarse desde 1442, y parece ser palabra independiente, y es posible que su nombre venga de la tribu africana de los Benimerinos, por la importación de ovejas berberiscas, que fue practicada para mejorar la raza de las ovejas indígenas españolas. Estas tres palabras tienen una historia fonética muy diferente, y con el tiempo vinieron a compartir una solución común. Las tres voces estuvieron sujetas a una fuerza común que llegó a dominarlas completamente, aunque esto sucediera en períodos diferentes. Los cambios lingüísticos que ocurrieron en estas palabras pudieron ser estudiados únicamente con la ayuda de la fonética comparada.

Estudios generales

EL interés en el análisis de la pronunciación española aparece ya en el siglo XV, con la aparición de la *Gramática Castellana* de Nebrija, en 1492. Nebrija fue el primer gramático que proporcionó descripciones claras y detalladas de la pronunciación formal y culta del lenguaje de su tiempo. El siglo XV fue una época en que la lengua no había llegado todavía a una forma definitiva en su escritura y en su pronunciación. Nebrija subrayó el hecho de que el español debe ser escrito de la misma manera que es pronunciado, o bien, debería ser pronunciado como se escribe. De esta manera, Nebrija trató de establecer una pauta, una norma clara para las varias pronunciaciones dialécticas de su tiempo.

Después de la publicación de la gran obra de Nebrija, vino un tiempo largo en el cual los estudios de fonética española fueron más bien ignorados. Es una nota triste que los filólogos españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII no estuvieron a la par con los filólogos europeos de su tiempo.

En el siglo XVIII surgió, en los círculos eruditos de Europa, un marcado interés por la investigación fonética. Así por ejemplo, en 1710 el holandés Ten Kate estudió los sonidos del lenguaje de manera metódica y científica, con el fin de adelantar los estudios fonéticos y comunicar su importancia para la ciencia lingüística. En Inglaterra, el filólogo Steels llevó a cabo en el año de 1775 un estudio notable de la fonética inglesa, analizando con gran detalle su ritmo y su entonación y ofreciendo símbolos fonéticos para su reconocimiento y anotación. También en el siglo XVIII el alemán C. F. Hollwag describió las características fonéticas de las vocales, y propuso un esquema del triángulo de las vocales de acuerdo con la posición de su articu-

lación. Este manual sobre vocales es considerado muy valioso en el estudio lingüístico aún hoy.

En 1855 el español Manuel V. García inventó el laringoscopio, un instrumento que permitía estudiar, por vez primera, la función de las cuerdas vocales y el velo del paladar durante la articulación de los sonidos. Un año más tarde J. Brücke² publicó un trabajo sobre los principios de la fisiología de los sonidos en el lenguaje. Su libro se convirtió en el manual de fonética de toda una generación de gramáticos y de estudiantes de la lengua a través del mundo entero. Desde ese tiempo, la fonética se integró completamente a la investigación lingüística como ciencia auxiliar.

Sin embargo, en España y en Latinoamérica, los estudios de fonética no avanzaron a pasos tan grandes. A finales del siglo XIX, los primeros esquemas de la posición de los órganos articulatorios fueron publicados por Benot³ en España, y en América, Rodolfo Lenz comenzaba con sus estudios en fonética. Lenz fue el primer erudito hispánico que estudió la pronunciación de manera científica y sistemática. Observó los mecanismos de articulación por medio de un aparato de su invención, un palatograma mecánico que le permitió establecer las características más importantes de la pronunciación española. Lenz dividió el paladar en varias "regiones de articulación" como determinantes de los tipos articulatorios. Estas regiones han sido reconfirmadas como válidas en años recientes por filólogos hispanos. El gran dominio de Lenz de la fonética, lo hizo llevar a cabo estudios muy importantes sobre la influencia de las lenguas indígenas de Latinoamérica sobre la pronunciación y el vocalismo del español americano. También es de mencionar que Lenz fue el primer filólogo que logró dar una descripción satisfactoria de un dialecto latinoamericano, el español chileno.⁴

A fines del siglo XIX, se escribió el primer manual de fonética española, por Fernando Araujo.⁵ Sin embargo, su análisis es muy superficial. Lo que el autor hace en esta obra es meramente mencionar los sonidos diferentes que componen la lengua española.

Los principios del siglo XX trajeron un paso muy acelerado a los estudios de fonética española. En 1909, M. A. Colton⁶ sacó a luz un estudio experimental de la cantidad vocálica española, que ha dado como resultado una base científica y precisa para la continuación de estos estudios. La obra merece ser mencionada también por su valor en el campo de la metafonía.

En 1918 apareció la obra más significativa en los estudios de la fonética española, el "Manual de pronunciación española" de Navarro Tomás.⁷ En

² Brücke, J. "Fondements de la Physiologie des Sons du Langage". Paris, 1856.

³ Benot, Eduardo. "Prosodia castellana i versificación". Madrid, 1892.

⁴ Lenz, Rodolfo. "Chilenische Studien". Santiago de Chile, 1892.

⁵ Araujo, Fernando. "Breve manual de fonética española". Toledo, 1894.

⁶ Colton, M. A., "La Phonetique Castellane. Traité de phonetique descriptive et comparative". Paris, 1901.

⁷ Navarro Tomás, Tomás. "Manual de pronunciación española". Madrid, 1918.

este estudio, el autor describe simple pero detalladamente, los elementos más importantes de la pronunciación española contemporánea. Su modelo es la pronunciación del español culto, pero en la conversación diaria, no en un estilo afectado. La obra tiene un valor doble: en primer lugar describe científicamente la pronunciación castellana; y en segundo lugar muestra el autor, paso a paso la manera de adquirir lo que Navarro Tomás considera una forma pura de la dicción española. Esta segunda cualidad lo hace un manual excelente para la instrucción del español para estudiantes extranjeros. La edición más reciente de su manual (de 1957) tiene, como suplemento, un análisis del español latinoamericano contemporáneo, su pronunciación, su entonación y sus matices diferentes. Este trabajo es, sin duda alguna, el mejor sobre pronunciación española producido hasta hoy día.

En 1927 Navarro Tomás publicó un trabajo nuevo sobre fonética⁸ en el cual mostró las diferencias principales entre la pronunciación normal y la dialectal españolas. Este trabajo es esencial para un estudio completo de los dialectos de la Península Ibérica. Sin embargo, en el campo de la dialectología española, el libro que sobresale es el Atlas Lingüístico de la Península Ibérica, bajo la supervisión de Navarro Tomás. Este Atlas comprende las pronunciaciones diferentes, los matices diferentes de la entonación de los dialectos peninsulares. En este trabajo el autor nota que las variaciones más grandes se encuentran en el tratamiento de los grupos vocálicos y en las consonantes finales. Es interesante notar que, desde un punto de vista comparativo, el lenguaje común es mucho más conservador, más uniforme y más regular que el lenguaje dialectal.

Las vocales españolas

Las vocales españolas se caracterizan por su brevedad, su claridad y su precisión. Estas características, como lo notó Henri Gavel, han pasado de generación a generación prácticamente sin ningún cambio notable desde el siglo XIV. Los cambios más importantes en la fonología española se han sucedido, sobre todo, en el sistema de las consonantes.

Sin embargo las vocales no fueron estudiadas científicamente hasta 1916, cuando Navarro Tomás empezó su trabajo de investigación en el sistema fonológico español.⁹ Por primera vez se rechazan las opiniones sostenidas hasta entonces que el número de vocales son cinco, pues Navarro Tomás probó que en realidad son siete. El autor, por medio de análisis radiográficos encontró que existen indudablemente una 'e' abierta y una 'o' abierta, que son fonemas diferentes a la 'e' y 'o' cerradas.

⁸ Navarro Tomás, Tomás. "Compendio de Ortología española". Madrid, 1927.

⁹ Navarro Tomás, T. "Siete vocales españolas". Revista de Filosofía Española, III, 51-62, 1916.

En 1932, Parmenter y Treviño¹⁰ se proponen reexaminar los principios sobre las vocales españolas propuestos por Navarro en 1916, analizando las vocales con las técnicas radiográficas más modernas. Concluyeron que, por lo general, se encuentran de acuerdo completo con las teorías de Navarro. En el único punto en que difieren es sobre la apertura de la /E/, pues notan que Navarro obtiene una apertura mayor. Este argumento le parece poco válido a la presente autora, pues el sujeto de Navarro fue él mismo, un español, mientras que el sujeto de Parmenter y Treviño fue un individuo de Laredo, de padres mexicanos. La diferencia que los autores notan bien podría ser una diferencia de la pronunciación de las vocales entre España y América. Una nota de interés es que Navarro Tomás notó que el vasco, un idioma muy remoto del español, desde el punto de vista lingüístico, emplea vocales idénticas a las castellanas. Con esta observación, Navarro Tomás abrió una puerta a las investigaciones de la influencia entre las lenguas del sustrato ibérico.

Desde los años de 1950 en adelante, con el advenimiento y el uso de los espectrógrafos, se ha abierto un campo enteramente nuevo para el estudio de la pronunciación española. Por ejemplo, el maestro Pierre Delattre¹¹ se ha dedicado al estudio comparativo de las lenguas romances por medio de análisis espectrográficos, y ha hecho un estudio de gran interés para el estudiante de lenguas con su comparación fonética del español, inglés, el francés y el alemán. El campo abierto por los espectrógrafos es muy amplio y promete ofrecer los más minuciosos detalles sobre las vocales, que son el elemento más característico de la lengua española.

Las consonantes españolas

Es indudable que las consonantes españolas han pasado por un gran número de cambios desde la Edad Media. No fue sino hasta el siglo XVII que su pronunciación se normalizó y regularizó; es entonces cuando se determinó el paso del sistema fonológico de las consonantes del medioevo a la época moderna. Ya desde entonces se llegan a confundir la 'v' y la 'b'. Los sonidos sonoros -s- (pronunciado como dz) y z (pronunciado dg), que todavía hoy se oyen en la pronunciación del judeo-español se ensordecen y se convierten a nuestras consonantes de hoy.

Los estudios de la pronunciación de las consonantes contemporáneas dieron principio con las investigaciones llevadas a cabo por Navarro Tomás en 1916. Las teorías y principios propuestos por Navarro en su "Manual de pronunciación" no han sido debatidos, sino meramente complementados,

¹⁰ Parmenter, C. E. y S. N. Treviño. "An X-Ray Study of Spanish Vowels". *Hispania*, XV, 483-496, 1932.

¹¹ Delattre Pierre. "Comparing the Phonetic Features of English, French, German and Spanish: An Interim Report". Heidelberg, 1965.

en algunos casos por él mismo. El análisis llevado a cabo por Navarro sobre las consonantes ha sido tan conclusivo y comprensivo, que han sido pocos los esfuerzos de los filólogos posteriores de reexaminar o de modernizar las teorías expuestas por él. Lo que se necesita ahora es una reevaluación de todo el caudal de datos sobre la formación y pronunciación del sistema consonántico hispano, bajo la luz científica de los espectrógrafos.

La entonación española

PARA obtener un conocimiento profundo del lenguaje, se debe entender su música, las inflexiones musicales de la palabra, pues la entonación es uno de los aspectos más genuinos e íntimos de la tradición lingüística de cada país. La entonación es el color emocional que cubre cada palabra con su significado ideológico. Y, aunque la entonación es el elemento más activo e importante entre los factores que integran la naturaleza del acento de cada lengua, no fue sino hasta 1944 que la entonación española fue estudiada con propiedad. El "manual de entonación española" de Navarro Tomás¹² es la obra en que quedaron establecidas las características de lo que constituye el aspecto de la entonación española. En español, la entonación, como en la mayor parte de las lenguas modernas, no afecta a la significación particular de las palabras sino al sentido de la frase. El estudio metódico de la entonación enseña a ver en las formas tónicas de la lengua un carácter anónimo y social, semejante al de los demás elementos fonéticos y morfológicos que componen el organismo del idioma. Esta es una falta que ha sido pasada por alto por maestros de lenguas, pues pronunciar el español con entonación inglesa o el inglés con entonación española es una impropiedad semejante a la que se comete al hablar cualquiera de estas lenguas bajo los sonidos o la gramática de la otra. En la obra de Navarro se llega a obtener un gran conjunto de datos y observaciones que abren para los estudios de filología española un camino nuevo a este campo tan importante de la fonética. Esta obra llega a realizar dos funciones importantes: Primero, abre el capítulo, hasta entonces casi intacto, de la entonación española, ilustrando en forma organizada y metódica los elementos característicos de la entonación del habla de las personas instruidas. Su segunda función es el de ser un manual valioso para la enseñanza práctica de la entonación española. Este libro debe ser usado, sin duda, como modelo para futuras investigaciones en las entonaciones regionales, tanto ibéricas como hispanoamericanas.

Después de la publicación de este manual, los trabajos de entonación han sido, en su gran mayoría, estudios comparativos, sobre todo entre las entonaciones española e inglesa. Sin embargo, este tipo de estudios comparativos en la entonación debería llevarse a cabo entre las lenguas románicas

¹² Navarro Tomás, T. "Manual de entonación española". New York, 1944.

a fin de llegar a conocer, si es posible, la acción de los sustratos en la entonación, el ritmo y el acento de cada lengua.

Finalmente, se debe señalar que la entonación no sólo varía en alto grado entre España y América, sino que aún difiere entre región y región de un mismo país. Esta característica podría ser fuente para la investigación en los campos de la entonación y de la dialectología.

Conclusión

EN ningún campo de la lingüística española se ha llegado a obtener un progreso tan marcado como el que fue obtenido en el estudio de los sonidos españoles. Con la aplicación de los métodos de la fonética se ha encontrado la clave para la interpretación del desarrollo de la lengua. Sin embargo, caben mencionar varias áreas que aún no han sido tratadas en toda su capacidad.

La fonética de los dialectos hispanoamericanos no ha sido estudiada científicamente, salvo algunas regiones. Se necesitan manuales, tales como el de Navarro Tomás, que presenten la pronunciación y entonación de las regiones lingüísticas predominantes de América. Faltan estudios descriptivos de fonética dialectal, tanto española como hispanoamericana, que unan los elementos de la fonética y la geografía lingüística, para presentar análisis completos. Se necesitan más investigaciones sobre la cualidad y la cantidad de las vocales en América, sus tendencias a la diptongación y a la nasalización.

La fonética experimental puede llegar a procurar métodos sencillos para medir la entonación de las palabras, pues proporciona una medida directa de la altura de los sonidos, que permiten conocer la forma tónica de las frases, con todos sus detalles. Con la aplicación de los espectrógrafos se puede llegar a un análisis microscópico de los detalles más minuciosos del movimiento de la voz. Sin embargo, el obstáculo principal en el estudio de la entonación consiste en la falta de normas adecuadas y eficaces para interpretar y ordenar de un modo apto para la relación comparativa, histórica y lingüística el valor de los resultados obtenidos en el laboratorio lingüístico.

CIENCIA Y TECNOLOGIA EN LOS PAISES EN DESARROLLO. Graham Jones. Fondo de Cultura Económica, México 1973, 202 pp.

EXPLICAR los anacrónicos mecanismos que conforman la endémica realidad de los países subdesarrollados, implica el conocimiento de complejas relaciones económico-políticas internas en su relación con las externas. Se citan a manera de perfil para identificar a un país subdesarrollado, principal e internamente, a la desigual distribución del ingreso, inflación crónica, baja productividad de la planta industrial y creciente tasa de desempleo; externamente, no menos dramático, a la deuda en continuo crecimiento, incapacidad para influir en el movimiento de precios que provoca devaluaciones continuas, al aumento de precios de bienes de capital y, desde luego, al medio más sutil que en la actualidad representa la infiltración de las empresas transnacionales debido al control de la tecnología, elemento eficiente y multiplicador de la producción de bienes y servicios. Los países subdesarrollados poseen un volumen importante de reservas de materias primas, pero están incapacitados para explotarlos técnica y económicamente. Se estima que solamente 25 países subdesarrollados poseen entre el 80 y 90% de las reservas de materias primas esenciales en la industria de los desarrollados. Esta consideración, suficiente para ponderarse por sí misma, permite visualizar las futuras e imaginables actividades de los países desarrollados para lograr el control de las indispensables materias primas.

El Sr. Graham Jones en su libro *Ciencia y Tecnología en los países en desarrollo* (Fondo de Cultura Económica), elaborado por encargo del Consejo Internacional de Uniones Científicas en 1970, explica de manera general y particular en algunos casos la situación de los países subdesarrollados en su relación con los desarrollados, respecto de la ciencia y tecnología. Para algunos temas, el autor considera que se puede tomar como una continuación del Informe de Lester Pearson, "Partners in Development".

El acelerado crecimiento de los países desarrollados contrasta con el desesperante y lento avance económico de los menos desarrollados. En aquéllos, la tasa neta de incremento del PNB *per capita* "asciende al 3.5%, en tanto que en los países pobres apenas llega a un 2.5%, por lo tanto los países ricos incrementan su riqueza 1% más de prisa que los países pobres". La ciencia (el saber por qué) y la tecnología (el saber cómo) tienen un importante papel en la producción de bienes y servicios y constituyen la base de multiplicación de nuevos conocimientos científicos y tecnológicos, cualitativa como cuantitativamente. Desgraciadamente ese caudal de información, disponible en publicaciones de circulación mundial, no son accesibles al investigador de un país subdesarrollado no sólo por el desco-

nocimiento del idioma sino de la técnica que implica su factibilidad, además de que estas técnicas disponibles en apariencia corresponden a programas específicamente diseñados para su aplicación en los países desarrollados y que, salvo en determinadas circunstancias, sería provechosa su utilización en uno subdesarrollado.

La investigación y desarrollo experimental, primera etapa del proceso productivo, es un costo fijo en tanto no se exploten comercialmente los resultados. Esta ciencia básica, necesaria como punto de partida para subsecuentes desarrollos tecnológicos, tiene una importancia fundamental cuando se pretende planificar una economía nacional. Es un tanto difícil establecer el efecto de un monto determinado de gasto en investigación y desarrollo experimental impacta en los distintos sectores de la actividad económica y social. Por ejemplo, Estados Unidos y el Reino Unido gastaron fuertes cantidades en investigaciones durante el decenio de 1950 y sus tasas de crecimiento fueron relativamente bajas, en tanto que, durante ese mismo período, Japón y Alemania Occidental gastaron relativamente mucho menos y lograron mayores tasas de crecimiento económico. Desde luego, la capacidad científica y tecnológica de Japón y Alemania los capacita para aprovechar en un alto porcentaje la información científica de divulgación mundial. Se considera, además, que en la mayoría de los países ricos de occidente, aproximadamente el 50% del gasto en investigación no está orientado al crecimiento económico propiamente, la industria bélica consume un importante porcentaje del monto que se dedica a la investigación científica.

La administración de la ciencia y tecnología, importante elemento de la política científica, es determinante ya que su función está encaminada a diseñar, promover y vigilar las actividades científicas encuadradas en el Plan de desarrollo general. Una verdadera política científica tiene en cuenta los programas que deberán aplicarse a corto, mediano y largo plazo, con flexible y determinada precisión, de acuerdo con las disponibilidades técnicas y económicas. Un Organismo directriz con atribuciones suficientes para vigilar constantemente la aplicación del programa de prioridades, así como evaluar resultados, es otro factor indispensable de la política científica. Las Universidades, por su característica, se encargan del estudio de la ciencia básica, dejando a los Institutos, Laboratorios de prueba, Control de calidad, Centros de desarrollo administrativo y productividad, la función de la investigación tecnológica, y las Industrias nacionales complementan los esfuerzos de la tecnología además de materializarla en la producción de bienes y servicios. La investigación básica, a largo plazo, que se realiza en las Universidades y la tecnología, a corto plazo, que se efectúa en los Institutos y Centros de investigación, conforman el esfuerzo dinámico requerido en los planes de la política científica.

La ciencia y tecnología tienen diversos efectos según la escala económica del país de que se trate. En los ricos se tiende a la utilización de bienes de

capital ahorradores de mano de obra y alta densidad, y en los pobres se trata de operar con equipos que permitan el uso de mano de obra en mayor cantidad y baja densidad de capital. La paradoja de los países capitalistas subdesarrollados es real; ante una alta densidad de población que requiere de volúmenes crecientes de bienes y servicios no puede utilizarse equipo altamente productivo porque, de hacerlo, se desplazaría mano de obra que pasaría a incrementar el ejército de desempleados. "La Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO) estima que del aumento de mil millones de personas que se espera en los países pobres para 1985, unos 400 millones se dedicarán a la agricultura. Sin la existencia de políticas positivas de ocupación que conduzcan a la creación de empleos adicionales, tanto en la agricultura como en las industrias relacionadas, muchas de estas personas no podrán encontrar un trabajo productivo, con lo que tenderán a disminuir el ingreso *per capita* y el ritmo de crecimiento económico, y surgirán nuevos problemas y descontento social." En México se ha desarrollado, a través de un Organismo patrocinado por una Institución extranjera, lo que se ha dado en llamar la "revolución verde". Los resultados de esta investigación tecnológica en la agricultura han sido escasos, debido a que la estructura económica y política invalida lo que podría ser motivo de acumulación de capital. "Se ha observado ampliamente que la revolución verde está muy lejos de limitarse al desarrollo y utilización de variedades de semillas de alta productividad ya que en realidad abarca un desarrollo tecnológico y un programa de inversión de capital muy extensos" (Andre Gunder Frank, Comercio Exterior, Abril 1973).

Ante la imposibilidad de controlar en alguna medida los precios del mercado internacional de materias primas y artículos manufacturados, los países subdesarrollados han optado por cerrar a la competencia internacional sus insuficientes mercados internos, protegiendo de esta manera la producción de la planta industrial nacional. La consecuencia de esta medida defensiva ha sido beneficiar relativamente al productor nacional aunque, al mismo tiempo, al disponer de un mercado cautivo la preocupación del industrial por aumentar la productividad e impulsar las exportaciones ha sido insuficiente, lo que ha prolongado el estancamiento de la producción interna. El empresario de los países subdesarrollados no tiene la preparación empresarial suficiente para impulsar, después de determinado nivel, las empresas hacia el complejo campo del mercado internacional. En una gran mayoría de éstos la planta industrial "nacional" es mínima, en comparación con la de las empresas transnacionales. En esa misma proporción, la tecnología nacional es insuficiente por no decir prácticamente inexistente mientras que las empresas extranjeras operan con la tecnología que les proporciona la matriz; la ciencia básica y la investigación tecnológica, pues, se realiza íntegramente en el país de origen, operando en los países recipientes algunos laboratorios de prueba y control de calidad solamente.

Las empresas transnacionales, de no muy envidiable conducta, han llegado a perfeccionar sistemas administrativos de alta eficacia, además de otros refinamientos de carácter político que les han dado notables resultados en muchos países subdesarrollados e inclusive en algunos desarrollados. La capacidad financiera de estos "monstruos" de la producción es innegable, su fuerza política y estratégica puede, en determinadas circunstancias, poner en serios apremios a toda una economía nacional. El Sr. Miguel S. Wionczek, en un artículo publicado en el diario *Excelsior* de México el día 12 de noviembre de 1973, explica los principales instrumentos que utilizan las empresas transnacionales en sus operaciones en los países subdesarrollados. Entre los puntos que el Sr. Wionczek considera como claves del juego son los siguientes: "1) Sobrefacturación de las exportaciones de bienes de capital, materias primas y productos intermedios enviados de la casa matriz a sus sucursales; 2) Subfacturación de las exportaciones de productos terminados en el comercio "dentro" de la empresa transnacional (tanto de una sucursal a la casa matriz como entre las sucursales del mismo sistema); 3) Fijación en niveles excesivos, y con poca relación con los "precios de mercado", de los pagos de las sucursales a la casa matriz por cuenta de préstamos internos dentro del sistema global, de las regalías sobre el uso de la tecnología y las marcas, y la llamada asistencia técnica; 4) Registro en masa de las patentes y marcas en el país receptor de la gran inversión extranjera, con el fin de reservar los mercados para las casas matrices y no con el de usar estos conocimientos para la producción en el país donde se registra la propiedad industrial extranjera; 5) Defensa del derecho al secreto acerca de las actividades de las sucursales en los países en que operan, y 6) Uso, como intermediarios, de los "paraísos fiscales" y de aquellos países con legislación bancaria que ofrecen la garantía del secreto completo, a la suiza."

Para que los esfuerzos en el desarrollo de la ciencia y la tecnología cristalicen en realizaciones, es necesaria la formulación de una política científica nacional encuadrada en el plan general de desarrollo. Tanto el volumen de los recursos financieros como la capacidad de las reservas probadas y potenciales de los recursos naturales, en combinación estrecha con las prioridades nacionales y los correlativos efectos dentro del marco social, indicarán las directrices que a corto, mediano y largo plazo el país en su conjunto espera desarrollar. El apoyo tanto a los científicos encargados de la ciencia básica como a los tecnólogos, ingenieros, técnicos en la producción, distribución y administración, deberá ser continuo y sistemático, acorde con la dinámica que el conocimiento actual requiere. Es natural que dentro de la política científica la función educativa conlleve una relación recíproca con la estrategia del plan general, siendo de tal modo importante que la preparación de los futuros técnicos, científicos y políticos, corresponda a los requerimientos que el desarrollo de la ciencia y tecnología exigen incesantemente. "No sólo debe enseñarse la ciencia al nivel de la escuela secun-

daria, escribe el autor, sino que la educación científica y técnica debe iniciarse mucho más temprano, con ayuda de juguetes científicos y herramientas manuales. Para la mayoría de los niños, la escuela primaria representa la única educación formal que recibirán, y el nivel de conocimientos científicos de la población adulta futura depende en gran medida de lo que aprendan allí. Los niños deben recibir una idea del concepto de causa y efecto a temprana edad, para reemplazar los supuestos esencialmente no científicos que en ocasiones involucran las explicaciones de la cultura tradicional acerca de los fenómenos naturales."

Las Universidades, generadoras de inquietudes tanto científicas como políticas, son la vanguardia del conocimiento universal y están en privilegiada posición para interpretar los ingentes problemas que aquejan las sociedades subdesarrolladas, proponer soluciones y participar en la responsabilidad de su desarrollo.

La cooperación, entre los países pobres, en el campo de la ciencia, la tecnología y otras áreas de la actividad económica, debe ser una preocupación permanente; asimismo renovar o estrechar las relaciones no sólo con los del área capitalista, sino también con los regímenes socialistas en pujante y continuo desarrollo económico y social. Los países subdesarrollados, por su condición de dependencia, no quisieron o no tuvieron la oportunidad de ensanchar sus relaciones comerciales y científicas con los socialistas. El temor nacido de las intensas campañas publicitarias promovidas por los países capitalistas, dirigidas a inculcar un infundado miedo al contacto de todo tipo con los países del bloque socialista, han conformado una mentalidad de reticencia al incremento de relaciones, que desde hace tiempo, pudieron haber cooperado a solucionar ingentes problemas en los subdesarrollados. El engaño está a la vista, los regímenes capitalistas, a la fecha, mantienen e incrementan con los socialistas sus relaciones políticas, económicas y científicas.

La investigación y desarrollo experimental se cimenta en una estructura científica, acorde con los planes conformados en la política económica nacional. Sería interesante observar los efectos que pudieran originarse si en las economías mixtas, las empresas administradas por el estado y las propias secretarías, tuvieran la obligación legal de realizar, en relación con el volumen de capital, aportaciones tecnológicas en la actividad respectiva, presentando anualmente sus resultados a una comisión especial que se encargaría de valorar la investigación y ampliación tecnológica con el conjunto de la economía. Este mismo mecanismo, aunque con algunas variantes, se aplicaría a las empresas nacionales y transnacionales instaladas en el país.

La información sobre la escolaridad, capacidades técnicas y científicas de la fuerza pensante y trabajadora, es indispensable cuando dentro de la política científica se planean programas nacionales. Un banco de información con este tipo de datos, alimentado continuamente, posibilitaría en cual-

quier momento el estudio de la capacidad técnica y científica del país. Las Secretarías de estado, universidades, institutos, industria y comercio, serían las fuentes principales de información. La escuela de perfeccionamiento tanto para el trabajador como para el técnico debe ser una obligación legal para toda la planta industrial. La ciencia y la tecnología no se detienen, la continua preparación posibilita al trabajador y al técnico para asimilar o perfeccionar los procedimientos técnicos del momento.

Los países subdesarrollados, paradójicamente, y salvo excepciones, desconocen el volumen y posibilidades de sus recursos naturales económicamente explotables, la información en cuanto al movimiento general de la economía, y no digamos en cuestiones de tipo antropológico e histórico. Es el caso, precisamente, de este libro que comentamos, escrito con la visión que desde un país desarrollado es posible captar. Es absolutamente necesario que se estudie por los propios nacionales la problemática inherente a la condición de dependencia con el exterior y se diseñe la estrategia de la independencia económica, científica y política.

La diferencia científica y tecnológica entre un país subdesarrollado y otro desarrollado, no se discute, es de amplio, continuo y desesperante ensanchamiento. La investigación del microcosmos del átomo, con nuevos sorprendentes descubrimientos en la gran ciencia, son actividades normales en los países ricos. Desde hace tiempo, estos poseedores de la ciencia conocen el volumen y potencialidad de los recursos naturales, ahora con mayor precisión, a través de satélites artificiales que escudriñan cada metro de la superficie del planeta. De nada serviría que mañana mismo nos entregaran los resultados de todas sus investigaciones, no sólo se necesitarían técnicos y científicos suficientes tanto en número como en calidad para su interpretación, sino también la capacidad financiera necesaria para hacerlos productivos. Parece un callejón sin salida.

El mundo subdesarrollado aparentemente está impedido para conocerse a sí mismo, desconoce la potencialidad encerrada en cada uno de sus individuos y no actúa para descorder el velo que le han colocado sobre los ojos, sobre la mente. Parece que la actividad que desarrollan los economistas, sociólogos, políticos, intentando explicar el espectro de actividades y actitudes, en continua interacción en el seno de las sociedades subdesarrolladas, no es suficiente para entender y transformar esa realidad. Hace falta que en la intención decidida de conocer los entretelones mentales del mundo subdesarrollado entre en concurso el sicólogo social, que estudie al hombre como ente partícipe de la actividad de la sociedad, escarbando, buscando y activando en la mente de los individuos los oxidados resortes de la actividad positiva, motivando al conocimiento y acción para modificar su medio, su sociedad. Pareciera que el fantasma del complejo de inferioridad, acrecentado de manera sistemática con la información distorsionada e intencionada,

haya revertido en un enajenamiento social. Puede ser, quizá, uno de los puntos neurálgicos que también deban cuestionarse.

La previsión es una de las virtudes que deben practicar los países que desean asegurar un mejor futuro a sus sociedades. Muchos son aquellos que partiendo del análisis de la historia, del escrutinio y cuestionamiento de la ciencia y la técnica, visualizan lo que el incierto devenir puede depararles. El Sr. Alvin Toffler en su libro *El "shock" del futuro* (F.C.E., 1972), escribe que "en unos pocos años, hemos visto la creación de centros intelectuales de orientación futurista, como el —Instituto del Futuro—; la formación de grupos académicos de estudio, como la —Comisión del año 2000— y el —Programa de tecnología y sociedad— de Harvard; la aparición de periódicos futuristas en Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y los Estados Unidos; la difusión de cursos universitarios sobre previsión y otras materias afines; la convocatoria de asambleas futuristas internacionales en Oslo, Berlín y Kioto; la unión de grupos tales como —Futurólogos—, —Europa 2000—, —Humanidad 2000— y —Sociedad Mundial del Futuro—. Pueden encontrarse centros futuristas en Berlín Occidental, Praga, Londres, Moscú, Roma, Washington, Caracas e incluso en las remotas selvas del Brasil, en Belem y Belo Horizonte".

Otros pueblos subdesarrollados lograron superar su condición de dependencia y modificaron sus sistemas económicos y políticos. La lección está dada, lo que sigue es solamente decisión y verdaderos deseos de cambiar las caducas estructuras actuales.

Las naciones no pueden desarrollarse en una autarquía económica, los modernos medios de comunicación han reducido las distancias entre los individuos, haciéndolos partícipes de manera directa e instantánea, de las zozobras, alegrías y aspiraciones del mundo. Aunque el estudio de las ciencias físicas aglutine a la mayor cantidad de privilegiados cerebros, no por eso deben postergarse las ciencias del hombre. Al parecer las ciencias sociales día a día se rezagan en tanto que la tecnología deshumanizada en su utilización se incrementa constantemente.

Presencia del Pasado

APUNTES SOBRE SOCIEDAD Y LITERATURA HISPANOAMERICANAS EN EL SIGLO XVII

Por Raquel CHANG-RODRIGUEZ

LA época colonial en Hispanoamérica fue un período de aculturación en que se forjaron una manera de ser y de vivir novomundanas. Dentro de esa era, el siglo XVII, ubicado entre la Conquista y el despertar de la conciencia independentista, es un siglo clave. Irónicamente, se caracteriza por carecer de grandes acontecimientos; hechos rutinarios animaban la apacible vida colonial. Durante el siglo XVII el Nuevo Mundo se incorpora completamente a la órbita económico-política de Europa; entonces entra en su apogeo una sociedad cuyo pensamiento e instituciones llevan la impronta de la amalgama de lo europeo y lo americano.¹ La literatura de ese período, aunque aparentemente servil a la moda y el gusto peninsulares, revela el sincretismo cultural.

El análisis de la sociedad colonial deja ver su estructura piramidal, en cuyo ápice encontramos a las autoridades españolas y en su base a los aborígenes americanos. Pero, junto con la riqueza material y el abolengo, el color de la piel contribuye a fragmentar los diversos estratos sociales americanos, creando subdivisiones de acuerdo con los varios matices raciales productos del mestizaje.²

El desarrollo económico estimulado por la élite que rechazaba el trabajo manual, y basado en esclavos e indios encargados de realizar las faenas más arduas, requería manos para ocuparse de labores intermedias. Los mestizos suplieron esta necesidad, incorporándose al mundo europeo y colonial como obreros, artesanos y comerciantes de menor escala. Posteriormente, los mestizos experimentaron un moderado progreso económico y adoptaron el *modus vivendi* de la élite gobernante. Pero, como el ascenso social estaba también limitado por el color de la piel, fueron pocos los que llegaron al ápice de la

¹ Irving A. Leonard, *Baroque Times in Old Mexico* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1959), p. viii.

² Stanley J. Stein y Barbara Stein, *The Colonial Heritage of Latin America* (New York: Oxford University Press, 1970), p. 57.

pirámide.³ La compleja problemática racial repercute en las relaciones entre criollos y peninsulares. Con el paso de los años se profundizará la separación de ambos grupos, en gran parte debido al obstinado hábito peninsular de despreciar al criollo por su posible sangre mezclada.⁴

Los conventos y colegios virreinales sirvieron de escenario de lucha entre criollos y peninsulares. En Lima, en 1680, el nombramiento de un padre español como comisario suscita el levantamiento de los franciscanos criollos que prendieron fuego a la puerta del recién nombrado comisario. Como resultado de estos desórdenes hubo varios muertos y numerosos heridos. El español rechazado no tuvo otro remedio que salir de Lima, mientras el virrey dictaba órdenes para apaciguar a la población.⁵

Los hijos de los conquistadores solían llevar la existencia muelle que le atribuyen escritores coetáneos. Fray Diego de Hojeda (1570-1615) en su poema épico-religioso *La Cristiada* (1611) relata la vida descansada de la primera generación criolla:

... Los holgazanes
de sangre noble, pero mal gastada
que hijos son de bravos capitanes
y padres son de vida regalada
.....
Vosotros, vida y sangre derramando,
mostrasteis invencibles corazones
y aquestos, en batallas deliciosas,
solas victorias buscan amorosas.⁶

A los esforzados conquistadores sucede "la generación del disfrute".⁷

Con el correr de los años los criollos afirman que su nacimiento en el Nuevo Mundo les autoriza a regir su destino político. Esta aspiración asoma con sutileza unas veces, y abiertamente otras en la literatura de la época. Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán (1607-1682?) en el *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile* (c. 1673) se queja tanto de la mala administración de ese

³ Magnus Mörner, "La reorganización imperial en Hispanoamérica", *Iberomanski*, Núm. 1 (1969), p. 28.

⁴ Stein y Stein, p. 64.

⁵ Felipe Barreda Laos, *Vida intelectual del Virreinato del Perú* (Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos, 1937), pp. 188-189.

⁶ Fray Diego de Hojeda, *La Cristiada*, ed. Cayetano Rossell, BAE (Madrid: Imprenta Publicidad, 1851), p. 409.

⁷ Mariano Picón Salas, *De la Conquista a la Independencia*, 4a. ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1969), p. 48.

reino austral como de la corrupción de las autoridades militares. El autor chileno presenta su punto de vista sobre las causas que prolongan la guerra del Arauco. El santaferense Juan Rodríguez Freile (1566-1640?) explica en *El Carnero* (1636-1638) la actitud de los súbditos ultramarinos hacia la autoridad real. Con motivo de la promulgación de un decreto que prohibía ciertos abusos contra los naturales, Rodríguez Freile narra la actitud desafiante de los santaferenses: "¡Voto a Dios señores capitanes que estamos todos azotados! ¿Pues este bellaco [refiriéndose al representante de la autoridad real que exige el cumplimiento de la ley favorable a los indios] ganó por ventura la tierra? Síganme, caballeros, que lo he de hacer pedazos".⁸ Pedro de Oña (1570-1643) en el *Arauco Domado* (1596) también narra la revuelta ocurrida en Quito con motivo de la imposición de nuevos impuestos. Recordemos que los miembros de la Audiencia quiteña protestaron del atrevimiento de Oña y no permitieron que la primera edición de su libro se distribuyera.⁹ Aprovechándose de la lejanía de la metrópoli y aludiendo a los esfuerzos conquistadores, peninsulares y criollos no vacilan en desafiar—inclusive con las armas— la autoridad real en el hemisferio occidental.

Los esfuerzos de los humanistas defensores de los indios y la bula papal de 1537 que afirmaba la racionalidad de los aborígenes, contribuyeron a que Carlos V decretara las "Nuevas leyes".¹⁰ Sin embargo, sus súbditos americanos rechazaron estas leyes y en las dos sedes más importantes del imperio español en América, México y Lima, la situación se hizo intolerable para los emisarios reales encargados de hacer cumplir las disposiciones. En México los colonizadores amenazaron con abandonar el país; en el Perú, el virrey murió en la guerra civil durante la cual los más enojados con los dictados reales exigieron la separación de España.¹¹ Después de apaciguar los virreinos de Nueva España y el Perú, Carlos V optó

⁸ Juan Rodríguez Freile, *El Carnero*, con notas explicativas de Miguel Aguilera (Medellín: Editorial Bedout, s. f.), p. 148. Citamos por esta edición.

⁹ Angel Flores, *The Literature of Spanish America* (4 volúmenes; New York: Las Américas Publishing Co., 1966-1969), I, 93-97.

¹⁰ Recuérdese que las "Nuevas leyes" daban cierta protección a los indígenas: 1) prohibían la esclavitud de los indios; 2) obligaban al poseedor de esclavos indios a probar que sus nativos esclavizados eran caníbales o habían sido capturados en guerra; 3) ponían fin a la concesión de encomiendas; 4) decretaban que después de la muerte del encomendero los indios pasarían al poder de la Corona española. Ver John E. Fagg, *Latin America: A General History* (New York: Macmillan, 1963), pp. 138-139.

¹¹ Para Mariano Picón Salas estas luchas separatistas prefiguran las guerras civiles americanas. Ver *De la Conquista a la Independencia*, pp. 41-42.

por rechazar las cláusulas más repudiadas de las "Nuevas leyes".¹² El resto de los estatutos se convirtió en letra muerta, corriendo la misma suerte que otras leyes de Indias. Los peninsulares que habían conquistado y colonizado el Nuevo Mundo, exigían como recompensa el control del territorio recién descubierto.¹³

Pese a las bulas papales y a los esfuerzos misioneros, los indios siguieron siendo "entes sin razón". De poco sirvió la popularidad de *Reloj de príncipes o libro áureo del emperador Marco Aurelio* (1529) de Antonio de Guevara (1480?-1545) en el que este erudito español pone en tela de juicio el derecho de los españoles en las nuevas tierras. En la América colonial circularon muchas obras que denigraban al oborigen americano y especulaban sobre su supuesta incapacidad. Refuerzan la visión antiindianista planteada por Sepúlveda en su conocida polémica con el padre Vitoria, libros apolo-géticos de la Conquista como *Elegía de varones ilustres de Indias* (1589), por Juan de Castellanos (1522-1601); poemas que presentaban un tipo sanguinario de indio como *Argentina y conquista del Río de la Plata con otros acontecimientos de los Reynos del Perú, Tucumán y Estados del Brasil* (1602), por Fray Martín de Barco Centenera. Ellos representan el punto de vista europeo que prevaleció en el siglo XVII, y persistió en el siglo XVIII. *El lazarrillo de ciegos caminantes*, atribuido por Marcel Bataillon al visitador español Alonso Carrió de la Vandra, reitera la visión antiindia.¹⁴ El autor defiende los obrajes, la mita y en general justifica la posición de los indios en la base de la estratificada pirámide social de la Colonia. Su firme propósito era "defender a los buenos españoles de las injurias que publican los extranjeros de sus tiranías con los indios, en que convienen muchos de nosotros por ignorancia, falta de práctica y desconocimiento del reino".¹⁵ El autor de *El lazarrillo americano* comparte la visión negativa del indio presentada por obras precursoras de las letras novomundanas.

El santafereño Juan Rodríguez Freile no pudo escapar a los efectos de la polémica. Los limitados conocimientos geográficos y

¹² Fagg, p. 140.

¹³ Pedro Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, trad. Joaquín Díez-Canedo, 2a. ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1954), p. 29, apunta lo siguiente sobre el carácter del español: "Todo aquel que había tomado parte en la conquista, todo el que llegó a enriquecerse después, se sentía merecedor de cuantas distinciones pudieran otorgársele; y a veces no esperaba que se le otorgaran".

¹⁴ Marcel Bataillon, "Introducción a Concolorcorvo y su itinerario de Buenos Aires a Lima", *Cuadernos Americanos*, XIX (1960), 197-216.

¹⁵ Concolorcorvo [Alonso Carrió de la Vandra], *El lazarrillo de ciegos caminantes*, ed. J. Pérez de Tudela, BAE (Madrid: Yagües, 1959), p. 364.

la predominante filosofía escolástica con su tesis de que el hombre no debe ir más allá de la revelación divina, le llevan a escribir: "La otra cosa es que en todo lo que he visto y leído no hallo quien diga acertivamente de dónde vienen o descienden estas naciones de Indias" (p. 117). Rodríguez Freile era un hombre de su época que participaba de la opinión que sobre los indios tenían muchos colonizadores: "Que se entienda que los indios no hay maldad que no intenten, y matan a los hombres por roballos. . . Dígolo para que no se descuiden de ellos" (p. 253).

Se debe reconocer que el trato dado a los amerindios se asemejó al recibido por otros pueblos conquistados de la época. Los ingleses y los holandeses, por ejemplo, no fueron más benevolentes con sus súbditos americanos. Pero, la cuestión no es determinar qué europeos los trataron mejor, sino recalcar su verdadera posición en la América española, justificada por la filosofía y la literatura coetáneas.¹⁶

La división política española centralizada en torno a las dos grandes civilizaciones precolombinas contribuye al desarrollo megalocéfálico de dos ciudades: México y Lima. Centro y Norte América españolas permanecieron bajo la jurisdicción del Virreinato de Nueva España, cuya capital fue la hermosa ciudad de México, ponderada por sus visitantes. Francisco Fernández de Salazar y Bernardo de Balbuena, entre otros, escribieron sobre las incomparables bellezas de México, "el primor del mundo".¹⁷

El México del siglo XVII, visto a través de autores de la época, resulta ser, junto con Lima, el centro cultural americano donde existía gran interés en las artes, las letras y las ciencias. Su estilo de vida se refleja en la ornamentación de sus edificios, en sus colegios y universidades y en la obra de eruditos como don Carlos de Sigüenza y Góngora y de poetas como la "décima musa", Sor Juana Inés de la Cruz (1648?-1695). El gusto por el adorno en la fachada de los edificios mexicanos, la inclinación al boato y las ceremonias, reflejan la vida descansada de la clase pudiente del Virreinato de Nueva España. La élite mexicana se dedicó, con relativa holgura económica, al cultivo de las diversas ramas del saber.

Pero no todas las ciudades americanas gozaban del apogeo económico y cultural de México y Lima. El gobierno de Santa Fe de Bogotá, sede de Audiencia bajo la jurisdicción del Perú, se caracterizó por

¹⁶ Stein y Stein, pp. 27-29, 79.

¹⁷ Bernardo de Balbuena, *Grandeza Mexicana*, ed. Francisco Monterde, 3a. ed. (México: Ediciones UNAM, 1963), pp. 19-20. Ver también Bernardo de Balbuena, *El siglo de oro en las selvas de Erifile* (1608), y Francisco Cervantes de Salazar, *Diálogos latinos* (c. 1554).

su desorden y corrupción.¹⁸ En *El Carnero* vemos el continuo desfile de oidores, fiscales, licenciados en leyes y buscapleitos que se enriquecen en sus puestos. Nos enteramos de los numerosos sobornos recibidos por los visitadores: "El visitador Juan Prieto de Orellana había apretado mucho la visita y cobrado grandes salarios. . . y prendió a otros muchos, de los cuales sacó muy grandes dineros" (pp. 241-242). Bien ha dicho Germán Arciniegas que "con el español que trajo la ley vino el abogado, y con él el pleito, el vicio de litigar". La excesiva influencia de los abogados llevó a Gonzalo Jiménez de Quesada (1495-1546) a sugerir que no participaran en el nombramiento de alcaldes "ningún oficial de V. M. ni persona alguna que tenga título ni otra persona alguna poderosa ni que tenga oficio de justicia alguno".¹⁹

La Capitanía General de Chile, también bajo la jurisdicción de Lima, comparte destino semejante a Nueva Granada.²⁰ Había rivalidades entre los miembros de la Audiencia, la alta jerarquía eclesiástica y el gobernador. A menudo disputaban sobre quién debía tener la preferencia en ceremonias y procesiones. Como consecuencia, Santiago de Chile colonial estaba rodeado de una atmósfera de murmuraciones e intrigas. En muchas ocasiones los pleitos entre los obispos y los oidores llegaron hasta el Consejo de Indias. De aquí eran remitidos al rey, quien generalmente pedía que se hiciera la decisión a base de precedente. Con frecuencia las decisiones reales y del Consejo de Indias llegaban después que los funcionarios habían fallecido o estaban ocupando nuevos puestos en otras partes de América.²¹

El antagonismo entre españoles y criollos en Chile, como en otras partes de América, se hacía evidente durante la elección del alcalde por el cabildo. Españoles y criollos deseaban el puesto por su prestigio y los resultantes ascensos políticos y económicos. Jorge Juan (1713-1793) y Antonio de Ulloa (1716-1795) comentaron posteriormente en sus *Noticias secretas de América* (1748) que la

¹⁸ Fagg, p. 176.

¹⁹ Germán Arciniegas, *El continente de siete colores* (New York: Harcourt, Brace, & World, Inc., 1967), p. 39.

²⁰ La dinastía borbona trató de poner orden en el reino de Nueva Granada y en 1717 creó un virreinato que abarcaba lo que hoy es Colombia, Panamá, Ecuador y Venezuela. Después de tres años de continuos esfuerzos las autoridades españolas se dieron cuenta de su fracaso, y el virreinato peruano continuó rigiendo esa zona hasta 1739 en que se creó, esta vez con éxito, el Virreinato de Nueva Granada. Fagg, p. 362.

²¹ Agustín Edwards, *People of Old* (Londres: Ernest Benn Limited, 1929), pp. 247-248.

ocupación de estos puestos se convirtió en fuente de odios y discordias entre el grupo criollo y el grupo español.²²

La vida en esta dependencia española del Virreinato del Perú estaba marcada por la llegada de tropas que ayudaban a los colonizadores en su lucha contra los araucanos.²³ La constante guerra dejó huellas indelebles en las incipientes letras del territorio austral. Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533-1594) escribió *La Araucana*, poema que narra la conquista de Chile; Pedro de Oña en el *Arauco Domado* celebra los hechos heroicos de don García Hurtado de Mendoza, hijo del virrey del Perú y jefe de la tercera y última expedición conquistadora a Chile. Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán escribió el *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile* para ofrecer su explicación de la prolongación de las guerras del Arauco. La vida del propio Pineda y Bascuñán estuvo marcada por el conflicto interno de Chile: desde los diecisiete años se unió a los tercios españoles para combatir a los indios continuando la tradición familiar comenzada por su padre, quien era admirado y respetado por indios y españoles. En el *Cautiverio feliz*, Pineda y Bascuñán narra las experiencias vividas durante sus meses como cautivo de los indios. *Purén indómito*, escrito por el andaluz Fernando Alvarez de Toledo y publicado en 1862 por Diego Barros Arana, refiere la destrucción que hicieron los araucanos en 1598 de varios fuertes y ciudades de la región sureña de Chile. "Restauración de la Imperial y conversión de almas infieles" del mercedario Juan de Barrenechea y Albis —obra narrativa de la época que permanece todavía en forma manuscrita— tiene como tema las luchas entre españoles y araucanos.²⁴

Como "uno de los principios que en los tiempos de la Colonia guiaba a aquella sociedad, después de la religión, era la cultura intelectual y artística", porque su cultivo "suponía la coronación de la vida social",²⁵ no nos debe sorprender el apogeo literario de las ciudades más importantes de la América española, a pesar de las prohibiciones de la Corona en cuanto a la exportación de libros de entretenimiento. Cabe anotar que, aunque por mucho tiempo críticos

²² Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *A Voyage to South America*, trad. John Adams, con introducción de Irving A. Leonard (New York: Alfred A. Knopf), pp. 231-241.

²³ Francisco Galdames, *Historia de Chile* (Santiago de Chile: Zig-Zag, 1945), p. 152.

²⁴ Manuel Rojas, *Historia breve de la literatura chilena* (Santiago de Chile: Zig-Zag, 1965), pp. 7-14.

²⁵ Henríquez Ureña, p. 45.

e historiadores han relacionado la ausencia del género novelístico en América con estos decretos reales, ellos no se cumplieron.²⁶

Los habitantes de América se sentían alejados de la justicia castellana y se permitían el lujo de ignorar o desobedecer decretos reales. Recordemos que la violenta reacción de peninsulares y criollos a las "Nuevas leyes" de 1542 hizo que la Corona se abstuviera de aplicarlas. En el *Arauco Domado*, Pedro de Oña explica cómo la presidencia de Quito se había rebelado contra nuevos impuestos; Rodríguez Freile en *El Carnero* también narra un incidente en que los habitantes de Santa Fe de Bogotá se oponen abiertamente a las disposiciones de la Audiencia e inclusive desean solucionar el asunto a través de las armas en franco desafío de la autoridad. Como bien ha apuntado Henríquez Ureña, "el español ha mostrado siempre una tendencia a hacerse su propia ley".²⁷ El Virrey Mendoza admitió al llegar a México que no se habían cumplido los decretos reales sobre la importación de libros de entretenimiento.

Una de las razones aludidas por Bernard Moses para explicar el florecimiento intelectual de las colonias españolas es el gran número de hombres solteros que, por estar empleados por la Corona y por su estado civil, se dedicaron casi exclusivamente al estudio.²⁸ Este interés en la literatura se evidencia en el productivo comercio de libros con las Indias que trajo tanta prosperidad a Jacobo Cromberger, impresor de ascendencia alemana establecido en Sevilla desde 1500. A su muerte se encontraron en su almacén muchísimos libros que, por el número de copias existentes, indican el extenso comercio que existía entre el Viejo y el Nuevo Mundo. *La Celestina*, *El Quijote*, *El Lazarillo de Tormes*, *El libro áureo del emperador Marco Aurelio*, *El Cid*, *Amadís de Gaula*, junto con numerosos tratados de religión, geografía y medicina llegaron al Nuevo Mundo para enriquecer las bibliotecas de criollos y españoles y moldear los gustos literarios de los americanos en consonancia con la metrópoli. Las ventas se intensificaron en el siglo XVII cuando se enviaban a América ediciones piratas de los populares dramas y de obras escritas por autores de segundo orden, atribuyéndoselas a escritores renombrados de la época.²⁹ Debido a este intercambio el teatro español moderno pasó a las colonias americanas casi simultáneamente al momento de su auge madrileño. A principios del siglo XVII la ciu-

²⁶ Irving A. Leonard, *Books of the Brave*, 2a. ed. (New York: Gordian Press, Inc., 1964), p. 84.

²⁷ Henríquez Ureña, p. 38.

²⁸ Bernard Moses, *Spanish Colonial Literature in South America* (New York: The Hispanic Society of America, 1922), p. 26.

²⁹ Leonard, *Books of the Brave*, pp. 95-99.

dad de México contaba con tres compañías teatrales que representaban las comedias nuevas cada día; Lima tenía dos compañías.³⁰

Efectivamente, con el apogeo de la colonización, las capitales de virreinos se fueron convirtiendo en centros culturales donde sus habitantes —españoles y criollos pertenecientes a la élite— seguían los modelos literarios europeos. Así "literature had become a pursuit rivaling and even surpassing in public esteem the dangerous career of arms".³¹

Con los libros llegados de España y las pocas obras impresas en América se formaron bibliotecas en el Nuevo Mundo.³² El mexicano Melchor Pérez de Soto —laico de modestos recursos— fue un ávido lector que llegó a coleccionar una importante biblioteca, prueba de los diversos intereses literarios y científicos que inquietaban a los habitantes de este hemisferio. Este apasionado lector fue acusado ante la Inquisición de prácticas no católicas y en particular de tratar de adivinar el porvenir por medio de horóscopos. Su rica biblioteca, confiscada por la Inquisición, tenía obras de Dante, Petrarca, Sannazaro, Ariosto, Tasso y Castiglione, junto a los libros de Santa Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz, Luis de León, Luis de Guevara. Contenía también libros de caballería, obras de astronomía, novelas picarescas y pastoriles, y también libros del humanista holandés Erasmo. Debido a los inexactos conteos del tribunal inquisitorial y al deseo de la señora de Soto de proteger a su marido ocultando algunos libros, es difícil calcular el número de volúmenes pertenecientes a Melchor Pérez de Soto.³³

Como consecuencia del gran interés en la literatura producto de la relativa tranquilidad y del auge económico, florecieron los certámenes literarios. Generalmente tenían lugar en las grandes capitales virreinales como Lima y México, rodeados de todo el boato y ceremonia que caracterizaban los espectáculos coloniales. Ellos representan otra faceta del gusto por lo exterior manifestado por los habitantes de América.³⁴

Para la aristocracia intelectual los torneos literarios ofrecían para manifestar sus gustos a la manera peninsular, y a través de una forma de expresión más refinada que la del vulgo: el verso. Para los

³⁰ Henríquez Ureña, p. 49.

³¹ Moses, p. 6.

³² Aunque para 1584 había dos imprentas en México y otra en Lima, la carestía de papel, el alto costo de publicación debido al precio del papel y a los muchos permisos que se necesitaban, dificultaban la publicación de libros en el Nuevo Mundo. Ver Moses, pp. 6-7.

³³ Leonard, *Baroque Times*, pp. 93-98.

³⁴ Arturo Torres-Rioseco, *Nueva historia de la gran literatura hispanoamericana*, 3a. ed. (Buenos Aires: Emecé, 1960), p. 27.

poetas representaban prestigio y una manera de alcanzar la posteridad a través de la publicación de sus poemas. Ya sabemos cuántos trabajos pasó Sigüenza y Góngora para publicar su obra debido a sus escasos recursos económicos. Como consecuencia de esto, mucho de lo escrito por este sabio se ha perdido y en otros casos sus investigaciones pasaron a manos de personas que no reconocieron su deuda intelectual al erudito mexicano.

Los certámenes poéticos llenaron un vacío en la vida intelectual de la Colonia porque ofrecían a los poetas la oportunidad de ser oídos por un público interesado en las letras, al mismo tiempo que daban oportunidad para tertulias y reuniones donde se intercambiaban ideas. Pero, en la elección de las obras premiadas faltó la crítica rigurosa y por esto recogemos pocos frutos de valor literario de estos certámenes. Sin embargo, ellos nos indican el interés en las letras que predominaba en el Nuevo Mundo y también el gusto de la época.³⁵ Es interesante notar que la noche de la entrega de premios, se leían también los "vejámenes", versos satíricos destinados a ridiculizar algún aspecto sobresaliente de la fisonomía, de los modales o de la historia académica de los participantes. Sigüenza y Góngora, quien colaboró frecuentemente en estos certámenes, también fue objeto de la burla de sus compañeros a través de los conocidos "vejámenes".³⁶

Los certámenes ocupaban un lugar importante, junto con las mascaradas, los desfiles, los autos de fe, entre los espectáculos coloniales. A pesar de sus limitaciones, ellos fueron una de las actividades claves en el desarrollo de la vida literaria y cultural durante los tres siglos de vida colonial: eran un incentivo para los escritores de la época y un pretexto para frecuentes tertulias donde se intercambiaban opiniones y críticas.³⁷

La Conquista tuvo un propósito religioso y político. Con los colonizadores llegaron los representantes de las órdenes religiosas cuya principal labor era la conversión y evangelización de los indios considerados como "niños en la fe católica". Con el paso de los años muchas órdenes religiosas se establecieron en casas que se destacaban por su primor arquitectónico y por su comodidad. Ellas competían entre sí por los puestos más importantes y por el control de la educación. Conventos y monasterios formaban parte esencial de

³⁵ Leonard, *Baroque Times*, pp. 134-142.

³⁶ Irving A. Leonard, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora: A Mexican Savant of the Seventeenth Century* (Berkeley: University of California Press, 1929), pp. 24-27.

³⁷ Leonard, *Baroque Times*, p. 144.

la vida colonial y más de una aventura y muchas intrigas se forjaron al amparo de sus sacrosantas paredes.

Algunos conventos se convirtieron en centros de refugio para las señoritas de clase elevada que deseaban una vida semirretirada. No era raro que las monjas recibieran visitas de amigos y familiares a quienes obsequiaban con todo el esplendor que les permitía su reclusión. Fray García Guerra, arzobispo y posteriormente Virrey de Nueva España, tenía como una de sus distracciones favoritas visitar a dos reclusas del convento de Jesús y María en la ciudad de México.⁸⁸ El viajero inglés Thomas Gage informa que:

It is ordinary for the friars to visit their devoted nuns, and to spend whole days with them hearing their music, feeding on their sweetmeats, and for this purpose they have many chambers, which they call *locutorios*, to talk in with wooden bars between the nuns and them, and in these chambers are tables for the friars to dine at; and while they dine the nuns recreate them with their voices. Gentlemen and citizens give their daughters to be brought up in these nunneries, where they are taught to make all sorts of conserves and preserves, all sorts of needlework, all sorts of music, which is so exquisite in that city [México] that I dare be bold to say that the people are drawn to their churches more for the delight of the music, than for any delight in the service of God.⁸⁹

La vida en los conventos no carecía de atractivos. Recordemos la espléndida biblioteca que poseía Sor Juan Inés de la Cruz en sus años de reclusa y las muchas visitas que pasaban por su celda. Pero también tenemos que clasificar los conventos en dos categorías: los conventos "mundanos" y los de clausura y contemplación. Fueron estos conventos "mundanos", como las hijas del Prado en Lima o Santa Catalina en Arequipa, los que se convirtieron en centros sociales. Las celdas aunque eran pequeñas, se arreglaban al gusto de sus ocupantes y de acuerdo con la fortuna de la familia. Cada monja poseía una biblioteca privada, pájaros exóticos, instrumentos musicales y un jardincito que adornaba con bonitas flores. Aunque a las religiosas les estaba prohibido salir del convento, sí podían recibir visitas. Generalmente las sirvientas preparaban una comida para los invitados y la reclusa, a través de un portillo enrejado, charlaba con sus convidados. El tema de la conversación era generalmente los chismes y últimas novedades ocurridas en la ciudad. Las religiosas

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 12-13.

⁸⁹ A. P. Newton, ed., *Thomas Gage: A New Survey of the West Indies* (New York: Robert M. McBride & Co., 1929), p. 90.

no habían perdido su interés en las cosas mundanas y estaban muy enteradas de los acontecimientos ciudadanos: bodas, bautizos, robos, llegada de nuevos funcionarios. Y aunque no podían salir de los conventos, tenían criadas que se pasaban el día en la calle y les contaban a sus amas las últimas novedades.⁴⁰

La Inquisición formó parte integral de la vida en las tierras recién descubiertas, aunque en el Nuevo Mundo atenuó sus exigencias.⁴¹ Los autos de fe complacían el gusto por los espectáculos de los habitantes de América; ellos servían de jolgorio y de advertencia a los espectadores. Juan Rodríguez Freile en *El Carnero* nos ofrece un ejemplo de la actuación de este santo tribunal en el caso de la hechicera Juana García, en el que estaban implicadas varias damas de la sociedad santafereña. El obispo y juez inquisitorial de Santa Fe de Bogotá quiere castigar a todas las culpables sin distinción de fortuna o rango; pero no tiene otro remedio que ceder a las poderosas influencias. Juana García fue la única castigada (pp. 140-143).

La vestimenta religiosa expresaba el amor por el lujo, típico de la sociedad virreinal. Adornos de encajes y de plata, cuyo uso estaba restringido en Europa a misas y ocasiones solemnes de la Iglesia, en América se llevaban diariamente. Por ejemplo, los canónigos exageraban el lujo de sus prendas cubriéndose con una amplia capa forrada en raso negro en el verano y en terciopelo durante el invierno.⁴²

La Iglesia controlaba la educación a través de los diversos colegios que llegaban a competir con las universidades. Al mismo tiempo, entre las órdenes religiosas que dominaban la enseñanza hubo pleitos y rencores. Generalmente estos conflictos se extendían a los educandos de los diversos planteles. En particular en Lima, la Universidad Mayor de San Marcos trató de contrarrestar la competencia que le hacían los diversos colegios patrocinados por las órdenes religiosas. Por esto consintió en que éstos crearan en la universidad cátedras de teología moral, dogmas y Sagrada Escritura, con la única obligación de traer a sus alumnos durante las horas de clase. Como consecuencia de esta política se acrecentó la rivalidad entre las órdenes religiosas: poseer el mayor número de cátedras en la universidad era motivo de orgullo. Como el poder de las diversas órdenes aumentaba de acuerdo con el número de cátedras que poseían, luchaban entre sí para conseguir la supremacía. A consecuencia de estas trifulcas se formaron partidos teológicos coloniales que querían

⁴⁰ Jean Descola, *La vida cotidiana en el Perú en tiempo de los españoles*, trad. Gabriela de Civiny (Buenos Aires: Hachette, 1962), pp. 205-206.

⁴¹ *Ibid.*, p. 209.

⁴² *Ibid.*, pp. 210-213.

el predominio de la filosofía de sus adalides: Santo Tomás, San Agustín, San Buenaventura. Como podemos colegir, los estudiantes de los planteles religiosos tomaban parte activa en estas luchas. Discípulos de uno y otro grupo molestaban a profesores y alumnos de los bandos contrarios, surgiendo gran falta de respeto.⁴³

Separadamente de las intrigas y rencillas entre las diversas órdenes religiosas, la educación se caracterizaba por su afición a la retórica y a la teología con el consecuente menosprecio de las ciencias de observación y análisis. Moses comenta:

Until the end of the colonial period instruction in the colleges and the universities retained its medieval character. The curriculum of studies embraced little, if anything, besides Latin, philosophy, and theology. Having attained proficiency in Latin the student was admitted to the courses on philosophy under the faculty of arts. After three years with this faculty he passed to the study of theology, which was continued for four, and later five years.⁴⁴

Resumiendo, podemos decir que el siglo xvii es para Hispanoamérica un período de aculturación en el que se sientan las bases para su futuro desarrollo. Entonces surge una sociedad estratificada por la riqueza, por el linaje y, sobre todo, por el color de la piel. Las distinciones impuestas por las diversas subdivisiones sociales contribuyen a alimentar las diferencias entre criollos y españoles: los peninsulares reprochan a los hispanoamericanos su posible sangre mezclada; los criollos critican las desmedidas ambiciones económicas y gubernamentales de los españoles. Sin embargo, los miembros de la élite hispanoamericana, tanto criollos como peninsulares, gustan de la vida muelle, el lujo, el ornato y los espectáculos religiosos y seculares. El tiempo libre, el ocio, la curiosidad y el ingenio favorecen el cultivo de las letras.

El interés literario de la aristocracia virreinal se manifiesta en los poemas presentados en los populares certámenes literarios, y en las obras que circularon mayormente manuscritas por las dificultades que había para imprimirlas. El gusto literario colonial se moldeaba con las últimas novedades peninsulares que los libreros, seguros de buena ganancia, despachaban con prontitud a América. Las obras españolas importadas contribuyeron a forjar la visión ambivalente del indio que predominó en Hispanoamérica en el siglo xvii: mientras que unos defendían al indio oprimido, otros lo re-

⁴³ Barreda Laos, pp. 180-186.

⁴⁴ Moses, p. 14.

chazaban. Y aunque la pequeña minoría que cultivaba la literatura imitaba las letras peninsulares, las obras escritas en Hispanoamérica durante el siglo XVII llevan la impronta del sincretismo cultural, revelan la estructura social de la época y tratan los problemas coetáneos.

UN INCIDENTE QUE DEFINIO EL PENSAMIENTO PERUANO

RICARDO PALMA VERSUS MANUEL GONZALEZ PRADA

Por Luis ALBERTO SÁNCHEZ

EN 1912, durante la primera Presidencia del que después sería dictador Augusto B. Leguía (1861-1932), en el Perú se produjo un choque largamente esperado entre los dos más grandes escritores entonces vivientes: Ricardo Palma (1833-1919) y Manuel González Prada (1848-1918). El primero, autor de las famosas *Tradiciones Peruanas*, liberal y masón, representaba el espíritu fílgón e irreverente del mestizo limeño; el segundo, autor de *Páginas libres* y *Horas de lucha*, radical y anarquista, encarnaba la rebelión de la generación de la Guerra del Pacífico contra el espíritu colonial y tradicionalista. Desde mucho antes, prácticamente desde 1888, se había bosquejado la incompatibilidad entre los dos maestros, pertenecientes a dos generaciones diversas. En los párrafos que siguen (un capítulo del libro *Tres vidas y un destino*) que preparo sobre los González Prada, su esposa y sus prolongaciones, se reviven los jugosos pormenores de aquel episodio que definió dos tendencias.

PALMA VS. GONZALEZ PRADA EL EPISODIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

EL "gran pleito de la literatura peruana", o sea entre Ricardo Palma y Manuel González Prada, que venía gestándose desde 1886, hizo crisis en febrero de 1912. Si bien Prada, con su congenial violencia, lo definió públicamente, él no tuvo ninguna participación en su inicio. En cierto modo ambos escritores, los más característicos del Perú de 1912 (ausente Chocano) fueron utilizados el uno por el "neocivilismo" antileguiuista, y el otro por el régimen de Leguía. Los políticos saben usar de las pasiones humanas —y de la vanidad literaria—, como el mejor novelista.

Cedamos la palabra a Ricardo Palma:

El 13 de febrero de 1912 recibí un oficio de la Dirección de Instrucción Pública por el que se me comunicaba que el Supremo Gobierno había nombrado Conservador de la Biblioteca Nacional a don Percy Gibson en reemplazo del doctor Clemente Palma. El reglamento de la Biblioteca formulado por mí al aceptar el compromiso de resucitar la fenecida Biblioteca que fundara el Generalísimo D. José de San Martín, consignaba en uno de sus artículos que los empleados debían ser propuestos por el Director. Yo siempre he propuesto a jóvenes preparados, buscaba hombres con aptitudes para el empleo y no destino para hombres sin destino.¹

Con estas palabras insertas en el hoy rarísimo folleto con que Palma respondió a la *Nota informativa* de Prada, queda en claro el origen de aquel conflicto que embargó la atención pública peruana —y continental— entre febrero y mayo de 1912.

El principal promotor de la destitución de Clemente Palma, hijo de Don Ricardo Palma, así como del nombramiento de Gibson, poeta arequipeño, era D. Germán Leguía y Martínez (1861-1928), ministro de Estado, primo del Presidente de la República, poeta y jurista, exprefecto de Arequipa y exmiembro de "los bohemios de 1886", o sea de los primeros socios del Círculo Literario y, por tanto, de González Prada. Este no tuvo nada que ver con aquel asunto.

Clemente Palma (1872-1946), era empleado de la Biblioteca, dirigía la revista *Varietades*, de Lima, desde su fundación en 1908. Sus editoriales, titulados "De jueves a jueves", ejercían influencia sobre la opinión pública. En ese momento criticaba ásperamente a Leguía. Este reaccionó contra el periodista adverso que era, al par, empleado público, cancelándolo como tal y nombrando a su sustituto. Mucho más tarde, cicatrizada la herida que tal procedimiento causó en Clemente Palma, y durante el 2o. período de Leguía, el director de *Varietades* cambió de criterio y fue diputado por Lima, de tinte leguista. Con ejemplar lealtad, después de la inicua muerte de Leguía, afrontando iras temibles, Clemente Palma publicaría un folleto defendiendo a Leguía.²

Volvamos a 1912, y a nuestra historia. Al recibir la nota de 13 de febrero nombrando a Gibson en lugar de Clemente, Don Ricardo, con fecha 15 del mismo mes, ofreció al Director de Instrucción Pública, observando el incumplimiento del artículo 3o. del Regla-

¹ Ricardo Palma, *La Biblioteca de Lima*, Imp. Lima, Tip. Unión, 1912, p. 13. Este raro folleto aparece entre mayo y junio de 1912, consta de 32 páginas.

² Clemente Palma, *Era un hombre...*, Lima, CIP, 1933.

mento de la Biblioteca (4 de julio de 1884), por lo que presentaba su renuncia del cargo.

El 17 de febrero el Director de Instrucción comunicó a Don Ricardo que, estando el gobierno "satisfecho de sus servicios", no aceptaba su renuncia: Era la primera de éstas.

El 22 de febrero Palma comunicó al Ministerio que si éste se hallaba satisfecho de sus servicios (y de conformidad con el reglamento), oportunamente propondría a la persona que debiera sustituir a su hijo Clemente. El Gobierno procedió entonces a derogar el Reglamento de la discordia, según el cual el Director de la Biblioteca sería el único proponente de sus empleados.

En consecuencia, el 27, el Ministerio ofició a Palma diciéndole que se había resuelto "mantener el nombramiento expedido el 6 del actual a favor de don Percy Gibson".

El 10. de marzo, Don Ricardo Palma, que había propuesto al poeta Alberto J. Ureta, lo cual había sido desestimado, insiste en su renuncia: la segunda de éstas.

Por oficio del 4 de marzo, la Dirección de Instrucción comunica a Palma que, nuevamente, no acepta la renuncia.

El mismo 4 de marzo, Don Ricardo, en una nota altiva, dice al Director de Instrucción: "en tal virtud ruego a Ud. se sirva transmitir al Supremo Gobierno mi insistencia en la renuncia": era la tercera vez.

El 6 de marzo el Gobierno resuelve, en vista de la insistencia de Palma, aceptar su renuncia y nombrar, en su reemplazo a González Prada, quien deberá practicar un inventario minucioso y elevarlo al Gobierno. Tal dice la Resolución Suprema mencionada, según la transcribe Palma en la página 21 del citado folleto *La Biblioteca de Lima*.

De los documentos mencionados y de la propia versión de Don Ricardo, se desprende que, durante todo este desagradable incidente González Prada no tuvo ninguna intervención, y que la obligación de hacer un inventario y dar cuenta del inventario le fue señalada desde su propio nombramiento por iniciativa concreta del Gobierno.

González Prada, por primera vez en su ya larga vida (tenía 64 años), ocupó un cargo público, acorde con sus "gustos y capacidades" y sin ninguna conexión política. Después de soportar numerosos ataques, el 30 de abril enviaba Don Manuel al Gobierno una *Nota informativa acerca de la Biblioteca Nacional*, resumiendo el estado cómo había encontrado la Biblioteca, en tono sumamente agresivo contra Palma. Este replicó con el folleto *La Biblioteca de Lima*, cuya III parte es insultante para Prada: se titula "Un Catón de alquiler".

Entre el nombramiento de Prada y su *Nota informativa* se había

desarrollado una bulliciosa y múltiple campaña típicamente política tratando de simbolizar en Palma a la dignidad, la tradición y la democracia heridas, y en González Prada a la claudicación, la dictadura, el abuso y la inconsecuencia.

La noche del 11 de marzo de 1912 se realizó en el Teatro Municipal (hoy Segura) una velada de "desagravio" a Palma, que derivó naturalmente contra el gobierno y —encono sólo de los oradores— contra Prada. La flor de la inteligencia "arielista" toda la oligarquía pensante, se hizo presente. Prada vivía en la calle de Puerta Falsa, del Teatro, al costado del Municipal.

Como referimos más adelante, esos fueron los prolegómenos del cisma final.

TODO lo dicho constituye la parte externa del conflicto. No fue un incidente de mera disciplina burocrática o no acatamiento de una norma reglamentaria. Empezó así, pero se transformó en un caso político e ideológico y alineó en un frente en apariencia literario a los adversarios políticos y personales del Presidente Leguía y a los enemigos doctrinales de González Prada, ambos de inflexiones conservadoras y oligárquicas.

Leguía, desde que salvó del luctuoso y audaz golpe de Estado del 29 de mayo de 1909, se había lanzado por el camino de la represión contra los pierolistas, que organizaron y realizaron el golpe, y contra el neocivilismo (oligarquía) que pretendió usar de esa coyuntura para, mediante una maniobra parlamentaria, obtener la dimisión de Leguía. En julio de 1911 se produjeron serias algaradas frente al Palacio de la Exposición, donde se reunía provisoriamente la Cámara de Diputados. A consecuencia de los disturbios resultó muerto un joven, perteneciente a la facción "bloquista" o neocivilista que apoyaba la candidatura de Antonio Miró Quesada de la Guerra a la Presidencia de la Cámara de Diputados. El Ministro de Gobierno, don Enrique C. Basadre, actuó personalmente, con energía y hasta con dureza. El enfrentamiento se había puesto en evidencia. De otro lado, el joven doctor José de la Riva Agüero y Osma, vinculado por parentesco con la familia Prado, e ideológicamente con Piérola, publicó un vigoroso artículo crítico contra el régimen de Leguía (1911). Salió en *El Comercio*, Riva Agüero fue apresado por orden del entonces Ministro de Gobierno, Juan de Dios Salazar y Oyarzábal. El hecho dio motivo a una asonada de los estudiantes de San Marcos a favor de su joven maestro. La Cámara de Diputados censuró al Ministro. Riva Agüero salió del incidente con prestigio político; poco después fundaría el Partido

Nacional Democrático, rebautizado por algunos periodistas mordaces, con el nombre de Partido Futurista.

El incidente con Ricardo Palma,³ antiguo amigo de Piérola, basado en los artículos contra Leguía que en *Variedades* publicaba Clemente Palma, adquirió de inmediato un carácter mixto de asunto político y doctrinario. Don Ricardo, refundador de la Biblioteca, que dirigía desde 1883 (aunque se diga oficialmente el 84), era la figura más prestante de las letras peruanas. Además, estaba en sus 79, al borde de los ochenta y los achaques propios de su avanzada edad le impedían subir y bajar las escaleras de su residencia a la oficina bibliotecaria. Todo estaba a su favor, salvo un solo argumento: que si Clemente, como empleado fiscal, no podía con entera libertad sostener ideas contrarias al gobierno al cual servía, o no. El gobierno había decidido que no. En nombre de la libertad de opinión, los núcleos intelectuales sostuvieron que sí. Esto implicaba una cuestión al margen y por encima del mero incidente reglamentario.

Al saberse que don Ricardo Palma había renunciado en defensa de sus fueros de director, se formó una vigorosa corriente de simpatía entre universitarios, escritores y políticos, y se organizó un grupo que hiciera campaña para lograr que ningún escritor de prestigio aceptase la dirección de la Biblioteca, en caso de que el Ministro aceptase la dimisión del tradicionista. Según doña Adriana de González Prada, la comisión ejecutiva de esta campaña la formaron José Gálvez, Felipe Barreda y Laos y Felipe Sassone. Este era, el más vehemente: lo demostró en sus palabras durante el homenaje a don Ricardo. Felipe Barreda era primo del ex-presidente Prado, y relacionado de Antonio Miró Quesada. Gálvez había sido el "enfant gaté" de aquella promoción. Sassone, hijo de italiano y de criolla, se distinguía por su apasionamiento meridional. Los tres visitaron a los principales escritores, entre ellos a Eugenio Larrabure y Unanue para pedirles que de ningún modo aceptasen reemplazar a don Ricardo. Los otros miembros de ese grupo eran Riva Agüero (primo del ex-presidente Prado), Juan Bautista de Lavalle (también primo de Prado) y otros, lo más graneado de la "intelligentzia nacional" de 1900.

Cuando el gobierno rechazó la primera renuncia de don Ricardo, demostrando, o respeto al tradicionista o temor a no encontrar sustituto adecuado (o ambas cosas a la vez), crecieron las expectativas de los opositores de Leguía. La comisión visitó también a González Prada. Recogimos una exacta versión desde cuando escribíamos nuestro *Don Manuel*, allá entre los años de 1928 y 1930; lo

³ Cfr.: Ricardo Palma, *La Biblioteca de Lima*, cit. . .

corroboró doña Adriana, la esposa del Maestro, en su discutido libro *Mi Manuel*; escrito a nuestra solicitud y bajo nuestro cuidado en Nueva York durante la primavera y el verano de 1944, y publicado en 1947. Según el relato de doña Adriana que, más adelante, transcribimos, la comisión de los tres nombrados visitó a Prada en su casa de la Puerta Falsa del Teatro y le preguntó si, en el caso de que la renuncia de Ricardo Palma fuese aceptada por el gobierno, él, Prada, a tu turno, estaría llano a aceptar su nombramiento como director de la Biblioteca. La respuesta de Don Manuel fue: "Y ¿por qué no?", con lo que, según doña Adriana, se retiraron los comisionados. Esta entrevista, nos la confirmó Gálvez muchos años después, debió realizarse entre la segunda y la tercera renuncia de Palma, o sea, entre el 15 de febrero y el 10. de marzo de 1912.⁴

Mientras tanto, el gobierno, llevaba por su parte, a cabo una exhaustiva indagación para saber quién aceptaría ser reemplazante de don Ricardo y arrostrar las iras del poderoso clan civilista-pierrolista que pretendía obligar a Leguía a pasar por las horas comisionados de las condiciones de don Ricardo, ya en alta edad, o que la Biblioteca quedase acéfala. El encargado de contrarrestar la maniobra fue un auténtico intelectual del régimen: don Germán Leguía y Martínez, lambayeciano como su primo el presidente de la República, nacido el 61; entroncado con la prócer familia de los Iturregui por su matrimonio con Panchita Iturregui; combatiente en Miraflores; miembro del Círculo Literario de 1887; autor de versos, del drama *El Manchaypuito*; vocal de la Corte Suprema de Justicia; jurista de singular valía y, sobre todo, hombre erudito, astuto, taimado y radical.⁵ En otra oportunidad, entendemos que hacia 1908, Don Germán había ofrecido a don Manuel, su Maestro, la dirección de la Escuela de Artes y Oficios, pensando que, dada la vocación científicista del Maestro, esa podría ser una de sus predilecciones. Don Manuel declinó ese y todo otro ofrecimiento. El vivía en sus campañas anarquistas, sus labores literarias y de sus rentas no largas, pero, sí, suficientes. En aquella oportunidad, don Manuel había respondido a don Germán: "Yo aceptaría un cargo en el gobierno siempre que estuviera dentro de mis capacidades". En 1912, don Germán volvió a la carga premunido de aquella implícita promesa de don Manuel. ¿Era o no capaz de dirigir la Biblioteca Nacional un escritor tan culto como González Prada, y que, además, dominaba cuatro y hasta cinco idiomas vivos (castellano, francés, alemán e

⁴ A. González Prada, *Mi Manuel*, Lima, 1947, Col. Antártica, p. 399 y ss.

⁵ En 1973 se ha publicado, en 7 volúmenes *La Historia del Protectorado de Germán Leguía y Martínez*: forma parte de la colección documental conmemorativa del Sesquicentenario de la Independencia del Perú (1821-1971).

italiano)? ¿Era conocida su cultura o no? ¿Había hecho campaña o no por la tecnificación de la administración pública, desde las páginas de *Horas de lucha*, en aquel tremendo artículo titulado "Nuestro ventrales"?

Dice doña Adriana que don Germán asedió a don Manuel, valiéndose de su amistad y de "sus mañas". Pudo ser una de éstas excitar sus antiguas divergencias con Palma, que éste ratifica en el folleto *La Biblioteca de Lima* (1912), que hemos citado, aunque no con los mismos pormenores con que ha llegado a nuestros oídos tanto en 1928 como en 1948. Si Prada había supeditado su aceptación a una oferta anterior a que estuviera de acuerdo con sus capacidades; si se pretendía mantener como insuperable a Palma y éste había divergido abiertamente con Prada en 1888; si, de otro lado, muchos de los funcionarios del régimen habían sido miembros de la Unión Nacional y si los sostenedores de la no sustitución de Palma pertenecían a círculos tradicionalmente adversos a Prada, ¿por qué, habría dicho don Germán, iba éste a restar un servicio tan grande a la Patria como era aceptar la dirección de la Biblioteca Nacional?

González Prada aceptó la dirección de la Biblioteca Nacional, sólo después de la tercera renuncia de Palma, no antes, o sea después de un mes de ajeteos clandestinos y escandalosa publicidad. El decreto de su nombramiento, lo repetimos, es el mismo en que se acepta la tercera renuncia de Palma.

Evidentemente, Prada puso condiciones: una de ellas la de que se hiciera un inventario minucioso de las existencias bibliotecarias, y se le otorgasen poderes para renovarlo todo. Cerca de él tenía a don Carlos Alberto Romero, excombatiente de Miraflores, quien había ingresado a la Biblioteca, al mismo tiempo que Palma, pero en el más humilde rango de la escala administrativa; en 1912 ocupaba el cargo de Conservador, Romero había pertenecido, como Leguía y Martínez, al Círculo Literario de 1887,⁶ y había publicado valiosas monografías históricas. Conocía la Biblioteca a fondo. Era reputado por su erudición sobre la época de la Conquista y por su "mala lengua". Probablemente, él proporcionó el derrotero para que Prada investigara lo que aparecería en su *Nota informativa*.

Ahora bien, desde el nombramiento de Prada hasta la realiza-

⁶ Cfr.: *Mercurio Peruano*, Lima, 1918. El número indicado a la muerte de González Prada (22 de julio) contiene copiosa información al respecto, así como el folleto: M. Moncloa y Covarrubias en *Los bohemios de 1886*; recogido en la Biblioteca de Cultura Peruana, que designa Ventura García Calderón, París, 1938, T. VIII y IX.

ción de la Velada de desagravio a Palma, Prada fue objeto de una violenta ofensiva de tipo personal. Uno de sus más cercanos colaboradores de ayer, Luis Ulloa Cisneros, bajo el seudónimo de "Un lector" publicó dos enconados ataques contra el que había sido su Maestro y amigo por haber aceptado la Dirección Bibliotecaria. Doña Adriana comenta ese hecho en forma tajante. Nosotros hemos tenido en nuestras manos el sobre en cuya cubierta decía con letra de don Manuel "Un infame" y en cuyo interior guardaba sólo un recorte de periódico, el de artículos de Ulloa. No fue el único exmiembro de la Unión Nacional⁷ que reaccionaba agraviantemente contra su antiguo Jefe y Maestro. En Arequipa, Mariano Lino Urquieta fogoso parlamentario exradical y después miembro prominente del Partido Liberal, fundado por expierolistas y exradicales. Urquieta tenía fama de violento polemista. El fue quien lanzó una lluvia de denuestos contra Prada por aceptar un cargo público, que no le reportaba mayor ventaja económica y que le iba a exigir el cumplimiento de deberes que no le habían obligado nunca. Urquieta, en su afán de hacer frases, tendencia, aprendidas del Maestro, se refiere a Prada al hablar de los robles que se doblegan y "los Catones que se alquilan". Ricardo Palma acuñó con eso el calificativo de "Catón de alquiler", con lo que inicia la III parte del folleto *La Biblioteca de Lima*.

En el homenaje a Palma hubo cierta ponderación de casi todos, excepto de Sassone, que aludió violentamente a Prada. Los demás atacaron al gobierno. Es indudable que herido por aquella campaña y estos denuestos, Prada redactó la *Nota informativa*.

Ahora, he aquí cómo refiere los hechos doña Adriana de González Prada:

Mientras Leguía y Martínez se ponía de nuevo al habla con Manuel, recordándole tener su anticipada promesa "de aceptar un puesto de su competencia", y confiaba en ella. Manuel protestó, rehusando ahora, por ser espinosa la situación creada; pero Leguía, tenaz y algo mañoso, invocó el espíritu recto y guerrero de Manuel, que, como buen soldado, no rechaza el combate.

También se cambiaban esas notas (*se refiere a las que cambiaron Palma y el director de Instrucción, citadas. LAS*), entre el gobierno y Palma, los amigos de éste último emprendieron una nueva campaña formando una comisión presidida por José Gálvez, F. Barrera, Felipe Sassone y otros, presentándose a casa de los posibles postulantes al puesto de Director de la Biblioteca, pidiéndole no aceptasen el cargo

⁷ Unión Nacional fue el nombre del Partido Radical del Perú fundado, en 1891, por González Prada sobre las bases del Círculo Literario: era una agrupación anticlerical, antioligárquica y anticentralista.

para de nuevo fastidiar a Leguía, dejando la Biblioteca acéfala, al aceptar la renuncia de Palma.

Don Eugenio Larrabure y Unanue, muy amigo de Manuel, uno de aquellos donde fueron, les reprochó su actitud de "gresca malévola"; pero ellos se retiraron negándose a discutir el caso.

Hasta que también se presentaron ante Manuel, pidiéndole la misma promesa, invocándole su antigua amistad con Palma. "Yo no soy amigo del señor Palma, les contestó Manuel". "¿Y aceptará usted la Biblioteca si se la ofrecen?". "¿Por qué no?" les confirmó (sic) Manuel secamente. Se retiraron furiosos, comprendiendo que éste era el enemigo listo a enfrentarse a ellos, y ya pensaron en la manera de vengarse de él.

Efectivamente, antes Manuel había sido amigo de Palma, yendo a menudo a la Biblioteca a consultar libros y a veces conversaban; pero, cuando su discurso del Politeama, Palma lo había atacado anónimamente en *El Comercio*. Eso de anónimo en Lima es muy relativo, pues nunca falta quien pregone el nombre de su autor: no hay secreto para los cajistas, pues conocen la letra de todos los que escriben.

En ese "comunicado" le reprochaban a Manuel "predicar contra los chilenos, hacer revivir el espíritu de venganza en lugar del generoso olvido que debía ya unir a los enemigos de ayer". Tal vez defendía causa propia su autor, ya que le debía el puesto a Iglesias quien firmó la paz con los chilenos.⁸

La *Nota informativa* es un documento de tremenda agresividad. Cierto: no inventa ni deforma el hecho, pero los narra con un tono de espantosa violencia. En realidad, Prada, sobre todo desde Horas de lucha (1908) había cultivado el estilo panfletario con más vigor que antes. Es verdad, pero el tono de la *Nota* sobrepasa hasta los más duros pasajes de los artículos de "Luis Miguel" en los periódicos anarquistas.

Los hechos denunciados son exactos. Una mano experta puso al alcance de Prada los elementos necesarios para una arremetida sin posible retroceso. Tenía que ser un antiguo empleado de la Biblioteca, conocedor de muchos secretos procesales, aunque ninguno de ellos significan un pecado irredimible. Con la *Nota informativa*, fechada el 30 de abril, después de casi dos meses de sufrir continuos y procaces ataques, el gran panfletario recuperaba su voz, se situaba en su terreno para defenderse atacando.

El historiador Jorge Basadre, quien además ha sido director de la Biblioteca Nacional, a raíz del incendio del 10 de mayo de 1943, y

⁸ Adriana de González Prada, *Mi Manuel*, Lima, Ed. Antártica, 1947, pp. 400-401.

se encargó de la segunda restauración; hombre de rara objetividad, profundo conocedor de la Biblioteca de Lima, de la que fue Auxiliar y Conservador, entre los años de 1920 y 1928, para retornar como Director en 1943, cuenta así lo sucedido:

Con fecha 13 de febrero de 1912, el Ministerio de Instrucción canceló el nombramiento de Clemente Palma, hijo del tradicionista, como Conservador de la Biblioteca Nacional, cargo que había desempeñado durante quince años, con veinte años de servicios, y designó en su reemplazo a Percy Gibson. Clemente Palma atacaba entonces acerbamente al gobierno en la revista *Varietades*. Pero, según el Reglamento de la Biblioteca, los empleados de este instituto debían ser propuestos por el director. El Reglamento había sido, pues, violado. Ricardo Palma renunció. Su dimisión no fue aceptada. Retiró entonces esta bota y propuso para ocupar la plaza de Conservador a Alberto Ureta. El Ministerio derogó el artículo del Reglamento, que acordaba al director de la Biblioteca, la prerrogativa de proponer a los empleados, e insistió en nombrar a Percy Gibson. Ricardo Palma volvió a presentar su renuncia por dos veces más. Ella fue ante esta tercera insistencia, aceptada el 6 de marzo de 1912. En reemplazo del tradicionista fue nombrado Manuel González Prada.

Se produjo entonces un vasto movimiento de solidaridad con la víctima en este forcejeo burocrático. Al respecto, lindante a veces con la veneración que, para muchos, inspiraba su prestigio literario y que se ahondaba con el reconocimiento ante su obra de creador de la segunda Biblioteca Nacional. Uniérase razones políticas de hostilidad o encono ante el régimen de Leguía. Un grupo de intelectuales y universitarios, formado por José de la Riva Agüero, Felipe Barreda y Laos, Juan Bautista de Lavalle, José Gálvez y Felipe Sassone, organizó una velada de desagravio en el Teatro Municipal de Lima. Hubo artículos en periódicos y revistas coincidentes con esa actitud, y un álbum fue suscrito por más de trescientos estudiantes para refrendarlo.

Comisiones especiales habían visitado a distintas personalidades para solicitarle que no aceptasen el cargo de Director de la Biblioteca Nacional para el caso de que éste les fuese ofrecido. Luis Alberto Sánchez narra, en su biografía de González Prada,⁹ que el Ministro Germán Leguía y Martínez había pedido anteriormente a éste, primero, que tomara la dirección del Colegio de Guadalupe y, luego, la de la Escuela de Artes y Oficios, sin que accediese a ello, si bien dio a entender que podía ser distinto el caso, si se le ofrecía el Museo o la Biblioteca. Al serle propuesto en marzo de 1912, por el mismo Leguía

⁹ Cfr.: Luis Alberto Sánchez, *Don Manuel*, Lima, Rosay, 1930.

y Martínez, este último nombramiento, no ignoró González Prada que iba a colocarse a los 64 años, en el centro de un escándalo. Desde 1888 había surgido entre los dos grandes maestros de la literatura peruana, un hondo distanciamiento. Varias habían sido las alusiones hirientes o sarcásticas del autor de *Horas de lucha*, al autor de *Tradiciones peruanas*. El sino nacional de la enemistad entre sus hombres eminentes, del lodo que él alentó o el genio vierten en querellas personales, iba a aparecer una vez más con la saña inexorable de una Némesis criolla.

Los ataques contra el apóstol radical y el artista, convertido en funcionario público abundaron. Mariano Lino Urquieta se lamentó de "esta época en que hasta los robles se doblegan y los Catones se alquilan". En *Varietades* (de Clemente Palma. LAS) apareció una caricatura que representaba a un perro callejero ante un ejemplar de *Páginas libres*, encadenado a la puerta de la Biblioteca Nacional. La leyenda ponía en la boca del perro estas palabras: "Más libre soy yo, y eso que soy perro".¹⁰

La Nota informativa y su respuesta

LA *Nota informativa*, a que hemos aludido varias veces, fechada el 30 de abril de 1912, o sea cincuenta y cuatro días después del nombramiento de González Prada y 77 desde que se inició la cuestión, es considerada sumamente dura. De "feroz" la califica Basadre en la obra que hemos transcrito. González Prada la envió a todos los periódicos de Lima (*El Comercio, La Prensa, La acción popular*). Sólo esta última la acogió, en tres ediciones sucesivas. La Acción Popular de 1912-14 respondía a un sector artesanal y obrero vinculado ya con la inmensa candidatura de don Guillermo E. Billinghurst, excombatiente en la guerra, rico salitrero, expierolista, en cierto modo cercano al anarquismo. Billinghurst había ganado popularidad como Alcalde de la Municipalidad de Lima en 1910. Leguía no simpatizaba plenamente con su candidatura; mucho menos, el neocivilismo, que acabó dos años después, derrocando a Billinghurst en combinaciones con un sector de ejército (1914).

La aparición de la *Nota informativa* causó tremendo revuelo. Mucho antes, a mediados de marzo, apareció en la revista *Varietades*, de Clemente Palma, una caricatura (descrita por Basadre). Después de eso no se podía esperar agua de malvas de un hombre

¹⁰ Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú*, quinta edición, tomo IX, Lima, P. Villanueva, 1965, pp. 4399-4401.

del temperamento y el estilo de González Prada. Sin alterar un solo hecho, desde el 12 de marzo en que se conoció la aceptación final de la tercera renuncia de Palma (6 de marzo) y el simultáneo nombramiento de Prada, éste había recibido como estímulo: 1) las alusiones ponzoñosas de Sassone durante el homenaje a Palma en el Teatro Municipal; 2) el implícito mote de "roble que se doblega" y "catón que se alquila", que le había endilgado Urquieta en Arequipa; 3) las vejatorias alusiones de una carta anónima en *La Prensa*, atribuida sólo cinco días después de la aceptación de la renuncia de Palma y del nombramiento de Prada: escasísimo tiempo para preparar una fiesta que no estuviese ya prefabricada, máxime si se considera que el 11 fue lunes, o sea que el domingo no fue día útil. La estructura del Programa lo dice todo:¹¹

ALGUNOS pormenores de la velada del 11 de marzo, en desagravio a Palma, son muy interesantes. Se llevó a cabo en el Teatro Municipal sólo cinco días después de la aceptación de la renuncia de Palma y del nombramiento de Prada: escasísimo tiempo para preparar una fiesta que no estuviese ya prefabricada, máxime si se considera que el 11 fue lunes, o sea que el domingo no fue día útil. La estructura del Programa lo dice todo:¹¹

La función se inicia con la Obertura de *Guillermo Tell* por Rossini, tras lo cual José de la Riva Agüero y Osma, pronunció el discurso de ofrecimiento, un discurso ditirámico para Palma, pero respetuoso para Prada. Riva Agüero había rendido homenaje a ambos en su tesis de 1905, que Unamuno comentó con acierto en un ensayo de 1907, publicado en *La Lectura* de Madrid e inserto en el tomo VII de los *Ensayos* editados por la Residencia de Estudiantes de Madrid. Continuó la parte musical con un pasaje de la opereta *El encanto de un vals* de Strauss. Enseguida, un discurso sobre "Obra histórico-política de don Ricardo Palma" por Felipe Barreda y Laos, que fue un duro ataque contra Leguía y la consiguiente exaltación del pasado liberal del tradicionista. La orquesta interpretó la *Gavotte des Silphi-*

¹¹ Tenemos presente en la memoria de los recuerdos de esa noche, cuando íbamos a cumplir los doce años y oímos hablar con pasión del suceso, en el propio seno de nuestra casa. Las revistas *Varietades e Ilustración peruana*, ambas dirigidas por Clemente Palma, recogieron una buena información gráfica del acontecimiento; las versiones de *El Comercio*, y *La Prensa* fueron minuciosas. Debemos señalar que la página respectiva de *El Comercio* de 11 de marzo de 1912 ha sido totalmente arrancada de la colección de la Biblioteca Nacional (Noviembre, 1973).

des, de Franz Lehár, siempre dentro del tono operetesco y vienés del gusto del momento. Se ofreció entonces una "Causerie" de Felipe Sassone, quien acostumbraba improvisar charlando con el público; fue el plato fuerte contra Prada, a quien el autor de *Malos amores* alfileró a su regalado gusto y finalmente se escuchó el Vals *Tout en rose*.

La segunda parte se inicia con un trozo de la Opera *Guarany*, de Gómez, a continuación siguió un análisis de la obra poética de Palma, por Juan Bautista de Lavalle; enseguida, un *Minué y pastoral*; y llegó el momento en que José Gálvez "poeta de la juventud" declamó varias composiciones poéticas, una de ellas de alabanza al tradicionista. Continuó el acto con una *Gavotta amorosa*, y don Ricardo Palma desde su palco, agradeció el homenaje en palabras emocionadas, duras pero sin llegar al agravio.

La función terminó a los acordes de la Marcha Triunfal de la *Aida* de Verdi, como un agorero "Ritorna vincitore", que equivalía a un "Vae victis" premonitorio contra el vecino de la acera del frente, en cuya ventana, sombreada de madreselvas, brillaba la incansable lámpara, compañera de tanto sueño vano y tanta esperanza convertida en iracunda protesta y cuajada en armoniosas prosas y versos.

DE toda suerte, y aun teniendo en cuenta los factores irritantes mencionados, la reacción de González Prada, levantó otra tempestad. La réplica de Palma, a quien no se puede responsabilizar del todo, a causa de su avanzadísima edad, no fue menos caústica. Aunque guardase las formas, hizo suyo el peor de los insultos contra su sucesor: el de "Catón de alquiler".

Si reseñamos este episodio que a nadie beneficia; que deja al descubierto las miserias psicológicas del gobierno, de la oposición, de Prada y de Palma, de sus respectivos adversarios y de sus respectivos turiferarios, es porque, mal que nos pese, es un trozo de historia y que ha sido deformado en uno u otro sentido por pasiones e intereses.

El folleto en que se recogió el texto del documento aquel, se titulaba: *Nota informativa acerca de la Biblioteca Nacional*; está encuadernado con humilde y cuasi transparente papel azul, papel del llamado papel de cometa.¹²

¹² El folleto tiene 31 páginas numeradas y una en blanco. La firma aparece en la p. 31, Lima, Imprenta Arica, 358, 1912.

Los cargos están expresados con la mayor dureza. Precede al folleto un prólogo de dos páginas, muy elogioso para Prada.

El informe empieza así:

Al poner en conocimiento de US. que he recibido la Biblioteca Nacional conforme al inventario que han hecho los señores Teobaldo E. Corpancho y Carlos A. Romero, creo necesario agregar dos observaciones, guiado por dos motivos: ilustrar al Gobierno sobre algunos de los tesoros bibliográficos y ponerme a salvo de futuras responsabilidades.

Prada describe el mal estado de la contabilidad; indica que ha mandado abrir tres libros de cuentas y a quien los confía; y califica al "tesoro bibliográfico" de un "hacinamiento de libros" por falta de catálogo, y aun de inventario. Destaca diferencias desventajosas entre las existencias tabuladas al 31 de diciembre de 1911 y las tabuladas el 31 de marzo de 1912, en el sentido de que los libros habían disminuido en vez de aumentar. Pormenoriza las que él califica de irregularidades, vacíos e ignorancias en materia bibliográfica y bibliotecaria. En esa parte conviene insistir, pues, si bien es cierto que no enaltece técnicamente a un buen bibliotecario, anotar sus apreciaciones personales en los libros confiados a su cautela, y mucho menos manchar con inscripciones manuscritas en gruesa letra (según lo comprobamos nosotros mismos durante nuestra permanencia de doce años en la Biblioteca Nacional de Lima) no deja de ser atractivo y hasta ventajoso que el autor de esas inscripciones o glosas fuese un escritor notable como don Ricardo Palma. Además muchos de esos libros estuvieron dedicados a Palma como escritor, y él los cedió a la Biblioteca, en señal de filial homenaje. Pasando, pues, por alto las razones técnicas de la crítica de Prada y los derechos psicológicos de esa conducta de Palma, creemos interesante recoger algunas de las escolias que indignaron al autor de la *Nota informativa* y que a nosotros nos dejan un risueño sabor.

Desde luego, no hay justificativo para algunos errores de Palma como el de confundir la locución *Lugduni Batavorum* (León de Batavia o Leyden), nombre de una ciudad holandesa donde se imprimían magníficas ediciones, con el de un imaginario personaje llamado "Luis de Batavia", a quien Palma convirtió porque sí, en socio y pariente de los Elzevir. Vimos la edición glosada en la Vitrina de la antigua Biblioteca Nacional, correspondiente a las obras de Erasmo de Rotterdam, con ilustraciones de Holbein.

Igualmente, nos mueven a risa algunos de los comentarios de Palma sobre algunas obras que formaban parte de la abigarrada colección de Papeles Varios, una de las más peregrinas rarezas de

esa Biblioteca, catalogada sólo en 1919, por un grupo de alumnos de San Marcos, catálogo editado por Manuel Odriozola en el *Boletín Bibliográfico de la Universidad Mayor de San Marcos*. He aquí una de esas "perlas" que, lejos de justificar la ira, moverían a risa con un ánimo mejor dispuesto a la comprensión y la sorna:

Al fin de un alegato contra el Virrey Amat por seducción de una mujer: "En el juicio de residencia se desestimó esta acusación, y la doncella continuó desdoncellable. Aparece de este documento que el Virrey Amat, era como un libertino, muy capaz de fornicar a una lora por el pico".¹³

Esta expresión muy de Palma, que nosotros vimos estampada en el exergo de uno de los volúmenes de la Colección de Papeles Varios, es tan auténtica que en la póstuma serie de *Tradiciones en salsa verde*¹⁴ se repite idéntica, y sólo ha sido editada en 1973.

La respuesta de don Ricardo a la *Nota informativa de la Biblioteca de Lima* fue virulenta, trató de explicar la animosidad de Prada. Don Ricardo se equivoca en la fecha del nacimiento de su contrincante queriéndolo presentar como mayor: no es 1844 sino 1848. Prada que en realidad en este caso fue producto de las acometidas de que se le hizo objeto a partir de su designación como director de la Biblioteca, hubiese tenido un origen remoto, que cada cual explica a su manera.

El episodio de la Biblioteca Nacional es una de las más amargas demostraciones de la "crueldad sudamericana" y del encarnizamiento criollo contra sus más altos valores y, en especial, contra González Prada. La sociedad pecata le exigió muy alto precio por su audacia crítica en *Horas de Lucha*.

¹³ M. G. Prada, *Nota Informativa, cit.*, p. 20.

¹⁴ R. Palma, *Tradiciones en salsa verde*, editor Francisco Carrillo, Lima, Imp. Universitaria, 1973.

LA ACTITUD DE MARIANO AZUELA E ISAAC BABEL HACIA LA REVOLUCION

Por Elliot S. GLASS

DESDE hace años estudiosos y críticos de la literatura de la Revolución mexicana y la Revolución soviética no han podido llegar a un acuerdo si *Los de abajo* de Mariano Azuela y *La caballería roja* de Isaac Babel son obras en pro o en contra de la Revolución. La mayoría de los estudios, aunque bien documentados, tienen la tendencia a concentrarse en oscuras referencias que hacen los personajes secundarios de dichas obras.

Este breve estudio se concentra en Mariano Azuela e Isaac Babel como revolucionarios y la manera cómo su caracterización de personajes revolucionarios en *Los de abajo* y *La caballería roja* revela su actitud hacia la Revolución.

Con diarios personales en una mano y rifles en la otra, Mariano Azuela e Isaac Babel se incorporaron a la Revolución, describiendo personajes y hechos que directa o indirectamente determinaron el rumbo de la Revolución mexicana y la Revolución soviética. Ambos escritores, en principio optimistas e idealistas, lucharon valerosamente por la Revolución.¹ Vieron en ella la posibilidad no solamente de organizar una nueva estructura económica sino también un nuevo sistema de valores socio-políticos. Para ellos la Revolución aliviaría a los de abajo y fraguaría una sociedad libre de fanatismo racial y dominio de clases.²

Babel quería que el judío fuera considerado un ciudadano soviético así como Azuela esperaba ver en México a "los de abajo" librados

¹ Mariano Azuela fue médico de las tropas de Julián Medina, uno de los jefes de Pancho Villa. Isaac Babel luchó al lado del comandante cosaco Budenny.

² Cuando Babel era joven, él sufrió las consecuencias del feroz antisemitismo ruso de la época, y vio todos los horrores de los "pogroms." Azuela también cuando era joven fue testigo del cruel tratamiento que recibieron las clases menos favorecidas. Véase Mariano Azuela, *Obras completas* (México: Fondo de Cultura, 1954), III, 1086-88 —de aquí en adelante este trabajo será citado con la referencia OC— y el discurso de Ilya Ehrenburg en "Gody nashei zhizni I. Babel (K 70 - Letiyu so dnya rozhdeniya)," *Moskva*, No. 7, 1964, pp. 182-187.

de su condición de esclavos. Poco después ambos escritores comenzaron a percibir la disparidad asombrosa entre los ideales revolucionarios y la práctica. Ellos se dieron cuenta de que el nuevo orden no hacía nada por "los de abajo" y en cambio hacía exactamente lo que George Bernard Shaw dijo que hacen todas las Revoluciones: "Revolutions change nothing; they merely shift the burden from one shoulder of the oppressed to the other".³

Los vivos cuadros escritos durante los quietos intervalos entre batallas empezaron a reflejar la desilusión de los autores. Mientras más Azuela y Babel escribían acerca de los horrores y los dolores que la Revolución engendraba, más aumentaban en sus páginas su actitud de indignación moral. Don Mariano nos dijo cándidamente que "muy pronto la primitiva y favorable impresión que tenía de sus hombres se iba desvaneciendo en un cuadro de sombrío desencanto y pesar. El espíritu de amor y sacrificio que alentara con tanto fervor como poca esperanza en el triunfo a los primeros revolucionarios había desaparecido" (OC III, 1080). . . "La derrota total de mi quijotismo", comentó Azuela, "vino cuando vi que la explotación de la clase humilde seguía como antes y sólo los capataces habían cambiado" (OC III, 1093).

Babel, a través de uno de sus personajes más inolvidables, Gedali, sugiere una opinión parecida:

—La Revolución no puede vivir sin fusilar —le dije al viejo— porque ella es la Revolución.

—Pero los polacos —dijo Gedali— mataban, mi querido señor, porque son la Revolución. Pero seguramente la Revolución quiere decir felicidad. Y la felicidad no quiere huérfanos en la casa. Hombres buenos hacen actos buenos. La Revolución es un buen acto de buenos hombres. Pero los hombres buenos no matan. Entonces es la mala gente la que está haciendo la Revolución. Pero los polacos son mala gente también. Pues, como puede decir Gedali cuál es la Revolución y cuál es la Contra-Revolución.⁴

El desencanto de Azuela y Babel es más sutil, pero no por ello está expresado menos eficazmente en su enfoque de tres distintos tipos de revolucionarios. *La caballería roja* tiene personajes equivalentes a los centrales de *Los de abajo*. Vemos, por ejemplo, tipos

³ Robert Morris Redcliff, *George Bernard Shaw* (New York: N. P., 1946), p. 16.

⁴ Isaac Babel, *The Collected Stories* (New York: The World Publishing Company, 1968), pp. 70-71. De aquí en adelante este trabajo será citado con la referencia CS.

parecidos a Demetrio Macías, el campesino explotado, a Luis Cervantes, el oportunista, y el Güero Margarito, el criminal. Simón Brutman, así como Demetrio Macías, se cansa de ser explotado, se rebela contra la autoridad, y pronto se encuentra en las filas de los revolucionarios. Como Demetrio, Simón llega a ser comandante de un grupo de éstos. Los comentarios de Babel referentes al éxito de Simón, "de él y de unos pueblerinos creció una inesperada raza de judíos, los fuertes jinetes, luchadores y partidarios" (CS 284), son muy parecidos a los de Azuela. Para poder oír ecos de *Los de abajo* solamente hay que cambiar la palabra "judíos" por las palabras "los de abajo". Los oprimidos de Azuela, así como los judíos de Babel, no tienen ningún interés en ideologías, ni en posesiones materiales.⁵ Su principal interés es poder vivir sin ser perseguidos. Ellos no sueñan con un mundo justo sino con un mundo en el cual puedan vivir sin miedo. Debido a siglos de sumisión, durante los cuales habían sido condicionados a aceptar pasivamente su destino, ellos ahora en el fragor de la Revolución ven su destino más íntimamente relacionado a las experiencias del pasado que a los débiles conceptos de un nuevo y diferente mundo. Cuando Demetrio Macías tira una piedra al precipicio, la vemos caer como símbolo de su hado y de las fuerzas inevitables de la naturaleza que la pusieron en movimiento.

Los oprimidos luchan contra la autoridad y contra sí mismos mientras los oportunistas esperan cuidadosamente el momento propicio para manifestar su apoyo. La descripción de Babel de un comandante oportunista, Maslyakov (CS 130-137) que traiciona a los soviéticos, recuerda mucho a Luis Cervantes en *Los de abajo*. Cervantes, como Maslyakov, quiere estar con los que triunfan; pues, así como dijo Cervantes una vez: "revolucionarios, bandidos, o como quisiera llamárselos, ellos iban a derrocar al gobierno: el mañana les pertenecía, había que estar con ellos, sólo con ellos" (Lda 29).

Los oportunistas, sin embargo —como aparecen en *Los de abajo* y *La caballería roja*— solamente debilitan las bases ideológicas. Se derrumba finalmente ese movimiento de regeneración por los altos criminales, tropelías y robos cometidos en nombre de la Revolución. Hombres como el Güero Margarito y el cosaco Seliverstov (CS 146-148) pueden cometer los crímenes más brutales sin pensar en las consecuencias de sus actos, porque siempre es posible justificarlos en nombre de aquélla. En *Los de abajo* y *La caballería roja* los autores describen detalladamente los innumerables medios que los hom-

⁵ Véase Mariano Azuela, *Los de abajo* (México: Fondo de Cultura, 1958), pp. 42-50 y "The Rabbi's Son" en CS, pp. 191-194. De aquí en adelante *Los de abajo* será citado con la referencia Lda.

bres emplean para torturarse y atormentarse mutuamente. Se encuentran escenas espantosas y horripilantes de hombres muriendo o volviéndose locos en todas partes. Tal vez este enfoque se deba a la enseñanza que los dos recibieron en la escuela de medicina y que aquí se expresa en la atención prestada al dolor físico y a la angustia mental o quizá ellos presentían que una representación tan gráfica e intensa de la violencia insensata llevaría al lector a la misma conclusión a que ellos habían llegado.

Su condena de la matanza y del desarrollo de la Revolución han dado lugar a que algunos críticos opinen que *Los de abajo* y *La caballería roja* son obras anti-revolucionarias.⁶ Si se leen estas obras cuidadosamente, hasta el más escéptico verá que don Mariano Azuela e Isaac Babel son verdaderos revolucionarios. Ambos mantienen una posición absoluta sin gestos conciliatorios hacia los que han perdido la visión de los fines de la Revolución. No hay concesiones hacia aquellos revolucionarios, que aunque exponiendo ideales nobles, siguen perpetuando las mismas condiciones que hicieron necesaria la Revolución. Azuela y Babel a través de sus escritos se mantuvieron fieles únicamente a una visión: la de un mundo mejor para todos. Para consternación de aquellos que se acomodaron a las siempre cambiantes arenas políticas que siguieron a las olas de la Revolución, don Mariano y don Isaac se quedaron firmes en sus convicciones y sus obras son sus más elocuentes testimonios.

Ambos autores habían escrito y publicado antes de inmiscuirse en actividades revolucionarias, pero no fue hasta que escribieron sus impresiones sobre la Revolución nacional que su fama se extendió. Algunos críticos opinan que el estilo de *Los de abajo* y *La caballería roja* es superior a los cuentos y las novelas previas.⁷ Otros manifiestan que por haberse publicado estas obras fuera de sus respectivos países la aclamación universal era inevitable.⁸

Aunque estos dos comentarios son acertados me parece que hay una razón más obvia que explica por qué estos dos admiradores de Guy de Maupassant debían haber recibido tal aclamación: *Los*

⁶ Véase Joaquín Belmonte Ruiz, *Literatura de la Revolución* (México: N. P., 1946), pp. 26-28. En la introducción de su libro, *The Collected Stories* (CS), Lionel Trilling dice que *La caballería roja* no fue el tipo de libro que la Revolución quería producir (CS 11).

⁷ Véase Roland Grass, "Precursors of the Novel of the Mexican Revolution", Tesis de doctorado (Columbia, 1968), pp. 75-110 y Myron Bilsky, "Isaac Babel", Tesis de M.A. (Rutgers University, 1964), pp. 61-64. Ambos hacen notar que *Los de abajo* y *La caballería roja* son estilísticamente superiores a los trabajos previos de los autores.

⁸ *Los de abajo* fue primero publicado en Texas, U.S.A. y los primeros cuentos de *La caballería roja* fueron publicados en París.

de abajo y *La caballería roja* comenzaron a circular durante la época de Woodrow Wilson —un período lleno de idealismo frustrado— y siguió aumentando la venta en la época posterior —un período de decadencia moral e intelectual.

Lo que movía al lector entonces y lo que le mueve ahora es la actualidad del mensaje y la rectitud moral de los autores.

José Martí, *Obras completas*, vol. 28: *Nuevos Materiales* (La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1973), 580 pp.

DESDE que la Editorial Nacional de Cuba publicó el último tomo de la más reciente colección de *Obras* de Martí, en 1966, han aparecido otros escritos suyos que permanecían inéditos u olvidados. Ahora el Instituto Cubano del Libro ofrece un volumen adicional con los *Nuevos Materiales* que motivan este comentario. Se reúnen bajo los siguientes epígrafes: "Artículos periodísticos en España y México", "Artículos diversos en la prensa norteamericana", "Notas y artículos en *Patria*", un "Epistolario" y otros grupos con discursos, fragmentos, dedicatorias y trabajos menores. De muchos de éstos se tenía noticia, pero nunca se incorporaron a sus *Obras*: más de cien páginas (179-283) son notas de la revista *La América*, de la cual había tomado Félix Lizaso lo que dio en su libro *José Martí: artículos desconocidos* (1930). En aquella oportunidad revisó la colección incompleta que poseía la Sociedad Económica de Amigos del País, y no recogió, en tan temprana fecha, con toda la labor martiana que quedaba por hacer, aquellos escritos breves que aquí se reúnen, "esas descripciones de máquinas maravillosas", dijo, "que de tal modo atraían su curiosidad, que difícilmente el más experto técnico hubiera podido describirlas mejor". Otros materiales estaban ya en libros, pero, por motivos que no conocemos, nunca se habían recogido, como es el caso de las cartas a Ignacio Altamirano por la polémica de la Sociedad Alarcón (pp. 96-97), incluidas por Camilo Carrancá y Trujillo en su *Arte en México* (1940); y la dirigida a Antenor Lescano (362), también publicada por Carrancá, en el segundo tomo de *La Clara voz de México* (1936). Las palabras de Martí en el Liceo Hidalgo (323-329) las reprodujo José de J. Núñez y Domínguez en *Martí en México* (1933), así como el "Protesto" del 30 de octubre de 1875 (97), que dio el mismo autor en las primeras páginas de su libro. El tan divulgado artículo de Martí, "La verdad sobre los Estados Unidos" (290-294) tampoco estaba en esta colección, a pesar de andar en recopilaciones y antologías desde 1919, como se advirtió en una nota del libro *Escritos desconocidos de José Martí* (1971). Sin embargo, la carta a Adrián Segura (98-99) se encontraba ya en estas *Obras completas*, en el tomo 20, página 235. La mayor parte del nuevo "Epistolario", y algunos artículos, se dieron a conocer en el interrumpido *Anuario Martiano* (1969-1972). De las pocas páginas que ahora se reproducen por vez primera, lo más importante son las cartas a Máximo Gómez, de febrero de 1894 (424-434) y la dirigida a Fermín Valdés Domínguez

(441-444), incluida en anteriores epistolarios ocultando partes de la misma, suponemos que por los juicios sobre el general Roloff y Manuelito Mantilla, y las quejas de Martí por la baja recaudación en las tabaquerías. Algo de lo que se incluye en este tomo no es propiamente "material" martiano, como las notas escritas por José Triay (84-85) y la crónica de un acto en Cayo Hueso, donde habló Martí, aparecida en inglés en *The Equator Democrat* (340-349), en la que hay menos de cinco líneas de cita directa, y todo lo demás es una relación del cronista anónimo.

Menos aceptable nos parece haber incluido, y darlos como de Martí, una serie de brevísimos escritos sin firma publicados en *La Revista Universal*, que pueden ser de cualquiera de los redactores de aquel periódico mexicano. La "Nota preliminar" que inicia este tomo 28 advierte: "En todos los casos de trabajos no firmados se ha realizado un cuidadoso análisis de los textos, incluyendo aquellos que por su estilo característico y las ideas expresadas se identifican con la producción martiana"; pero ¿qué análisis puede realizarse ni qué ideas pueden identificar estas líneas en las que no hay propiamente estilo ni conceptos, ni espacio en que se desarrollen? Léase, como ejemplo, esta noticia sobre "La señora Agüero de Osorio" (74), donde sólo se dice: "Ha llegado a esta capital esta eminente artista que ha sido largos años el encanto de la sociedad habanera. La saludamos cordialmente, y deseamos que le sea agradable y provechosa su permanencia en nuestro país." Cabe preguntarse si los que recogieron este material creyeron que todo lo que habla de Cuba en *La Revista*, en los meses de 1875 y 1876, cuando en ella trabajaba Martí, tiene que ser necesariamente de él. Se sabe que allí colaboraba su compatriota Antenor Lescano, y dice Alfonso Herrera Franyutti en su libro *Martí en México* (1969) que también Alfredo Torroella; y Nicolás Domínguez Cowan, como prueba la carta de Martí fechada el 18 de marzo de 1876. Además, había buen número de cubanos en la redacción de otros periódicos de la capital mexicana, y es de suponer que se pasaran noticias, como sucede en ese ambiente entre compañeros y amigos: Nicolás Azcárate trabajó con Antenor Lescano en *El Eco de Ambos Mundos*; Andrés Clemente Vázquez en el *Diario Oficial*, del que fue director Pedro Santacilia, el cubano más influyente en el país, antiguo secretario de Benito Juárez, y su yerno; el propio Vázquez era con José Quintín Suzarte redactor de *El Siglo XIX*; y en *El Federalista*, a donde irá Martí cuando se cierre *La Revista Universal* por la revolución de Tuxtepec, estaba, con Alfredo Torroella, el habanero Ildelfonso Estrada Zenea, pariente del autor del romance "Fidelia". Por otra parte, para redactar esas notas no era necesario ser cubano: siempre acusan simpatía por la causa de la independencia porque era lo propio en aquel ambiente reformista y liberal de los que apoyaban el gobierno de Lerdo de Tejada. Y aun podrían ser de personas del todo ajenas al periodismo ya que un aviso fijo de la primera página de *La Revista*, bajo el título de "Condiciones", decía: "Los comunicados de interés general

se insertarán gratis, siendo cortos, los de interés particular por precios convencionales."

Algunos escritos de los que forman este volumen no creemos que sean de Martí. Entre los incluidos bajo el epígrafe "Artículos periodísticos en España y México", hay uno que lleva el título "México y Norteamérica" (24-29), fechado el 14 de abril de 1875, que trata de un serio conflicto en la frontera con los Estados Unidos, cuyo estilo en nada se asemeja al suyo. Léase como muestra este pasaje: "Nuestro único deseo es que el público conozca todas las peripecias de este negocio, que nada ignore, como no debe ignorarlo, cuando se trata del bien supremo, de la suprema dignidad, del bien y de la dignidad nacionales." No puede darse mayor pobreza expresiva. Obsérvese cómo el reducido léxico obliga al autor a repetir ciertos vocablos: "que nada ignore como no debe ignorarlo"; "del bien supremo... del bien y de la dignidad"; "bien supremo... suprema dignidad"; "suprema dignidad... dignidad nacionales." Ni tampoco deben ser suyos los dos que siguen, los "editoriales" de los días 15 y 16, que tratan de la alarma por "La Guerra" (29-32) posible con los Estados Unidos, y de los presupuestos en "La Cámara" (32-34). Es más que improbable que Martí escribiera esos trabajos. Su primera colaboración en *La Revista Universal* es del 7 de marzo, y en todo ese mes sólo le publican varias composiciones poéticas, la traducción de *Mes fils*, dos o tres impresiones sobre Europa, una nota sobre literatura, otra sobre Cuba y la reseña de una fiesta masónica; todas, menos esta última, firmadas. En el próximo mes se le encarga asistir a los debates parlamentarios e informar a los lectores de aquellas reuniones: el resultado fue una serie de cortos resúmenes; también le publican en abril varios poemas y dos artículos, todo firmado. Martí no es uno de los redactores fijos de *La Revista* hasta que empieza con sus "Boletines", el 7 de mayo. ¿Cómo explicar que la dirección le confiara asuntos de tanta importancia? El primero de estos editoriales vuelve sobre el conflicto con los Estados Unidos, ya con amenaza de guerra; y el otro da la opinión del periódico sobre los presupuestos del país. Martí es un joven de apenas 22 años, extranjero, recién llegado a México, y sin ninguna experiencia en el periodismo activo. ¿Cómo le iban a encargar tan delicada misión? *La Revista* contaba con "redactores" de prestigio, alguno muy buen prosista: Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Juan de Dios Peza, Francisco Hernández y Hernández, Gustavo G. Gostkowski, Antenor Lescano, y otros, hasta casi llegar a veinte; y en aquellos momentos aparecían como "colaboradores" Ignacio M. Altamirano, José Rosas Moreno, Enrique Olavarría y Ferrari, Manuel M. Flores... No faltaban plumas acreditadas ni talentos a aquella publicación, una de las más influyentes de México, para preparar, antes de que a Martí se le reconocieran todos sus méritos, tan importantes editoriales.

Aunque estén bien escritos algunos trabajos sin firma de *La Revista Universal*, y en ellos aparezcan ciertas ideas afines a las que manejó Martí

en esa época, tampoco pueden darse como suyos si no se tienen otras pruebas. Veamos los motivos con un ejemplo. En 1875 Martí está muy atento a los problemas laborales de México: ve nacer una preocupación proletaria y sugiere soluciones para las pugnas entre el capital y el trabajo. El 10 de junio escribe: "El artesano comienza a tener conciencia de su propio valer, se rebela contra el capitalista dominante, no ya con dominio respetable de justicia y de razón, sino con el que protegido por la miseria de los obreros, en ella se apoya para hacerla todavía más miserable." Un mes más tarde vuelve sobre el tema y dice: "Es hermoso fenómeno el que se observa ahora en las clases obreras. Por su propia fuerza se levantan de la abyección descuidada al trabajo redentor e inteligente: eran antes instrumentos trabajadores: ahora son hombres que se conocen y se estiman." Y al día siguiente, el 11 de julio, en el artículo "La huelga de los sombrereros" aparece la protesta contra los que se oponen a las reivindicaciones sociales: "Lo que vemos de cierto en esta cuestión, es el oculto despecho de que surja el trabajo con derecho, de que tenga ciudadanía el obrero, de que hable al oído del amo con el lenguaje de la igualdad democrática. Se oyen alegatos del obrero con la extrañeza con que se escucharon antes los reclamos del esclavo, desde que osó decir por primera vez con Espartaco a la cabeza, 'hacedme un lugar en el derecho, que yo también pertenezco a la humanidad.'" Se ve en estas citas la secuencia de un pensamiento, y en todas la prosa va por los caminos más frecuentados por Martí. Sin embargo, el último artículo, "La huelga de los sombrereros", es de Guillermo Prieto, quien debió ejercer sobre él, como otros escritores de la Reforma, más influencia de la que hasta hoy se le ha reconocido. Así, aunque una página de *La Revista* revele buena prosa y tenga ideas "martianas", hay que proceder con toda cautela antes de darla como suya.

Excepto algunas de las "Gacetillas" que ahora se recogen, tomadas también de *La Revista Universal*, de las que hay pruebas decisivas de que pertenecen a Martí, no debieron incluirse otras en las que, por el contrario, todo parece indicar que no son de él. Léase esta fechada el 14 de marzo, a la semana de haber empezado en aquella empresa; lleva por título "Milagros" (57), y dice: "En Toluca crecen las uñas a la madera, en un crucifijo de la Santa Veracruz. Y ¡qué milagro!, sin peinarlo con pomada de oso, también ha crecido el pelo al crucifijo. Y se lo cortan, y vuelve a crecer: este crucifijo es un pólipo." Y a continuación se refiere a la Virgen del Pilar y comenta: "Es fama en la ciudad que el Sr. Arzobispo llamó a un platero para que acicalase y limpiase a la Virgen, y llegó, y palpó, y vio, que la Virgen inmortal y eterna se había humanificado [sic] en un pedazo de madera que se apollillaba; y prudente y sabiamente resignó el cargo de limpiador." Pueden revisarse en las *Obras completas* de Martí las numerosas menciones de imágenes de Jesús y de María, y no se encontrará en ellas

ningún vestigio de esa irreverencia y vulgaridad. Aunque Martí no era religioso, sabía respetar la fe, sus símbolos, y todas las creencias. Era anticlerical porque la Iglesia iba del lado de la injusticia cuando se trataba de sus intereses, y los del poderoso que la favorecía. Pero su discreción le hubiera impedido expresarse de esa manera tan poco delicada.

En una carta a Manuel Mercado, por las erratas que aparecían en sus artículos de 1889, le envía Martí estos versos al lector de la imprenta: "¿Por qué, corrector, te cebas/ En mí, si el Sumo Hacedor/ Hizo hermanos, al autor/ Y al que corrige pruebas?" Entre estas "Cacetillas" que comentamos hay algunas que contienen ironías y quejas molestas por los errores que se les iban a los cajistas (58, 61, 90). Porque se refieran a escritos suyos no se le puede adjudicar ese sarcasmo tan ajeno a la bondad de Martí con sus compañeros de trabajo. Ni tampoco debe ser de él la nota "Allá veredes" (81) donde se hace una parodia chabacana de las coplas de Jorge Manrique ("¿Qué se hizo Valmaseda/ Y aquella célebre trocha/ De Morón?/ ¿Qué se hizo, voto a bríos?/ Ya ni un castillo nos queda, / ¡Maldición!/ Todo fue *cena de negros*/. . ."), él, que dos meses más tarde, en un hermoso trabajo firmado, habla con dulzura y admiración del poeta "de las endechas quejumbrosas, el del perpetuo y bellísimo dolor."

En otra ocasión se da como de Martí una ridícula reseña sobre "Una tertulia elegante" (99-100) en casa de Ramón Uriarte, el que prologó su folleto *Guatemala*. Tomamos al azar un pasaje: "La Sra. de Muruaga llevaba un elegante traje de raso blanco con encajes de Chantilly, negros. La esposa del señor ministro de España reúne a su aristocrática distinción el privilegiado adorno de su talento, de manera que muy pronto se habrá conquistado las simpatías y el aprecio de la sociedad mexicana a cuyo seno [*sic*] acaba de ingresar." Y poco después: "La hija de la Sra. Muruaga hacía su *entrée dans le monde*, con un correcto traje de faya azul con gasa blanca y galones de oro. Estaba peinada con esa original sencillez, que es el mejor proceso de los monumentos capilares. . ." Esto publicaba *La Revista* el 2 de julio de 1876. Pocos días antes, el 29 de junio, en uno de sus boletines, Martí hace una especie de reseña, pero de un paseo en la Alameda. Compárese el estilo: "Ora pasa una elegante criatura, cuyos ojos claros y profundos convidan a pensar en cosas tenues y celestes; ora una historia dolorosa, envuelta en un gallardo cuerpo de mujer. Trae aquélla atravesados los cabellos rubios por una ancha espada de oro; hay maliciosos que dicen que no es difícil herirla en el corazón. Allá se duele un poeta porque la tierra no lo entiende, cuando fuera tal vez cuerdo oír los lamentos de la tierra porque el poeta no la ha entendido." Se ve aquí el germen de sus grandes crónicas a *La Nación*, el anuncio de sus constantes estilísticas: el sinécdoque, el juego de epítetos, los paralelismos, la alegoría original. Allá, sólo el lugar común de los cronistas sociales, la prosa pedestre, el peor gusto.

Si no se tiene una prueba decisiva, un testimonio irrefutable de la paternidad de un escrito, es necesario hacer un riguroso análisis textual en el que la repetición de giros o recursos idiomáticos nos dé indicios de su origen; después debe seguir un estudio diacrónico para confirmar, con la comparación de textos, el tono y el tratamiento de ciertos temas, y las preferencias, en ese momento del autor que sospechamos; en seguida se ha de establecer, con la más completa información biográfica, y usando todas las fuentes secundarias, la posibilidad de que el escritor en cuestión haya dado ese documento en la fecha asignada; por último, es imprescindible un cabal conocimiento de la figura para poder predecir, con cierta seguridad, cómo reaccionaría ante determinada circunstancia, cuál habría de ser su respuesta ante el asunto objeto de estudio. Por aquí, como por el estilo, es más fácil descubrir a Martí, por su manera de mirar la vida, por la altura moral que siempre acompaña sus actos. Sólo cuando *todo* indique que un escrito es de Martí, en *todos* estos niveles, y no por algún que otro indicio casual, se puede ofrecer bajo su nombre, y con mayor motivo, como este caso, cuando se va a incorporar a sus *Obras completas*.

Con una cuidadosa lectura de lo que escribió Martí en aquella época se hubiera eliminado un buen número de esos trabajos anónimos que le son tan ajenos. La tentación de descubrir "Nuevos Materiales" hubiera cedido ante las frecuentes aclaraciones que explican su labor periodística. Bastarían sus palabras a *La Colonia* para desautorizar esos que pretenden ser graciosos: cuando le quisieron atribuir similar intención a uno suyo, dijo, el 27 de mayo de 1875: "No escribí yo el suelto aludido en tono de chiste, completamente ajeno a mí." Y en su respuesta a *La Iberia*, el 9 del siguiente mes, deja como un código de su actuación en la prensa por el que habrían de descartarse el grupo mayor de esas "Gacetillas". Se destaca su discreción con la siguiente advertencia: "A pesar de que este periódico le abre enteramente sus columnas para expresar como guste sus ideas, él usa de ellas muy parcamente, y siempre que lo hace firma lo que escribe asumiendo así la responsabilidad de los juicios." Y más adelante aclara lo que hemos tratado de probar, que esas notas anónimas y tendenciosas no deben ser de él: "Quiero decir una vez más a *La Iberia* que todas las opiniones que sobre Cuba exprese yo en *La Revista*, tienen un carácter exclusivamente particular; que yo creo que todas las ideas que se hacen públicas deben ir siempre autorizadas con la firma de quien las produce, y que si *La Iberia* ve en *La Revista* insinuaciones sobre cosas cubanas, éstas no revelan que ejerza yo en *La Revista* una influencia que ella sabría rechazar... Cuanto yo digo sobre Cuba, en ella tiene con mi firma, modesta, pero particular y precisa autorización."

El 2 de julio de 1875 salió publicado en *La Revista* un romance —ése quizás, con mayor probabilidad, de Martí, pero que nunca se ha dado como

suyo— que parece no vieron los compiladores de esta colección. Por él podemos adentrarnos en el secreto de aquellos sueltos molestos e injuriosos, y saber que ni Martí ni su compañero José P. Rivera, "Píldas", tuvieron que ver con ellos. Parece, por lo que aquí leemos, que el encargado del *emplamar*, un tal Rodríguez, era un individuo de pocos escrúpulos que urgía a Martí y a Rivera a suministrarle pequeños *entrefilets* con noticias falsas o comentarios incisivos para hacer más vivo el periódico y *cubrir la plana*. Aquel día, agobiados por las peticiones, dejaron constancia de su queja, y de su ética profesional, tras la feliz imitación del anónimo "Romance de Abenámár" que reproducimos también por su valor documental: "Rodríguez, el buen Rodríguez,/ El que *La Revista* forma,/ De Píldas y de Orestes/ Eterno fantasma y sombra;/ ¿Qué quiere, que al uno abruma?/ ¿Qué busca, que al otro enoja?/ ¿Injurias? Hable al de al lado;/ ¿Mentiras? *La Voz* responda./ Si nada inventan los tristes,/ E insultos torpes no forjan,/ Y cuanto saben han dicho,/ Y en serio la prensa toman,/ Quede Rodríguez sin párrafo./ Y, antes que hacerle tramoya,/ No salgan aquí a la escena/ Más que verdades honrosas,/ Que al que las mire no enfaden,/ Ni al que las dice sonrojan./ Rodríguez, el buen Rodríguez,/ De Orestes y Píldas sombra,/ Con *plecas* llene la *tercia*/ Plana y anuncios le ponga,/ Que aquí no inventan injurias,/ Ni falsas noticias forjan,/ Ni llenan párrafos sueltos/ Con hazañas que desdoran./ Ni a quien negó sus favores/ Ha de negarse la honra/ En palabras sin templanza,/ Airadas y vergonzosas,/ Que a quien las mira, disgustan/ O a quien las dice, sonrojan."

Faltan por mencionar dos epígrafes de este volumen: los "Artículos diversos en la prensa norteamericana", y las "Notas y artículos en *Patria*." El primer grupo lo forman un trabajo de Martí sobre el 27 de noviembre de 1871, publicado en el *New York Herald*, y su traducción (151-157); y las dos crónicas sobre los pintores Fortuny y Zamacois (103-151), que dio a conocer en Nueva York, en su versión española e inglesa, la *Revista Cubana* (1968), aunque los compiladores de este tomo 28 no revelan de dónde las copiaron a la letra. Tampoco dicen la fuente del segundo grupo, las "Notas y artículos en *Patria*" (295-318), tomados del libro *Escritos desconocidos de José Martí* (1971), donde se prueba la paternidad de documentos que no se sabía fuesen suyos. Sí se consignan los nombres de las otras personas que han descubierto algunas de estas páginas, o simplemente han hecho referencia a ellas: Enrique H. Moreno Plá, Luis García Pascual, Gonzalo de Quesada y Miranda, Gonzalo de Quesada y Mechelsen, Isidro Méndez, Emilio Roig, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Gregorio González Fernández, Ivan Schulman, William Isaacson. etc.

Hay otros trabajos de Martí, ya conocidos, todavía ausentes de esta colección, lo que hace sospechar que pronto aparecerá un volumen 29, otra vez, quizás, con "Nuevos Materiales". Sería aconsejable proceder entonces con

un mínimo de rigor en la selección para evitar que se introduzcan en sus *Obras completas* escritos que no son de él, y hacen dudar de la capacidad crítica de los editores.

CARLOS RIPOLL

Dimensión Imaginaria

DOS POEMAS DE LEON FELIPE

Esta España... está en estas latitudes del aire y de la luz...

Y me lleno de una ruidosa alegría cuando oigo voces extrañas y celestes que me anuncian que he de venir a ser no un ciudadano de México... de Guatemala... de Nicaragua... de Costa Rica... de Colombia... de Venezuela... del Perú... de Bolivia... de Chile... de Argentina... del Uruguay... *sino un ciudadano de América.* Y este honor... este diploma de ciudadanía continental americana, lo he de ganar... no con la lanza de los conquistadores... sino con la espada del verbo, de la luz... y de la justicia.

Yo no espero ya a que abran las puertas ibéricas de la Península...

Allí me enterraron... Pero aquí... he nacido de nuevo... Aquí en este continente donde se ha vertido la mejor sangre de la gran España.

Mi patria está en todos los rincones de esta tierra de promisión... que ahora se me abre inmensa... desde el Río Bravo... hasta la Patagonia.

He perdido la España matriz..., la vieja España europea y africana donde nací... pero aquí... se me ha multiplicado la patria...

Y a cada paso que doy... una puerta nueva se me abre... y una cara amable, sonriente y familiar... se adelanta siempre para decir:

¡Pasa... ésa es tu mansión! *León Felipe*

¿Quién ha dicho que ésta no es la hora?

Sí, ésta es la hora.

Esta es la hora de trasbordar las consignas poéticas eternas; de trasvasar de un cuenco a otro cuenco las genuinas esencias de los pueblos;

con vinos de otras cepas y de otros lagares, con vinos del norte y del sur...

La mejor hora para brindar por el hombre con canciones de otras latitudes, trasladadas a nuestro discurso.

Y ¡qué alegría cuando sentimos que estos zumos extraños son nuestros también, que nada le viene áspero ni amargo a nuestro paladar!

(¡Qué alegría cuando yo averiguo que en

mi pentagrama cabe la canción del cuá-
quero y del chino, y que el amplio
sombbrero tejano me sienta tan bien como
el viejo chambergo de Castilla, que
es el mismo sombrero, con más órbita!)
¡Qué alegría cuando nos damos cuenta
de que los pueblos están tan cerca unos
de otros al través de sus poetas!
¡Que sólo la política separa a los hombres:
los cabildos y los concejos!
Un día, cuando el hombre sea libre, la
política será una canción.
El eje del universo descansa sobre una
canción, no sobre una ley.
Cantan las esferas.
¿No habéis oído hablar de la canción de
las esferas?

León Felipe

RECORDACION DE LEON FELIPE

Por *Mauricio DE LA SELVA*

I

EN verdad, no me fue posible detectar con exactitud los cambios físicos de León Felipe a través de los dieciséis años durante los que pude tratarle; es más, hoy mismo, cuando ya se han conmemorado internacionalmente los noventa años que hubiese cumplido y los ocho de su desaparición, continúo viéndolo igual y ni siquiera noto ese gran cambio que es su muerte. No incluyo en esas modalidades físicas sus muy visibles estados de ánimo oscilantes; no, porque era su forma de estar vivo, su modo de ser vinculado a vicisitudes pretéritas de las que nunca logró liberarse. ¡Y qué bien!, pues su poesía impregnada de un raro cristianismo, de voces bíblicas, de tonos proféticos, de imprecaciones y blasfemias, de señalamientos dramáticos y trágicos, de violencia y arrepentimiento, de ofensa y de búsqueda de perdón y paz, no habría jamás reflejado todo el infierno anterior que siempre estuvo presente en sus días. Lo dijo bastante claro a lo largo de su vida identificada con el magnífico poema que es toda su poesía: "En su esencia ¿qué es la Poesía? Y no me importa ahora mucho definirla exactamente. Me basta con conocer los caminos para llegar a ella. Me basta con saber que hay un solo camino para llegar a ella: el camino del infierno." Pero, no me propongo en lo que escribo dar referencias útiles para sus biógrafos y para sus críticos; al final, biografía y poesía están dadas en una sola expresiva proyección. Lo que deseo es hablar de él casi sin un plan previo que, a la larga, quizá venga a ser un plan; deseo, simplemente, recordar, atravesar el tiempo hacia atrás y verlo, como dije antes, el mismo, sin cambios físicos, con preguntas repetidas, con notables silencios a mitad de una charla, con monólogos subrayados mediante veloces bastonazos verticales contra el suelo, con frases propias del hombre sano víctima del desconocimiento de límite entre la ingenuidad y la indiscreción, con su eterna bondad para oír al amigo, ayudar al afligido por problemas políticos o migratorios y soportar pacientemente los sueños del artista fracasado. En fin, hacer memoria de León Felipe, de sus

palabras y de hechos o actos que se relacionan en cierta forma con un anhelo de tocarlo vivo.

La primera vez que vi a León Felipe fue en la oficina del suplemento cultural que dirige el poeta Juan Rejano, transcurría 1952; recuerdo —y ya lo he escrito— que me impresionó su rostro patriarcal, su voz recia, sus ojos expresivos y su barba cana que, no obstante los aros gruesos y negros de sus lentes, se me antojó —quizá por influirme los poemas suyos que ya conocía— que daban un halo bíblico a su rostro. Por otra parte, me agradó su sencillez, su conversación franca, su distanciamiento de las poses de gran poeta que lo sabe todo y ya viene de vuelta de todo; esto contrastaba con lo que yo sabía ampliamente: la magnitud del poeta León Felipe, su posición como intelectual republicano, su innegable calidad humana y su fabulosa personalidad apuntalada por los legendarios días en España y el mesianismo de su poesía.

Aquel encuentro fue el principio de mi acercamiento a él; lo visité varias veces en su casa con el propósito de hacerle una entrevista, pero siempre me olvidaba de ello por mi afán de escuchar incansable su voz proyectada hacia el relato de sus experiencias con la poesía y con su vida en España. Cuando se proclamó la República, León Felipe tenía casi diez años de estar fuera de España; hubiera podido pretextar tal ausencia para quedarse al margen del hecho revolucionario; no obstante, regresó a su patria y le sirvió (1935) como agregado cultural a la Embajada de España en Panamá; allí mismo, al año siguiente, supo del asalto a la legalidad española, y aunque bien pudo quedarse a esperar el resultado de aquella situación, embarcó hacia España para combatir con lo único que podía hacerlo: su poesía. Guillermo de Torre cuenta cómo León Felipe sufrió con su pueblo los bombardeos de octubre y noviembre de 1936. Antonio Machado escribió al respecto: "Quien oyó los primeros cañonazos disparados sobre Madrid por las baterías facciosas... conservará para siempre en la memoria una de las emociones más antipáticas, más angustiosas y perfectamente demoniacas que pueda el hombre experimentar en su vida." Y León Felipe, al empezar 1937, leyó su extenso poema *La insignia*, en el que trataba de señalar caminos válidos contra el divisionismo de las fuerzas republicanas; vale recordar un fragmento:

¡Hay que encender una estrella!
 ¡Una sola, sí!
 Hay que levantar una bandera.
 ¡Una sola, sí!
 Y hay que quemar las naves.

De aquí no se va más que a la muerte o a la victoria.

Todo me hace pensar que a la muerte.

No porque nadie me defienda
sino porque nadie me entiende.

.....
Y habrá que irse a otro planeta
con esta mercancía inútil aquí,
con esta mercancía ibérica y quijotesca.

¡Vamos a la muerte!

Sin embargo,

aún no hemos perdido aquí la última batalla,

la que se gana siempre pensando que ya no hay más salida que
la muerte.

¡Vamos a la muerte!

Este es nuestro lema.

¡A la muerte

Este es nuestro lema.

Que se despierte Valencia y que se ponga la mortaja.

Había regresado a España de la que prácticamente huyó para dejar atrás dolores y amarguras, frustraciones y desencantos; no se conformó como tantos con una infancia extraña, una carrera universitaria forzada, una profesión de farmacéutico que le fue indiferente; siempre, tal vez en voz baja, tuvo en su mente el pasado pesado; De Torre sugiere que el poeta busca la aventura y la muerte cuando sale de España por primera vez como una evasión lógica, como una manera de escapar del pretérito. Y es posible, León Felipe entonces viaja dejando no sólo un territorio sino también una historia personal agobiante: complejos de culpa por no ser mejor para la familia, padres muertos, persecución, detención y proceso judicial, rechazo de sus primeros poemas por Juan Ramón Jiménez, intentos de suicidio y vergüenza familiar por los tres años de condena y su época de bohemia. En la biografía escrita por Luis Rius, éste cuenta: "Fueron los años de 1918 y 1919 de bohemia miserable. Otro Madrid radicalmente distinto al de su larga época de estudiante, de los dieciséis a los veinticuatro años, sostenido desde Santander por su padre, sin tener que preocuparse nunca por la falta de dinero y no se diga tener que pensar dónde hallar algo que comer y dónde dormir. Ahora esa era su búsqueda de cada día, igual que un mendigo, pero sin parecerlo por fuera, arrogante de figura como era, vestido con aquel traje negro, el único que tenía, pero de calidad y corte de hombre de posibles. Se pasaba muchos días sin comer... Si formó parte de ese Madrid de hambre, de

descabezar un poco más el sueño en la banca de una iglesia, de madrugada, no bien abría ésta sus puertas a los fieles, después de haber pasado la noche en la banca de un parque público; si llegó a participar en la vida canallesca del Madrid de rufianes y rameras... nadie lo supo ni lo sospechó siquiera. Y sí entró en aquel mundo. Y compartió muchas noches la cama con una prostituta... (que) le daba muchas veces de comer...".

Todo eso formó parte del infierno que lo condujo a la poesía; en la cárcel se identificó con Don Quijote y también comenzó a escribir poemas sobre éste; en sus rememoraciones, León Felipe a veces aceptaba que se había salvado gracias a la poesía, que llegó a ella por una de las puertas de su infierno personal y tuvo que vivir constantemente en éste por el espejo de la poesía que se lo reflejaba. Tendía a equilibrar el bien y el mal, su bien y su mal, el pecado y la gracia que eran sus dos polos para juzgar la existencia. De esta manera, aireaba sus pensamientos sofocantes, retornaba al interés por cosas cotidianas que solían fastidiarle; contaba entonces su descubrimiento de México, de Whitman, de Berta Gamboa su mujer, de Alfonso Reyes, de Salomón de la Selva que lo sacaba de su casa para conocer amigos mexicanos, de García Lorca y Waldo Frank en Nueva York, de tantos amigos queridos que lo atendieron en sus viajes por América Latina. En especial, le agradaba recordar de esa etapa latinoamericana su paso por Argentina, la "fiesta de la poesía" en la que intervinieron él, Nicolás Guillén, Pablo Neruda y Rafael Alberti, espectáculo único que había comenzado a las seis de la tarde y concluido a las doce de la noche.

Poco más, poco menos, supe la vida de León Felipe olvidándome por lo regular de la entrevista que deseaba hacerle. De la primera vez que fui a buscarle con esta idea recuerdo su apartamento en un segundo piso de las calles de Miguel Schultz; Berta abre la puerta después de que suena el timbre; quedo en la sala mientras ella trasladada nuestro nombre al dormitorio donde el poeta reposa; son las doce del día aunque parecen las seis de la tarde por lo opaco y lluvioso; Berta regresa para luego conducirme hacia donde León Felipe; entro en su habitación y ella sale; un apretón de manos y comienza el comienzo de una entrevista rara porque se prolongaría a lo increíble; León no quiere que anote nada, pide que platiquemos y después yo reconstruya; me avala ante él su cariño para Juan Rejano y su amistad con Salomón de la Selva; pero es así: yo no logro condensar sus palabras y vuelvo, vuelvo, vuelvo, para oír más e intentar redondear los temas que habré de resumir en preguntas y respuestas de la kafkiana entrevista. Un día de tantos, León Felipe reclama que le haga preguntas concretas y yo lo condi-

ciono a que me permita utilizar papel y pluma; le leo unos versos escritos por él en 1920 y... transcribo algo de aquellas preguntas y respuestas:

De su poema "Romero solo":

poetas, nunca cantemos
la vida de un mismo pueblo
ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos
y todos los huertos nuestros.

León Felipe comenta: Entonces eso tenía un sentido estético por estar escrito en momentos de revolución literaria, de revolución poética. Luego, está bien, venidas las revoluciones sociales y humanas, que obtenga la vigencia que le corresponde. En mi concepto no hay contradicción.

De "El emperador de los lagartos", tres versos que interrogan tácitamente:

Si el verso, poetas cortesanos,
si el verso, como el hombre,
no fuese de cristal sino de barro.

León Felipe explica: En la *Antología rota* esos versos estaban así: "¿Si el verso, poetas cortesanos, / si el verso no fuese de cristal sino de barro?". O sea que las tres palabras "como el hombre" no existían y que la idea se contenía en solamente dos versos. La intención, antes como después, ha sido la misma, sólo que después ha quedado más aclarada. La poesía ha de ser de barro como el hombre bíblico; perseguirá fines de hombre o de barro, es igual. Los poetas puristas han jugado con el verso como con una cosa de artificio, como una copa que deben tallar y pulir en afán de orfebres. La poesía no es más que un cuenco de barro donde se bebe el agua, distante de la copa tallada. Esta es una manera de pensar, de decirlo, pues más que saltos de saltimbanquis, de piruetas en el alambre, la poesía es pie del hombre sobre la tierra, barro y barro, la poesía: camino amplio y seguro con finalidad vital.

De "Raposa": He visto un niño con la cabeza rota y doblada sobre un velocípedo, en una plaza solitaria, cuando todos habían huido a los refugios... El 18 de noviembre, sólo en un sótano de cadáveres, conté trescientos niños muertos.

El poeta asevera: la experiencia es indudablemente amarga; a nadie le gusta encontrarse con los hijos muertos o con la casa destrozada. Se desea por humanidad vivir en paz; claro que el hombre

nunca ha logrado ese estado pacífico; se le ve como a los pueblos abiertos de heridas, de injusticias. Lo que recogí en "Raposa" fue con sentimiento de pavor más que de paz; sin embargo debemos luchar por mantener la paz, si ésta se firma con el corazón del hombre.

II

ENTRE los libros que leemos y los que superficialmente revisamos, es indeterminable la lista de títulos que pasan ante nuestros ojos; algunos, estimulan en forma fugaz nuestras ideas u opiniones; otros, ocupan por un tiempo nuestro pensamiento; y un tercer grupo, los menos quizá, actúa dentro de nosotros centrándonos dentro de la reflexión, buscando no sólo la exigencia artística o científica sino algo más, la meditación enraizada en lo sentimental que mueve a pensar en el escritor y su obra; caben aquí, especialmente, los títulos de libros cuyas páginas sintetizan la expresión de una trayectoria vital, la línea de un pensamiento trazado a lo largo de muchos años: exégesis de una conducta literaria o artística, biografía, autobiografía, obras completas, etc. Para el último de los casos, las *Obras completas* de León Felipe ilustran con amplitud. Con los ojos puestos sobre el empastado en piel roja o escudriñando las impresiones tipográficas en papel biblia, pulsando a ratos el peso del volumen, ojeando curiosamente las fotografías del poeta (León Felipe a los doce años, a los dieciocho, a los cuarentaiocho, sesenta y seis, sesenta y siete), admirando algunas láminas (Códice florentino, Picasso, El Greco, Velázquez, Remedios Varo, Diego Rivera, Fernando Leal, Miguel Prieto, Elvira Gascón), se impone en el pensamiento la consideración de lo ideado y escrito por este excepcional poeta español durante su existencia, parte definitiva de la cual sufrió y gozó en México; experimentamos cierta actitud equilibrada entre la admiración y el cómputo; no sabemos qué priva más, si la primera o la constatación de que a través del arte escogido para manifestar la intervención intelectual en las relaciones humanas, al final de la etapa creadora todo puede caber —sueños, desvelos, proyectos, fracasos, desilusiones— en el mínimo espacio que el estante le depara al volumen.

Afortunadamente, no ese espacio aquilata el valor de la existencia creadora sino la honradez o la intensidad de lo que se ha condenado, defendido o predicado, y es el contenido de la obra elaborada el que servirá a lectores y críticos para afirmar o negar el sentido de dicha existencia. Las equivocaciones, los errores, la

desorientación, notables en el material de conjunto, sólo pesarán más si tras ellos se palpa el desprecio a la ética, y esto sería así no obstante la brillantez estética que pueda sugerirse en contrapeso.

Pero suspendamos este tipo de comentario para anotar el de las circunstancias que rodearon el aparecimiento del libro: mientras en México los amigos de León Felipe comentaban la posibilidad de que éste regresara a España, recordando sus palabras de 1939 (entre otras: "...abandoné definitivamente España") dichas en el Palacio de Bellas Artes, los distribuidores empezaron a recibir los primeros ejemplares del hermoso libro. En el colofón, se dejaba constancia de que el volumen fue terminado de imprimir el 18 de agosto de 1963, cuando Editorial Losada cumplió veinticinco años desde su fundación; así, "se unen el nombre de un gran poeta español, afincado en América y el de una empresa de cultura que suma valores intelectuales de todo el mundo hispánico". Antes de León Felipe, sólo habían sido editados en la Colección Cumbre: Pablo Neruda, Miguel Hernández y Rafael Alberti.

Ahora bien, digamos para utilidad en nuestro propósito, que consideramos a estas *Obras completas* como el volumen que contiene el ciclo representativo en cuanto esencia y creación de la poesía de León Felipe; sin omitir, por supuesto, lo valioso de *¡Oh, este viejo y roto violín!* y de *Rocinante*; y que dicho ciclo, creemos con el poeta Juan Rejano, se cierra con *El ciervo*, poemario-colofón publicado en 1958 e incluido en las *Obras*. Otras razones que explican nuestra inclinación a comentar éstas, se deducirán de la perspectiva del trabajo y, fundamentalmente, de lo que ilumina la penúltima cita y lo estrechamente relativo a ella. Hecha esta salvedad, ya podemos afirmar lo obvio: se reúne aquí todo lo escrito hasta su momento por León Felipe: poemas, teatro, cuentos, traducciones, paráfrasis, panfletos, prologuillos, discursos y "residuos", surgiendo únicamente como faltante todo aquello modificado por el autor; quienes conocen la trayectoria creadora del poeta saben que los trabajos reunidos en las *Obras* no se encuentran como originalmente fueron impresos, hay poemas reelaborados, ratificados, rectificadas; algunos fueron intervenidos en su forma, otros en su contenido; las opiniones para aceptarlos como antes o como después ya no agregan ni restan nada al estado final que les designó el autor; los textos están aquí y, aun con sus modificaciones reflejan a quien les dio vida. Sirve agregar la circunstancia de que el arribo del volumen contribuyó impensadamente a una nueva celebración de cumpleaños de León Felipe, la de sus ochenta años; al comenzar abril de 1964 deben haber entrado a México los primeros ejemplares, justo cuando el poeta cumplía tal edad. ¿Y por qué se celebraban los cumpleaños

de León Felipe? ¿Cuál era su trascendencia, su significado? Precisamente, en la parte que correspondió a Max Aub del homenaje rendido por *Cuadernos Americanos* (6 del 63), él expresó elogiando a su octogenario coterráneo: "...cuenta tanto su vida como su obra. . . No importa en los vivos sólo la calidad de lo que escriben. A Dios gracias, el mundo no es reino de los profesores de literatura. No estamos todavía muertos. Sobra tiempo para que hagan de nosotros lo que les dé la gana. El pan nuestro es el de hoy y no el de dentro de diez siglos. De vivos es nuestro juego y la política emerge por todos los resquicios de la existencia que nos ha tocado. . ." O sea, que lo trascendente, lo significativo surge de la conducta del artista que no olvidó nunca sus deberes de hombre en esta época de sacrificios y de peligro mortal para el destino del género humano, que no escudó su irresponsabilidad de individuo político, su conducta negativa ante los problemas que acosan a la humanidad, en el falso compromiso contemplativo del arte ni en su cómoda fe sobre una sabia posteridad que le hará justicia. *Las obras completas* son el testimonio poético de un hombre, o el humano de un poeta, que ha defendido una posición ligada a grandes intereses colectivos de su tiempo. Más de mil páginas definitivas constituyen aquí un documento formado con las experiencias de un poeta español que defendió, primero, allá por 1919, una creación estética:

"Ir a buscar este valor personal, este signo específico generador de nuestro verso fuera de nosotros mismos, es una gran torpeza; e ir a buscarla fuera de nuestra tradición y de nuestro pueblo, es una gran locura. En el verso de un poeta nuevo, por mucha personalidad que tenga, ha de haber siempre ritmo de su raza, lo específico de su pueblo, que es lo genérico del poeta, y por encima de esto el signo particular de él".

Y que defendió, después, allá por 1939, el dolor y la desesperación de los españoles patriotas que se vieron obligados a abandonar su tierra:

En esta tierra
el llanto no aglutina;
ni el llanto ni la sangre.
¿Y para qué sirve la sangre derramada
si no junta los labios de la casta?
Disolvente es la sangre en esta tierra
lo mismo que las lágrimas. . .
y ha clavado banderas

plurales y enemigas
 en todos los aleros...

 Tierra arenosa sin riego,
 carne estrujada sin llanto,
 polvo rebelde de rocas rencorosas
 y lavas enemigas

 esperad ahí secos y olvidados
 hasta que se desborde el mar.

León Felipe se ha confiado al presente para responder por sus actos como intelectual y como hombre; escaso es el número de poetas españoles exiliados que a través de su obra puedan certificar el cumplimiento responsable del deber frente a la catástrofe de España; León Felipe no sólo cumplió sino que sembró su oposición al régimen franquista en las voces poéticas que le escucharon dentro de su patria; lustros atrás, los poetas jóvenes españoles y, ¿por qué no?, los latinoamericanos, supieron que algo no andaba bien en el mundo cuando un poeta mayor golpeaba con su grito las fronteras de España condenando a Franco; alusiones como esta son memorables:

El sapo iscarote y ladrón
 en la silla del juez,
 repartiendo castigos y premios
 ¡en nombre de Cristo,
 con la esfigie de Cristo
 prendida en el pecho!...
 Y el hombre aquí de pie,
 firme, erguido, sereno,
 con el pulso normal.

Ese grito poderoso, que va desde la súplica hasta la violenta exigencia, es el de una voz sola, singular, que en los poetas jóvenes —como ya dijimos— tiene *después* pero que no ha tenido *antes*; en esto se parece a Miguel Hernández, voz que no tuvo grupo o generación. Juan Rejano, en el Prólogo a la primera edición de *El ciervo*, que por cierto ya no aparece en la segunda ni en la tercera, responde al intento de definir la poesía de León Felipe señalando: "... apenas tiene antecedentes en la historia de la sensibilidad española y, no obstante, su españolidad es tan evidente como acusada la personalidad del autor. Tan identificable es un poema de León Felipe por el acento personal, personalísimo, que lo sostiene, como por su

origen nacional, más aún, popular. Esta poesía, a pesar de su universalidad, sólo puede haber surgido de las entrañas del pueblo español". En otras palabras de igual indicación, aquel "español consciente de su hispanidad", Antonio Machado, afirmó saber que en España "casi todo lo grande es obra del pueblo o para el pueblo".

La de León Felipe es, en efecto, una voz sin compañía, de estilo único a pesar de los sellos inconfundibles derivados de Whitman y de la Biblia; se antoja la de uno de esos profetas cuyo torrente comunicativo invita a la contrición; a ratos, más que los temas expresados, queda sonando en el oído la fuerza de la expresión; por sólo esto, por su grito, ya sería impresionante, sin embargo lo es también por sus desesperadas e inesperadas posiciones para entender y explicarse el mundo; los múltiples tonos de su voz se conjugan armónicamente con los temas que le preocupan, pero casi siempre es imprecatorio, nadie lo evita, nadie lo obstaculiza en ese impulso, si es necesario derrumba dioses, ridiculiza valores, desconoce categorías, es el vendaval como fuerza ciega que derriba sin pulsar jerarquías, que destroza por igual jales y templos. La imprecación en León Felipe tiene génesis pero no agotamiento, sus límites apenas aceptan la blasfemia como punto de partida. Su anarquía, sus desatinos, sus contradicciones, nacen de su bondad sin orientación, de su evangelio sin época, de su voluntad sin conciencia, de su combatividad contra la injusticia sin estar politizado.

Esa manera de ser lo familiariza con una de las angustias que afligen a la humanidad: la improvisación para enfrentar al enemigo, el anhelo de derrotarlo más con la impaciencia que con la preparación; esta fue, en el poeta, la génesis de la blasfemia al estímulo de la injusticia; España traicionada por sus malos hijos y ensangrentada por los mercenarios fue el origen de un manantial blasfémico. El triunfo momentáneo estuvo contra la justicia, los dioses contra la ética, el poeta entonces contra los dioses. "Sabemos que los dioses se duermen. Que a veces es necesario despertarlos. . . y blasfemar si no responden" (1938). La injusticia ha sido origen en León Felipe de esta nueva forma de inconformidad; ¿nueva?, sí, nueva porque la inconformidad ya existía en los *Versos y oraciones de caminante* (1920):

Porque estoy pobre y solo
y sin un gran amor que me redima. . .
Nazareno. . .
llévame en tu partida,
que tengo hambre
y sed de justicia. . .

En medio de todos sus gestos, de los contrapunteados tonos que reflejaron sus desesperaciones, impotencias, súplicas, furias, destaca la necesidad suya de resolver lo torpe de la improvisación con lo inadecuado de la magia, de creer en algo superior al hombre para salvar al hombre, de invocar al mito. Hay un poema, escrito por León Felipe a sus treintaicinco años, que se nos ocurre simbólico dado el refugio mágico que podría significar la reminiscencia infantil; se trata de "Un caballo blanco"; un fragmento:

Madre

¿verdad que si ya no soy malo
me vas a comprar
un caballo blanco?

.....

grande

como el de Santiago
y con alas de pluma,
un caballo blanco
que corra y vuele
y me lleve muy lejos. . . muy alto. . . muy alto
que ya no quiero otra vez en la tierra
volver a mancharme de barro

En este sentido, el de los dos elementos, la inconformidad y la magia que explica, libera o conforma, es palpable una línea que puede seguirse a través de los poemas de los distintos libros; en los *Versos y oraciones de caminante*, de 1920, en el poema "Cristo", se interpreta:

Viniste a glorificar las lágrimas. . .
no a enjugarlas. . .
Viniste a abrir las heridas. . .
no a cerrarlas.
Viniste a encender las hogueras. . .
no a apagarlas.
Viniste a decir:
¡Qué corra el llanto,
la sangre
y el fuego. . .
como el agua!

Y en *Ganarás la luz*, 1942, el poema "¡Eh, muerte, escucha!":

¿He aprendido a decir Belleza, Luz, Amor y Dios
 para que me tapen la boca cuando muera
 con una paletada de tierra?
 No,
 He venido y estoy aquí,
 me iré y volveré mil veces en el Viento
 para crear mi gloria con mi llanto.

Y en *El ciervo*, 1958, "La palabra" es uno de los poemas en el que la inconformidad y lo mágico rematan con la blasfemia:

Pero ¿qué están hablando esos poetas ahí de la palabra?
 Siempre en discusiones de modisto:
 que si desceñida o apretada. . .
 que si la túnica o que si la casaca. . .
 La palabra es un ladrillo. ¿Me oísteis? . . . ¿Me ha oído usted,
 [Señor Arcipreste?
 Un ladrillo. El ladrillo para levantar la Torre. . . Y la Torre
 [tiene que ser alta, alta, alta.
 hasta que no pueda ser más alta.
 Hasta que llegue a la última cornisa
 de la última ventana
 del último sol
 y no pueda ser más alta.
 Hasta que ya entonces no quede más que un ladrillo solo,
 el último ladrillo. . . la última palabra,
 para tirárselo a Dios,
 con la fuerza de la blasfemia o la plegaria. . .
 y romperle la frente. . . a ver si dentro de su cráneo
 está la Luz. . . o está la Nada.

La poesía de León Felipe explica la manera de entender la vida en León Felipe, el poeta habla por el hombre, hay una trayectoria recorrida por ambos, una posición condenatoria de la injusticia; no importa que el poema a veces sea plañidero o parezca derrotista, expresa siempre la reacción de una vida preocupada por las demás vidas; el peligro, el único que se antojaba, era el de la sucesión, pero ya hemos visto que los nuevos poetas estremecidos por el aliento poético de León Felipe han tomado su propio paso, olvidaron el llanto, conservaron la indignación imprecante y orientan su conciencia creadora hacia eficaces posiciones contra la injusticia.

Sin duda, los críticos podrán reclamar al poeta aquellas modalidades que implican supresiones en antiguos poemas, como cuando

en alguno se elimina el nombre de Franco; quizás ello sea explicable por razones depuradoras, o por el atrevimiento de inescrupulosos editores; no obstante, hay modificaciones inaceptables e injustificables; un ejemplo:

Franco, tuya es la hacienda,
la casa, el caballo y la pistola.
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y
errante por el mundo. . .
Mas yo te deajo mudo. . . ¡Mudo!
Y ¿cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevó la canción?

Este fragmento así publicado en 1942, apareció en las *Obras completas*, eliminando la palabra "Franco" y sustituida por "soldado". Nuestra admiración, nuestro aprecio por el poeta nos obligan al comentario y a discrepar con sus razones en dicho caso. Ahora bien, comprendamos, no era lo mismo el hombre que decidía haciendo uso de sus plenas facultades —y esto lo conversamos con León en su momento— que el minado por la enfermedad cumplidos o cercanos los ochenta años. Precisamente, la última página de los textos de León Felipe recogida en las *Obras*, la Carta a Camilo José Cela, informa del estado físico del poeta desde 1959. Líneas de esa carta, son:

"... Ya no sirvo para nada. Estoy muy viejo. Casi tan viejo como el rey Lear y esta cabeza mía funciona ya muy mal. Lo voy perdiendo todo lentamente: las energías, la memoria y las ganas de vivir. . . Me sostengo a fuerza de drogas que al final me debilitan más y me dejan hecho un guñapo. Ya no escribo, apenas leo y no puedo opinar de nada. Diría tonterías. Es mejor no hablar cuando se es viejo; deben quedar de uno las palabras dichas cuando aún se sabe reír y esperar. Yo ya no espero nada y la risa se me va olvidando también. Casi no sé reír. Digo *casi* porque siento muy cerca la catástrofe final. *Casi* me estoy muriendo. Sería la hora de hacer mi testamento mejor que hablar de poesía".

Con tal testimonio, se explica la intervención de lo biológico en la asunción de la débil actitud, mas quienes admiramos al poeta rechazamos siempre el texto o los textos de tal índole; ¿cómo aceptar, por ejemplo, aquel fragmento de la misma Carta en el que afirma: "estoy avergonzado de haber escrito la mayoría de mis

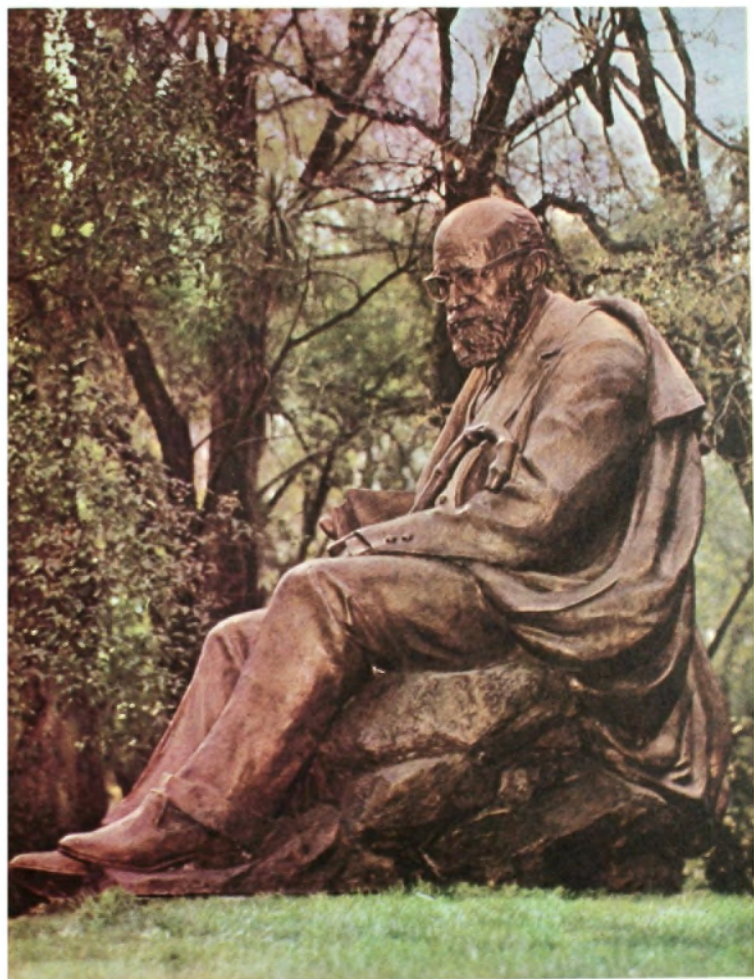
versos"? ¿Cómo? Por supuesto, en honor a la verdad, afirmaciones tales deberemos entenderlas como expresión de un estado de ánimo dado, no olvidando que esta página y tres o cuatro más parecidas son de mínimo valor dentro del grueso del volumen.

No una página, sino sus *Obras completas*; no un estado de ánimo depresivo más o menos prolongado, sino su conducta total, son el testimonio de toda su vida. Entendámoslo mejor recordando este párrafo que sostiene al pensamiento del León Felipe de su mejor época, que ratifica actitud y poesía propias en su insumisión, la cual fue, quizá, motor y característica de su lucidez:

"Puedo explicar mi vida con mis versos. Puedo sacar mi biografía de mis poemas. Así lo estoy haciendo. Siento que mi carne está demasiado presente aún en la aventura poética. Con lo cual los estetas y los puristas podrán exaltarme como español y despreciarme como poeta. . . No me importa. En mi casa duerme el hombre en la misma cama que el poeta y los dos comen con la misma cuchara. Y en este libro biográfico y poético, no sé dónde empieza el verso y dónde acaba la prosa. . . Me gusta explicar mis versos. Un gusto que no es, después de todo, nada nuevo, y con el que yo no vengo a romper ninguna ley. Los puristas dicen que en poesía nada debe explicarse, pero San Juan, que era más puro que todos los modernos poetas farisaicos, hizo un libro de cuatrocientas páginas para explicar un poema de cuarenta liras".

Al celebrarse el nonagésimo aniversario de León Felipe se descubrió el 11 de abril próximo pasado, la estatua de bronce erigida en el Bosque de Chapultepec en homenaje al gran poeta español y universal.





JUAN BENET Y LA NUEVA NOVELA ESPAÑOLA

Por *Manuel DURAN*

Ni una golondrina, ni dos, bastan para darnos la impresión de que ha llegado el verano. Cuando esta impresión persiste y se afianza es que, en efecto, el verano ha llegado. Cambio de rumbo, crisis de una estética, apertura de nuevos horizontes lingüísticos: otras tantas formas de definir una aventura literaria.

Aventura que es difícil de definir y apreciar: todo lo que está en marcha, a gran velocidad, se transforma para el espectador —en este caso el crítico literario, el lector inteligente— en una fotografía algo borrosa. Pero no cabe dudar: la nueva novela española —Benet, el último Cela, Goytisolo, Torrente-Ballester, Julián Ríos, José María Carrascal, entre otros— no solamente existe ya y se afianza cada año, sino que su presencia y su proyección, paralelas en cierto sentido, divergentes en detalles y matices, frente a la nueva novela latinoamericana, se convierten en un dato indispensable: si queremos comprender lo que sucede en el ámbito de la novela escrita en español no tenemos más remedio que trazar la curva de la novelística hispanoamericana, y compararla después con las novelas españolas de estos últimos años; más tarde, con tiempo y paciencia, quizás podremos comprender cómo, en qué forma, con qué consecuencias, todas estas novelas escritas en un solo idioma empiezan a pesar, y no poco, en el ámbito internacional de la novela moderna.

Creo que vale la pena subrayar la relativa autonomía de este cambio en la novela española. Es decir: el cambio se ha producido, en gran parte, sin que la nueva novela hispanoamericana lo haya motivado; ha surgido de fuentes internas, si bien, en estos últimos años, a partir, sobre todo, de 1967, el impacto de los autores latinoamericanos resulta cada vez más influyente.

La cronología, indispensable cuando de influencias se trata, nos indica que en 1962, año decisivo en que aparece *Tiempo de Silencio*, hallamos que la literatura española se encuentra en un momento en que el "realismo" sigue en vigencia, y los contactos entre España e Hispanoamérica, en el campo de la novela, no se han establecido

todavía en forma efectiva. Aparece, pues, *Tiempo de Silencio*, la novela —quizá— más importante, más renovadora, de los últimos quince o veinte años en la literatura española; y, sin embargo, asistimos a una pausa, a un compás de espera; es como el que ha escuchado caer un zapato en el piso de arriba, y, angustiado, aguza el oído aguardando la caída del otro zapato. La novela de Martín Santos obliga a lectores, críticos y autores, a cuestionar la validez de la estética hasta entonces normal: el "realismo crítico", la novela comprometida de denuncia y testimonio, emparentada con las novelas, más realistas y comprometidas que existencialistas y filosóficas, de Sartre, y con el cine neorrealista italiano (De Sica, Rossellini) de la postguerra. Los lectores de Martín Santos, creo, no podían dudar de la necesidad de una novelística española comprometida: en un país en que la prensa mentía a diario, la única fuente de verdad, el único testimonio posible de lo que ocurría, era la novela; la responsabilidad de los novelistas, ineludible, les imponía una sola norma estética, ética y literaria: presentar un panorama más adecuado, más veraz, más apegado a la vida cotidiana de lo que la rosada imagen oficial ofrecía a sus lectores. Muchos de los novelistas españoles de los "cincuentas" e incluso "sesentas" eran, en el fondo, periodistas frustrados, escritores —y escritoras— que, irritados por las limitaciones que la censura imponía a la prensa, encontraron en la novela, mucho menos influida por la censura, el único medio de expresar la verdad acerca de la vida cotidiana y la sociedad española de su tiempo. (Casi resulta innecesario señalar que uno de los grandes méritos de la novela de Martín Santos estriba en que renueva el lenguaje y la estructura de la novelística española sin dejar por ello de ser una obra crítica, comprometida, veraz; al contrario, su carácter revelador queda reforzado por las técnicas literarias de que hace uso). La novela de Martín Santos nos hace pensar inmediatamente en Joyce, pero también en Kafka y en los oscuros simbolismos, las constantes frustraciones, el constante substrato infernal, de la gran novela de Malcolm Lowrie, *Under the Volcano*, que con toda probabilidad Martín Santos no conoció. La subversión de los mitos "intelectuales" y "liberales" (por ejemplo, la mordaz crítica de Martín Santos a la personalidad y la obra de Ortega y Gasset) se proyectarán unos años más tarde en otra valiosa novela española, *Últimas tardes con Teresa*, de Juan Marsé; el mensaje aparece claramente: la crítica no debe conocer barreras, debe permitirnos desembarazarnos de todas nuestras ilusiones, tanto las ilusiones creadas por la cultura y la prensa oficiales como las que han nacido al débil amparo de la resistencia antigubernamental o al rescoldo del último liberalismo de la época ante-

rior. Hay que crear una tabla rasa, hay que volver a empezar desde el principio.

Pero este principio, esta tabla rasa, no es el vacío. Resultante de una larga tradición cultural, la literatura de hoy es incapaz de partir de la nada: nuestra cultura es demasiado rica para permitirlo. Curioso coincidir de tres novelistas: tanto Joyce como Martín Santos y Benet parten, para su renovación del lenguaje —y, consecuencia de esta renovación, su renovación de la novela— de lo que podríamos llamar una base científica: sobre todo, un vocabulario científico. En el caso de Joyce, lo que domina es la filología y la lingüística; en el de Martín Santos, la medicina, la psicología, la psiquiatría; en el de Benet —que profesionalmente es ingeniero de caminos, canales y puentes— la geología. (Señalemos de paso que otro gran renovador de la novela moderna, Alain Robbe-Grillet, es también, igual que Benet, ingeniero). En todos estos casos la ciencia —el vocabulario científico— les da una precisión, una exactitud, un contacto con la objetividad, que les permite oponerse con éxito a las "verdades oficiales", que para Joyce fueron la retórica y la idea del mundo de los jesuitas irlandeses, para Martín Santos y Benet la retórica y la idea del mundo de la prensa oficial y el régimen españoles. Esta oposición entre una actitud científica y las verdades oficiales, "triumfalistas", de lo que podríamos llamar el totalitarismo barroco o neo-barroco tradicional, emparenta a Joyce, Martín Santos y Benet con la cultura del siglo XVIII, en que se produce el primer choque frontal entre ciencia y tradición; los subproductos literarios de este choque, la ironía (pensemos en Voltaire) o la parodia (Pope), muy claramente incorporados a la obra de Joyce y de Martín Santos, se encuentran también, si los buscamos con cuidado, en las novelas y los relatos de Benet. Se trata de una misma "familia literaria" en que algunos rasgos típicos aparecen más acusados en unos individuos que en otros.

Martín Santos nos ofrece, con su novela, la golondrina, no el verano; el verano tardará unos cuantos años más. Mientras tanto siguen evolucionando la novela hispanoamericana y las novelas de otros idiomas, otras culturas. Y es indispensable referirnos a estas novelas y a los cambios de dirección en las líneas generales de la novela de hoy. Indispensable, pero no fácil. Escribo estas páginas en una oficina-despacho-biblioteca que pertenece a la Universidad de Yale, una de las más ilustres de Estados Unidos, y en la que desde hace algunos años imparto cursos de literatura española e hispanoamericana; conozco bien, por tanto, que el hispanismo norteamericano, quizá el más activo hoy, ha quedado extrañamente —quizá sería mejor decir enfermizamente— dividido en dos grupos

que conviven en el seno de cada departamento, de cada división administrativa: por una parte, los que se ocupan de la literatura española, "peninsular"; por otra, los que tratan de la cultura latinoamericana. Rara vez coinciden en sus gustos, en sus actitudes, en sus puntos de vista. Son "hermanos enemigos", lo cual contribuye a debilitar a ambos grupos. Evitando caer en esta anomalía, en esta esquizofrenia, es preciso subrayar que la literatura española de hoy, y la de ayer, poco sentido tiene si la separamos arbitrariamente de su literatura hermana, la hispanoamericana; y al revés. Por tanto, al hablar de la novela española de estos últimos años no es posible olvidar lo que ocurre en Hispanoamérica. Empiezo por citar a un buen observador y mejor crítico, de origen español pero desde hace bastantes años residente en Holanda, Francisco Carrasquer: "La honrada impresión general de un observador español creo que sería ésta: la novela española de postguerra ha vivido su etapa de compromiso interior al margen de las corrientes y técnicas novelísticas reinantes internacionalmente y la novela hispanoamericana ha vivido más al compás del mundo en cuanto a innovaciones literarias". (*Norte*, XI, n. 6, nov.-dic. 1970). Las novelas hispanoamericanas —señala Carrasquer— han sido, quizá, no solamente más modernas, sino en muchos casos más acléticas: no se han afiliado a escuelas concretas, cosa que ha ocurrido con algunas novelas españolas esenciales: *Nada*, de Carmen Laforet, aparecida en 1947, es neorrealista-existencialista; *La Colmena* de Cela (1951), unanimista-dospasosiana; *Las últimas horas* de Suárez Carreño (1949), documentalista-cinematográfica; *El Jarama* (1955) de Sánchez Ferlosio, objetivista-"nouveau roman"; *Tiempo de silencio* (1962), neo-joyceana. "Lo que pasa es que han invadido un tiempo el mercado y han ocupado a los críticos casi exclusivamente entre 1947 y 1967 las novelas de costumbristas como Zunzunegui, Aldecoa, Delibes, y hasta en gran parte Cela y, sobre todo, de 'realistas históricos' como Juan Goytisolo, García Hortelano y Armando López Salinas entre los más representativos de esta tendencia. . . Pero no tiene mayor importancia. La verdaderamente importante es otra impresión: la impresión de una calidad superior en los hispanoamericanos. Nadie que haya medianamente seguido ambas literaturas de narración en los últimos años podrá negar esa diferencia de bulto: puestos los grandes novelistas hispanoamericanos de hoy frente a los grandes españoles nos parecen aquéllos unos gigantes, en comparación. Y aún más que de tamaño creo que es cuestión de brillo. Sí, sí: los hispanoamericanos nos parecen más *brillantes*". (*Norte*, at. cit.)

Los motivos, según el crítico citado, son dos. El primero: "en primer lugar ese brillo lo irradia el lenguaje. El buen escritor hispa-

noamericano de hoy es más artista de la lengua y, por lo tanto, se permite más libertades creadoras. . . Estos creadores hispanoamericanos están enriqueciendo nuestra lengua en proporciones y calidades sin precedentes. Los que son verdaderos artistas renuevan nuestro instrumento lingüístico y le saben sacar los más insospechados sonos y ritmos sin salirse de las fuentes 'mágicas' —podríamos decir—, sin dejar de usar y combinar las materias primas de nuestra lengua. . . La segunda razón que explique esta mayor brillantez de la actual novela hispanoamericana sobre la española es —si se conocen los determinismos históricos— más que obvia: el timbre. Hispanoamérica está en franca curva ascendente de nuestro momento histórico, sus masas en plena efervescencia prerrevolucionaria, en plena euforia juvenil de cambios en gestación o gestación de esperanzas. Todo está tenso en Hispanoamérica, y todo tira hacia arriba y hacia adelante; está, en una palabra, concentrándose en un escorzo creador de discóbolo para su lanzamiento hacia una etapa decisiva de su ciclo histórico. En España, el reverso de la medalla: un cansancio largo, una desilusión estirada al infinito, un abatimiento inmenso". (*Ibid.*)

Creo que esta imagen, si bien certera, puede pecar de exagerada si nos olvidamos de la rápida evolución de la novela en la España de hoy, en estos últimos años. Todo cambia a ritmo acelerado: son los críticos —y, a veces, los lectores— los que se ven sobrepasados por los acontecimientos. No podemos olvidar, entre tantos otros datos esenciales, la publicación de *San Camilo*, de Cela, seguida de su *Oficio de tinieblas*; la aparición de *Señas de identidad*, de Goytisolo, y, poco después, de *Reivindicación del Conde D. Julián*, al que sigue *Juan Sin Tierra*, que conozco muy imperfectamente, y que a estas fechas, que yo sepa, no ha aparecido todavía; cabe mencionar también la novela de Torrente Ballester, *La Saga-Fuga*. . ., que señala la renovación de un veterano de la novela, así como *Groovy*, de J. M. Carrascal, que inventa un vocabulario "hippy" para tratar el mundo concreto y caótico de la vida de los jóvenes en Nueva York; las últimas novelas, densas y amargas, de Roberto Ruiz, y que, publicadas en México, son escasamente conocidas en España. Todo un mundo de novelas y novelistas que se niega a seguir por los caminos tradicionales.

Hay más: en el ámbito —limitado en público y en resonancia internacional, pero rico en contenido, verdadero tesoro para los "connaisseurs"— que es la novelística catalana de hoy, el fenómeno se ha producido también: renovación de la técnica, del lenguaje, de la imaginación. Un novelista tan tradicional, en el mejor sentido de la palabra, como Llorenç Villalonga, el inolvidable autor

de *Bearn*, novela que bien puede compararse con el *Gattopardo* de Lampedusa, aunque no se trate de señalar influencias (el influjo, en ambos casos, sería de Proust, aunque vale la pena apuntar que *Bearn*, el ciclo de novelas que tratan de la decadencia de una familia mallorquina, está más cerca que *Il Gattopardo*, creo, del espíritu de Proust), Villalonga, pues, se ha renovado en forma casi increíble. Veamos, por ejemplo, lo que dice de la última novela de Villalonga, *Andrea Victrix*, el excelente crítico y narrador, también mallorquín, Baltasar Porcel: "Villalonga veía como irremediable la desaparición de una época, de unas formas de vida, de unas ideas, pero lo veía con amor. Después se enfrenta polémicamente, enarbolando un bisturí incluso a ratos sangriento, con lo que considera el presente. Báscula del tiempo perdido a la visión apocalíptica. La cual es la base, en cada palabra y en cada episodio, de *Andrea Victrix*, novela utópica, cuya acción transcurre en 1985 y en una Mallorca transformada en absurdo reducto, delirante síntesis, de la sociedad de consumo. El narrador, liberal y escritor, vuelve a la vida después de un largo período de congelación: el mundo que encuentra ya no tiene nada que ver con el que ha dejado. La catedral mallorquina es un almacén, los rascacielos llenan la isla, que se ha convertido en el centro turístico máximo de los Estados Unidos de Europa. Los camareros son la nueva aristocracia. El soma, el único estímulo vital. Las neveras son monstruosamente grandes, llenan las habitaciones, pero no hay nada qué guardar en ellas, ya que los alimentos son sintéticos. Las flores y los pájaros son de plástico. El presidente, que reside en París, es un viejo ridículo, Monsieur-Dame: la división de sexos se considera una inmoralidad y el unisex ha sido entronizado. La 'Hola-Hola', bebida que es simple agua coloreada, reina por doquier. Los coches lo invaden todo y atropellar a los peatones es premiado con gratificaciones. . . El personaje de Andrea Victrix, brillante y bello, joven, simboliza las excelencias de lo que será el desastre: no llega a saberse si es hombre o mujer, y de diosa del placer —o dios— de estos Estados Unidos, un Estado totalitario, en definitiva, pasa a convertirse en la trágica conciencia, en la espoleta de la ruina. La Venus Victrix, que conducía a las tropas romanas a la victoria, es aquí esta patética —o patético— Andrea Victrix, ángel apocalíptico". (*Destino*, 12 enero 1974, p. 11) Todo lo cual indica un intenso afán de renovación por parte de un novelista hasta ahora conservador. Renovación de temas y situaciones, pero también de lenguaje: los personajes de esta última novela de Villalonga, por supuesto, no hablan ni piensan como los personajes de sus novelas anteriores. Y lo mismo ocurre con Cela: *Oficio de tinieblas* no se parece a ninguno de sus

libros anteriores. Y con Delibes, que se renueva a partir de su *Parábola del naufrago*. La evolución del lenguaje y la técnica de Goytisolo en *Reivindicación...* es tan evidente —y asombrosa— que merecería capítulo aparte.

Volverás a Región, la primera novela de Benet, aparece a fines de 1967, año en que ve la luz la novela de García Márquez, *Cien años de soledad*. Se trata de dos novelas muy diferentes, pero con coincidencias notables: en ambos casos hay detalles inesperados que aparecen de pronto, subvirtiendo la normalidad, pero de tal manera integrados dentro de un todo que los aceptamos como si, en efecto, no hubieran de producirnos sorpresa o asombro. Conocido es el episodio en que García Márquez narra la levitación de uno de sus personajes femeninos. Pues bien: en *Volverás a Región* encontramos la siguiente nota al pie de la página 109: "Su madre, sentada como una reina, boquiabierta por el espanto, inspiró tanto aire que se levantó de la silla como un globo y, sueltas las amarras, se deslizó majestuosa y sin decir una sola palabra a la habitación del piso alto de donde ya no salió sino para abandonar la casa". Un espíritu malicioso o desconfiado en extremo insistiría en la posibilidad de una influencia, de un plagio: nada más absurdo. (La novela de Benet fue escrita entre 1962 y 1964). Y es que esta coincidencia —y otras— se deben a que ambos escritores han asumido una actitud sumamente libre y experimental frente a los materiales novelísticos que manejan. Son artífices, creadores libres, no se someten a las leyes de la física más que cuando quieren y en la medida en que quieren: en estas dos novelas, la española y la hispanoamericana, "pasan cosas raras", y sin embargo ello no desorienta al lector, que acaba por encontrar perfectamente natural que determinados personajes, en un momento dado, se pongan a volar por los aires. (Recordemos de paso que si de influencias se trata, otro novelista español, Rafael Sánchez Ferlosio, había ya utilizado abundantemente lo que pudiéramos llamar "elementos maravillosos cotidianos" en su relato *Industria y andanzas de Alfanhuí*, publicado en 1951.)

A veces incluso casi llegamos a pensar que Benet es una reencarnación de Kafka, un Kafka menos consecuente, que juega al juego de los disparates: "No sé mucho de historia", dice uno de los personajes de Benet, "pero no puedo menos que pensar que un gran número de cosas que hoy consideramos naturales y que, a primera vista, han existido siempre, son en realidad consecuencia de la máquina de vapor: el verano, la noche de bodas, y —en gran medida— el horror". (págs. 216-217 de *Volverás a Región*) Y después: "Yo creo que por aquel tiempo... también se inventó

el verano". (*Ibid.*) (Y no olvidemos que todo esto, para colmo, lo dice un doctor en medicina.)

En *Volverás a Región* nos hallamos continuamente al borde del delirio, de lo absurdo e increíble, y ello contrasta con los alardes de erudición positivista, científica, con que el autor describe la geografía que sirve de trasfondo a sus personajes. Buen ejemplo de la subversión de elementos positivistas lo encontramos en las descripciones y alusiones a una extraña máquina que sirve para comunicarse a distancia y adivinar el porvenir, una especie de tabla de ouija motorizada, un juguete digno de Julio Verne auxiliado por Nostradamus. (Casi no vale la pena señalar que Benet no inventa lo maravilloso en literatura, como tampoco lo inventa García Márquez. Después de hablar de *Alfanhuí* pudiéramos citar los relatos de Alejo Carpentier, como *Viaje a la semilla*, que quizá ambos novelistas, el colombiano y el español, conocían; los textos de Henri Michaux; y casi toda la corriente surrealista, para abreviar. Esto sin pensar en *Las mil y una noches*, los cuentos de Grimm y Perrault, etc.)

Lo importante es pues no la presencia de elementos maravillosos sino la función que estos elementos desempeñan. Creo que en *Volverás a Región* funcionan en forma "extrañante" para que el lector no se identifique con los personajes, que, poco a poco, van haciéndose como transparentes, van convirtiéndose en símbolos. El autor interviene una y otra vez para que veamos cómo manipula a sus personajes: la novela contiene numerosas notas al pie de página. Nos describe actos imposibles: una vez más nos alejamos de los personajes. Y no son estos los únicos motivos de asombro y distanciamiento. Como ha señalado Gonzalo Sobejano, uno de los mejores y más agudos críticos de la novela española de hoy, "a tal orden de procedimientos pertenecen los siguientes: repetición de motivos lúgubres (los ladridos de los perros descritos con palabras de Stephan Andres, Faulkner y Nietzsche; las voces del enfermo en la habitación de arriba, que de tarde en tarde interrumpen el coloquio), imprecisión o escamoteo de nombres personales (un jefe republicano es llamado indistintamente Rumbal, Rombal, Rembal, Rubal, Robal, Rumbás; el ahijado del doctor, foco obsesivo de la mujer, no tiene nombre y sólo es señalado por 'él' o por la desinencia verbal de tercera persona)... extranjerismos... citas no precisadas de otros autores... notas a pie de páginas... y, en fin, como prueba mayor de esta técnica de mistificación hay que consignar una absoluta falta de 'decorum': los personajes hablan de una manera no caracterizada, no fiel a la psicología que cabe atribuirles, sino de la misma manera que el autor, o sea, en un lenguaje de largas y matizadas frases,

'literario' siempre, poético en ocasiones e incluso pedante a veces, vagamente emparentado con las ramificaciones y arabescos de Proust". (*Novela española de nuestro tiempo*, págs. 405-6). Es decir: no interesa la psicología de los personajes, sí, en cambio, la fusión de personajes y ambiente: al deshumanizar en parte a sus personajes, los acerca al paisaje; al dar mayor énfasis al paisaje, lo humaniza; y en este lento proceso tanto el paisaje como los personajes se convierten en símbolos de la España eterna, de la guerra civil, del doloroso período de la postguerra. Con razón observa Sobejano que en cuanto a "riqueza y originalidad de ideas y perspectivas mentales Benet sólo es comparable a Luis Martín-Santos" (*ibid.*, pág. 404), ya que para ambos novelistas los personajes son en gran parte un trampolín que nos proyecta a una realidad interna, simbólica, a una capa profunda en que el presente y el pasado quedan a la vez revelados y fundidos. El destino del héroe de la novela de Martín Santos se frustra; el destino de los personajes de *Volverás a Región* queda envuelto en niebla, humo, amargura, auto-destrucción y ruina de todos. La línea del relato se subordina, en Benet, a un objetivo —que entrevemos, que aparece fragmentariamente, misteriosamente— más vasto. "Región", con su atormentada geografía de montañas abruptas y casi inaccesibles, equivale a España. En miniatura, lo que ocurre en la novela reproduce los acontecimientos de la guerra civil y la post-guerra. Hacia los montes salvajes de Región, al acabar la guerra, escapó un grupo de luchadores supervivientes, entre los cuales se encuentra el hijo del doctor Daniel Sebastián, que fueron sentenciados a muerte en rebeldía. Pasan los años: el doctor se ha enterrado en vida en su clínica-residencia; no se ocupa más que de cuidar a un muchacho enloquecido por la ausencia de su madre. Pero repentinamente recibe la visita de una misteriosa mujer. La mujer y el doctor evocan sus recuerdos y sus destinos a lo largo de una noche, en prolongado diálogo, en el que cada cual parece hablar consigo mismo. La mujer había sido amante del hijo de Sebastián, y aquel amor fue para ella una revelación. Vuelve ahora a Región, tratando de resucitar sus recuerdos. El doctor, por su parte, recuerda sus amores y sus esperanzas frustradas. La mujer parte; el paciente, oculto en el piso de arriba, y que había acechado la llegada de la mujer como si fuese el regreso de su madre desaparecida, siente un arrebató de delirio: ataca a Daniel Sebastián y lo mata.

Si los personajes tienen un valor simbólico, ¿cuál es éste? Yo creo que el doctor Daniel Sebastián simboliza la vieja generación, apolítica o liberal, que no supo actuar con energía durante la guerra civil, contribuyó a perderla, y ha quedado desde entonces marginada

y paralizada; la mujer misteriosa representa la juventud española, perseguida por las fuerzas autoritarias y totalitarias de derechas y de izquierdas, atormentada por los recuerdos del pasado pero recordando con nostalgia unas pocas horas de libertad durante la época revolucionaria. El viejo guardabosques que ronda por los montes simboliza a Franco y sus seguidores. El muchacho enfermo oculto en el piso alto de la casa, que ataca y mata al doctor, es, quizá, la imagen de las futuras generaciones, que habrán algún día de repudiar la pasividad y la abulia con que tantos españoles han aceptado la situación política y social de su país. No creo que estas interpretaciones sean las únicas posibles; creo, sí, que son necesarias, en la medida en que la técnica de extrañamiento, al crear una distancia entre el lector y los personajes, permite al lector tratar a estos personajes como símbolos o como encarnaciones de ideas más generales. Técnica que ya Brecht ha utilizado en su teatro y que con frecuencia se relaciona con mensajes de tipo político sin perder por ello su fuerza de expresión artística: el arte ofrece en estos casos un mensaje didáctico, pero no lo impone; cada lector —o cada espectador— debe buscarlo por cuenta propia.

Creo, por otra parte, que el mensaje más claro de la novela no es social ni político sino más bien emocional: es un mensaje relacionado con la ruina, la desolación, la destrucción: esta es, parece decirnos Benet, la realidad: angustia y ruina; todo lo demás se subordina a ella. Ni triunfalismo ni prosperidad: otras tantas máscaras que ocultan la destrucción interna de España. Para expresar esta destrucción, este caos, Benet escribe una novela caótica, fragmentada, "en ruinas".

La novela de Benet parece desdoblarse en una serie de relatos que, barajados, penetran uno en otro hasta adquirir coherencia y unidad. Por una parte, el relato de una serie de operaciones militares durante la guerra civil española, descritas minuciosamente pero no sin ambigüedad. Por otra, la descripción de vidas privadas: el doctor Daniel Sebastián, que habita, como fuera del tiempo, una residencia ruinosa, en la que cuida de un muchacho enloquecido por la ausencia de su madre; y la narración autobiográfica que la mujer misteriosa va desgranando entrecortada y confusamente a lo largo de las páginas centrales de la novela. Pero más que los personajes es el ambiente, un ambiente de angustia y de creciente ruina, el que se impone al lector: es ésta la mejor prueba de que no es la psicología de sus personajes o la interacción de los mismos lo que interesa a Benet, y que nos hallamos quizá ante una auténtica novela gótica.

Benet, hombre de vasta cultura literaria, parece sentir predilección por los anglosajones. Ha leído a Poe con todo cuidado; probablemente conoce bien la tradición de la novela gótica, que, iniciándose en pleno siglo XVIII con *The Castle of Otranto*, de Horace Walpole (1764), prosigue con *The Monk*, de Matthew Lewis (1796), y da innumerables frutos en el siglo pasado: *Frankenstein*, de Mary Shelley, los cuentos de Poe (y en especial "The Fall of the House of Usher"), el *Drácula* de Bram Stoker, hasta penetrar en nuestro siglo con *Rebecca* y otras novelas de Daphne Du Maurier.

No faltan en Benet los ingredientes esenciales de la novela gótica: misterio, crueldad, sadismo, sufrimiento de una mujer perseguida, sangre, muerte, desolación, y la constante presencia del mal. El mundo está mal hecho, el centro del mismo se resquebraja. Nos sentimos constantemente amenazados por lo desconocido. Con todo ello quisiera decir que *Volverás a Región* es y no es una novela gótica. Siempre he creído en la utilidad de leer tres o cuatro novelas a la vez, novelas que tengan bastante en común, por supuesto, ya que las novelas forman familias y establecen entre sí uniones, a semejanza de los seres humanos. A veces no entendemos la conducta de un individuo si no sabemos nada del ambiente y la familia en que se educó. No entendemos bien una novela si no la comparamos con otras de su grupo. Pues bien: en el caso de *Volverás a Región* yo leería esta novela junto con otras dos: *Tiempo de Silencio*, de Martín Santos, y *Cien años de soledad*, de García Márquez, que pertenecen a la familia hispánica, y también con una o dos novelas de esta extraña e inquietante familia anglosajona que es la familia de la novela gótica. Igual que la novela gótica, la de Benet es conscientemente un gesto de protesta ante los valores literarios establecidos por los novelistas que dominan el horizonte de su país y la sensibilidad que impera en los círculos más influyentes de críticos y lectores. Benet es plenamente consciente de que la novela realista ha dado ya lo mejor de sus frutos y de que es hora de cambiar de rumbo. (Entre paréntesis, la gran ventaja que ofrecen las novelas de Benet, y que viene a contrapesar sus indudables dificultades y oscuridades, es que Benet además de ser novelista es crítico, y muy buen crítico, lo cual siempre nos permite ir a buscar en sus páginas críticas la justificación o la explicación de lo que no acabamos de entender en sus novelas.) También la novela gótica nace de un sentimiento de insatisfacción: en este caso se trata de una protesta, consciente o no, ante el estrecho racionalismo del siglo XVIII, ante lo que podríamos llamar el racionalismo panglossiano, color de rosa, ciego para el misterio y para la poesía de lo irracional. Detrás de los gestos teatrales y melodramáticos, de los resplandores

sinistros y los efectos de guardarrope de la novela gótica, hay un mensaje implícito que hemos tardado muchos años en reconocer. Este mensaje nos advierte que bajo la máscara de serenidad y sentido común los hombres esconden fuerzas monstruosas; que el espíritu científico a secas no basta; que el sueño de la razón, como diría Goya, engendra monstruos. Y que el hombre es cruel frente a los demás, y en especial frente a la mujer, la galantería y la sensualidad del siglo XVIII no expresan ni los verdaderos sentimientos del hombre ni la realidad social, mucho más cercana a la degradación y las torturas de la novela gótica que a la elegancia serena de las óperas de Mozart. (Si nos fijamos en que muchas novelas góticas fueron escritas por mujeres, y algunas de ellas, como Mary Shelley, fueron ardientes feministas, comprenderemos que en las largas descripciones de heroínas perseguidas, esclavizadas, humilladas y torturadas, se ocultaba no un mero recurso para producir escalofríos, sino también un mensaje crítico, que los lectores masculinos creímos prudente no entender.)

Naturalmente las divergencias entre Benet y la novela gótica son tan instructivas como las convergencias. En Benet hay una clara voluntad de crear un relato simbólico y mítico. Como el Macondo de *Cien años de soledad*, Región y sus habitantes equivalen a toda España. Benet escribe, por ejemplo (p. 75): "Todo el curso de la guerra civil en la comarca de Región empieza a verse claro cuando se comprende que, en más de un aspecto, es un paradigma a escala menor y a un ritmo más lento, de los sucesos peninsulares; su desarrollo se asemeja al despliegue de imágenes saltarinas de esa película que al ser proyectada a una velocidad más lenta que la idónea pierde intensidad, colorido y contrastes". A diferencia de los personajes de la novela gótica, los personajes de Benet aparecen intencionalmente desfigurados y borrosos, tienden a fundirse y transformarse unos en otros: así, por ejemplo, la heroína relata: (págs. 276-278): "[Adela], segura estoy de ello, era un ser ganado por la revolución proletaria e incorporado al Comité de Defensa para celar mis pasos, lo mismo que en el internado. Unas semanas más tarde, bajo el peso de la derrota, se convertirá en Muerte a fin de saldar con los beneficios de un burdel la deuda que ha contraído con la sociedad de los vencedores. Un poco más tarde se transforma en mi madre política —una señora autoritaria y lacónica— para reconciliarse definitivamente con aquella gente de orden de que en el fondo de su alma nunca renegó. Si todas esas personas no son una sola y única me parece un despilfarro de la naturaleza y de la sociedad emplear tanta gente para cumplir una sola función: velar por mi conducta y tratar por todos los medios de tenerme

sujeta al orden que encarnan". Se diría que Benet quiere impedir a toda costa la identificación entre el lector y los personajes de su novela. Y que ello nos permite penetrar en un bosque de símbolos, una selva encantada en la que se escuchan voces misteriosas, maldiciones, gritos, gemidos.

Así, pues, en definitiva, la novela española ha empezado su renovación, su marcha ascendente, libre, experimental, mientras la novela hispanoamericana hacía lo mismo. Después de *Rayuela* y de *Cien años de soledad* la novela hispanoamericana no podía ser la misma de antes, la misma novela de Rómulo Gallegos o de Azuela; la transformación ha sido radical e irrevocable. Y la novela española, después de *Tiempo de silencio* y de *Volverás a Región*, está siguiendo resueltamente el mismo camino, el camino del experimentalismo, la libertad creadora, los grandes relatos en que se mezclan símbolos, fantasía, y observaciones críticas: La nueva novela española ha nacido ya y está en pleno desarrollo.

EL IMPRESIONISMO EN LA PROSA DE RAMON LOPEZ VELARDE

Por Bernardo SUÁREZ

EN reiteradas ocasiones se ha aventurado la afirmación de que "no hay arte sin impresionismo" y de que en el verdadero arte de todos los tiempos se ha encontrado siempre esta característica.¹ El movimiento impresionista trata de suprimir el elemento intelectual y reflexivo en literatura, haciendo que el escritor se identifique con las cualidades del objeto observado. En términos generales, se ha dicho que,

impresionismo es la reproducción de la impresión de las cosas. No es cuestión de cómo sean ellas objetivamente, sino de cómo se aparecen, aquí y ahora, al ojo del observador... El impresionista despoja a las cosas de las correcciones lógicas que el hombre normal introduce habitualmente en ellas.²

El impresionismo, sin embargo, no posibilita una definición acabada puesto que está integrado por una conjunción de características. Una misma creación artística no puede ser catalogada o rotulada como que pertenece rigurosamente a determinada forma de estilo —impresionismo, expresionismo, naturalismo, simbolismo, realismo, etc.—, con exclusión de las demás, pues con muchísima frecuencia aparecen o figuran en ella caracteres de una u otra tendencia, o de varias.

Si bien creemos que no puede llegarse a fórmulas o conclusiones

¹ En 1936 Amado Alonso y Raimundo Lida publicaron su ensayo "El concepto lingüístico del impresionismo", y en la misma publicación tradujeron los ensayos de Charles Bally, "Impresionismo y gramática", y de Elisa Richter, "Impresionismo, expresionismo y gramática"; en los que se contienen, además, las citas y referencias a las tesis universitarias alemanas sobre esta materia. Las clasificaciones, definiciones y conceptos expuestos en este trabajo se basan principalmente en los referidos ensayos. Véase Charles Bally, *et al.*, *El impresionismo en el lenguaje*, traducción y notas de A. Alonso y R. Lida, Colección de Estudios Estilísticos, II (Buenos Aires; Instituto de Filología, 1936).

² Richter, *El impresionismo*, pp. 54-55.

absolutas al enjuiciar la obra de arte, y menos tratándose de López Velarde, que se resiste a la clasificación, también nos atrevemos a asegurar que no podría completarse el estudio de su prosa sin antes dar una consideración especial a las técnicas impresionistas que hemos advertido en ella.

En la poesía de López Velarde se ha apreciado la presencia de un simbolismo *sui generis*, que ha sido comparado con el impresionismo pictórico. Por él se atiende más a los aspectos accidentales de las cosas, que a su objetividad sustantiva; y en ese simbolismo sugerente vale más la manera de ser, la impresión sensual que penetra y envuelve los objetos, que el ser mismo.³ Otro de sus comentaristas ha calificado de impresionista, en términos generales, la técnica velardeana usada en sus artículos de crítica literaria y pictórica: "Su maciza intuición poética le sirve de escudo saliendo casi siempre ileso de tan intrincada disciplina".⁴

Al prologar el libro de Francisco González León, *Campanas de la tarde*, López Velarde formuló esta importante declaración: "Su originalidad es la verdadera originalidad poética: la de las sensaciones" (DF, "Francisco González León", 319).⁵ Tal pronunciamiento lo acerca considerablemente a la técnica impresionista, pues este estilo intenta expresar no las cosas, sino las sensaciones de las cosas. Ese criterio lo reitera en la crónica que dedica al escritor belga Verhaeren. Después de decirnos que los pintores no están autorizados para sustentar tesis de sociología, que los políticos no deben hablar de escultura, y que el señor Unamuno no debe versificar, expresa: "Nadie debe salirse de quicio; y, tratándose del poeta, jamás quedará dispensado de su primera y última obligación: provocar sensaciones" (DF, "Verhaeren", 340).

Al rastrear su prosa nos encontramos con ejemplos en los que sus propias palabras nos revelan que López Velarde era amante de captar la emoción íntima, las impresiones y las sensaciones. En el tema de la patria, uno de sus preferidos, habla de la nueva patria posterior a la era porfirista y dice que "la hemos descubierto a través de sensaciones y reflexiones diarias" (*Min.*, "Novedad de la patria", 237).⁶ Habla del paso del tiempo y de la vejez y nos expre-

³ Arturo Rivas Sáinz, "Concepto de la zozobra", *El Hijo Pródigo*, III (núm. 10, enero de 1944), 12.

⁴ Nota de Emmanuel Carballo a su estudio "Ramón López Velarde en Guadalajara", Sobretiro de la revista *El Caetera* (núms. 9-10, 1952), 48.

⁵ Abreviatura por Ramón López Velarde, *El don de febrero y otras prosas*. Prólogo y recopilación de Elena Molina Ortega (México: Imprenta Universitaria, 1952). En lo adelante las citas de esta obra aparecerán en el texto, en esta forma abreviada, entre paréntesis.

⁶ Abreviatura por Ramón López Velarde, *El minuterio*, *Obras completas*

sa su impresión diciendo que "tal vez la cumbre de la vida nos da, como sensación principal, la de nuestra situación entre dos firmamentos: uno carbonizado y otro flameante, como casulla de abril" (*Min.*, "La última flecha", 257).

Transcribimos íntegro el fragmento que sigue porque no encontramos en su prosa ninguno otro que lo supere en cuanto a destreza gráfica para mostrarnos la predilección por la libre representación de sus emociones y sensaciones. Se ejemplifica admirablemente la lucha entre el deseo de representar la impresión pura, la percepción sensible inmediata, y la elaboración impuesta por el pensamiento intelectual, por la facultad pensante racional:

Contagiados con el mal de las lecturas excesivas y corroídos por el hábito del análisis, vamos perdiendo lo poco que nos queda de dicha sólida, de savia sentimental. . . El pensamiento, desmenuzador y agudo, viene a asaltarnos en el momento mismo en que el fleco de un astro nos cautiva con la visión de un temblor de oro, o con los párpados cerrados nos dejamos acariciar por la agonía musical de un sonido de esquila que tiembla en el aire, o miramos el matiz de una rosa. Y así, el ensueño del astro es matado por una noción ingrata de cosmografía o de química, y el ensueño del son de esquila es barrido por un recuerdo de acústica, y el ensueño de la rosa parece si nos acordamos de un texto, desolador y prosaico, de ciencias naturales. (*DF*, "El secreto", 119)

En la primera parte se nos trasladan artísticamente dos sensaciones visuales cromáticas y una auditiva sin rectificarlas, tal como primariamente fueron captadas por el autor. Así nos representa la visión del temblor de oro del fleco de un astro, el matiz de una rosa o el sonido de esquila que tiembla en el aire en una agonía musical. Pero desde el momento en que interviene en la elaboración la facultad analítico-racional, se pierde la emotividad, la sensibilidad, la belleza artística de las tres imágenes; se destruye la visión inmediata y la experiencia emocional que sacudió al creador.

De los rasgos y recursos que los tratadistas han catalogado como impresionistas, unos son más típicos, más característicos del impresionismo que otros, y algunos no son exclusivos del estilo impresionista, sino que, por el contrario, pertenecen en mayor grado a otros "ismos", aunque también son utilizados por los escritores impresionistas. La relación de los recursos que a continuación serán analizados no obedece a una jerarquía, a una gradación, ni tampoco

(México: Editorial Nueva España, S. A., 1944). En lo adelante las citas de esta obra aparecerán en el texto, en esta forma abreviada, entre paréntesis.

agota todos los recursos impresionistas. Nos hemos limitado a los que consideramos más típicos o los que tienen, a nuestro parecer, mayor fuerza y mejor caracterización en la producción en prosa de López Velarde.

En la técnica impresionista de la representación de impresiones sensoriales el autor trata de trasladarnos su primera impresión —a menudo en forma de una imagen espontánea— tal como él la capta, sin que intervenga mucho la reflexión, la razón o la inteligencia. Las imágenes descriptivas de López Velarde son notables, especialmente aquéllas que se contraen a impresiones o sensaciones visuales de luz y color, resultantes de su emotividad. A lo largo de su prosa se suceden los ejemplos.

Vivamente sugestionado por la bella palidez de la frente de una muchacha, comienza por describirnosla comparándola con "un campo de nardos limitado por las oscuras madejas de su pelo"; y cierra diciendo: "Puedes... caminar entre las sombras sin que las tinieblas más espesas consigan ocultar tu rostro; porque la frente se destaca en la lobreguez nocturna como vértice de luz" (*DF*, "Su frente", 97-98). Así capta la sensación visual de la luz y nos la representa. Para él la palidez de la frente, en una exageración de la realidad, es como un faro que despidе una luz vivísima capaz de horadar las más espesas neblanas de la noche.

Ahora quiere representar la impresión visual que le produce el contraste entre la claridad solar de un día de Jueves Santo y el negro de los vestidos de luto de las feligreses. La sensación del claroscuro aparece coloreada en la imagen final:

Porque la ciudad era espléndidamente solar y porque las señoritas de rango que poblaban sus calles vestían de tiniebla ritual, aquellos Jueves Santos sugeríanme una espaciosa moneda de plata manchada de tinta. (*Min.*, "Semana Mayor", 304-305).

Y más adelante, por el mismo sendero de su impresión primaria, usa de la metáfora para sustituir a las señoritas vestidas de negro por gotas de tinta: "Los Viernes Santos, en torno de la Cruz viuda, . . . apretábanse, compungidas, las gotas de tinta, sin que la compunción les estorbase soslayar a los novios".

Los rebaños, moviéndose contra el fondo de las montañas, hieren la imaginación del prosista, quien traslada su impresión visual en esta forma artística: Los ojos de una muchacha, desde el plano perspectivista del balcón de vieja arquitectura provinciana, "miran el cerco azul de montañas, cuya uniformidad de color alteran los rebaños con su movible nota blanca" (*DF*, "Mirando al valle", 46). Esto

parece tomado de la paleta de un pintor impresionista. Contra la aureola, aro o cerco azul de montañas que ciñe el valle, de color uniforme, destaca, a manera de pinceladas, la nota blanca de los rebaños; y al decir que es movable, traslada la impresión de los rebaños cambiando de lugar y rompiendo la uniformidad del color y del paisaje.

El prosista se entrega a las sensaciones que le produce el espectáculo de un alma femenina que, en un éxtasis, se fuga de la tierra y se suspende en el cenit, para allí vibrar, angustiarse y torturarse:

Sólo sé que estas horas de febrero en que los dioses, indulgentes o irónicos, me otorgan mirar cómo sangra un espíritu en las alturas, son horas que se irisan con un matiz sentimental, con el rosado matiz que la gota de sangre de un ideal martirio, al ir cayendo, dilúyese en la atmósfera. Y en esta atmósfera me recojo, como dentro de una vasta piedra preciosa, a gustar, con la emoción de los primeros simbolistas, el acto escénico de la doncella del cenit. (DF, "Don de febrero", 32)

Al reparar en las sensaciones visuales cromáticas que resaltan de este pasaje, pensamos en la pintura de los impresionistas, que enfocaban sus ojos de artistas no tanto hacia las cosas mismas sino hacia la forma en que la luz rompe los planos del aire y se posa con variantes juegos sobre las superficies de los objetos. Y estos pintores, al igual que los escritores impresionistas, que se han dedicado a pintar la luz y sus hazañas, no atienden a la línea precisa ni al contorno delimitado. En nuestro fragmento no tenemos el color rojo de la sangre, en forma pura, sino en una irisación, o sea, en una vislumbre en que se mezclan el rojo y el blanco para darnos los reflejos rosados de la luz. El colorido de la atmósfera tampoco es preciso, perfectamente delimitado, porque se ha recogido la sensación de la gota de sangre que al caer se desintegra, se diluye, para manchar la atmósfera irisada al estilo de los impresionistas.

López Velarde dedica alguna atención a las sensaciones táctiles. Cuando se pone a elaborar una impresión de esta naturaleza, saca buen partido de sensaciones imaginadas, como ésta del asalto de la muerte al corazón:

Llegándose [la muerte] a tu lecho apoyará sus puños glaciales y sarmentosos sobre tu corazón, hasta asfixiarte. Darás un grito, la noble entraña se agitará por última vez como bestezuela oprimida y sobre el lecho habrá un cadáver. (DF, "Hacia la luz. . .", 115)

Es muy gráfica la elaboración artística de los puños de la muerte extremadamente fríos y como vástagos largos, delgados, flexibles

y nudosos, estrujando al corazón, quien, ante la opresión fuerte y violenta y el contacto intolerable, se debate como bestia agitada y oprimida.

Se nota cierta complacencia masoquista al comunicarnos sensaciones morbosas sobre un tema que tanto le preocupa, como es el de la labor destructora de los gusanos en el cadáver putrefacto. Su impresionismo llega hasta la elaboración artística de estas sensaciones desagradables. En la crónica "Caro data vermibus" (*Min.*, 341-343) transcribe el relato de tres gusanos y, como es lógico, no podían faltar las sensaciones táctiles. El primero nos dice:

Y yo, colegas, pude subir anoche hasta los labios del señor Zambul. ¡Qué cara la del pobre hombre! Se conoce que en el horror de su agonía me tenía presente. Pero yo he sido comedido. Mi primer mordisco sobre los labios fue como el roce de un cordoncillo de seda. La boca, no obstante, se sacudió.

A pesar del aparente comedimiento y delicadeza de este gusano, participamos con la boca en la inevitable sensación de asco ante el roce inmundo. La táctica del segundo gusano es más violenta y aquí la sensación táctil es más bien de dolor:

Yo, compañeros, no he guardado miramientos con el catedrático. Trajé sobre él con afán y dureza. Mi primer mordisco a su cerebro fue como el pellizco de unas uñas desalmadas. El cerebro trepidó.

El tercer gusano es sentimental porque trabajó sobre una señorita, lo que no impide que le muerda el corazón y que éste sienta la sensación de repulsa: "Pero nuestro destino, camaradas, es incontenible. Mordí el vértice del corazón de Estefanía. El corazón se retrajo, en una defensa ínclita".

La descripción de una sensación auditiva, cuando es tomada como objeto directo de atención, como ocurre en el siguiente ejemplo, es característica de la literatura impresionista. Después que el prosista relata que venía sufriendo una mixtificación en sus sentimientos y que se había metido en el lecho —al que compara con un sarcófago— al caer las doce de la noche, traslada su impresión auditiva en estilo rápido, al expresar que "el trueno rueda y todo se vuelve nugatorio", esto es, engañoso, que burla la esperanza que se había concebido (*Min.*, "En el solar", 233). También la descripción de esta otra sensación auditiva se toma como objeto central de la atención: "La muerte entrará a la alcoba, haciendo sonar sus articulaciones descarnadas, con un ruido de goznes viejos" (*DF*, "Hacia la luz. . .", 114).

La muerte, tema de los preferidos por nuestro autor, está aquí personificada produciendo ruidos y sonidos macabros.

López Velarde describe algunas experiencias olfativas con marcada intención expresiva. En toda su obra se destaca su preocupación obsesiva por la descomposición del cuerpo humano. Esta preocupación se halla latente en el modo de oler el lecho de una agonizante: "despertarás una mañana gris, creyendo oler en tu lecho un vaho de tumba, un hálito rancio" (*DF*, "Hacia la luz...", 114). Se da atención a estos olores desagradables y se animan con intención significativa: la repulsa a la muerte. Sobre el tratamiento de este asunto expresa textualmente Arturo Rivas Sáinz que "aquí sí que el olfato se torna bodeleriano, pues ya no es fragancia de jardines ni aroma frutal, sino miasma de carne podrida, pestilencia de tumba, corrupción, hedor, putrefacción".⁷ También vemos como se configura plenamente una sinestesia olfativa-auditiva, al decirse que "el silencio se materializa para que lo gocemos por el olfato" (*Min.*, "Oración fúnebre", 323).

Mediante la objetivación impresionista de sensaciones raras, refinadas, exquisitas o morbosas, López Velarde sugiere en el lector, lo inclina hacia la reacción que desea. Cuando confiesa íntimamente que su vida es una batalla entre la gracia de Eva, con las unidades del ejército femenino, y el criterio pesimista de la esterilidad, lanza una enumeración, con fuerte sabor de sensualismo, en apoyo de la tesis femenina. Y lo hace mediante la representación impresionista de sensaciones exquisitas y refinadas, como las que siguen:

De una parte, la tesis reseca. De otra, las cabelleras vertiginosas, dignas de que nos ahorcásemos en ellas en esos momentos en que la intensidad de la vida coincide con la intensidad de la muerte: los pechos que avanzan y retroceden, retroceden y avanzan como las olas inexorables de una playa metódica; las bocas de frágil apariencia y cruel designio; las rodillas que se estrechan en una premeditación estratégica; los pies que se cruzan y que torturan, como torturaría a un marino con urgencias de desembarcar, el cabo trigüeño o rosado de un continente prohibido. (*Min.*, "Fresnos y álamos", 247-248)

Además de la representación de estas sensaciones, advertimos en lo transcrito otro recurso impresionista: la comparación de una impresión con otra. Tal ocurre con la sensación, captada y reproducida, del movimiento de avance y retroceso de los pechos femeninos, en comparación con la impresión de similar movimiento de las olas

⁷ "La grupa de Zoraida", *El Hijo Pródigo*, XII (núm. 39, junio de 1946), 164.

que bañan la playa. Sucede lo propio con la comparación entre las sensaciones de tortura que producen los pies femeninos al cruzarse y la tortura del marino ávido de desembarcar. En fin, en todo ese notable párrafo, mezcla de sensualismo y de visión poética, hallamos impresiones visuales, táctiles, auditivas y gustativas, referentes a casi todos los deleites de los sentidos.

Aunque el animismo, la personificación y la materialización no son recursos exclusivos del impresionismo, son muy comunes entre los escritores impresionistas que quieren dar una sensación vitalista de la vida. Para despertar el interés, López Velarde hace uso frecuente de la prosopopeya o personificación y del animismo o espiritualización de lo inanimado; sin que hayamos observado, en caso alguno, que descuidara la dignidad del asunto personificado.

En una visión de la patria, atribuye a ésta características y acciones, propias de los humanos. Representa la llamada de la patria en esta forma: "Bebiendo la atmósfera de su propio enigma, la nueva patria no cesa de solicitarnos con su voz ronca y pectoral" (*Min.*, "Novedad de la patria", 240). Otras veces confiere, animísticamente, a un metal precioso estados de ánimo, susto y temblor: "¡Álamos en que tiembla una plata asustadiza y fresnos en que reside un ancho vigor!" (*Min.*, "Fresnos y álamos", 247). La sensación que se logra representar en el siguiente fragmento animista es tan fuerte que llegamos a recoger la impresión que se nos trasmite y a sentir lástima por las hojas consumidas por las llamas. Casi palpamos la súplica de las hojas al retorcerse de dolor:

Fresnos y álamos: ¡ya nada imploro! Estoy sereno como en aquellas siestas de otoño en que me llevaban de la mano a contemplar cómo ardían vuestras hojas en montículos a que prendía fuego el jardinero. Recuerdo con una exactitud prolija el humo compacto y el crujido de la hojarasca que se retorció, confesora y mártir. (*Min.*, "Fresnos y álamos", 249)

En la crónica "Su entierro" (*DF*, 104), por cierto muy al caso por su tema para hacer derroche de técnicas animistas, López Velarde nos ofrece dos ejemplos dentro de un mismo párrafo: "En las ramazones desnudas, se prendían los chales de la neblina, como sudarios; . . . los toques de la esquila parroquial se desmayaban como lamentos de otras vidas. . ." En las dos imágenes de los chales de la neblina "prendiéndose" y de los toques de la campana "desmayándose" se da la interpretación vitalista impresionista, que hace, en estos casos, que fenómenos atmosféricos y efectos sonoros ejecuten actos de seres animados.

El mes de noviembre, mes de presagios, de difuntos y apariciones, mes de la representación del *Don Juan Tenorio*, es también propicio para el animismo y la espiritualización. López Velarde lo aprovecha muy bien y nos da en "Noviembre" una crónica llena toda ella de imágenes animistas, como éstas: "Las constelaciones se deslizan con sigilo y figura de ensabanados"; "Noviembre, pecera lívida en que los finados suben y bajan, aleccionándonos en la sabiduría del bogar sin tropiezo"; "Noviembre, alguacil con tos, noche en que rueda sin mulas la tartana del infierno: sombra de ciprés que abrocha la tapia con la banqueta, para aplastar al gallo de la Pasión" (*Min.*, 315-316).

La materialización de lo que es esencialmente abstracto, inmaterial, es una de las tendencias impresionistas. En el "Don de febrero" el prosista tiene la sensación de ver frente a su isla de meditación un alma femenina que se va de la tierra en fugas de éxtasis y que sufre los embates de locos vientos. Sus sensaciones están traducidas en una cenestesia, recurso impresionista que en este caso materializa lo inmaterial: el alma. He aquí el fragmento:

No sé por qué amable fatalismo me ha concedido febrero el don de distinguir, desde mi isla de rumores iniciales, sobrias fuentes y arboleda parca, el alma que, como un punto de plata náufrago en la inmensidad vespertina, es llevada y traída por vientos contrarios, y que paga así su afán mitológico de enclavarse en el Zodíaco, igualando la soberanía del León o la radiosa compostura de la Virgen. No sé cómo la niebla de mi meditación, eficaz para arropar la colina, el agua y la arboleda insulares, no lo ha sido para impedirme ver el alma femenina que, sobre el océano, se desgarrá queriendo hallar la síntesis del pensamiento y la cifra de la pasión, para sustentarlas, sobre su mano morena y pálida, como joyas gemelas. (*DF*, 31-32)

Se ve la tendencia hacia lo concreto. Después del símil en que nos compara el alma con un punto de plata náufrago en la inmensidad vespertina, la materializa como si fuera un barco que es llevado y traído por vientos contrarios. Luego la niebla de su meditación, que no es eficaz para ver el alma que se desgarrá, sí lo es para ejercitar la acción de un verbo que es sin duda material: "arropar". Se continúa el esfuerzo para exteriorizar la cenestesia al tratar de hacer material y tangible al alma cuando se habla de la sustentación en "su mano morena y pálida". En este pasaje la cenestesia se entrelaza con las tendencias personificadoras, cuando contemplamos al alma incorpórea y abstracta, en su "afán" de enclavarse en el Zodíaco, tratando de "igualarse" al León y a la Virgen; a la niebla

de su meditación "arropando" a la naturaleza; al alma femenina, en una personalización, "desgarrándose" y empeñándose a su vez en materializar el pensamiento y la pasión para "sustentarlos" sobre su mano morena. Los dos matices, pues, cenestesis impresionista y animismo, también impresionista, se entrecruzan en este pasaje. Ya el autor nos había preparado para este cuadro impresionista al personificarnos, en un párrafo anterior, a la misma alma femenina suspendida en el azul cenit después de haberse ido de la tierra en fugas de éxtasis, "vibrando" en apetitos sobrehumanos, "angustiándose" por el sumo saber y "torturándose" con una tortura cósmica.

Ha sido muy destacada la importancia de la oración nominal, uno de los rasgos fisonómicos del estilo de los impresionistas. Este giro no es exclusivo de tales escritores, pues la frase nominal puede ser igualmente naturalista, simbolista, expresionista, etc. Las frases nominales tienen un efecto más vivo que las oraciones verbales perfectamente articuladas. En estas construcciones el elemento verbal se suprime a favor del nominal.

López Velarde, en el ejemplo que sigue, pudo haber dicho que la protagonista de la zarzuela tenía los ojos negros, la tez pálida, la estatura alta y los remos ágiles, pero esto no hubiera pasado de ser una sencilla enumeración y nos habría privado de la elaboración artística. Impresionísticamente suprime el verbo tener y sitúa tres adjetivos en posición predominante, destacando la cualidad. Así mejora el efecto:

Negros los ojos, pálida la tez, la estatura alta y los remos ágiles —finas piernas y brazos de armónicos movimientos—, surge del acervo de mi memoria la protagonista de una zarzuela romántica que vi representar en la tarde de un domingo lejano. (*DF*, "Margarita", 37)

La alteración de la estructura regular, con supresión del verbo, ocurre a veces, como en los ejemplos que siguen, como parte gramaticalmente independiente de una oración completa:

Matilde, gota de tinta, celaje, éter, naranjo, buena intención; yo sé que hoy penas, desterrada y alcanzada de dinero, y sin temor a convertirte en estatua de sal, vuelves la cabeza al predio vernáculo.

Unos párrafos después vuelve a usar de la misma construcción: "Matilde, celaje, gota de tinta, naranjo, éter, buena intención y madre-selva" (*Min.*, "Semana Mayor", 304-305). También podemos catalogar esta cita, fácilmente, entre los ejemplos de otro recurso impresionista: la estructuración esquemática del lenguaje, porque el escritor construyó con toques dispersos o aislados.

También se hace uso, y con bastante frecuencia, de las descripciones por medio de las frases invertebradas de estilo fragmentario, utilizado por los impresionistas franceses. En este tipo de frases, si bien usualmente se encuentra el verbo, éste queda desvirtuado de su fuerza primaria, figurando en frases relativas o en forma de gerundios, participios pasados e infinitivos.⁸ Por ejemplo, en vez de usar el período tradicionalista para describirnos la atmósfera de misterio del mes de noviembre, en que se conmemora el día de difuntos, lo hace en la siguiente forma, procurando objetivar directa y dinámicamente sus impresiones, al evitar la sintaxis regular: "Noviembre, cuarto de hora del diablo, instante de la conversación, pájaro en pelecho, mujeres anegadas en el rosicler de la luna" (*Min.*, "Noviembre", 315).

La construcción nominal que no reelabora la oración lógicamente, gramaticalmente, y que transmite directamente los hechos, aparece claramente en el fragmento en que se describe a la actriz Bertini:

Sus ojos, un reverbero; su frente, un zócalo; su anatomía, una síntesis; pero, sobre todo, esa irregularidad rápida, ese libre albedrío del dibujo y, para decirlo exactamente, ese perfecto defecto que es la sal y el numen de la mujer. (*DF*, "El cine y sus mujeres", 290)

Se echa de menos tres elipsis del verbo "ser", que desarticulan las tres primeras oraciones, para dar un efecto más vivo, más impresionista. También tenemos al final frases invertebradas, al figurar el infinitivo "decir" como objeto de una preposición, y "es" en frase relativa.

Ha sido calificado de lenguaje impresionista el que abandona la estructura regular de la frase y del período, con su orden lógico de palabras y sus conjunciones subordinantes y coordinantes, y construye con toques dispersos: esquematismo. Este estilo también es llamado de notas o de diario y es un importante recurso del impresionismo. Los impresionistas franceses fueron los primeros en desarrollar las posibilidades estilísticas del esquematismo.

Una de las crónicas velardeanas comienza con este párrafo impresionista, construido con toques dispersos o aislados: "Ocho de diciembre. . . Día como un listón blanco y azul en la vida de Clara Nevares. . . Misa de Inmaculada. . . Templos fríos. . ." (*DF*, "Clara Nevares", 175). En esta estructuración esquemática el escritor

⁸ Ha sido estudiado todo este problema en Robert E. Lott, *The Structure and Style of Azorín's "El caballero inactual"* (Athens: University of Georgia Press, 1963), pp. 62-64.

hilvana su lenguaje desordenadamente, en aras del logro del efecto apetecido, destacándose puntos focales que hieran la sensibilidad. Contribuye al toque impresionista la alteración de la sintaxis regular, pues todas las frases son nominales por la supresión total del verbo.

Similar situación a la anterior la hallamos en el ejemplo que sigue, en el que se explotan las posibilidades estilísticas del esquematismo. Con los toques dispersos y la construcción nominal, se logra centrar la atención en lo más prominente de la poetisa, en sus admirables ojos: "Esperé un poco, en la media luz de la sala. La poetisa surgió: ojos, luto, dedos enjoyados. Pero más que lutos y joyas, ojos. Ojos magnates" (*DF*, "María Enriqueta", 280).

En otro de sus recursos, el impresionista sustantiva la cualidad, la que aparece como representación principal de una impresión. Para ello altera la ordenación lógica; la cualidad, que generalmente es lo accesorio, pasa a ser la cosa misma.

En una crónica, López Velarde estaba describiendo una bella muchacha que recorría los templos en Jueves Santo, y, después de dedicarle una serie de epítetos y frases hiperbólicas para realzar su hermosura, le parece muy corriente decir solamente que vestía de negro, por lo que, alejándose del lugar común, expresa: "Matilde visitaba los 'Monumentos'. La patricia negrura de su traje frecuentaba los templos en el día eucarístico" (*Min.*, "Semana Mayor", 304). Aquí se altera el orden usual de la frase, y lo negro, que generalmente es accesorio, se sustantiva y por su relieve pasa a ser lo principal —la patricia o descollante negrura— en la representación de esta impresión. Hallamos que esa sustantivación de la cualidad, aparte su intención de realce femenino, está muy bien traída al dársele énfasis a lo negro acorde con el ambiente de luto de la Semana Santa.

En vez de decir directamente que los cuatro cipreses erigen sus copas esbeltas, que hubiera sido lo más lógico, el cronista altera la construcción así: "Un Fresno invierte sus ramas caducas y lloran en el centro de la necrópolis, y en sus ángulos cuatro cipreses erigen la esbeltez de sus copas, como cuatro aspiraciones" (*DF*, "Necrópolis", 70). El sustantivo "copas" pasa a un segundo plano y el efecto impresionista se logra trayendo a un primer plano la cualidad "esbeltez", que es la que se erige; con lo que se quiere establecer la estatura descollante y airosa como un rasgo fisonómico de los cipreses.

Es también impresionista la visión de las cosas en perspectiva, que cambia al cambiar el punto de mira, cuando el escritor de este estilo no rectifica nada, sino que traduce la impresión de un determinado instante singular, sin reservas. La perspectiva se considera

como la representación que constituye un puente de lo humano a lo artístico, de lo natural a lo creativo. Existen tantas perspectivas cuantos planos pueden establecerse, cuantas direcciones, distancias y dimensiones caben ante la mirada o la comprensión.

Desde el balcón de una casa de vieja arquitectura colonial los ojos de una muchacha, que contempla el panorama del valle, "miran perderse a lo lejos la lona de un carruaje antiguo, con mulas enjaezadas y con ventanillas por las que se asoman los tirabuzones de una cabellera infantil, en una resurrección de la novela de antaño" (DF, "Mirando al valle", 46-47). En este ejemplo el escritor no rectifica nada. Traslada su impresión perspectivista en movimiento en un instante determinado. Lo que se pierde en la distancia no es el carruaje sino la lona del vehículo; siendo esta parte accesoría lo que cobra importancia en la sensación. La imagen perspectivista también se destaca cuando para el autor lo que se asoma a través de la ventanilla no es la cabeza de una niña sino los tirabuzones de su cabellera. Lenguaje impresionista puede significar también el lenguaje que tiene como contenido una experiencia impresionista, como, por ejemplo, la ilusoria impresión de que, en un coche en marcha, lo que se mueve es el suelo y los flancos de la ruta y no el coche mismo.

Para demostrar que el lenguaje literario de su época no se casaba con la popularidad, López Velarde cita las palabras de Juan Ramón Jiménez: "el ruido del mar en el teléfono", y se pregunta: "¿Existe algo menos popular que la facultad de emocionarse al oír el ruido del mar en el teléfono?" Justifica su tesis citando, en el excelente pasaje que sigue, este catálogo de expresiones impresionistas:

El roce de las ideas, el contacto con una vitrina de las piecillas desmontadas de un reloj, los pasos perdidos de la conciencia, el caer de un guante en un pozo metafísico, el esfuerzo de la burbuja, el filamento sanguíneo en una conjuntiva, el vagido de la hormiga que acaba de nacer, el aleteo de una imagen por los ámbitos de la fantasía, el sobresalto de las manecillas al ir a ayuntarse sobre las XII, la angustia del pabito cuando va a gastarse el último gramo de cera, la disgregación del azúcar, el júbilo de las vajillas, el rubor de las sábanas de Desdémona antes de que se vierta su sangre, el recelo de las patas del conejo y de las pezuñas del venado, la pesadumbre del azogue, la espuma veleidosa, la balanza con escrúpulos, la queja repentina de los armarios y el alulaya sincopado de la brisa, no suenan bastante para ganar un plebiscito. (DF, "El predominio del silabario", 261-262)

Las experiencias arriba representadas son impresionistas, pues son reproducidas tal como directamente impresionan al autor. Se trasladan sensaciones como simples hechos, no se valora su importancia o su interés, ni se indagan sus antecedentes o sus consecuencias.

Sinceramente creemos que no puede hallarse mejor pasaje en su prosa para cerrar este estudio sobre el impresionismo. En él se condensan la originalidad e imaginación de López Velarde en esta materia. Se hace gala de un derroche de técnicas animistas e impresionistas mediante el uso de imágenes y sensaciones tan extraordinarias y desusadas como "el vagido de la hormiga que acaba de nacer", "el sobresalto de las manecillas al ir a ayuntarse sobre las XII" y "la angustia del pabilo cuando va a gastarse el último gramo de cera". Casi todas son experiencias propias, íntimas del autor, y recogen emociones y sensaciones que, en esa originalidad de López Velarde, él procura llevar al lenguaje en la forma más pura, tratando de desentenderse de la lógica, de la razón o la inteligencia. En fin, el pasaje refleja admirablemente la personalidad íntima del autor en el campo de sus puras emociones y sensaciones y, al propio tiempo, constituye un resumen de sus técnicas impresionistas.

Podemos decir que López Velarde casi agotó la provisión de los recursos de que acostumbran valerse los escritores típicamente impresionistas. Muchos de esos rasgos obedecen, en unos casos, a su interés primordial de ser original o de crearse una personalidad individualizada, y, en otros, a su deseo, también muy característico, de objetivar sus íntimas emociones; y lo cierto es que, para esta representación de las sensaciones de su espíritu selecto, la técnica impresionista le venía como anillo al dedo.

LOS CUENTOS DE RIBEYRO

PRIMER ENCUENTRO

Por Graciela COULSON

VEINTE años de creación en el campo de la narrativa breve se suman en dos publicaciones de Ribeyro, *La palabra del mudo* y *La juventud en la otra ribera*,¹ cincuenta y dos cuentos en total que ilustran el variado espectro de la literatura hispanoamericana de los últimos años, desde la impronta mundonovista de "Los gallinazos sin plumas" y "El chaco" hasta los claros atisbos de realidades mágicas de "Doblaje" y "Ridder y el pisapapeles".

Los cuentos más tradicionales, más cercanos al mundonovismo, responden a una visión que desarrolla manifiesta y explícitamente una problemática social. La miseria sin tregua de "Los gallinazos sin plumas" y "Al pie del acantilado", la resistencia indígena en "El Chaco" y el prejuicio racial en "La piel de un indio no cuesta caro" muestran conflictos humanos de carácter colectivo originados en circunstancias históricas concretas (el código urbano, el crecimiento de las barriadas, el despojo del indio). Si bien estos cuentos superan las normas del regionalismo, comparten con obras de esa corriente una intención declarada de testimonio y denuncia y las conclusiones son también semejantes (la pobreza engendra infiernos dantescos, el indio debe rebelarse o la explotación y la injusticia se prolongarán *ad infinitum*, etc.). Es por eso que estos relatos responden, de un modo directo, a la aclaración del autor al comienzo de *La palabra del mudo* y son, en efecto, el clamor de "los margi-

¹ *La palabra del mudo. Cuentos 1952-1972*. Dos volúmenes. Milla Bares Editorial, Barcelona, 1972. Esta colección recoge los relatos de seis libros: *Los gallinazos sin plumas*, 1965; *Cuentos de circunstancias*, 1958; *Las botellas y los hombres*, 1964; *Tres historias sublevantes*, 1964; *Los cautivos*, 1972, y *El próximo mes me nivelo*, 1972. *La juventud en la otra ribera* (sic) fue publicado por Mosca Azul Editores, Lima, en 1973. El título de este cuento en la primera página es "La juventud en la otra ribera"; El término "ribera" es también el que se usa en la narración (véanse pp. 9, 18 y 57) y responde, con menos ambigüedad que "rivera" a la idea del cuento: la felicidad está en la otra orilla y es, por consiguiente, inalcanzable. Las citas se hacen por estas dos ediciones.

nados, los olvidados, los condenados a una existencia sin sintonía y sin voz"; son, en suma, la palabra más literal de protesta y aspiran a reivindicar los derechos básicos del ser humano. Con ellos, Ribeyro ha dado voz a la agonía silenciosa del lumpen y del indio. Pero, si bien la lectura social de estos relatos resulta satisfactoria y provechosa, debe también tenerse en cuenta la experiencia (comparable a la de César Vallejo) de un narrador co-paciente que hace desgarradoramente suyos los sufrimientos de otros. La convincente intensidad de esta evocación y la muy verosímil encarnadura que le prestan los personajes (Sixto, por ejemplo, en "El Chaco", y el viejo en "Al pie del acantilado") acrecientan el valor estético de la narración más allá de su interés testimonial.

También próximas al ámbito de la narrativa realista tradicional se ubican dos obras maestras de ironía, "La insignia" y "La botella de chicha", que reflejan actitudes elitistas —pequeñas vanidades y esnobismos— y exponen el vacío y la falsedad que yacen tras las apariencias: el iniciado de "La insignia" pertenece a una secta tan secreta que llega a presidirla sin saber de qué se trata; el conocedor de la buena chicha la desconoce hasta el punto de arrojarla a la calle. Lo que cuenta en ambos casos no es el ser sino el parecer.

Un caso único de relato fundado en un contexto psicológico se da en "La molicie". Al exacerbarse hasta la pesadilla la conciencia de sensaciones psicofísicas, se magnifica y elabora artísticamente una percepción sensible obsesiva, el calor, cuyas consecuencias dan lugar a una visión semi-fantástica: los personajes sucumben a "un estado de somnolencia torpe, de embrutecimiento colectivo" (I, p. 133) que los deshumaniza. El relato es el monólogo de un "yo" que se hace "nosotros" para dar dimensiones cósmicas y patológicas a la molicie, concretizando en triunfante espectro una sensación contra la cual las víctimas se declaran impotentes.

"Doblaje" y "Ridder y el pisapapeles", dos incursiones en la narrativa fantástica que terminan abriéndose a lo incierto y sugiriendo una revelación inquietante, demuestran que el concepto de la realidad del autor no se limita a lo "real objetivo" sino que se extiende también con éxito a lo "real imaginario". El primero de estos cuentos gira en torno al motivo del doble, la existencia ominosa, presentida y verificada de un doppelgänger invisible en las antípodas; el segundo, tras lo banal y cotidiano, concluye con la aparición de lo insólito, la presencia en Bélgica de un objeto perdido en Lima: el desconcierto se produce tanto por la aparente ubicuidad del pisapapeles como por los poderes extrasensoriales del personaje. En ambos cuentos se propone una alteración del orden cotidiano que confiere a la realidad un carácter mágico. Lo inexplicado, lo insó-

lito, producen una incertidumbre que no carece de implicaciones metafísicas.

Sin embargo, la mayoría de los cuentos de Ribeyro escapan tanto a la visión mundonovista como al sicologismo y a la realidad mágica para centrarse, en cambio, en torno a la temática existencial. La situación del hombre en el mundo, su enajenamiento y su soledad, la contingencia y finitud de su existir, son preocupaciones constantes del autor y es en este campo donde su voz se hace oír con más insistencia y donde la protesta, sin dejar a veces de ser social, se carga de un contenido más profundo y más universal. Son relatos en los que no se trata tanto de problemas económicos o raciales limitados a un sector de la sociedad como de un cuestionamiento genérico, trascendente, referido al ser del hombre en el mundo. Estos cuentos exacerbaban ese tono que caracteriza toda la obra de Ribeyro y que puede escucharse incluso en "Ridder y el pisapapeles" cuando el narrador lamenta "la decepción, la ferocidad que ponía la vida en destruir las imágenes más hermosas que nos hacemos de ella" (II, p. 113).

Cercanos a los personajes de Arlt y de Onetti y, como ellos, aceptando a veces una moral de esclavos, los antihéroes de Ribeyro son seres reificados, abúlicos, vencidos por el fracaso, la humillación y la desesperanza, eternamente relegados, para siempre ajenos a lo bueno y a lo bello. Su ser en el mundo implica una continua destrucción, ya la propia, ya la de otros (véase, por ejemplo, la pareja de "Mientras arde la vela". Un hondo pesimismo, por momentos nihilista, se trasluce en estas existencias que abarcan toda la gama negativa, desde las formas más anodinas hasta las más brutales y sórdidas. Empujados por ambiciones insensatas ("El banquete") o por delirios de grandezas ("Explicaciones a un cabo de servicio", "Los predicadores"), dominados por la inercia ("De color modesto"), por el miedo ("El profesor suplente") o por una resignación fatalista ("La tela de araña", "Mar afuera"), derrotados desde siempre, desde "El primer paso", los personajes descubren que cualquier intento de superación no puede sino terminar en el fracaso. El "espacio absoluto", vagamente visualizado, no se realiza casi nunca y cuando, en efecto, se accede a él, la destrucción es mayor, como se ve en *La juventud en la otra ribera*. Muchas veces no vale la pena siquiera soñarlo: "no hay que abrigar ilusión" pues "no hay proyecto o idea que la realidad no destruya" (II, pp. 172-173). Cuando el triunfo se alcanza, como en la pelea de "El próximo mes me niveló", resulta ilusorio; el equilibrio buscado por el protagonista no se consigue y el desenlace coincide con una significativa náusea existencial en un momento que puede ser también el de la

muerte. Consciente de lo absurdo de una vida en la que la violencia predomina como valor supremo, seguro de que integrarse al grupo significa ceder a falsos valores (como cede el arquitecto de "La piel de un indio no cuesta caro"), el personaje llega, en un momento de crisis, a sentir repulsión física tanto por sí mismo como por lo que lo rodea:

Llevándose la mano al hígado, abrió la boca sedienta, hundió la cabeza en la almohada y se escupió por entero, esta vez sí, definitivamente, escupió su persona, sus proezas, su pelea, la postrera, perdida (II, p. 282).

La conciencia de la marginalidad social que experimentan los personajes de Ribeyro tiene un substrato común con la alienación del "héroe problemático" contemporáneo. Aunque no se trata en este caso de intelectuales ni de artistas y aunque algunos de ellos rigen sus aspiraciones según esa misma norma cuantitativa que el héroe de Lukács rechaza, no es difícil ver que muchos realizan una verdadera búsqueda de valores cualitativos en un medio que ilustra con creces la noción de "sociedad degradada". Aislado de sus semejantes, el protagonista de Ribeyro descubre la imposibilidad de todo acercamiento. El amor, la solidaridad, son utopías, y los frágiles puentes tendidos hacia el prójimo se rompen de inmediato. El esfuerzo resulta patético, a veces risible, y sólo conduce a un nuevo desengaño. Es larga la lista de los rechazados, los que fracasaron al intentar una relación significativa que les permitiera sentirse seres humanos y no cosas. La serie podría incluir a la acróbata de "Fénix" (una historia de circo desarrollada en monólogos interiores); al pseudo-artista en "De color modesto", un "extraño en el mundo" mucho más segregado de su grupo que la criada negra; al empleado de "El jefe", que durante la fiesta ve desaparecer las jerarquías sólo para descubrir que, a la luz del día, se vuelven a imponer las distancias; al optimista burócrata que organiza una fiesta con "Espumante en el sótano" y termina viendo la oficina como un "lugar de expiación"; al rezagado caminante que, engañado por la mujer, pierde la oportunidad de "Una aventura nocturna"; a la adolescente pobre que, "Un domingo cualquiera", cree haber encontrado una amiga. Nadie puede escapar de la soledad. Todos se ven rechazados por otros seres tan solitarios, probablemente, como ellos mismos. En muy pocas ocasiones se consigue el entendimiento o la comunicación. Ocurre en "Por las azoteas", entre el niño y el enfermo pero se rompe con la muerte de éste, y también se da en "Al pie del acantilado", entre el padre y los hijos que se aferran a la

vida en un precario equilibrio entre la tierra y el mar acosados por la miseria y la muerte. En el caso de los dos viudos que establecen una nueva relación el éxito de ésta es ambiguo. El primero, el mórbido personaje de "Te querré eternamente" ejemplifica, con siniestra ironía, la fugacidad del amor; el segundo, el profesor de "Los jacarandás", demuestra, no menos morbosamente, que la vida es "un camino en espiral" que nos lleva "al rincón de los muertos" (II, p. 254) y que "el amor es tan amargo como la muerte" (p. 256).

También espera el fracaso a los que buscan el progreso material por tentadores atajos, como el indeciso cómplice de "El primer paso" y el codicioso burgués de "El banquete", que no consiguen lo que se proponían (conservar el dinero, recibir el nombramiento consular), éste porque la situación propicia se invierte inesperadamente al final de sus esfuerzos, aquél porque, sin saberlo, ha caído desde el principio en una red de la que no escapará. El hombre no gana nunca. Si la vida es un juego, el azar hace trampas. No es mejor el destino de los que tratan de escapar a las limitaciones de la vida cotidiana y descubren que la libertad "no era en el fondo sino un enorme desamparo", como la ingenua criadita que, abrumada por la soledad, se deja atrapar en "La tela de araña" del mundo urbano. Si nacer es un delito los personajes de Ribeyro lo expían en el curso de vidas opacas, con sus sueños vanos, sus ilusiones que no se cumplen, sus ineludibles fracasos. Del desencanto de estas vidas anuladas por la futilidad surge un vislumbre semejante al de *Los geniecillos dominicales*:² vivir porque sí, para nada, no es sino uno de los modos de ser para la muerte y la libertad no es un camino ni una meta sino una maraña de múltiples senderos entre los que el hombre se pierde. Son evidentes, entonces, las trampas de la libertad.

La condición humana más deplorable y envilecida se desarrolla en "Interior L", en el padre que comienza protestando honrosamente ante la seducción de su hija y que termina por ver en ella una probable fuente de ingresos, en tanto que la muchacha considera la propuesta con la pasividad de un ser a quien el sufrimiento ha insensibilizado. También acepta su destino la víctima de "Mar afuera", convencida de que toda rebelión es inútil. En un crescendo paralelo de lucidez y de inercia, el protagonista, el pescador Dionisio, que ha derrotado a un rival en el amor de "la prieta", pasa desde la duda y el recelo a la certeza y aceptación de una muerte inminente. Seguro ya de que su hora se acerca, la espera

² Julio Ramón Ribeyro, *Los geniecillos dominicales*, Editorial Bogavante, México, 1969.

"resignadamente", incapaz de evitarla, como si comprendiera que debe cancelar la cuenta que le pasa la vida por haber ganado una vez. El acceso a la felicidad, por breve que ésta sea, no es nunca gratuito, como se demuestra también en *La juventud en la otra ribera*. El maduro doctor que goza en París de experiencias nuevas, apenas entrevistas antes en sueños, alcanza durante unos días una especie de absoluto: el interludio en la ciudad ensoñada, al margen de todas las limitaciones de su mundo cotidiano, representa para él la experiencia de la libertad y está dispuesto a pagarla. En tanto, ya el hecho de asumir esa conducta libre revela no poca decisión, y, si por momentos exaspera su ingenua apatía o temeridad ante la inminencia del ataque (el lector sabe que el personaje será víctima de un asalto), en seguida resulta evidente que esta actitud, este caminar hacia la muerte es consciente. Más aún, cuando ésta parece esquivarlo, él la desafía (porque es a la Muerte a quien habla, aunque se dirija al asaltante):

Esperaba algo mejor de usted. Ya lo había notado en esa cara pálida.
Un ladronzuelo cualquiera (p. 62).

Cabe preguntarse si la causa de este impulso tanático reside en la pérdida de la voluntad vital o en un asumir la muerte como el precio que se paga por haber vivido. En todo caso, el implacable nihilismo del narrador se resuelve siempre en la misma imagen: Eros vencido por Thanatos. Lo mismo puede verse en "El ropero, los viejos y la muerte". El espejo del ropero ancestral abre una puerta a otro nivel de la realidad, el de un pasado entrevisto con intensa nostalgia, revivido en la imaginación del hombre de hoy con toda la fuerza con que llaman, desde el fondo de la memoria, los "lugares sagrados" del niño de ayer. Pero el espejo-puerta no conduce sólo al paraíso de la infancia pues lo que el personaje ve a través de él es también "el mundo de los muertos", ya que "sus antepasados estaban cautivos, allí, al fondo del espejo (II, p. 286). Este segundo "espacio irreal" es el mundo de la nada, y, cuando el espejo se rompe, el personaje lo busca ansioso, sin temor de perder "una vida que, en realidad, ya está perdida" (p. 285). Esta frase, que se propone como una reflexión genérica, es reminiscente del *on rate toujours sa vie* de Sartre, pero, en tanto que el existencialista puede llegar a salvarse por el compromiso político, esta solución ni siquiera se vislumbra en los cuentos de Ribeyro, y el desenlace de éste, el último de la colección, es un suicidio espiritual. De hecho, es una negación de la vida más completa que la de "Nada que hacer, monsieur Baruch", que narra con rigurosa objetividad

los últimos momentos de un suicida. Al final de este relato, el protagonista realiza un vano esfuerzo por sobrevivir. En este intento debe verse no sólo un propósito de revalorizar la vida (como si valiera la pena, a pesar de todo), sino también (dado el nombre del personaje) una inequívoca plasmación del principio de Spinoza: "todas las cosas quieren perseverar en su ser".

Varios de los cuentos de *La palabra del mudo* tienen un final abierto: "El primer paso", "La tela de araña", "Interior L", "Mar afuera", "Junta de acreedores", "Doblaje", "Ridder y el pisapapeles". En ellos y en otros se percibe esa "inminencia de una revelación que no se produce", que según Borges, delata quizá a la obra de arte. Lo característico de Ribeyro es que la apertura es casi siempre hacia lo conflictivo. La narración no hace más que dar contexto a un cuestionamiento o, más a menudo, iniciar un camino de soledad, de incertidumbre o desengaño que se prolongará más allá de las palabras del relato. Es por esto que los cuentos de Ribeyro valen tanto por lo que sugieren como por lo que dicen: sabia y oportunamente el narrador se calla para dejarnos imaginar el resto, creando así un rico campo de proyecciones posibles que cada lector llenará a su manera. Tal vez sea éste uno de los mayores méritos del autor.

HACIA UNA CONCEPTUALIZACION IDEOLOGICA DEL MODERNISMO HISPANICO

Por Bruno PODESTA

Definiendo el modernismo

A pesar de la inmensa bibliografía que existe sobre este período literario, no se cuenta aún con una definición que lo delimite y explique en toda su amplitud. Numerosos esfuerzos han sido hechos en esta dirección; sin embargo, siendo una época tan sumamente compleja y variada en sus matices y manifestaciones, esos intentos no han tenido éxito.

Críticos como Ricardo Gullón e Ivan A. Schulman afirman que una esquematización del modernismo es imposible, tanto por su complejidad como por el carácter variado y hasta contradictorio de las ideologías que conforman sus manifestaciones artísticas.

Aún así, debemos intentar una conceptualización, a sabiendas de que será, quizás, una aproximación incompleta, y lo intentaremos partiendo de los trabajos de críticos literarios que han dedicado gran parte de su actividad intelectual al estudio del modernismo. Se tratará así de lograr una definición tan concreta y objetiva como sea posible.

Como última advertencia, valga aclarar que el presente será un intento de definición —o más bien de conceptualización— en cuanto a lo ideológico, sin entrar en las cuestiones de lo estilístico.

El problema del tiempo

YA ha sido desechada, por inexacta y arbitraria, la hipótesis de que el modernismo nace con la publicación de *Azul* (1888) y muere con Rubén Darío (1916). Otras hipótesis extienden la duración de esta época desde cincuenta años hasta casi un siglo.

El primero en hablar de una *época* modernista y ya no sólo de un movimiento fue Rufino Blanco Fombona. Por el año 1929 Fombona advierte la existencia de una nueva sensibilidad, común a

todos los modernistas, y reconoce en ellos un estilo epocal y un espíritu análogo.

Juan Ramón Jiménez (1952) en unas "...cuartillas que redactó a petición (del) ... Decano de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, explicando lo que iba a ser su curso en ese centro, habla del 'siglo modernista' y define como tal al nuestro".¹ Federico de Onís —y luego con él Ivan A. Schulman y Manuel Pedro González— hablan de un "medio siglo modernista", comprendido entre los años 1882 y 1932. Ricardo Gullón alarga este medio siglo y lo ubica entre los años 1880 y 1940, fechas aproximadas.

De cualquier forma, el "siglo modernista" de Juan Ramón resulta un tanto exagerado, mientras que hablar de un "medio siglo" parece más adecuado y exacto. El comienzo de esta época ocurriría, pues, entre los años 1880 y 1882 y terminaría su existencia hacia 1940.

Con esta explicación, se rompe cualquier molde generacional que se le haya querido imponer al modernismo y se le coloca en su verdadera perspectiva epocal.

La burguesía: motivo y origen

EL 'espíritu modernista' no parece haberse iniciado en los países de lengua española, siendo más bien consecuencia de la tendencia revisionista de la teología alemana contra los dogmas y las ortodoxias imperantes en el siglo XIX. No obstante, en su modalidad hispánica, el modernismo surgió como un impulso de protesta con dos vertientes: contra el academismo artístico, por un lado, y contra la organización política y social, por otro; ocurriendo esto último dentro de la burguesía, clase social de la que proceden la mayoría de los modernistas, y a la que critican.

En este sentido, en cuanto autocrítica de la burguesía —que, dicho sea de paso, según el juicio de algunos críticos literarios y de algunos de los mismos escritores modernistas, fue entendida en una doble acepción: (a) como clase o grupo social, y (b) traducida como "vulgaridad, trivialidad y mal gusto"—, el modernismo no se apartó del significado y la postura de los movimientos y grupos vanguardistas: un grupo de artistas (en este caso escritores) se **margina temporalmente** de su clase social para criticarla, pero pronto es reasimilado por ella. Así, si el modernismo fue una reacción contra ciertos aspectos de la sociedad burguesa, no tardó en ser

¹ Ricardo Gullón, *Direcciones del modernismo*, Madrid, Editorial Gre-dos, 1963, p. 29.

reconocido, aceptado e integrado en ella como una benévola e inocua forma de oposición "artística".

El movimiento inicial, aunque tuvo como característica "la dididencia y el choque con los poderes constituidos",² no supo ni quiso ofrecer una alternativa política coherente; de esta manera, las gesticulaciones a lo Nietzsche, el anarquismo, el socialismo, y otros ismos sirvieron de bandera a una actitud política básicamente indiscriminada y confusa. Aunque las diferencias entre los modernistas son enormes (hay algunos que inclusive se niegan a toda actividad que parezca reflejo de una conciencia política), en general, la época modernista comienza bajo el signo de la rebeldía y reúne a escritores de sensibilidad afín, que coinciden en alzarse contra aspectos aislados del orden social y económico imperante en sus respectivos países. Pero al mismo tiempo, valga aclarar, los modernistas, o no llegan a identificar como tal el sistema que da origen a las manifestaciones contra las que ellos se rebelan: el capitalismo; o si lo identifican, nunca optan por combatirlo abiertamente.

El romanticismo

Los modernistas no sólo no rechazan la herencia romántica sino que en muchos casos la asimilan y la continúan. Como dijo Rubén Darío: "¿Quién que Es no es romántico?"; y esto sólo nos da ya una idea de cuán profundamente arraiga y sobrevive el romanticismo en el modernismo, a pesar de su rechazo a ciertas formas externas chabacanas y corrompidas que habían venido a producirse en el romanticismo de los epígonos. "El romanticismo alienta en la entraña, mientras la superficie se moderniza".³

Cuatro principales puntos de contacto unen al modernismo con el romanticismo: (a) voluntad de idealismo, (b) disconformidad con el presente y evasión del mismo, (c) concepción del hombre como ser puro contaminado por la sociedad corruptora, y (d) inserción en la tradición liberal.

(a) Una actitud primordialmente idealista sirve de eje a los modernistas; idealismo romántico que, algunas veces, como en el caso de José Martí, se mezcla con el compromiso concreto del revolucionario.

(b) La actitud de los modernistas ante el presente es primero de rechazo y rebeldía y luego de evasión. Lo que en un principio es

² Ricardo Gullón, *La invención del 98 y otros ensayos*, Madrid, Editorial Gredos, 1969, p. 12.

³ Ricardo Gullón, *Direcciones del modernismo*, pp. 14-15.

una fuerte protesta contra el medio social en el que se desenvuelven, se transforma luego en una evasión idealizadora con dos vertientes principales: indigenismo y exotismo. Ambos ismos demuestran la vocación distanciadora de los modernistas, tanto en términos de lejanía cultural (indigenismo), como en términos de lejanía especial (exotismo). El indigenismo los lleva a idealizar un pasado relativamente desconocido y artificialmente glorificado; el exotismo los lleva a buscar la belleza en lo diferente, por ejemplo en las chinoserías y japoneserías —tendencias ambas que llegan a los modernistas hispánicos por intermedio del francés Théophile Gautier.

Al nivel personal, el suicidio y el destierro se vuelven formas categóricas de repudio y de evasión: María Eugenia Vas Ferreira, José Asunción Silva, Leopoldo Lugones y Alfonsina Storni se suicidan; numerosos son los voluntariamente desterrados; y también hay quienes, como Rubén Darío y Herrera Reissig, buscan en las drogas una especie de suicidio lento que, en el caso del segundo, va acompañado, como en el de Julián del Casal, de exilio interior.

(c) El héroe modernista, al igual que el romántico, es un redentor en peligro de ser corrompido por la sociedad y sus males: al mismo tiempo, es una esperanza. No obstante, entre ellos hay diferencias. El héroe romántico es, como don Juan, alguien que acumula 'conquistas' mientras busca a la mujer ideal ante la cual rendirse totalmente. Para los modernistas el héroe es el Poeta, reflejo de Dios, que como este último puede Crear, palabra ésta que para ellos tiene una connotación sagrada.

(d) Aunque el romanticismo, al igual que el modernismo, presenta muchas facetas, el eje del movimiento romántico se identificó con la tradición liberal, y esta tradición fue continuada por los modernistas. Ricardo Gullón ofrece una definición del liberalismo con respecto a la época en cuestión:

Liberalismo es tolerancia, respeto, convivencia. Es el 'ismo' de la libertad proyectada sobre todas las manifestaciones de la vida humana, y armoniza perfectamente con el de una modernidad cuyo acento recaía sobre el derecho a discrepar de las convenciones predominantes y a buscar nuevas respuestas a los problemas planteados —especialmente en el ámbito de la creación artística—.⁴

Al mismo tiempo, el citado autor alcanza a ver cierta contradicción entre romanticismo y liberalismo:

La tradición liberal impulsa —hasta cierto grado— a la transigencia

⁴ Ricardo Gullón, *Direcciones del modernismo*, p. 58.

y la evolución; la exaltación romántica fomenta la discordia y la revolución.⁵

El idealismo sin términos concretos que caracterizó a la gran mayoría de los modernistas hizo posible que abrazaran el 'deber-ser' del liberalismo: "tolerancia, respeto, convivencia". Sin embargo, el liberalismo en cuanto filosofía es el que prohija el capitalismo como hecho histórico, como sistema económico. Una contradicción implícita, pues, se deja ver entre la inicial protesta modernista y la continuación del espíritu del liberalismo. Protestan contra aspectos aislados y concretos del mismo sistema que en muchas de sus otras manifestaciones aceptan.

Una diferencia existencial y psicológica separa a ambos grupos de artistas: "El mal del siglo romántico fue el tedio; el de la época modernista, la angustia".⁶ En el siglo xx las creencias y la sensación de seguridad existencial se han evaporado, de ahí que angustiadamente se pregunten como Rubén, como Unamuno, como Silva, quiénes son y adónde van.

Artepurismo y evasión

MUCHOS de los críticos literarios que han estudiado el modernismo justifican la tendencia a 'el arte por el arte' de los escritores de esta época. Y lo justifican en vista de los fines que éstos se proponían: voluntad de estilo, eliminación de lo chabacano, defensa de la belleza. Sin embargo, en nuestra opinión, el artepurismo es injustificable; y lo es especialmente en quienes —como los modernistas— quisieron mantener una posición antagónica a la prevalente en la sociedad de que procedían.

Si la reacción inicial de los modernistas fue contra la sociedad burguesa, o sea contra una realidad histórica dada, no puede interpretarse el artepurismo sino como una evasión. Y junto con el artepurismo, el indigenismo y el exotismo: que no son sino dos formas más de idealizar el pasado, en el tiempo, o lo lejano, en el espacio.

Si el arte es un modo de conocer la realidad, ni podemos ignorar la realidad histórica, ni podemos entrar en un relativismo tal que nos lleve a justificar cualquier obra o acción que el artista realice simplemente porque él se mueve en la órbita de su propia subjetividad; a pesar de que la obra "en su puro nivel artístico" sea excelente.

⁵ *Idem*, p. 58.

⁶ *Idem*, p. 56.

Para evadirse de la realidad no es necesaria una obra de arte. Es cierto, que, como se ha insinuado, la realidad subjetiva pudo ser engañosa, pero la realidad objetiva, la histórica, la sociedad burguesa, por definición no lo fue; porque si no ¿contra qué protestaban desde el principio los mismos modernistas? No tendría sentido, entonces, decir que los modernistas provenían de la sociedad burguesa y que fueron una reacción contra ella.

El positivismo

EL positivismo —máxima expresión del optimismo burgués— tanto en su versión comtiana como en la spenceriana, suscitó en los modernistas una reacción no ya ambivalente, sino contradictoria. Aquí ha de explicarse por qué los modernistas se acercan al positivismo (en cuanto renovadores) y se oponen a él (en cuanto enemigos del "materialismo"). Y una nueva contradicción se apunta en este sentido: los modernistas protestan contra la ciencia al mismo tiempo que mantienen su fe en ella como modo de fomentar el progreso.

El positivismo constituye una teoría del saber que se niega a admitir otra realidad que no sean los hechos y a investigar otra cosa que no sean las relaciones entre los hechos; rechaza igualmente el saber metafísico y el conocimiento a priori, la intuición directa de lo inteligible y la crítica gnoseológica.

Es una reacción contra la filosofía romántica especulativa, y contó entre sus dos más grandes exponentes a Augusto Comte (1798-1857) —el fundador—, y Herbert Spencer (1820-1903). Ambos concordaron en el objetivo de 'orden y progreso', al tiempo que esbozaron directivas pragmáticas para alcanzarlo. Una diferencia existió entre ellas: Spencer creía en la existencia de un Absoluto ("Incognoscible o Fuerza"), al mismo tiempo que aceptaba una "ciencia subjetiva del espíritu", todo lo cual había sido negado por Comte.

Los modernistas acogieron el llamado positivista en sus enunciados más generales y casi no participaron en la polémica interna de este movimiento; en parte por la posterioridad de las fechas en que los modernistas recibieron la influencia positivista, en parte por el carácter indiscriminado —desde el punto de vista de la postura filosófica— que los caracteriza.

Como casi todas las otras influencias que recibe el modernismo, el positivismo no llega a incidir sino en un grupo de los escritores. Y es en América donde positivismo y modernismo se presentan hermanados: en Venezuela y Perú para citar dos ejemplos.

En el Perú es Manuel González Prada (1848-1918) el portavoz y uno de los introductores del positivismo. Al margen del llamado 'positivismo universitario' —representado por Javier Prado (1871-1921), Jorge Polar (1856-1932), y Joaquín Capelo (1852-1928)— fue González Prada quien propagó las ideas positivistas a través de discursos y artículos periodísticos.

En Venezuela, como ha sido señalado por Guillermo Korn, el positivismo es introducido por el grupo modernista que se reúne alrededor de *El cojo ilustrado* (1892-1915), revista de "positivismo militante". Pragmática en muchos sentidos, esta revista se encarga de divulgar los descubrimientos científicos de la época y de elevar la ciencia a un lugar preferente. Naturalistas, científicos y antimetafísicos se dan cita en esta revista modernista y positivista. Es al mismo tiempo una publicación innovadora y de mucha importancia en la vida intelectual de Caracas. Como un subproducto de *El cojo ilustrado*, un grupo disidente formó *Cosmópolis*, revista que escasamente vivió un año, pero que también dio cabida a una curiosa alianza entre modernismo y positivismo.

Es preciso mencionar antes de abandonar el tema, que dentro del modernismo también se dio una fuerte corriente antipositivista: tendencias místicas, cultivo del teosofismo y gusto por lo fantástico, son tres pruebas de esta reacción contra el materialismo, según ellos lo entendían, y la pretendida exactitud científica del positivismo. Esta reacción antipositivista de los modernistas, pues, es para ellos una reafirmación de lo espiritual en el hombre y una toma de posición "antimaterialista".

La huella de Nietzsche

EL filósofo alemán tuvo grandísima influencia en los comienzos de la época modernista. Sus tajantes afirmaciones y negaciones incrementaron el caudal de ideas de esa "complejidad, tejida de contradicciones" que fue el modernismo.

Con Nietzsche los modernistas dijeron "SI": (a) a la voluntad de dominio; y (b) a "la ascensión del hombre a un nuevo tipo sobrehumano por vía de superación constante dentro de un mundo eterno" —el super-hombre. Al mismo tiempo dijeron "NO": (a) a la estética burguesa: que aunque de raíz romántica no les impedía la continuación del romanticismo en sus manifestaciones e intenciones más puras y esenciales. La estética burguesa había

† Gonzalo Sobejano, *Nietzsche en España*, Madrid, Editorial Gredos, 1967, p. 28.

venido a significar, para los modernistas, un degeneramiento del romanticismo inicial; (b) a la democracia; (c) al socialismo; (d) a la moral cristiana; (e) a la metafísica; y (f) a Dios.

Negaron las estructuras sociales y políticas vigentes, y tuvieron la voluntad de destruir como primer paso para crear. Desearon crear un hombre nuevo y un mundo genuinamente libre. Finalmente, con el filósofo Nietzsche, antepusieron el individuo y su libertad a cualquier otra cosa. Tal vez esto explica que, aun los que inicialmente aparecieron como socialistas, pronto dejaron de serlo. El anarquismo atrajo más a estos individualistas, enemigos del Estado, como Blanco Fombona, Baroja, Herrera Reissig, Julián del Casal. . .

Misticismo

LA "ciencia o arte de la vida espiritual", como según ha sido algunas veces definido el misticismo, también constituyó otra seria influencia y manifestación de los escritores modernistas. El misticismo, preocupado por llegar a Dios sin necesidad de intermediarios (bien sean personas o instituciones) se mezcló irreverentemente con el erotismo en su manifestación modernista.

Se protestaba contra los valores materialistas de la época y así se iba en busca de las experiencias restauradoras de lo espiritual. Al mismo tiempo no se buscaba tanto a Dios —contra el cual también se protestaba— cuanto a la "Belleza" (y a la "Verdad"). De esta forma, el erotismo servía para dar un toque irreverente a la expresión mística y religiosa al mismo tiempo que servía como señal de denuncia y protesta contra la hipocresía en la conducta sexual de las clases burguesas.

El modernismo es muy rico en sus expresiones mixtas de erotismo y misticismo, y lo es especialmente en el campo de la novela. Valga, pues, mencionar algunos ejemplos: en *La pasión y muerte del cura Deusto* de Augusto D'Halmar se trata del amor homosexual de un cura por un adolescente. A pesar del marco definitivamente religioso de la novela, los ritos litúrgicos no son sino un motivo sensual, decorativo y plástico. En la novela de Barrios, *El hermano asno*, tenemos la vida en un convento, y las luchas de un joven clérigo contra las tentaciones sexuales que se personifican en una joven pueblerina.

Las "Memorias del marqués de Bradomín" y *Flor de santidad*, para citar sólo dos ejemplos más, son también curiosa mezcla y yuxtaposición de lo religioso, lo erótico, lo sensual y lo místico. Rosarios, plegarias y posturas piadosas, se entremezclan con las cari-

cias y la cópula. Atega, la pastora inocente y alucinada de *Flor de santidad*, es poseída por un peregrino, "mendicante desgreñado y bizantino", a quien ella cree Cristo.

Orientalismo

COMO ya ha sido insinuado con la mención de las chinoserías y japonerías, toda una gran corriente de influencia llega al modernismo de Oriente.

La creencia en la reencarnación se ve reflejada en muchas de las obras: por ejemplo, en *Doña Inés*, la novela de Azorín, doña Inés se enamora de un joven poeta, repitiendo el idilio que muchísimos años antes, en el siglo xv, había vivido doña Beatriz, un antepasado suyo. En forma semejante, y completando el ciclo, el tío Pablo "en lo presente veía lo futuro".

A la creencia en la reencarnación se suman el animismo, las actitudes contemplativas e inclusive el budismo, intentando todos reforzar la tendencia modernista a la búsqueda de lo espiritual y a la exploración de lo desconocido en el alma humana.

El Taoísmo es otra corriente influyente en el modernismo. Fundado por Lao Tzu —contemporáneo de Confucio—; proponía un 'camino' para alcanzar la virtud suprema. El libro de Tzu, *Tao Te Ching* (de donde proviene el nombre del movimiento) iba más allá de la pura preocupación ética para entrar en otras cuestiones filosóficas. Su visión de la realidad ("una cosa es algo y su contrario") y su insistencia en el carácter plural de la realidad ("la imagen y el concepto someten a la unidad la pluralidad de lo real") se contaron entre los aspectos de mayor influencia dentro del modernismo.

Del Taoísmo sin duda viene la preocupación de los modernistas por la dualidad del ser. No se trata ya de que una etapa supere a la anterior; se trata de vivir con expresiones, preocupaciones y actitudes que se contradicen unas a otras.

El Haiku (poema corto: 5-7-5), creado por el japonés Matsu Bashu (1644-1694), es incorporado a la poesía modernista. Sus dos características principales son que: (a) guarda su fuerza emotiva para el final, y (b) análogamente a las pinturas japonesas, es de pocas líneas pero muy claras. Esta influencia, al igual que casi toda la influencia oriental llega a los modernistas hispánicos vía Francia, salvo en el caso de José Juan Tablada que parece la bebió en su fuente.

Anarquismo

BAKUNIN, que propone la destrucción de todo tipo de Estado y acepta la violencia como medio para conseguirlo, y Kropotkin, que no admite la violencia y propone un anarquismo más idealizado, son dos fuentes de lectura y referencia en la expresión y militancia anarquista de los modernistas atraídos por estas ideas.

El anarquismo atrajo con su ansia de libertad total a los modernistas, de quienes ya se ha señalado su búsqueda de libertad, su protesta contra los valores vigentes y su ideología política incoherente e indiscriminada.

Cuando Pio Baroja dice "yo soy de los del hombre contra el Estado", expresa algo más que su desacuerdo con las instituciones políticas: es un desacuerdo básico con la sociedad en la que viven. El anarquismo les daba la oportunidad de una búsqueda idealizadora —y al mismo tiempo inoperante— de una libertad indefinida e inalcanzable. Pero de cualquier forma, era el ismo que más expresaba la inquietud, en su manifestación política, de los escritores modernistas. Anarquista se dijo el primer Azorín. Manuel González Prada es también un vivo ejemplo del modernista que abraza el anarquismo.

Otras influencias

LA huella del filósofo holandés, Kierkegaard, es notoria en algunos escritores modernistas, especialmente en don Miguel de Unamuno. El Kierkegaard preocupado por la estética y el Kierkegaard moralista se dan en su preocupación dual y agónica —en el sentido de don Miguel— en muchas de las páginas modernistas.

El existir ("siendo") como única esencia con la que cuenta el hombre, reemplaza con Kierkegaard, y a través de él en los modernistas luego, a la preocupación por el "ser". Es el devenir vivencial y agónico el que cuenta, y no una esencia eterna y desconocida.

La presencia de Hoffman, y especialmente de Edgar Allan Poe, entre los que influyen en la época modernista se explica fácilmente: los modernistas, en su constante búsqueda en el espíritu y la imaginación del hombre no tardan en desarrollar un gusto por lo fantástico y hasta lo macabro. La literatura fantástica modernista cuenta con muchos cultores: Rubén Darío, Lugones, son nombres obligados en el cuento. José María Eguren es un buen ejemplo en la poesía.

Se busca lo nuevo y lo diferente. Al realismo y al romanticismo decadente se responde con la imaginación y la exploración en el mundo de lo fantástico, lo extrasensorial y lo macabro. El satanis-

mo y el ocultismo, desde Baudelaire muy en boga en la literatura, encuentran también sus cultivadores entre los modernistas hispánicos. Los trabajos de Valle-Inclán se desplazan desde un cultivo de elementos satánicos al comienzo, hasta la exageración caricaturesca de sus esperpentos últimos.

Ahora, dentro de este mundo aparentemente caótico de los modernistas, como cultores de la belleza que son, encuentran en la forma una de sus preocupaciones. El pitagorismo, preocupado por el número como representación de la forma, llega también a interesar a estos heterodoxos: baste mencionar la presencia del número en la poesía de José Santos Chocano, y las ideas sobre el ritmo visibles en la obra de Rubén Darío.

La contradicción como característica

COMO se puede fácilmente deducir de lo expuesto, estas influencias, estas filosofías se contradicen. Así es: la contradicción es una de las características del modernismo: el aristocratismo de Nietzsche se da cita con el anarquismo de masas de Kropotkin; la protesta social con la evasión; el misticismo con el erotismo. Y así en un gran número de combinaciones: todo lo cual demuestra el carácter impulsivo e indiscriminado de la protesta modernista, por lo menos en su expresión social y política.

PERDONE QUE LLORE

Por *Poli DELANO*

QUE no, señor, que ya me lo había dicho, que yo lo sabía bien y que ahora tenía que pagarlas, pagarlas doblemente, dijo, las cosas que queden claras, y ahora dígame usted qué cosa pudiera yo haber hecho para darle vuelta el brazo al destino, si yo no soy dios, pero él dele patada conmigo hasta reventarme casi una noche justamente dos semanas antes de lo peor, cuando al llegar, como siempre medio borracho, me dijo:

—Sírvenme comida.

—No son horas —le dije yo, porque ya era pasada la media noche, pero igual no más empecé a calentar una sopita, bueno, tampoco lo iba a dejar sin comer, con todo el trago que traía encima. El se dio cuenta de que yo le iba a servir; sin embargo, vea usted, le siguió dando conmigo, señor, qué saña.

—¿Ah, sí? —me dijo rezongón. —¿Se puede saber que hora es?

No contesté; puse sal, pan y ají en la mesa.

—Oye, cabra —me dijo—, no se te esté pasando el tejo.

No es que yo sea cabra, hace ratito que dejé de serlo, míreme los dientes, pero él siempre me ha dicho "cabra" y aunque van pasando los años, fíjese que a mí me gusta. Me gustaba, diré, porque ahora sí que cambiaron las cosas de una vez y para siempre, según el dicho que usaba la señora Luz, mi patrona donde yo trabajé desde que me vine del Sur hasta que me casé con Rubén. Ella sí que sabía calar bien a la gente, no más de mirarla y ya sabía qué cosa podían estarse trayendo entre ceja y ceja, como que para serle franca más de una vez me advirtió que tuviera cuidado, mucho cuidado, que el tipo (no es que le dijera "tipo", "ese joven" le decía) no parecía de buena calaña, hasta que no me quería, señor, me dijo la señora Luz, y han ido pasando los años y ahora sí estoy convencida de que ella tenía todita la razón, perdone que llore, pero lo cierto es que las cosas, en mi modesto entender, comenzaron a ponerse feas antes incluso que naciera la tercera guagua, cuando le vino el embotamiento con la puta esa de la Juana, disculpe usted la palabra.

—Di lo que quieras —le contesté yo—. Lo que sí, esto no es restorán. Mañana se come a las diez o no se come.

Dio un golpe seco en la mesa y me miró con una cara, señor, de asesino nato, con la boca medio rabiosa de espuma.

—¡Pásame vino, mierda! —me gritó. Las niñas despertaron en la pieza al ladito y la guagua comenzó a chillar.

—No hay vino —le dije, aunque sabiendo sí que tarde o temprano tendría que aflojarle la botella para que no se pusiera más perro, y que seguiría tomando y tomando hasta que viniera lo peor: los vómitos, la sangre, y esa violencia que era incapaz de contener y que terminaba por dejarlo tieso, casi como un muerto. La señora Luz desde un principio me previno, porque fue verlo no más y saber, darse cuenta al tiro de los puntos que calzaba el que iba a convertirse en mi marido, el que iba a deberme protección y al que yo le iba a deber obediencia, unidos hasta que la muerte nos separara. Una mañana le dije:

—Señora, me voy a casar.

Ella estaba todavía en cama, esa cama tan ancha para ella sola, y yo acababa de subirle el desayuno, unos desayunos como no he vuelto a ver desde entonces: huesillos al jugo, huevos revueltos con tocino, una taza de café y tostadas con mantequilla y miel. Me preguntó si estaba segura, si lo había pensado bien, si sentía (se golpeó el corazón con la mano) que Rubén valiera la pena. A todo le dije que sí, que sí, y también cómo no decirle que era requetebueno, si el domingo al juntarnos me había llevado hasta flores, así un ramo de claveles rojos y blancos me llevó y al dárme los me dijo: "toma, cabra, pa' que te acuerdes de mí todos los días", porque el resto de la semana casi ni nos veíamos, él, usted sabe, trabajaba como chofer en la Pullman y noche por medio le tocaba alojar en Cartagena, en una pensión, y cuando dormía aquí, tenía que echárselas tempranito en la mañana, pero siempre, eso sí, me llamaba por teléfono para decirme alguna lindura y preguntarme haciéndose el celoso si acaso me estaba portando bien. Yo, la verdad, nunca me portaba mal porque lo quería y lo único que le hice fue, bueno, eso es historia aparte, de puro tontona además se lo hice, no por engañarlo, ni por necesidad, usted comprende, más bien por no saber en un momento dado llevar una situación que me pilló de sorpresa: a lo de don Marcial me refiero, el cuñado de la señora.

—No es por decepcionarte, Alejandra —me dijo la señora Luz—. Pero se me ocurre que no es hombre para ti. Sabes, no te ofendas, lo encuentro un tanto maledado, hm, tiene algo en la mirada, como que fuera capaz de cosas malas.

Mire si no tenía razón la señora, pero cuando una es cabra no acepta consejos y apechuga no más con lo que venga y, además, para qué botarme a malagradecida si la verdad es que lo pasé harto

bien con Rubén, no voy a decir que todo el tiempo, pero podría casi como hasta jurar que conocí un poquito la felicidad, antes de que comenzara a tomar como desaforado, claro, cuando lo echaron de la pega a raíz de un choque cerca de Melipilla en el que murió un lote de personas y entre ellas la puta de la Juana, que en paz descansase, que venía acompañándolo. Quién sabe también señor si en todo esto no tuve culpa yo, que ahora estoy pagando muy caro, porque los de los ojos de la guagua me tiene desesperada, perdone que llore, pese a que es tan guagüita, usted entiende. Digo culpa porque fui tonta también de contarle a Rubén, una de las veces que me llevó en el bus a Cartagena y en la noche comimos almejas al matico con vino blanco y luego congrio frito con chilena y el vino se me anduvo subiendo a la cabeza porque no tenía costumbre, tonta de contarle lo que había pasado con don Marcial, o sea, para serle bien franca, que me había metido con don Marcial una tarde en que la señora andaba fuera y él llegó muy prisco a la casa y se instaló en la cocina a preparar un borgoña en durazno con hielito y un color como para tentar al diablo, se da cuenta, señor, *dos* errores grandes y los dos por tomarme un trago de sobra (el *tercero* no fue culpa mía, ya que nada estaba en mis manos hacer), porque don Marcial, como que no quiere la cosa, me hizo tomar. Me dijo que me sentara en el sofá con él y me sirvió el primer trago dulcecito y helado que acepté entre risueña (por lo palomilla) y asustada de estar haciendo algo muy raro, algo que nunca se me habría pasado ni por la mente. Don Marcial bromeaba y me contaba cosas divertidas y yo me reía y refrescaba la garganta con el borgoña, señor qué rico, hasta que me tomó la mano y me dijo exactamente estas palabras:

—Me siento nervioso.

—¿De qué, don Marcial? —le dije casi sin habla y sin quitar mi mano de la suya; la verdad, la cabeza me hacía burbujas y hasta empecé a encontrar encachadón a don Marcial, que nunca me había fijado en él y que era un poco viejito ya, porque en sus ojos vi algo así como un afán de no forzarme sino de ir dejando que yo solita lo aceptara y eso me hizo caer más que otro poco, más que el mismo trago, creo yo.

—*Tú* me pones nervioso —dijo y apretándome más la mano, me dio un beso suave y yo sentí un cosquilleo en todo el cuerpo que me llevó por las nubes, cielo adentro, y lo besé también con calor y fui dejando que hiciera conmigo su voluntad, lo cual, *feo* será que lo diga, vino a ocurrir en la propia cama de la señora Luz, donde él quiso subirme en brazos haciendo un esfuerzo que lo anduvo dejando malito, malito, si hablamos de lo que pasó después.

Así, inocentemente diría yo, entre preguntas suyas y garabatos, se lo fui contando a Rubén después de esa comida de reyes, sentados en un banco de cara a la Playa Chica, donde las olas blanqueaban de espuma y rugían como con ganas de tragarse al mundo. Pero él no entendió las cosas, se puso terco, me dijo que era una desgraciada, y se mandó cambiar corriendo por la Terraza hacia los juegos. Me puse a llorar a moco tendido de tan bruta que era, y terminé porirme a acostar a la pensión, pero no pude pegar los ojos, y ya como de amanecida llegó él, todavía medio bravo, y por primera vez me pegó, fuerte, hasta dejarme el cuerpo ardiendo. Yo esperaba ya la primera cría y así, de pasada, me acordé de las palabras de la señora Luz y sentí con toda el alma que me había equivocado y fue eso, *eso* y no los golpes, lo que me tuvo llorando y llorando como niña chica, llorando de angustia, de comprender así de un tris que la vida no puede volver atrás, que había metido la pata bien metida y no quedaba nada que hacer; y de angustia, también, por la visión de un futuro que se me mostraba feo.

—¡Cállate, mierda, y sírveme vino! —me dijo entonces aquella noche, y hubiera sido inútil y hasta peor negárselo, así que le obedecí diciéndole:

—Toma su porquería, oh; cúrate como animal igual que todas las noches.

De pronto le vino algo así como una gran tristeza, me miró desde otro momento de la vida (le estaba sirviendo un plato), casi como si no fuera él el que me miraba, o como si no fuera yo la que miraba, hasta con ternura, sin odio. Se mandó media caña de un viaje y le quedó en los labios la tintura morada, ese color que me irritaba de sólo verlo, que me desesperaba siempre, pero esa noche no. Esa mirada distinta abrió una puerta dijéramos en mis sentimientos y entonces me senté también y le tomé una mano y le dije "Rubén", mientras él me tiraba a la cara el resto de vino que quedaba en el vaso.

—¡Córrete, mierda! —me dijo—. He conocido putas, pero donde llegaste tú. . .

Así no más, señor. Resulta que yo era la peor de las putas porque le había contado lo de don Marcial, así como se lo digo, lo grave era habérselo contado, no haber hecho lo que hice, que eso ni importancia tenía, ni huellas había dejado en mí, a cualquiera puede pasarle si está sola y no tiene mucha costumbre de tomar, pero no, yo era la peor puta, por eso y también por lo de las niñas, pues como usted sabe las dos primeras fueron mujercitas y la tercera se suponía que tenía que ser hombre, ya que se le había puesto que él, pues señor, *él* no podía estar fabricando puras chancletas y que si

ya la tercera vez no salía un hombrecito, significaba que no era suya, que yo lo engañaba, que lo seguía engañando y que a ese viejo de don Marcial donde lo pillara lo mataba. Y a todo esto, como si yo no más y él no. Porque de la Juana esa ni hablar se podía, y si alguna vez se me escapó su nombre, las tuve que pagar caro, señor, a golpe limpio pagar la ofensa, como si mi cochina boca no tuviera derecho a pronunciarlo. No sé cuándo la conocería Rubén, pero estoy segura de que fue después de aquella noche en Cartagena (que pudo ser tan linda, la noche en que murió para siempre nuestro amor), que empezó a meterse con ella, que empezó a perderse los sábados y domingos, que me tomó cada noche más distancia, que fue haciéndome sentir cada día, cada maldito día, la basura que yo era, hasta que ocurrió el accidente. De modo que cuando me dijo eso, me bajó toda la rabia y no pude contenerme:

—¡Putá sería la puta de la Juana! —le grité y en seguida me vino el miedo pánico cuando noté que se le desorbitaban los ojos y que hacía un esfuerzo violento por levantarse y señor sí se levantó y me pegó el primer charchazo aquí, ve, todavía tengo la marca, y el segundo me lo dio en este pecho que casi me lo revienta, y yo agarré lo primero que salió al paso, que era un alicate, y me iba a defender cuando vi que desde la puerta me miraban las dos niñas con los ojos así de abiertos, y lo dejé caer y caí también al suelo llorando mientras él salía ya de un portazo que hizo rechinar todo el tablerío de la casucha. La guagua también lloraba y tuve que hacerme fuerte para ir a darle pecho. Feo es que lo diga cuando la otra ya murió, ¿pero acaso no puedo pensar que quizás gran parte de la culpa haya sido de ella? Rubén ya andaba siempre con la cara larga y desencajada, cada vez más ausente no sólo de mí sino hasta de sus hijas, cargando de seguro con el diablo adentro porque quería separarse y no hallaba cómo hacerlo, así de perdido lo tenía la cínica de la Juana, cínica digo porque tuvo hasta la desfachatez de venir a verme, a hablar conmigo la linda, ¿qué le parece? Y yo, en vez de correrla a palos, caí redondita, porque, bueno, hasta ese momento no sabía; pero el hecho es que no pensaba aflojar ni así tanto, lo mío era mío y nada peor, en mi concepto, que esas buscadoras, robadoras de maridos ajenos a las que les importa un cuesco destruir un hogar, perdone que llore. Y a lo mejor por eso es que en un tiempo anduvo tan ido, tan preocupado, de aquí lo tenía la Juana, piense que ese choque no tenía por qué ocurrir. El jeep estaba detenido, apenas así salidito para afuera, dicen que en pana eléctrica, y él venía —rajado tiene que haber venido— muy pegado a la berma, como que justo al tomar la curva le dio el chancazo en una esquina del parachoques y lo mandó volando sus veinte

metros, mientras que el bus se volcaba hacia el otro lado de la carretera, dejando sobre una acequia la tendalada de muertos y heridos y entre los muertos la Juana, a la que Rubén solía llevar en el asiento del copiloto, así tuvo su castigo, señor, con la cabeza rota y la cara desfigurada quedó la pobre, que en paz descanse. En cambio Rubén, como si nada, apenas con unos cuantos rasguños y una fractura leve en el hombro, pero eso sí preso hasta que lo pudo sacar el abogado de la empresa, ya por supuesto sin pega, sin Juana, casi sin vida, diría yo, con ocho muertos en la conciencia y con una mujer que aborrecía y un par de hijas a las que les fue tomando distancia nada más que por ser mujeres, como que cuando llegó la tercera se anduvo volviendo medio loco y, bueno, de eso quería hablarle, señor, para que no haya malos entendidos, porque sí es cierto lo que salió en su diario, puesto que lo tomaron textual de la denuncia que hice al Juzgado de Menores; es cierto que hace dos meses me dejó a la niña colgada de un gancho toda la tarde, mientras yo andaba fuera. Al llegar la hallé chillando como berraco y dando brazadas inútiles en el aire mientras el propio padre se entretenía haciéndole horribles morisquetas, como si la otra pudiera entender, o como si tuviera culpa, señor, culpa de haber nacido mujer. Y también es cierto, cierto como que me llamo Alejandra Montoya, que otra de esas noches, borracho perdido, empezó a pegarle sobre la cama:

—¡No te gustó salir mujer, mierda! —le decía y le aforraba su puñete. —¿Ah, no te gustó salir mujer? —y le pegó y le pegó como un loco hasta que la niña quedó ciega, según supimos después, perdone que llore, pero entonces ya no pude hacer otra cosa y agarré un palo y le di un golpe con odio y miedo y rabia, un golpe en la cabeza con el que se desplomó igual que cae un saco de papas, para no volver a levantarse, y yo le juro, le juro por mi madre que no quise matarlo, porque después de todo era mi marido y le debía respeto y quizás si hasta lo quisiera un poco también, pero la verdad es que en ese momento ni asco me dio, porque a mi hijita no la iba a andar matando nadie a vista y paciencia de la madre y, además, la famosa Juana se me atravesó en la garganta, por eso es que el palo no se lo di así no más, sino con toda mi fuerza, con odio y maldad, señor, perdone que llore.

MONTALVO: FULGOR Y FLAMA DE LA CONTROVERSIA

Notas sobre: "Juan Montalvo, el escritor y el estilista" de Antonio Sacoto Salamea.

CUANDO tomé el libro, cuando lo empecé sabía que me incorporaba yo a sus páginas. En la tercera línea de su prólogo, Andrés Iduarte reconocía la tenacidad del autor en la investigación y la pasión con que fue acometida. Puso en mis manos a Juan Montalvo visto por Antonio Sacoto, el distinguido maestro hispanoamericano Jesús Silva Herzog sin más comentario que "escriba Ud. una nota de acuerdo a su mucho saber o poco saber; con lealtad al mismo, con la más completa libertad; como debe ser". Desde ese instante me sentí envuelto por sus páginas, ganado y dispuesto agradablemente, también con sangre vertiginosa, para acometer su lectura cargada de intención crítica. Pero sabía también que ellas abrigaban un mundo en movimiento, violento a veces; tranquilo otras; desgarrador y humano en fin, por la sola mención de Juan Montalvo como fulgor central.

I

SIN embargo, las virtudes de este estudio son fruto —a mi juicio— de algo más que "la suma de una serie de factores" a que alude el prologuista Iduarte; y por tanto, Sacoto resulta también mucho más que un mero "sumando ecuatoriano", aunque enriquecidamente "hispanoamericano, internacional" como indica aquél. Decir suma, en consecuencia, es aludir lo menos. El sentimiento y la interpretación de Montalvo por Sacoto es fruto —por lo que conocemos— de una urdimbre de gruesa textura que desde hace un tiempo ya nos viene adelantando en *Cuadernos Americanos*. En ella la presencia de Montalvo es tal vez la constancia más pertinaz y más aleccionadora como modelo americano. A partir de aquí comprendo las acertadas palabras del prólogo en el sentido de que con Montalvo arraigado en el alma se puede anunciar el sentimiento y la interpretación; la búsqueda, la persecución y el encuentro con los otros Montalvo del pasado —Bello, Sarmiento, Martí, Darío, Rodó— y con los de nuestro tiempo. Así pues, el propósito señalado por Sacoto, siguiendo al maestro Pedro Henríquez Ureña, en el sentido de que "hace falta poner(los) en circulación..."¹ tiene, *por una*

¹ P. H. U.: citado por Sacoto: su obra, pág. 11.

parte, el sentido (del encuentro), del descubrimiento, preñado hasta de una constancia casi mítica en cuanto estamos todavía asistiendo al parto doloroso de la designación esencial americana. La polémica que tiene lugar en nuestro tiempo en torno de la novela hispanoamericana, alimentada por el fuego de los autores del denominado boom, pero que concierne en verdad al conjunto de los novelistas, desde Fernández Lizardi hasta "El recurso del método" —anunciada obra de Alejo Carpentier, que busca centrar al pícaro latinoamericano— es precisamente fruto de la estrellada realidad de nuestro continente donde luces y sombras vienen a jugar su parte en el encuentro. La nuestra, dijo una vez Octavio Paz, es una literatura de Fundación,² prefigurando con eso la necesidad de nuestro signo esencial y de los fundamentos para establecerlo. Para descubrir ese signo hoy se intentan todos los caminos. Y todos son válidos igualmente. También nos aventuramos al camino del descubrimiento que quiere abarcar el pasado, develando al verdadero Rodó, a Martí, a Sarmiento lejos de todo "Rodoísmo, Martianismo, Sarmientismo".³ Y en tal perspectiva lanza su proyecto el profesor Sacoto dejando entrever que quiere establecerse como contribución a la búsqueda. *Por otra parte*, el propósito señalado encarna un desafío cuando constata la ausencia de "un serio conocimiento sobre Sarmiento, Montalvo, Rodó y Martí".⁴ De aquí que el trabajo de Antonio Sacoto se vea fuertemente impulsado a ir más allá de ese "mar de repeticiones y de lugares comunes embravecidos".⁵ Del mismo modo, Sacoto se juega por apropiarse una atmósfera que lo lleve a respirar —sin intermisión— al hombre, su infancia, sus viajes, sus destierros; su cultura, su obra, sus temas, sus ideas, su estilo. Mas, el desafío es doble. O triple. O múltiple ya que uno va encadenado a otro y éste a dos o más. Así sucesivamente, dialécticamente. Pues, como sabemos, es necesario ubicarse más allá de la constatada existencia de un fogoso montalvismo y de su contrapartida, montalvofobia. Alcanzar, ni el panegírico ni la detracción. Tampoco se trata de soslayar el fenómeno, ni mucho menos conciliarlo, so pena de caer en el más depurado oportunismo. ¿Es necesario entonces insertarse en la polémica? En efecto. Pero el reto está planteado de modo que Montalvo surja por sí mismo, sin más virtudes de las que cultivó; sin más defectos que los que tuvo. No obstante, acecha el peligro, pues la invención suele tirar de la pluma. Y Sacoto quiere "exhumar del farrago crítico"⁶ a Montalvo y presentarlo "en función de la literatura, buscando dar al *escritor* su justa perspectiva".⁷ Propósito delicado, si se funda en los supuestos de que con Montalvo estaríamos ante la presencia de una personalidad que ofrece la dicotomía de ser, por un lado hombre

² Octavio Paz; *Puertas al Campo*.

³ Andrés Iduarte: citado por Sacoto: su obra, pág. 12.

⁴ Andrés Iduarte: citado por Sacoto: su obra, pág. 12.

⁵ Andrés Iduarte: citado por Sacoto: su obra, pág. 12.

⁶ A. Sacoto: su obra, pág. 2.

⁷ A. Sacoto: su obra, pág. 2.

político y, por otro, hombre escritor; y que, la crítica que realizó en Montalvo su ideología política y religiosa lo habría sepultado. Por eso digo que es un estudio bravo el del profesor Sacoto, en el cual —aunque no se quiera— la pluma tiende a llevarlo hacia la invención; esta última que no debe considerarse sólo como ficción, sino como intento, más o menos logrado, de elegir los temas y sus argumentos: en este caso, el hecho basado en los supuestos citados anteriormente. Por ser Montalvo *un* hombre, al exhumarlo como escritor, el político tenderá a surgir conjuntamente con aquél a la superficie accediendo otra vez a la polémica, quién sabe si en este caso, como yesca fortuita. Interesante posición del profesor Sacoto y delicado intento a la vez, puesto que se propone "buscar por todos los caminos al escritor *per se* (subrayado de él), *desligándole* (subrayado mío) de su ideología política y religiosa. . ."⁸

II

EL estudio del profesor Sacoto está muy bien documentado. No obstante, es posible advertir en él la ausencia de una *concepción* que le permita *totalizar* dialécticamente la visión de los fenómenos a que se refiere en su trabajo. La decisión de desligar a Montalvo de sus contenidos ideológicos para obtener su visión del escritor *per se*, nos enseña —bien entendido el concepto ideología— que la concepción con que Sacoto acomete su estudio es metafísica, en cuanto aísla (teóricamente) los fenómenos y, abstracta, en cuanto el escritor *per se* surge como una mera categoría mental, separada del sujeto real y concreto. En consecuencia, su punto de vista podría ser insuficiente para visualizar la particularidad que constituye el escritor Montalvo como totalidad, inseparable a la vez de su ser total. Pero, la importancia que adquieren en el transcurso del estudio precisamente los aspectos ideológicos de Montalvo nos conducen a constatar el hecho (práctico) de que el profesor Sacoto andando ya sobre el tema, o —como digo también— cabalgando ese potro cerril que es todavía el tema de su empeño y sus propósitos, advierte que, aun cuando se trata de un estudio de los temas y estilo literarios del ecuatoriano, deberá conectarlo necesariamente "al hombre y sus peripecias, su lucha política y el medio hostil que le rodeaba. . ."⁹ Esta advertencia conviene, pues, al hecho de que el propio autor de la obra comentada se ha puesto ya en antecedente, mientras acomete su estudio, de que la vida intensa, rica, profunda y apasionada de Juan Montalvo es insoslayable para adelantar algún juicio crítico sobre su obra literaria. A tal asunto alcanzan las certeras palabras de Andrés Iduarte en el prólogo cuando advierte también que Sacoto "no sólo ve al escritor, al prosista, al estilista. .

⁸ A. Sacoto: su obra, pág. 3.

⁹ A. Sacoto: su obra, pág. 20.

sino, en *primer término y esencial* punto de partida, al *ser de carne y hueso en todos sus avatares*".¹⁰ De tal manera, la obra del profesor Sacoto va internándose en el tema y logrando su dimensión, como aporte original, a contrapelo de las intenciones declaradas en el prefacio por su autor. Así es como con Antonio Sacoto se consigue esa visión única, singular del hombre "ahora que el escritor vierte a sus páginas *casi todas* sus experiencias, la *trayectoria de su vida* con *todos* sus percances y amarguras".¹¹ Y con el auxilio de las páginas interesantemente re-creadas por Vásquez Hurtado¹² vamos penetrando en la soledad del ambateño, accediendo a ese mundo tortuoso "que desde muy atrás" le viene azotando el corazón y el pensamiento. Así Antonio Sacoto persiste en articular ese perfil de Juan Montalvo que se "mantiene vivo y alerta, rebosante de amor. . .".¹³ Mas, con una experiencia amarga que trae a cuestras desde Europa, aumentada por la nostalgia y sus ansias del Ecuador.

De regreso a su país, instalado de nuevo en él se halla ante un mundo también agitado políticamente. Su hermano Francisco Javier es perseguido; y Juan Montalvo, por su parte, inicia la contienda con Gabriel García Moreno. Y es que el ambateño no viene precisamente de un mundo nada más maravillado por la belleza. París sobre todo, está agitado desde comienzos de siglo. Se asiste en Europa con centro en París —pero también en Milán, Viena— al despeñadero definitivo del feudalismo: el capitalismo, su enterador, viene dando cuenta de él cargando la muerte en sus hombros. La gran crisis del comercio mundial de 1847; las luchas civiles ardientes en las grandes ciudades europeas y, en el plano artístico, el Romanticismo que se re-crea en el alma de los hombres, con formas de cementerio, paisajes oscuros y lóbregos, nostálgicos y propensos al suicidio, forman parte de la realidad, de ese mundo del cual regresa Juan Montalvo y que él ve expresarse contra los excesos de una sociedad caduca y corrompida, provocando, frecuentemente, en los espíritus más sensibles la tentación rousseauiana. Montalvo —como bien documenta Sacoto— se enriquece con lo clásico; pero al mismo tiempo vive su experiencia en medio de esa realidad. Entonces su llegada al Ecuador, que él imagina, tal vez, ausente de este proceso, le sobrecoge. Se escabulle a la provincia; intenta formar un hogar buscando quizás la manera más *natural* de rehacerse, pero fracasa. Vive Montalvo ese momento crucial y advierte que no puede armonizar con la realidad que se empeña en mostrársele hostil, deshumanizada. Sin embargo, su creación surge como la única posibilidad de salvación. Ora se repliega en sí mismo acogiendo el mandato romántico de exaltar su rica subjetividad; ora vuelve la pluma crítica y ácida contra el mundo circundante. Pero ni la evasión al mundo clásico antiguo ni el repliegue melancólico sobre sí mismo ni la plu-

¹⁰ Andrés Iduarte: citado por Sacoto, su obra, pág. 7.

¹¹ A. Sacoto: su obra.

¹² A. Sacoto: su obra.

¹³ V. Hurtado: citado por Sacoto, su obra, pág. 28.

ma que enfrenta al mundo político-social son actitudes que puedan comprenderse por separadas. De ellas surge Montalvo único, singular que busca el modo más eficaz de afirmarse como hombre. Y, en consecuencia, nos parece inútil el intento de pretender desligar al escritor de su contexto ideológico.

Tengo al respecto el título acertadamente exaltado por Benjamín Carrión en el prólogo a la obra "Una vida en la vida de México" de Jesús Silva Herzog. En efecto, se trata de eso. De su vida dentro de una mayor, más rica y compleja que la contiene y que, en parte, la explica y habla por la de Jesús Silva Herzog. Es casi como la relación contenido-continente; signo-significado cuya síntesis es el estilo. En el caso de "Una vida en..." la síntesis, el resultado es la personalidad de Silva Herzog, dialécticamente fundada, única, singular y propia. Culmina Benjamín Carrión con una proyección afortunada: la denomina "Una historia en la historia de México" dotando al fenómeno que alude el título de Silva Herzog —de por sí ya sugerente— de una dimensión más allá de la sugestión científico-natural-biológica: el contenido propiamente humano (histórico) que traspasa sus páginas.

En Montalvo, por su parte, incluso es posible que su esmerado clasicismo sea fruto de su resentimiento social que pretende superar con erudición. ¿Acaso no es posible pensar que él, habiendo abrigado el pecado de ser mestizo, reaccionara con amargura ante el mundo y su respuesta sea soledad, melancolía, evasión en el tiempo y regreso polémico al presente que vive? Todo es posible. Pero mi intención es demostrar con las cuestiones señaladas que para comprender a Montalvo como escritor necesariamente se lo debe visualizar como totalidad. La clave del encuentro residirá en el equilibrio con que se armonicen los materiales estudiados, sin dejar ninguno al margen.

De veras, doy vuelta la última hoja de la obra y no resisto la tentación de pensar que Antonio Sacoto termina por confirmar mi impresión de las primeras veinte páginas, al finalizar la lectura del prefacio. La estructura dispuesta en el libro demuestra que su autor, para llegar a lo que él denomina "escritor per se", debió recorrer un camino que —no por azar— se inicia con el origen mismo de Juan Montalvo y abarca su infancia, niñez, juventud, viajes, cultura, destierros, soledad, nostalgia, etc. Finalmente, accede al escritor, al estilista. Es más, constituiría una ilusión creer que el escritor surge al margen de tales acontecimientos y peripecias, pues, como asegura el Dr. Adolfo Sánchez Vásquez, "No se trata de hacer de la creación de formas un fin en sí, pues no existe la expresión pura, sino la expresión *de* un determinado mundo humano".¹⁴

¹⁴ Adolfo Sánchez Vásquez: *Las ideas estéticas de Marx*. Era/72.

III

CUANDO el profesor Sacoto nos habla del hombre en Montalvo advertimos que se empeña por lograr una visión que supere tanto a panegiristas como a detractores del ambateño. Sacoto supera, en efecto, la tentación panegirista cuando consigna, por ejemplo, las severas palabras de Dávila Torres, el cual juzga algunos aspectos sumamente discutidos acerca del origen del escritor ecuatoriano: "Las frases de Montalvo pues, han de tenerse por falsas: nos quiso meter gato por liebre... no engañó, sin embargo, a nadie. Y es hora de reivindicar ya su origen bajo y oscuro, el color moreno de su rostro y su mestizaje de genuino cholo".¹⁵ Y por otro lado, ubícase al margen de la tentación detractora cuando incluye notas como las del biógrafo Oscar Efrén Reyes¹⁶ que nos presentan otros apuntes, también necesarios, para ir formando el perfil humano de Juan Montalvo. Armoniza su estudio, sobre todo, equilibrado logrando concitar interés en la medida que, al *exhumar* al hombre —con sus fallas y sus virtudes— acierta en dar con una visión abarcadora y total.

Intercalando citas bien elegidas y sustentando afirmaciones propias, Antonio Sacoto avanza hacia la polémica. Deja entrever que hay un género y un momento en los que Montalvo brilla como pensador. Pero, si la brillantez del pensador es fruto, hijo legítimo de la originalidad y de su profundidad per se ¿es Montalvo brillante como supone el autor? El maestro Pedro Henríquez Ureña es uno de los que piensa que no fue un pensador brillante; antes, sería un repetidor de lugares comunes, aunque expuestos con su estilo de notable en el manejo del idioma.¹⁷

Más adelante; tomando ya de la pasión, los juicios encontrados —no digo contradictorios— van jugando el justo papel de equilibrar su visión ni más allá de la alabanza inútil ni más acá; equidistante también de la detracción. Y no obstante el hecho de tener opinión distinta de algunas de sus afirmaciones, cabe señalar que constituye mérito característico de su trabajo el que no sale a luz pública buscando la concordia con el pensamiento de todos. Por su propósito —exhumar al escritor— sale detrás de él o su sombra o el mismo Juan Montalvo avivando la polémica, integrando una obra que no escapa ni puede escapar a la controversia.

El hecho es que Antonio Sacoto abriéndose camino siempre en busca de la justa valoración de Montalvo no trepida en otorgar tribuna. Ofrece así un volumen, en este sentido, esmerado, amplio y documentado, que no rehuye la polémica; por el contrario, la estimula dentro de la obra suya, le abre cancha para que haga su juego. Entreverados los juicios pro y contra

¹⁵ Dávila Torres: Citado por Sacoto, pág. 37. No. 4.

¹⁶ Citado por Sacoto, pág. 19.

¹⁷ Pedro Henríquez Ureña: Las corrientes literarias en la América Hispánica. Historia de la Cultura en la América Hispánica. F. C. E./73.

de Montalvo consignados por el autor, éste logra configurar con ello un variado mirador con distintos puntos de vista.

IV

Al examinar el "Libro de las Pasiones" Antonio Sacoto es severo para exigir su valor artístico. Pide mayor humanidad en los personajes y, sobre todo, verosimilitud de la trama. Hace hincapié en la pobreza de los personajes, en su lenguaje —que lo llama ficticio— e, incluso, repara en las actitudes de los mismos. Insiste en el hecho de la reproducción de la realidad, de la copia de ella, de su imitación. Resta méritos a Montalvo, porque alguna de sus tramas le parece "inverosímil". Pero ¿tiene que ser verosímil? Valora una obra porque es "copia" de la realidad; porque "reproduce fielmente la realidad". Habla de "temas más convincentes"; de "personajes que no nos convencen (porque) en el momento desgarrador... empiezan a predicar. (Y) no hay gritos —que es lo que se espera"; "hace falta emoción, pasión y en tales circunstancias resulta artificial el diálogo".¹⁸ Sin embargo, ¿no cabría pensar qué artificiosas resultan las exigencias de Antonio Sacoto? Al proponerse no considerar las motivaciones ideológicas de Montalvo se ve pues envuelto en tales circunstancias y, de tal manera, que no se perca de las razones (también ideológicas) que, probablemente, unen a Montalvo con el género trágico. Este es el sentido de la anotación de Plutarco Naranjo,¹⁹ pues, al parecer, está presente en Montalvo —por una parte— la concepción aristotélica de la tragedia, y por otra, el sentido platónico que la asimila a la parte más innoble del hombre: la pasión. Resulta curiosa la ausencia de una indagación más a fondo sobre este particular. Más todavía, si se tiene en cuenta que las exigencias que el profesor Sacoto plantea son precisamente de corte aristotélico.

Finalmente, Antonio Sacoto llega "a la conclusión de que Montalvo *podría* haber descollado como dramaturgo si hubiese tomado como personajes a seres preparados, con problemas que ennoblecen el alma, a hombres cultos; a pensadores, escritores, a personajes históricos, etc. . . (porque) ideas nobles, sentimientos elevados, tragedias magnas expresadas en un lenguaje pulido por campesinos, no puede sino dar la impresión de artificialidad".²⁰ Creo que las afirmaciones anteriormente citadas evitan mayores comentarios. Por sí mismas demuestran la validez de nuestras observaciones al trabajo que estamos comentando.

¹⁸ A. Sacoto: su obra, pág. 135-137.

¹⁹ Citado por Sacoto: su obra, pág. 153.

²⁰ A. Sacoto: su obra, pág. 142.

V

Por último, me refiero a ciertos puntos de significación menor; mas no por eso, carentes de importancia. De ellos tomaré dos; cierta desmesura en el estilo del profesor Sacoto y, en segundo término, los descuidos técnicos en la edición de su obra.

En el sentido de mi primera observación anotamos en su estilo más de una expresión rayana con lo cursi, como la siguiente: "dejando que su espíritu beba el licor divino de la sabiduría en el manantial de la cultura universal".²¹ Y otras, también de dudosa elegancia: "Deja correr su pluma en los primeros escarceos y aleteos literarios. Sus primeros poemas muy clásicos en la forma y *asaz* románticos".²² Como se ve, no sólo pone en duda la elegancia de su estilo, sino además incurre en el uso de algunos arcaísmos que —como *asaz*— resultan inútiles en la lengua moderna; criticable en el trabajo de Sacoto, pues no constituye éste un género propiamente artístico sino, un *estudio*, lo cual exige el empleo de los vocablos con rigor y propiedad. Barbarismo es también el uso de expresiones como "*invigori-zando* su saber".²³ Si se tiene en cuenta que el profesor Sacoto quiere decir, en el texto del que forma parte este término, que Montalvo con sus estudios se esmera por *dotar de fuerza* su saber, nada más propio que decir *vigorizar*. Nada más impropio, agregar el prefijo latino *in* que, como *i-ir-im*, tiene un equivalente semántico de: "privado de". Doble debilidad si se trae a cuenta el hecho de que en su trabajo el autor exalta tanto la pureza como la propiedad del lenguaje en Montalvo. Asimismo incurre reiteradamente en solecismos al atentar contra la concordancia del verbo en la construcción: "No se *pueden* negar que La Poética de Aristóteles o Arte Poética de Horacio son ensayos de. . .";²⁴ Uno, como el "El Senador", *carecen* de valor, pero otros. . ."²⁵ Confunde, como queda visto, la concordancia del verbo de la oración principal con el de la subordinada.

En función de lo segundo, son repetidos errores en la escritura de algunas palabras, por ejemplo "fingiendo" por fingiendo. Pero más grave, son los que tienen lugar en la alteración de nombres —tanto de autores como de personajes históricos: "Wolfgang" por Wolfgang, al referirse a Kayser;²⁶ "Petrocleo" por Patroclo, el amigo de Aquiles.²⁷ Esto sin contar el hecho de que, en algunos casos, se advierten otras irregularidades como algunas señales al pie de página que no encuentran, sin embargo, su correspondiente en el texto mismo.²⁸

²¹ A: Sacoto: su obra, pág. 25.

²² A. Sacoto: su obra, pág. 25.

²³ A. Sacoto: su obra, pág. 25.

²⁴ A. Sacoto: su obra, pág. 148.

²⁵ A. Sacoto: su obra, pág. 141.

²⁶ A. Sacoto: su obra, pág. 146.

²⁷ A. Sacoto: su obra, pág. 190.

²⁸ A. Sacoto: su obra, pág. 19-20.

Si nos atenemos a las palabras del profesor Iduarte que prologa esta obra, no deja de llamar la atención esta clase de descuidos, los cuales por ser tan elementales, contribuyen a restarle méritos, seriedad y —sobre todo— a impugnar el carácter riguroso de la misma.

Pero, por sobre estas consideraciones, con Antonio Sacoto accedemos al ardor americanista de Montalvo, el cual preconiza la unión de los pueblos. "Es necesario unirse, levantarse, bragar todo poder, morir o vivir triunfantes y libres de la infamia".²⁹ Por eso el profesor Sacoto puede afirmar con toda razón que "El pensamiento de Montalvo es cosmopolita; su visión no es regional ni en el campo de la política ni en el campo de las letras; su preocupación es universal y, por lo tanto (él) es ciudadano universal".³⁰ Esto se llama obtener la síntesis, en pocas palabras, de lo que es Montalvo. Y creo, sin caer en apreciación desmesurada, que éste constituye el juicio más certero y afortunado del autor quien, a riesgo cierto de contradecir sus propósitos, penetra al mundo total del escritor ecuatoriano. En largos pasajes nos ofrece magníficos ejemplos de un enfoque total, a pesar de que quiere ser esmerado metafísico. Aun así, lo vence la realidad que es Montalvo; de tal manera que, la obra en cuestión, se levanta como un estudio caracterizado sustantivamente porque se logra como tal a base de los contradichos de su propio autor. El profesor Sacoto ha buscado pues, al escritor y lo ha encontrado. Empero, ha sido por el camino más insospechado por él. Y es que Montalvo sigue siendo todavía fulgor y flama de la controversia.

MANOLO GARRIDO

²⁹ A. Sacoto: su obra, pág. 199.

³⁰ A. Sacoto: su obra, pág. 199.

Se terminó la impresión de este libro el día 1º de julio de 1974 en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F. Se imprimieron 1 500 ejemplares.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	Precios	
	por ejemplar	
	Pesos	Dls.
RENDICION DE ESPIRITU (I y II), por Juan Larrea	10.00	1.00
LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez ...	10.00	1.00
SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	5.00	0.50
LLUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Bledsoe	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña	10.00	1.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvarez Acosta	15.00	1.50
DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Roio	5.00	0.50
DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes ..	15.00	1.50
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPES, por Felipe Cassio del Pomar	15.00	1.50
OTRO MUNDO, por Luis Suárez	10.00	1.00
EL HECHICERO, por Carlos Solórzano	5.00	0.50
AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
RAZON DE SER, por Juan Larrea	10.00	1.00
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Ale- gría	5.00	0.50
LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	15.00	1.50
INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce	15.00	1.50
PACTO CON LOS ASTROS, GALAXIA Y OTROS POE- MAS, por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
LA EXPOSICION, DIVERTIMIENTO EN TRES ACTOS, por Rodolfo Usigli	15.00	1.50
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTA- DOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por Frederic H. Young	10.00	1.00
GUATEMALA, PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVO- LUCION, por Fedro Guillén	5.00	0.50
EL DRAMA DE AMERICA LATINA. EL CASO DE ME- XICO, por Fernando Carmona	25.00	2.50
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por Genard Pierre-Charles	25.00	2.50
MARZO DE LABRIEGO, por José Tiquet	10.00	1.00
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por Lucila Leal Araujo	25.00	2.50
LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFI- CO: MARX, ENGELS, LENIN, por Jesús Silva Herzog	20.00	2.00
ORFEO 71, por Jesús Medina Romero	15.00	1.50
CHILE HACIA EL SOCIALISMO, por Sol Arguedas	30.00	3.00
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por Alfredo L. Palacios	3.00	0.30

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números)

1974

MEXICO	150.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	13.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	15.50
PRECIOS DEL EJEMPLAR	
MEXICO	30.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	2.70
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	3.00

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

Alvaro Fernández Suárez
Francisco Martínez de la Vega
Jorge Mottet

El segundo rapto de Europa.
Cieno en la catedral imperial.
El saqueo de América Latina — Nueva
versión de la leyenda negra.
Teoría de la ideología del sistema eco-
nómico autogestor de la RSF de Yu-
goslavia.

Aleksandar Grlickov

El proceso peruano,
por **ARMANDO RUIZ DE LA CRUZ**

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Juan David García Bacca
Emilio Sosa López
Jacobó Kogan

Tres demonios de nuestra época.
Proceso y profecía de la novela moderna.
El arte como conocimiento y como len-
guaje.

Alejandro Lora Risco

Las teorías lingüísticas de Amado Alonso
subyacentes a su crítica de Residencia
en la tierra.

Gisela Bialik Huberman

La fonética española.

Ciencia y Tecnología en los países en desarrollo,
por **MARCELO J. VERDIN CARRILLO**

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Raquel Chang Rodríguez

Apuntes sobre sociedad y literatura his-
panoamericana en el Siglo XVII.

Luis Alberto Sánchez

Un incidente que definió el pensamiento
peruano. Ricardo Palma versus Manuel
González Prada.

Elliot S. Glass

La actitud de Mariano Azuela e Isaac
Babel hacia la Revolución.

José Martí, Obras completas, Vol. 28
por **CARLOS RIPOLL**

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

León Felipe
Mauricio de la Selva
Manuel Durán
Bernardo Suárez

Dos poemas.
Recordación de León Felipe.
Juan Benet y la nueva novela.
El impresionismo en la prosa de Ramón
López Velarde.

Graciela Coulson
Bruno Podestá

Los cuentos de Ribeyro. Primer encuentro.
Hacia una conceptualización ideológica del
modernismo hispánico.

Poli Delano

Perdone que lllore.

Montalvo: Fulgor y flama de la controversia,
por **MANOLO GARRIDO**